
Laimie
Scott
La promesa
de un McLean
Selecta

La promesa de un McLean

SERIE
Rebeliones en Escocia 2

Laimie Scott

Selecta

Capítulo 1

Región de Perthshire
Escocia, 1689

James McLean desconocía el tiempo que llevaba huyendo de los soldados ingleses. Solo pensaba en seguir corriendo para alejarse los más posible del paso de Killiecrankie. El ejército inglés comandado por el general McKay había organizado batidas por los alrededores en busca de los escoceses que hubiesen quedado vivos después de la batalla. Había sido una completa carnicería, se dijo rememorando cómo los seguidores de los Estuardo habían cargado contra las tropas inglesas cuesta abajo, guiados por Claverhouse. Un completo desastre. Eso era lo que había sido el intento de hacer ver al Parlamento de Londres que rechazaban de plano a Guillermo de Orange como nuevo monarca en el palacio de Whitehall. Algunos clanes se habían mostrado reacios a unirse a las tropas de Claverhouse porque no tenían claro que fuesen a ganar. Que aquella pequeña rebelión sirviese de algo. Y, por lo tanto, preferían esperar y ver cómo reinaba el yerno de Jacobo mientras este huía a Francia. Y ahora Claverhouse estaba muerto y sus seguidores huían hacia las Tierras Altas o a otro escondrijo para salvar sus vidas.

Se detuvo en una zona boscosa para recuperar el resuello. Recorrió el lugar con la mirada sin saber a ciencia cierta dónde demonios estaba. Se había alejado tan deprisa del campo de batalla que parecía estar desorientado. Sin embargo, lo mejor de todo era que había dejado de escuchar voces a su espalda. Confiaba en encontrar algún sitio donde resguardarse para pasar la noche, aunque le llamaba la atención que, con el tiempo que llevaba corriendo, no hubiese visto ninguna población todavía. Se sentó sobre unas piedras junto a un arroyo de aguas cristalinas. Se lavó las manos para desprenderse de la sangre seca de sus enemigos caídos. Luego cogió agua y bebió, calmando su sed. Y fue cuando sintió un ligero escozor en el costado izquierdo. Hasta ese momento no se había percatado de ello, más preocupado por escapar y ponerse a salvo. Se fijó en que su camisa estaba teñida de color carmesí. Pensó que era de algún inglés, pero cuando se descubrió el torso jadeó al ver el corte que tenía. Más le valía cerrarlo lo antes posible o se infectaría y acabaría muerto en medio de la nada.

—Maldita sea...

Sacudió la cabeza desechando cualquier acción sobre la herida. Ni si quiera la lavaría. Tenía que encontrar a alguien que se la limpiase y se la cerrase. La cubrió de nuevo y ajustándose el plaid al hombro se puso en pie para continuar su huida. Levantó la mirada hacia un cielo plomizo, como si este pudiese decirle dónde demonios se encontraba.

—Será mejor seguir.

Fiona se dirigió a recibir a la visita que acababa de presentarse en el castillo. Días atrás recibieron la noticia de lo sucedido en el paso de Killiecrankie. Este hecho puso en alerta a los miembros del clan Menzies, que vivían allí. Estos no se habían unido a la proclama de

Claverhouse para combatir el último edicto del Parlamento de Londres, por el cual Guillermo de Orange pasaba a ser el nuevo monarca de las islas, relegando a su suegro Jacobo Estuardo a un exilio forzoso a París.

—¿Quién es la visita, Kittie? —preguntó la joven de cabello oscuro como la pólvora, tez clara y ojos también claros.

—Es un abogado de Perth, señora. Quiere hablar con usted sobre el testamento de su padre —le informó la joven doncella.

Fiona se detuvo en seco. Cogió aire y cerró los ojos unos segundos. No sabía que su padre hubiese hecho testamento. ¿Por qué no se lo habría contado a ella y a sus hermanos? Era su legítima heredera al ser la mayor de los tres. Y, por lo tanto, responsable de la gente del clan que habitaba en el castillo Menzies. Ella había sido la que había rechazado la petición de Claverhouse, prohibiendo a los hombres jóvenes acudir a la batalla. Y, al final, un puñado de ellos se había fugado de madrugada desobedeciendo su orden.

—Bien, que pase al salón. Voy de inmediato.

Permaneció a solas un instante mientras se recomponía. No esperaba esa clase de visita, pero, si había sido el deseo de su padre, tendría que acatarlo. Un hombre mayor con el pelo blanco rizado la esperaba en el salón observando los cuadros y demás decoración. Llevaba unas gafas diminutas. Sonrió al verla y le tendió la mano con amabilidad.

—Es usted la señorita Fiona Menzies. No me equivoco, ¿verdad?

—Sí, sí. Lo soy. ¿Y usted es...? —Estaba algo nerviosa por la presencia de aquel hombre—. Por favor, tome asiento. ¿Quiere tomar un té o cualquier otra cosa?

—Me llamo Angus Donaldson. No, gracias; no tengo demasiado tiempo. Seré breve, puesto que tengo que visitar a más clientes.

—Como quiera, señor Donaldson. ¿De qué se trata? Kittie me ha

dicho que venía a hablarme del testamento de mi padre. —Fiona entornó la mirada con cautela, no fuese a ser que había entendido mal a la joven.

—Eso es.

—Desconocía que hubiese dejado uno. Nunca me lo dijo. Ni tampoco mi madre. Se supone que el primogénito hereda el clan y las posesiones haciéndose cargo de todo.

—Bueno, pues así es.

—¿Y qué se supone que debo hacer? Como le digo, soy la hermana mayor y señora de este castillo.

—Sí, es cierto. La nombra a usted como su heredera por ser la primogénita. Sin embargo, hay una pequeña condición para no perder el castillo —dijo esgrimiendo un dedo a modo de advertencia —. Por ese motivo he venido. De lo contrario no haría falta.

Fiona movió en el asiento de manera inquieta. No esperaba que su padre le hubiese puesto una condición para seguir viviendo en el castillo. Pero la acataría fuera cual fuese.

—Bien, ¿y cuál es esa condición?

—Aquí dice que usted tendrá que contraer matrimonio en un plazo de tres meses después de la lectura y entrega de la copia del testamento. De lo contrario, su tío Mordacai será el nuevo señor del castillo de Menzies y sus tierras.

Fiona experimentó una sacudida en todo su cuerpo en un primer momento. Luego le siguió un escalofrío recorriendo su espalda en dirección a su nuca, donde se perdió bajo el cabello. Parpadeó en repetidas ocasiones como si no estuviese segura de lo que acababa de escuchar.

—¿Lo dice en serio?

—Aquí lo pone. Léalo usted misma si lo prefiere. Al final del documento. Donde dice: «Cláusula adicional». Usted sabe leer, ¿no

es cierto?

Fiona asintió cogiendo el papel y siguió las indicaciones del abogado. No podía creer que su padre le pusiese esa cláusula para heredar el castillo y las tierras. ¿Cómo se le había ocurrido semejante disparate? Entregó el documento al señor Donaldson incapaz de decir nada. Pero ¿con quién se suponía que iba a casarse para no perder el hogar? Ni siquiera tenía un prometido.

—¿Por qué haría algo así mi padre? De sobra sabía que yo no era muy partidaria de... casarme —lo dijo como si le produjese una urticaria.

—Eso mismo me comentó. Pero él pretendía que no se quedase sola. Que su mujer y él así lo habían acordado al ver que usted se mostraba reacia a formar su propia familia. De este modo creía que se lo tomaría en serio.

Fiona jadeó ahogando las carcajadas que aquella situación le producía. No podía dar crédito a las artimañas de sus progenitores.

—De modo que tengo tres meses para casarme... —se repitió en voz baja, como si el abogado no estuviese presente allí.

—En ese tiempo tendré que venir a verificarlo y dejarla como señora del castillo. O bien tendrá que entregárselo a su tío.

—Está bien. Pues nos veremos entonces y podrá ver si tengo un marido o no —le dijo con un tono que reflejaba su malestar por este giro del destino. Parecía que el abogado fuese culpable de aquella encerrona de sus propios padres.

—Entiendo que todo esto le pille por sorpresa y que la moleste. Pero es mi deber hacerlo. Y ahora, si me disculpa, tengo más asuntos que resolver.

—Sí. Lo entiendo.

—Un placer conocerla, señorita Menzies. Si tiene cualquier duda, estaré encantado en resolvérsela. Le dejo anotada mi dirección de

Perth —le dijo haciéndole entrega de un papel escrito, que ella cogió sin mirarlo siquiera.

—No puedo decir lo mismo sobre conocerle, porque sin duda no ha sido usted portador de buenas noticias —ironizó viéndolo sonreír de manera tímida ante ese comentario. Lo acompañó hasta la salida del castillo y lo vio subirse a un modesto carruaje de dos caballos. De nuevo a solas, abrió los ojos al máximo y resopló pensando en la situación que se le avecinaba. Debería hacer partícipes de esto a sus hermanos cuanto antes.

La joven Keira Menzies acudió a ver su hermana mayor cuando supo que la visita se había marchado. La muchacha de cabello cobrizo y ojos verdes encontró a Fiona en el salón mirando por el ventanal con los brazos cruzados. Atisbó cierta preocupación en su gesto. Tenía el ceño fruncido y los labios apretados.

—¿Qué quería el hombre que preguntaba por ti?

—Es un abogado de Perth. Venía a enseñarme el testamento de nuestros padres.

—¿Y?

—Será mejor llamar a Callum para que los dos sepáis cuál es la situación a la que me enfrento —le dejó claro con un suspiro porque no veía salida alguna a aquel embrollo en el que su padre la había metido a ella y de rebote a sus dos hermanos.

James seguía recorriendo el camino sin saber a dónde iba. Por lo que creía, la ciudad de Perth no debía estar demasiado lejos. Pero no veía ninguna señal de esta. Se detuvo cuando el dolor en el costado comenzó a volverse más fuerte y persistente. Al parecer, lo que él pensaba que era un corte superficial no lo parecía tanto.

—Necesito encontrar un lugar pronto o no estoy seguro de aguantar por más tiempo.

—¿Lo dices en serio, hermana? —Callum, el menor de los tres, miraba a Fiona sin terminar de creerse lo que esta le estaba contando.

—He visto la copia del testamento. El señor Donaldson me la entregó para que la leyera. Era la firma de nuestro padre.

—Pero nuestro tío no se atreverá a quitarnos el castillo... —comentó Keira sacudiendo la cabeza segura de sus palabras.

—Yo no estaría tan seguro de ello. Él siempre lo ha ambicionado. Y, en cuanto se entere de la situación, vendrá a comprobarlo en persona.

—Pero tú no tienes ningún pretendiente. Siempre has dejado claro que no querías casarte —le recordó Keira a su hermana, que permanecía en silencio con la mirada perdida.

—De acuerdo, sí. Siempre dije que no quería casarme —gesticulaba con los brazos desesperada porque no sabía qué iba a hacer.

—¿Has cambiado de idea ahora con esto del testamento? —Callum miró de manera fija a su hermana mayor consciente de lo que se jugaban.

—¿Y de dónde va a sacar un pretendiente? —Keira volvió el rostro hacia su hermano y le hizo la pregunta con ironía.

Este se limitó a encogerse de hombros dejando claro que no conocía la respuesta.

—No lo sé. Siempre puedes pedirle un favor a algún conocido. Al menos que se haga pasar por tu prometido hasta que todo pase.

—No vale con ser mi prometido, Callum. Tengo que casarme, que es bien distinto. Compartir mi vida con un extraño, ¿lo entiendes? —le aclaró enfurecida por el comentario.

—Entonces, temo que perderemos el castillo —sentenció Keira—. Lo que no logro entender es por qué nuestros padres te han hecho

algo así. Bueno, en realidad, los dos querían que te casaras. Mamá también.

—Es lo que se espera en una mujer de mi edad. Lo sé.

—Entonces, ¿cómo vas a solucionarlo? ¿O acaso piensas rendirte y dejar que nuestro tío se haga con el castillo? —Callum temía que eso llegase a suceder, y no porque su hermana mayor se rindiese, sino más bien porque no creía que cumpliese la cláusula del testamento.

—No lo sé. Debo pensar en frio qué voy a hacer. Por lo pronto tenemos tres meses por delante para seguir aquí en el castillo.

—Y para encontrarte un marido. —Callum sonrió con picardía, pero en verdad no le hacía gracia.

—No sé. Mira a ver la próxima vez que nos inviten a un baile en Perth. Eres la señora del castillo del clan Menzies. Nuestra jefa —le recordó Keira.

—Estoy seguro de que, en cuanto se haga correr la voz de la noticia, pretendientes no te faltarán —le aseguró su hermano asintiendo muy seguro de esto—. ¿Quién no querría vivir en este castillo? Uno de los mejores que hay en la región de Perthshire. Te resultará sencillo.

—La cuestión no es quién quiere vivir aquí, porque no hay duda de que muchos querrían hacerlo. Se trata de nuestra hermana. Ha de ser alguien adecuado para ella, ¡so penco! No va a compartir su vida con el primero que se lo pida solo por no perder el castillo. —Keira le dio un pescozón para que reaccionara.

Fiona sonrió por primera vez ese día al ver la reacción de su hermana.

—Es mejor que dejemos el tema aparcado por el momento. Ya tendremos tiempo para hablar de ello. Voy a hablar con Balfour a ver cómo marcha todo.

Los dos hermanos la vieron abandonar la estancia en silencio.

—¿Crees que logrará encontrar a alguien que quiera casarse con ella?

Keira miró a su hermano y suspiró.

—¿Tú no? Como se te ocurra volver a decir semejante estupidez delante de nuestra hermana, te juro que... No sé lo que te hago. Me da igual que seas solo dos años menor que yo y que tengas edad para buscarte una mujer.

—Yo os cedo el lugar a las dos. Ya tendré tiempo de buscarla, pero primero está nuestra hermana. Y luego vas tú. En cuanto a Fiona, debe encontrar un hombre que le guste y que la trate bien. Pero ¿dónde lo va a encontrar? Según tú, ¿en alguna fiesta en Perth cuando la inviten?

—Esperemos. Sigamos con lo que estábamos haciendo.

James llegó a un claro desde el que divisó un edificio de grandes dimensiones construido en piedra con tejados de pizarra, así como los de las torres. Detrás de este había una ladera que ascendía toda cubierta de árboles y vegetación. Se quedó clavado en el sitio porque por un momento pensó que aquella imagen era fruto de su imaginación. Que la herida y el cansancio comenzaban a afectar su cordura. Pero entonces se fijó en que el humo salía de las chimeneas y algunas personas se movían por el exterior. No vaciló en seguir avanzando hacia este y pedir ayuda a sus dueños. A medida que se acercaba al edificio, se daba cuenta de su majestuosidad. Constaba de cuatro plantas si incluía las ventanas abuhardilladas que sobresalían. También disponía de varias torres en los salientes. ¿De quién era?, se preguntó recorriendo el camino de tierra que conducía hasta la puerta.

Fiona charlaba con Balfour cuando se fijó en la llegada de

alguien por el sendero que llevaba hasta la entrada del castillo. Entrecerró los ojos y se apartó unos pasos de su hombre de confianza. ¿Quién era aquel extraño que vestía las ropas sucias y tenía la camisa rasgada y... teñida de sangre?

—Señora, ¿qué sucede? —Balfour se había quedado mirándola intrigado por un momento. Hasta que él también dirigió su atención hacia el hombre que se acercaba—. Tened cuidado, mi señora. No sabemos de quién se trata.

—Por lo pronto, es alguien que está herido a punto de desfallecer. Vamos, échame una mano con él.

James apenas si tenía fuerzas para tenerse en pie. Pero entonces sintió que un par de brazos fuertes lo sujetaban impidiendo que cayera.

—No os preocupéis. Os tengo bien sujeto —le dijo Balfour fijándose en él. En sus ojos oscuros, en sus rasgos firmes y su media sonrisa.

—Os lo agradezco.

—Llévalo dentro mientras mando preparar un lugar para atenderlo.

Fiona regresó al castillo dejando que Balfour se encargase de entrar al extraño. La aparición de este captó la atención inmediata de Keira.

—¿Quién es?

—No lo sabemos todavía. Ha aparecido en el camino que conducía aquí —le aclaro el rudo escocés de Balfour mientras lo sujetaba para que no se cayese—. Parece alguien que acaba de salir de una batalla.

—Llévalo al salón. Amy, trae agua, paños y... —La joven se puso nerviosa porque en ese momento no sabía que más podría necesitar. No hasta que viera si tenía alguna herida.

—¿Qué sucede? ¿A qué viene este alboroto? ¿Quién es? —preguntó Callum apareciendo de improviso y señalando al herido.

—Venía hacia aquí cuando Balfour y nuestra hermana lo han visto. Han decidido meterlo en la casa —le explicó Keira sin perderlo de vista.

Fiona comenzó a rasgarle la camisa dejando su torso al descubierto y fue cuando vio el corte en el costado derecho por el que manaba la sangre.

—Necesitaré aguja e hilo para cerrarlo —pidió sin apartar la atención de la herida.

—Pero no tienes experiencia en cerrar heridas. —Su hermana se lo recordó mirándola con preocupación por si no salía bien.

—No te preocupes, imaginaré que te estoy cosiendo el bajo de tu vestido —sonrió divertida, pero en su interior se mostraba algo nerviosa ante aquella situación.

—¿Me ve como un trozo de tela, señora? —La voz de él captó la atención de los allí presentes. James la miraba con curiosidad, pero también porque en ese momento su rostro le parecía bastante hermoso y dulce—. No sé si dejar mi vida en sus manos...

—No le queda otra, salvo que prefiera morir. Si no le cierro la herida, esta puede infectarse. Además, sigue perdiendo sangre.

—¿No tienen un médico?

—Yo haré las veces de doctor. Voy a lavarle la herida, le aviso por si le duele, aunque procuraré tener cuidado.

Fiona cogió el trapo empapado en agua y comenzó a aplicar suaves y delicados toques sobre la herida para poder retirar la sangre seca.

—Es una cuchillada algo profunda —afirmó cuando la zona estuvo limpia del todo—. ¿El filo de un sable o una bayoneta? —le preguntó sin levantar la mirada de la herida en ningún momento.

—No estoy seguro. Ni si quiera me di cuenta de ella hasta que me detuve. Por cierto, ¿dónde me encuentro y quién es toda esta gente que está mirando?

—Está en castillo del clan Menzies.

—Menzies...

—¿Y usted quién es? —La curiosidad de Keira hizo que el pulso de Fiona dudase.

James tragó cuando sintió la aguja pasar la carne en repetidas ocasiones.

—Me llamo James y pertenezco al clan McLean.

—¿Viene usted del paso de Killiecrankie? —Fiona arqueó una ceja con interés al escuchar la pregunta de Callum en esta ocasión.

—Vengo huyendo de allí. No sé el tiempo que llevó haciéndolo. Solo sabía que tenía que alejarme lo máximo posible del lugar y de las tropas inglesas para salvarme.

—Entonces, ha luchado al lado de Claverhouse —continuó Callum cuya curiosidad no parecía tener límites—. ¿Ha matado a muchos *sassenach*?

—¡Callum! No es el momento —protestó Fiona. Un leve quejido del hombre convaleciente—. Lo siento. ¿Le he hecho daño?

Sus miradas se encontraron de manera rápida, y no se separaron durante algunos segundos. La presencia de ella parecía ser un bálsamo para su estado. Se había recogido el cabello con una cinta, lo que le dejaba a él una visión amplia de su rostro. Sus ojos eran claros con un brillo hipnótico.

—No, no se preocupe —logró decirle en aquel estado de ensoñación en el que creía estar sumido—. Estoy acostumbrado a las heridas.

Fiona vio algunas cicatrices en el torso de él. Sin duda producidas en duelos o en otras batallas.

—Esto casi está terminado. Y será mejor que se quede quieto una temporada hasta que cicatrice.

—Ya, pero debo alejarme de aquí cuanto antes. Los ingleses podrían presentarse preguntando si han visto rebeldes...

—No los hemos visto —dijo de manera tajante ella haciéndole ver que podía estar tranquilo—. Y le aconsejo que se quede aquí hasta que se reponga. No puede emprender ningún viaje en su estado.

—Pero solo es una herida.

—Que podría volver a abrirse en cualquier momento. Además, si, como dice, los ingleses andan patrullando la región en busca de rebeldes jacobitas, en su estado no tardarían en apresarlo.

—Mi hermana tiene razón. No debe abandonar el castillo —le sugirió Keira, consciente de que así debía ser. Miró a Callum y ambos parecieron tener el mismo pensamiento cuando se fijaron en James y en su hermana.

—Es lo que hará, dado que se encuentra en mi casa —dijo Fiona con autoridad—. El jefe del clan debe velar por todos sus miembros.

—Pero... ¿es usted el jefe de los Menzies? —James se mostró contrariado por aquella información—. ¿Y su padre? ¿Su marido?

—Nuestros padres fallecieron —dijo mirando a Keira y a Callum —. Y no tengo marido.

—Entonces... ¿Es usted la máxima autoridad en este lugar?

—Así es. Y como tal le pido que se quede el tiempo que precise hasta que cicatrice la herida. Y ahora será mejor que le busquemos una camisa nueva. —No podía dejar de contemplar el torso de él y sentirse algo nerviosa—. Más tarde se instalará en una de las habitaciones libres. Procure no moverse demasiado —le advirtió al verlo incorporarse.

—No se preocupe; seguiré sus órdenes, jefa de los Menzies —

inclinó la cabeza de manera respetuosa y sonrió. Aunque debió volver a sentarse al darse cuenta de que todo le daba vueltas.

—Se lo dije. No se incorpore —sonrió con picardía y decidió retirarse, pero se giró en el último momento—. No deje que mi hermano lo atosigue con lo sucedido en el paso de Killiecrankie.

—Descuide —le dijo devolviéndole la sonrisa—. ¿No acudieron a la llamada de Claverhouse?

—No. Los hombres del clan Menzies permanecieron aquí excepto aquellos que desacataron mis órdenes y se marcharon —le respondió con determinación, dejando claro que ella había sido la que había dado orden de no hacerlo. No eran demasiados y enviar a la muerte a unos pocos complicaría la vida de los que se quedasen. Sin embargo, un puñado de hombres se habían ido sin su permiso. Fiona salió del salón en compañía de Amy y de Balfour.

—Deberemos tener cuidado si se presentan soldados —le advirtió este.

—Lo sé. Pero no podemos dejar que se marche en su estado. Además, nuestros hombres no combatieron por Jacobo Estuardo, lo cual no nos creará problemas. Dejaremos que se quede hasta que considere que ya está recuperado para regresar a su casa. Voy a buscarle una camisa y algo de ropa. Hay que quemar la suya para borrar cualquier rastro —dijo Fiona segura de lo que iba a hacer.

Amy y Balfour se quedaron solos. Y al parecer ninguno se atrevía a decir nada.

—Ella es la que manda ahora —dijo él cruzando los brazos sobre su amplio pecho.

—La señora tiene toda la razón. No podemos echarlo a la calle como si fuese un pordiosero. No es propio de este clan hacerlo. E incluso vendrá bien a este sitio tener a alguien joven como él. —La mujer asintió y se giró alejándose de Balfour.

Por el camino se cruzó con Fiona, que llevaba una camisa de hilo y un kilt con el tartán del clan Menzies.

—¿Es para él?

—Sí, claro.

—Has actuado como lo haría tu padre. Mostrándote firme y serena para que el MacLean no se marche de aquí.

—Sí, bueno... Creo que era mi deber como jefa del clan y señora del castillo.

—Le comentaba a Balfour que su presencia le hará bien a este lugar.

Fiona experimentó un ligero sobresalto al escuchar a Amy. ¿Qué querría decir con ello?

—Si tú lo dices. Voy a darle la ropa para que se la ponga. Solo faltaría que se quedase frío.

No quería pensar en el significado del comentario de Amy. Solo en que MacLean se repusiese y pudiese regresar a su hogar. Suponía que él querría hacerlo cuanto antes. Aunque al regresar al salón no esperaba encontrárselo charlando con Callum como si fuesen amigos de toda la vida. Experimentó un revuelo en el pecho que la hizo detenerse y observarlos. Le llamó la atención el trato cordial para con su hermano pequeño. No le importaba responder a todas sus preguntas, y eso que Callum podía llegar a ser bastante pesado cuando se lo proponía. Decidió dejar de espiarlos y entrar en el salón.

—Siento interrumpir la conversación, que seguro que es muy interesante.

—James me estaba contando lo sucedido en Killiecrankie.

—Deberías dejarlo en paz. Necesita descansar. Tenga una camisa. Espero que sea de su talla. Y un kilt de nuestro clan —le refirió entregándole las prendas sin apartar la mirada de sus ojos y

evitar fijarla en su torso desnudo—. Quemaremos sus ropas. De ese modo borraremos todo rastro suyo. Espero que no le importe vestir nuestros colores.

—Ni lo más mínimo. Gracias.

—¿Le duele?

James bajó la mirada hacia el vendaje y asintió.

—No. Ha hecho un buen trabajo para no ser usted una doctora.

—Procure descansar y no moverse demasiado o la herida se le abrirá.

—Gracias de nuevo por todo lo que están haciendo por mí. Prometo marcharme en cuanto la herida esté cerrada. No quiero causarles problemas.

—No.

—¿Disculpe? ¿Qué quiere decir?

—Que no es una molestia. Ni causa problemas. Y que puede quedarse el tiempo que precise.

—En todo caso, prometo marcharme en unos días. Me gustaría agradecérselo de alguna manera, pero... no tengo nada aquí con lo que pagarle. Claro que podría hacerlo si regreso a casa de mi familia y después vuelvo a cumplir con ello.

—No es necesario.

—Entonces, les echaré una mano aquí en el castillo hasta que mi deuda quede saldada, si le parece acertado. Usted es quien manda aquí.

Ella se humedeció los labios y se colocó el pelo detrás de la oreja. Se sentía nerviosa en su presencia de una manera que no lograba entender. Estaba dispuesto a ayudar allí y a pagar el hecho de que lo hubiesen atendido y le ofreciesen cobijo.

—Le repito que no hace falta...

—Y yo insisto en ello. De manera que piense en alguna forma en

la que pueda devolverles lo que están haciendo por mí. Solo tiene que decírmelo.

Callum miró a su hermana y sonrió con ironía porque sin duda acababa de ocurrírsele la manera de cobrarle el favor. Y ella parecía haberlo entendido, porque al momento palideció. Apretó los labios y asintió.

—Deje que lo piense. De momento, es mejor que descanse. Si me disculpa.

—Claro. Ha de atender el castillo.

Ella abandonó el salón hecha un manojo de nervios cuando se le pasó por la cabeza lo que su hermano acababa de sugerirle con una sola mirada. ¿Cómo podía ser tan insensato de pensar semejante locura? Decidió centrarse en los quehaceres del castillo para no pensar en esa proposición ni un minuto más.

Capítulo 2

James decidió salir del castillo a dar un paseo. De ese modo conocería el lugar donde se encontraba. Había escuchado hablar del clan Menzies, pero no pensó que tuviese semejante sitio para vivir. El castillo era inmenso con sus tres plantas y su buhardilla. El interior era amplio y muy bien amueblado. El salón contaba con una gran chimenea en la que ardía un generoso fuego. Una mesa larga en color oscuro y media docena de sillas. Algún tapiz, espadas y demás armas. Suponía que eran del padre de los tres chicos. No había subido a la planta superior todavía, pero intuía que sería tan grande como lo que ya había visto. Y, con respecto a sus habitantes, la mujer que estaba al frente del clan le parecía fuerte, responsable y dispuesta a ayudarlo en todo momento. Firme en cuanto a sus órdenes para que no se marchase de allí. Sin duda, ser la máxima autoridad del clan tenía sus responsabilidades. Por ese motivo no la había visto.

Fiona, por su parte, andaba buscando a James, pero no lo encontró descansando en el salón, donde lo había dejado con Callum. No creía que se le hubiese ocurrido marcharse después de su última conversación. Aunque él asegurase que su herida no era peligrosa, ella le había pedido que se quedase un tiempo. El que

hiciese falta para que se repusiera del todo. Y de paso permitiría que los ánimos se calmasen y que los ingleses dejasen de buscar a los jacobitas prófugos. Pensar en la estancia de él la distrajo de la situación personal que atravesaba hasta que recordó la mirada de Callum cuando James le pidió que pensase en la manera de compensar lo que estaba haciendo por él. ¿Cómo podía si quiera imaginar su hermano semejante locura? No sabían si él estaba casado o prometido con alguna joven de las tierras donde residían los McLean. Sacudió la cabeza olvidando el tema y prosiguió su particular búsqueda de James McLean. Iba pensando en ello cuando, al levantar la mirada del suelo, se lo encontró en la biblioteca. Él permanecía de pie frente a una estantería contemplando algunos libros. Era la primera vez que ella podía fijarse bien en él. Porque cuando lo atendió estaba más centrada en curarle la herida que en su aspecto. Tenía una complexión fuerte, el pelo de color castaño y algo enmarañado, un mentón robusto y bien delineado. Vestido con el kilt de los Menzies y la camisa que le había entregado. Sin duda, era de su talla, ya que le quedaba perfecto.

Se humedeció los labios y caminó hacia él con paso algo dubitativo. Tenía la ventaja de que sus pisadas quedaban amortiguadas por la alfombra, lo cual evitaría que él volviese el rostro hacia ella sin previo aviso.

—¿Ve algo que le interese?

Se quedó contemplándola con una calidez y una curiosidad desconocida en él por aquella mujer. Allí estaba la señora del castillo observándolo con las cejas que formaban un arco sobre su frente. Se mordía los labios y mantenía los brazos cruzados sobre el pecho a modo de barrera entre ellos.

—Estaba recorriendo el castillo y me llamó la atención la biblioteca.

—Si le interesa algún ejemplar puede cogerlo. Leer le vendría bien para su descanso. Evitaría que se estuviese moviendo por todas partes.

—No se preocupe. No voy a hacer ningún esfuerzo que ponga en riesgo la herida y su trabajo —le aseguró con la mirada entornada en su dirección y una media sonrisa cautivadora a ojos de ella.

—Le estaba buscando para indicarle cuál será su habitación. Si le viene bien.

—Soy todo suyo.

Aquel comentario hizo que Fiona sintiese cómo la temperatura de su cuerpo se elevaba unas décimas hasta encender su rostro. Aquel gesto de él y su espontánea reacción la hicieron volver a pensar en su situación personal. Pero, al momento, la desterró de su mente. ¿Qué tipo de locura se apoderaba de ella para fijarse en él de aquella forma? No se le podía ocurrir considerarlo como un posible pretendiente. No debería dejarse llevar ni por los comentarios ni los gestos de Callum.

—En ese caso, venga conmigo.

—¿Le importa que le pregunte por su clan?

—No, claro. ¿Quiere saber algo en particular?

—Me basta con saber cuánta gente lo forma. Creo haberla escuchado decir antes que los hombres no siguieron a Claverhouse...

—Eso es. No somos muchos los que habitamos en el castillo. Los demás lo hacen en las inmediaciones. Hay algunas casas un poco más allá.

—¿Por qué impidió que sus hombres acudiesen a la llamada de este para combatir a los ingleses? ¿Cree usted que la decisión de Londres al sustituir a Jacobo Estuardo por su yerno Guillermo es lo adecuado?

—No lo sé. Solo sé que no quería que los hombres en edad de

combatir de mi clan se largaran a una lucha estéril. Y eso que algunos lo hicieron, como me enteré al día siguiente. Se marcharon de madrugada desobedeciendo mi orden —le refirió molesta, como era de esperar.

—Sabía de antemano que los jacobitas perderíamos...

—Era de suponer —le rebatió con ironía, segura de sus palabras.

—¿Por qué lo dice? —Ella había despertado el interés en él, sorprendido por su determinación.

—Porque esa idea surgió de un único hombre que atrajo a su causa a los más descontentos con Londres. No consiguió organizar a todos los clanes escoceses bajo una única bandera, un único propósito. Los ingleses se aprovecharon de nuestra debilidad. De nuestra falta de unión. Los clanes de las tierras bajas, cercanos a la frontera simpatizan más con los ingleses. Y, por otra parte, ¿qué clan estaría dispuesto a dirigir a los demás sabiendo las diferencias que existen entre todos? —Se quedó contemplándolo después de la explicación que acababa de darle como si esperase algún gesto por su parte. Hablar de la situación que atravesaba la nación le hacía no pensar en aquel apuesto McLean como lo que no podía ser.

—Es usted un ejemplo de fuerza y determinación.

—¿Por qué lo dice? —Entrecerró sus ojos, intrigada, sin apartar su atención de él.

—Por sus convicciones políticas para este país. Y, además, dirige usted sola a su clan. Entiendo que no está casada, salvo que él esté fuera, porque no he visto a ningún hombre, excepto a su hermano y al que me ayudó a llegar hasta aquí —matizó planteándose esa posibilidad. Pero entonces la vio negar con la cabeza.

—No estoy casada. Y sí, dirijo el castillo con la ayuda de los demás que habitan aquí. —Por un momento se le pasó la posibilidad de contarle cuál era su situación aprovechando su comentario acerca

de la existencia de un posible esposo. Contarle por qué no se había casado, pero que en tres meses debería estarlo si quería seguir viviendo allí.

—No me ha quedado duda pese al poco tiempo que llevo en este.

—No he necesitado a un hombre, hasta ahora. ¿Qué me dice de usted?

—¿De mí? —James sonrió divertido y la herida le tiró, obligándolo a detenerse. Torció el gesto aguantando el ligero dolor.

—¿Le duele? —Había preocupación en el tono de sus palabras y en cómo fruncía el ceño.

—Solo si me río.

—En ese caso procure no hacerlo.

—Pues no me haga preguntas de ese tipo. —La observó cambiar el gesto, como si aquel comentario le hubiese parecido ofensivo, lo que llevó a James a explicarse—. No me río de usted, sino de su cuestión. No, no estoy casado. Ni hay una prometida que esté esperando mi vuelta al hogar de los McLean. No me queda mucho tiempo para andar buscando una.

Ella asintió.

—Esta es su habitación. —Le abrió la puerta para que entrase en una amplia e iluminada estancia cuya ventana daba al camino por el que había llegado al castillo.

No era nada ostentosa, sino más bien sencilla y amueblada de manera funcional. El hogar estaba encendido y el calor que desprendía servía para hacer el lugar más agradable. La ventana daba a los jardines que él todavía no había visitado.

—Espero que se encuentre cómodo entre nosotros.

La voz de ella, o más bien su tono pausado y en cierto modo lleno de esperanza, obligó a James a girarse. La contempló mientras

se preguntaba qué era lo que la inquietaba. Porque la notaba algo nerviosa cuando estaba con él.

—Se lo agradezco. Estaré bien, descuide. Pero insisto en que podría marcharme de aquí y evitar que usted y los miembros del clan pudiesen tener problemas con los soldados ingleses del general McKay. No olvide lo que le advertí: andan en busca y captura de supervivientes de la batalla.

—Y yo le repito lo que le dije cuando llegó: quédese tranquilo. No vamos a entregarlo a los ingleses. Desde este momento, usted no ha combatido en el paso de Killiecrankie —sonrió con ironía al dirigirse a él—. Es usted un invitado del clan Menzies.

—En ese caso, no tengo más que decirle, salvo que me indique en qué puedo serle útil. No me gusta estar de más. Sobre todo en un sitio donde estoy invitado —entornó la mirada con los brazos extendidos a ambos lados y las palmas de las manos abiertas.

Ella no pudo volver a pensar en la alocada idea que había cruzado su mente. Sacudió la cabeza y desechó contárselo.

—Hable con Balfour. Es el encargado del mantenimiento del castillo. Tal vez él necesite ayuda.

—En ese caso, iré a buscarlo.

—Pero le recuerdo que está herido. Procure que no se le abra —hizo un gesto con la cabeza en dirección al costado de él.

James pasó al lado de ella, rozándola de manera leve, e intentó no quedarse mirándola de manera fija y curiosa. Pero algo lo empujó a hacerlo.

Fiona le sostuvo la mirada con la que él parecía estar retándola. Notaba la pared contra su espalda, consciente de que no tenía lugar donde ir. Se había quedado en el umbral de la habitación dejando el espacio justo para que él pasase. Tragó con dificultad y se humedeció los labios. Se sentía nerviosa como una chiquilla. Por

suerte para ella, él se apartó saliendo al pasillo y después comenzó a bajar la escalera de caracol hacia las plantas inferiores. Buscaría a Balfour y se centraría en pasar el mayor tiempo posible con él. De esa manera no pensaría en la dueña del castillo más de lo normal.

Cuando Fiona se vio sola, cerró los ojos, relajó los hombros y resopló con cierto alivio. No entendía por qué sentía semejante calor por todo el cuerpo ni por qué se mostraba inquieta. Creyó que se debía a la presencia tan cercana de él y al hecho de que no se le fuese de la cabeza la alocada idea de contarle la situación en la que se encontraba. Además, ¿por qué habría él de aceptar su propuesta? Era algo tan irracional como descabellado. Decidió buscar a Amy a ver si necesitaba algo. Estaba segura de que, si se mantenía entretenida, esos pensamientos quedarían olvidados hasta más adelante.

La encontró junto a Keira. Estaban hablando y parecían estar algo serias, con gesto de preocupación. Ambas se quedaron contemplándola mientras ella se acercaba.

—¿Qué tal se encuentra el McLean? —Su hermana fue la primera en preguntarle.

—Asegura que está bien. Ha ido en busca de Balfour para ver si puede echarle una mano con algo que tenga que hacer.

—Imagino que no le has comentado nada acerca del testamento y la fatídica cláusula.

Fiona observó a su hermana entornar la mirada con una mezcla de nervios y preocupación.

—Pues claro que no. ¿Alguien piensa que se me va a ocurrir contarle cuál es la situación que tenemos? —preguntó mirando a las dos mujeres.

—No, claro. Ni siquiera sabemos si ya está casado o si tiene alguna prometida.

—Ni lo está, ni la tiene.

—¿Te lo ha dicho él? —Keira abrió los ojos al máximo ante semejante respuesta.

—Sí. En un momento en el que estábamos hablando, me preguntó si estaba casada, si era yo quien en verdad mandaba en el clan Menzies y si dirigía la vida aquí.

—Supongo que le sorprendió cuando le contaste la verdad —apuntó el ama de llaves.

—Sí, así es.

—¿Piensa quedarse mucho tiempo? —Su hermana quería seguir indagando en lo que había estado hablando con él y cómo iba a afectarles.

—Hasta que se encuentre bien —respondió Fiona sin darle demasiada importancia, pero consciente de que, en aquella situación por la que atravesaba el clan, no le importaría que permaneciese en el castillo el tiempo que necesitase.

—¿Y crees que lo hará pronto y se marchará o bien se quedará en el castillo?

Fiona sonrió con picardía.

—¿Qué intentas decirme, Keira? No te andes por las ramas. No es lo tuyo.

—Pues te diré lo mismo que le comentaba a Amy cuando llegaste. ¿Por qué no podría ser él quien salvase el castillo y el futuro del clan?

—No podemos dejar esa responsabilidad en sus manos —reaccionó Fiona algo ofuscada por ese comentario, que era el mismo que ella se había repetido—. No puedo contarle algo así. ¿Pedirle que se case conmigo? ¿No entiendes que es una postura egoísta por mi parte?

—Hay muchos matrimonios de conveniencia. Y las tres lo

sabemos. —Miró al ama de llaves y a su hermana—. No sería nada descabellado.

—Tal vez con que se convirtiese en un falso prometido...

Fiona se quedó mirando a Amy con la boca abierta ante lo que acababa de expresar.

—Solo hasta que venza el plazo de los tres meses —añadió Keira.

—¿Y después? Se supone que tenemos que casarnos. No vale solo con que sea mi prometido los tres meses que nuestro padre me dio de plazo. —Fiona se envalentonó encarándose con su propia hermana—. ¿Crees que estaría dispuesto a casarse? Ja, es una idea descabellada. Algo que no se sostiene. No. No estoy dispuesta a pasar por esa situación.

—¿Y si durante el tiempo que esté aquí surgiese algo entre los dos?

La pregunta del ama de llaves la convirtió en el centro de atención de las hermanas Menzies.

—¿Estás insinuando que pudiese haber un romance entre mi hermana y el McLean? —Keira realizó la pregunta con un toque de suspicacia.

Las dos hermanas la observaron encoger sus hombros y poner una expresión de sorpresa por la reacción de estas.

—¿Por qué no podría suceder? ¿Hay algún impedimento? Acabas de decirnos que no está casado ni prometido. —Miraba a Fiona con curiosidad mientras la joven parecía tener complicaciones para responderle, de modo que se limitó a sacudir la cabeza—. En ese caso, no hay nada ni nadie que pueda evitar lo que acabo de deciros.

—No voy a comprometerlo con algo semejante. Además, estoy segura de que, si se lo propusiese, saldría huyendo de aquí.

—Eso no lo sabemos, pero, si tan segura estás, tú que has pasado más tiempo con él... En fin, en ese caso, perderemos el castillo a manos de nuestro tío Mordacai.

—Sabemos que es lo que más anhela —aseguró Amy convencida de ello por la disputa que tuvo en su día con el padre de las dos muchachas a cuenta de este y de las tierras.

—Y otra cosa, te aconsejaría que tomaras una decisión al respecto lo antes posible. Si se presenta por aquí y conoce al McLean, más te convendría decirle a este que se haga pasar por tu prometido. Ni qué decir si coincidimos en alguna fiesta en Perth —le resumió Keira bastante preocupada por lo que pudiese dar de sí la situación.

Fiona torció el gesto ofuscada por aquella conversación, pero sobre todo por el comportamiento de ambas mujeres. ¿De dónde sacaba Amy que entre James y ella pudiese surgir algo sentimental?

—Entiendo que la situación no es nada agradable —comenzó explicando con relativa calma—, pero ello no quiere decir que opte por pedirle al primer hombre que aparece en Menzies que se haga pasar por mi prometido.

—¿No crees que su llegada ha sido primordial, jovencita?

Fiona fijó la mirada con toda intención en Amy y su media sonrisa socarrona.

—No irás a decirme ahora que es cosa del destino, ¿verdad? —Ladeó la cabeza contemplando al ama de llaves con las manos en las caderas.

—¿Por qué no? Creo que su llegada ha sido en el momento justo. Y ahora, si me disculpáis, chicas, he de seguir con mis tareas. No descartes lo que acabo de decirte, Fiona.

Esta permaneció en silencio mientras observaba al ama de llaves dejarla en compañía de su hermana. Le lanzó una mirada de

advertencia a Keira para que no dijese nada más sobre el tema, o bien que lo que fuese a decir no la cabrease más.

—Yo no lo considero una locura después de todo. Ninguno en este castillo podemos asegurarte que entre el MacLean y tú pudiese surgir algo. Te dejo con tus pensamientos.

Fiona no abrió la boca mientras escuchaba a su hermana. Era una idea descabellada lo que ambas proponían. No iba a sugerirle que se hiciese pasar por su prometido. Y menos creía que pudiese llegar a sentir algo por él. Y, aunque se diera el caso, ¿quién podría asegurar que el MacLean se enamoraría de ella? Sacudió la cabeza de nuevo desechando todo ese asunto. Pero en algo tenía razón y era que su tío reclamaría el castillo si en tres meses ella no encontraba marido. Debía tomar una decisión, y lo antes posible, o perdería Menzies y sus tierras.

Capítulo 3

—¿En serio piensa quedarse mucho por aquí? —Balfour miró a James con curiosidad.

—En principio, quiero reponerme de la herida.

—Esos malditos *sassenach*. Después de la derrota que les hemos infligido en el paso de Killiecrankie nos tocará prepararnos para la respuesta de Londres.

—No queda otra.

—¿Por qué siguió a Claverhouse?

—Porque la gente de las Tierras Altas somos leales a la familia real Estuardo. Es nuestro legítimo monarca y no el que ha impuesto el Parlamento inglés.

—Lo entiendo, pero no sé qué se ha conseguido, salvo ganar una batalla, como dice la gente. Guillermo de Orange seguirá en el trono y Jacobo en Francia. Los hombres que han combatido y siguen vivos, como usted, regresarán a sus casas como si nada de esto hubiese sucedido. ¿O piensa tal vez seguir la lucha?

—Al menos se intentó cambiar la situación. Hemos dejado claro a Londres que no queremos un rey impuesto. En cuanto a su otra cuestión, no, no. No me quedan ganas de seguir la lucha.

Balfour se rio y sacudió la cabeza.

—¿Cree que eso le va a importar a Londres? ¿Qué les hayamos ganado una batalla por una mala táctica del general McKay? No. Si es necesario traerán más soldados para sofocar cualquier rebelión y pacificar el país. Creo que Claverhouse se precipitó al enfrentarse a Inglaterra. En fin, venga conmigo para que le enseñe los alrededores del castillo.

—Dígame, ¿cómo es que Fiona no se ha casado? Me refiero a que cómo es posible que no haya un hombre dirigiendo el clan.

—Podría haberlo.

—¿En serio?

—Me refiero a su tío Mordacai.

—¿Y qué inconveniente hay para que no lo sea?

Balfour sonrió.

—Las muchachas no quieren ni verlo. Es ambicioso, ladino, capaz de lo peor para lograr sus fines. Estaría dispuesto a arrebatarles el castillo y a echarlas. Fui testigo de las continuas disputas entre los dos hermanos. Y ahora que el padre de ellas ha fallecido...

—Tal vez debería buscarse un esposo que la proteja de ese tío suyo.

—Pues vaya a verla y dígaselo usted. Y después regrese a contarme su respuesta. —Hizo un gesto con la mano en dirección al castillo y sonreía—. Lo que quiere es quedarse sola al frente del clan. Dedicarse en cuerpo y alma a este. Dígame, ¿está usted casado o comprometido con alguna lugareña?

—No. No me he preocupado por buscarme una esposa. Son tiempos complicados los que nos tocan vivir.

—¿Lo dice por la pequeña rebelión de Claverhouse? No se preocupe, que ya ha sido sofocada.

—Pero no descarto que pueda repetirse en algún otro momento. Y, la verdad, no me gustaría que mi mujer se quedase viuda, como

le ha sucedido a la marquesa de Montrose.

—Cierto, la pobre Jane se quedará sola al frente del clan Graham de su fallecido esposo.

—¿Lo ve? A eso mismo me refiero.

—Pero en algún momento tendrá que casarse, independientemente de si hay guerras o no. Cuando sea el jefe de los McLean, ¿no?

—Para eso confío en que quede mucho tiempo.

—Entonces, ¿no tiene ninguna muchacha a la vista que le pueda interesar?

—¿No estará pensando emparejarme con Fiona? Después de lo que me ha contado de ella...

—Descuide. Ya le he dicho que no quiere casarse. No le gusta que se le mencione si quiera.

—Antes hemos estado charlando de ello y no pareció que se sintiese a disgusto con el tema.

—Entonces, es porque usted le cae bien, McLean. O porque es su invitado y no querrá que queden a mal el tiempo que permanezca en las tierras del clan Menzies.

James sonrió escuchando las explicaciones del viejo Balfour y de paso pensaba en la joven Menzies. Era bonita, atenta y muy entregada a la causa siendo la dueña del castillo. Y le había sorprendido no encontrarla casada, pero ya le había contado el viejo escocés que no era lo que ella quería.

—Estoy en deuda con ella por salvar mi vida. Le he pedido que me diga cómo quiere que la compense.

—¿Y qué le ha dicho? —Balfour entrecerró los ojos mirándolo con inusitada expectación.

—De momento no me ha pedido nada.

—Lo imaginaba.

—Pero no quiero aprovecharme de la situación y pasar aquí unos días sin darle nada a cambio. No lo veo justo.

—Bueno, no se preocupe. Tal vez, con el paso de los días, ella le pida algún favor. No desespere. Aunque ya le advierto de que la joven Fiona Menzies es un caso aparte.

—Ya me he dado cuenta en lo poco que la he tratado.

—Ella es así. Todavía estoy por ver si alguien consigue hacerla cambiar de opinión —sonrió el viejo Balfour—. Sería capaz de esgrimir una *claymore* ante esa persona para hacerla desistir. Véngase conmigo a echar un vistazo a los animales. De ese modo, se sentirá algo mejor haciendo algo por ella.

James asintió sin decir más y siguió pensando en la joven Menzies.

***

Fiona estaba sentada en el salón delante del fuego. Su mirada permanecía fija en las llamas danzarinas. Escuchar el crepitar de la madera la mantenía relajada. Había conseguido dejar su mente en blanco por fin, después de estar todo el maldito día dándole vueltas y más vueltas al tema que la atormentaba. El funesto testamento. ¿Cómo iba a hacer para no perderlo todo? ¿Y por qué diablos su padre le había hecho eso? Cerró los ojos inclinándose hacia delante apoyando la cabeza en sus manos. Mantuvo esa postura tratando de olvidarse de todo ajena a que James MacLean la contemplaba desde la entrada.

Él se detuvo cuando percibió su presencia. No quiso interrumpirla, pues le parecía que estaba pensando en algo; o tal vez descansando. Sin embargo, decidió quedarse un rato más admirando su belleza. Se había soltado el pelo, dejándolo caer sobre

la espalda y los hombros, ocultando su rostro con una tupida cortina de rizos. Se fijó en la manera en la que la tela del vestido se ceñía a su cuerpo de una forma insinuante. Sonrió tímido pensando en esto cuando ella se recogió el cabello y volvió la cabeza en su dirección, como si presintiese que él la estaba mirando.

Se sintió turbada al darse cuenta de que la estaba contemplando ensimismado. El calor que sentía por todo el cuerpo debido al fuego del hogar provocó que su rostro enrojeciese. Se incorporó del sillón con las manos entrelazadas y se quedó observándolo.

—No sabía que estaba usted ahí.

—No quise interrumpir sus pensamientos. Por ese motivo permanecía callado. Estaba usted pensativa e incluso preocupada, me atrevería a decirle. ¿Va todo bien? Ya sé que soy un intruso recién llegado y...

—Invitado —lo corrigió de inmediato.

—¿Cómo dice?

—Usted no es un intruso. Es nuestro invitado en el castillo.

—Le agradezco su aclaración. Como le decía, no tengo la confianza necesaria para preguntarle qué es lo que le pasa.

—Las esperadas preocupaciones que conlleva ser la autoridad del clan Menzies.

James asintió sin apartar la mirada de ella. Le daba la impresión de que estaba nerviosa.

—Creo que debería dejarla sola con sus devaneos.

—No, no se marche todavía —le pidió extendiendo su brazo como si pretendiese detenerlo. Luego le indicó el otro sillón para que se sentase.

—En ese caso... —Aceptó su invitación y ocupó el que quedaba frente al fuego, sin perder detalle de cada uno de los gestos de ella.

—¿Qué tal le ha ido el día? Solo lo he visto un momento en la

cena. Supongo que Balfour lo ha tenido ocupado.

—Sí, podría decirse que el día ha sido muy provechoso gracias a Balfour.

—¿Cómo tiene la herida? ¿Le duele o le ha sangrado?

James sonrió bajando la mirada hacia el costado.

—La verdad es que no me he dado ni cuenta. Supongo que se irá cerrando con el paso de los días.

—Solo procure no hacer ningún movimiento brusco ni cargar con peso. O se le terminará por abrir.

—No me gustaría darle más trabajo del que ya tiene. Dígame, ¿se marcharon muchos siguiendo a Claverhouse?

La pregunta de él la dejó confusa. Se echó un poco hacia atrás sacudiendo la cabeza con el ceño fruncido.

—Un puñado de hombres desobedecieron mis órdenes, como le dije. Algunos jóvenes y los que todavía podía manejar un arma. Se marcharon al amanecer, sin que yo los viera ni los pudiese detener —le contó sintiendo todavía la rabia de aquel día cuando lo descubrió—. Por el momento no ha regresado ninguno. Y mejor que no lo hagan...

—¿Por qué piensa que la desobedecieron?

—Por ser mujer —le respondió con claridad y determinación. Sin pensarlo si quiera.

—Parece muy segura de lo que dice.

—Lo estoy. No me cabe duda alguna de ello. Se marcharon los que no parecían estar dispuestos a que una mujer les diera órdenes.

—Pues, por lo que le he visto hacer, me parece que lo tiene todo controlado.

Ella sonrió y experimentó calor en las mejillas.

—Se lo agradezco. —Desvió la mirada del rostro de él hacia el fuego durante unos segundos. Su proximidad o su manera de

mirarla parecían afectarle—. ¿Tan cruenta fue la batalla?

James percibió la inquietud en el tono de sus palabras. Volvió el rostro para fijarlo en él. Y se quedó prendido en el brillo hipnótico de sus ojos.

—Lo fue. Créame. Todavía no sé cómo logré salir con vida de allí.

—No había llegado su hora.

Sonrió ante aquel comentario.

—Sí. Eso debió ser. No era mi momento. Pero, dejando la batalla a un lado, dígame, ¿ha pensado en algo con lo que pueda compensarla? He estado echando una mano a Balfour, pero siento que no lo bastante después de lo que usted ha hecho por mí.

Fiona se humedeció los labios y apartó la vista hacia las llamas danzarinas. No podía mirarlo y que por su mente se pasase aquella alocada idea. Se limitó a sacudir la cabeza.

—No... Yo... No hace falta que...

—Insisto. A los MacLean nos gusta corresponder a aquellos que se portan bien con nosotros. Por eso se lo digo. No quiero marcharme y estar deuda con usted.

—Puede marcharse de regreso a su casa cuando lo considere oportuno —se lo dijo pensando en que, cuanto más tiempo pasase allí, más complicado se le haría despedirlo. Podría llegar a acostumbrarse a su presencia en el castillo. E incluso plantearle la cuestión del testamento.

—¿Qué ha pasado para que cambie de opinión? Cuando llegué herido y usted me atendió, dijo que me quedaría aquí hasta estar restablecido. Entonces, ¿puedo marcharme ya?

Fiona permanecía callada. La situación parecía complicarse más debido a sus cambios de opinión. Él tenía razón. Le había asegurado que se marcharía cuando estuviese recuperado. Pero eso fue antes de la conversación que había tenido con Amy y con Keira ese día.

—Entiendo que quiera marcharse. No puedo retenerlo aquí.

—¿Qué me dice de su tío?

—¿Qué pasa con él? —Frunció el ceño mirándolo contrariada por esa cuestión.

—Balfour me ha asegurado que no se llevan bien y que incluso, ahora que ha fallecido vuestro padre, podría arrebatarles el castillo y las tierras. ¿Es cierto eso? ¿Las echaría de aquí? —Hizo un gesto con la mano señalando el salón.

Fiona palideció al escucharlo. ¿Le había contado Balfour lo del testamento? La condición que había para que ella se quedase con el castillo. ¿Por qué?

—¿Qué más le ha contado Balfour? —Entornó la mirada temiendo que le hubiese revelado la verdad sobre el tema. Tal vez, sin pretenderlo, el viejo escocés le había allanado el camino para pedirle a James que se quedase haciéndose pasar por su prometido. Aunque fuese una completa locura.

—Que no quiere casarse. Que prefiere seguir soltera al frente del clan. Pero con el asunto de su tío... No lo tengo nada claro, si él está dispuesto a quedarse con todo.

Fiona percibió cierto tono de preocupación en su voz, pero también en la expresión de su rostro. Y, llevado por esta, posó su mano sobre la de ella con suavidad, transmitiéndole una calidez desconocida. Tragó saliva y se volvió a humedecer los labios, fruto de los nervios del momento.

—Así es.

—Pero imagino que habrá algo que pueda hacer para evitarlo.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados, estudiando las posibilidades que tenía con él. No perdía nada por arriesgarse a contárselo. Al fin y al cabo, él había sacado el tema. Estaba segura de que se acabaría marchando y el problema sería solo de ella. ¿Qué

más daba?

—Encontrar a un hombre que esté dispuesto a casarse conmigo.

James se apartó de ella lo justo para contemplarla con cierta incredulidad. Sacudió la cabeza ante aquella confesión que, sin duda alguna, acababa de paralizarle el pulso. ¿Cómo podía ser cierto algo así? Y entonces cayó en la cuenta.

—¿Necesita un hombre a su lado? ¿Es por eso? Ya se lo comenté cuando nos conocimos. Me extrañaba que usted fuese la jefa del clan. Que no hubiese un marido en el castillo.

—Esa es la única condición para que nuestro tío no nos lo arrebate todo.

—¿La única? ¿No existe otra posibilidad? ¿Me está diciendo que, si no encuentra un pretendiente, lo perderá todo?

—No, no la hay. Y ahora, si me disculpa, creo que debería retirarme a descansar. Este tema me agota, la verdad.

Se levantó del sillón retorciéndose las manos, fruto de los nervios. Le dirigió una última mirada y vio que él también se incorporaba quedándose de pie ante ella, observándola con curiosidad, algo que a Fiona no le sorprendía.

—Lamento escucharle decir esto.

—Yo también lo lamento.

—¿Y qué hará? Resignarse y entregarle todo a su tío.

—Tengo tres meses para encontrar un prometido, o al menos alguien que se haga pasar por tal. —Movió las cejas con toda intención, como si lo estuviese invitando a que diera el paso para que fuese él quien ocupara ese lugar.

—Y, al final, tendrá que casarse con él.

—En efecto, pero el tiempo que estemos prometidos servirá para pensar qué hacer al respecto.

—Un matrimonio no es algo que tomarse a la ligera. Es para

toda la vida.

—Entonces, tendré que encontrar a alguien que esté tan loco como yo para llevar a cabo la farsa hasta el final.

—Un matrimonio sin ningún cariño.

—¿Acaso cree que los que se celebran lo son? —respondió con una sonrisa burlona—. Creo que por hoy ya es suficiente. Que descanse, señor McLean.

—Lo mismo le deseo. —James permaneció en el sitio viéndola alejarse y abandonar el salón sin volverse a mirarlo. Ni él tampoco tuvo la valentía de salir detrás de ella para retenerla. Pero ¿con qué intenciones?, se preguntó volviéndose a sentar con la mirada ausente, mientras las palabras de ella revoloteaban en su mente. ¿No estarás pensando en ofrecerte como un prometido ficticio?, le preguntó una voz en su cabeza, como si de un amigo se tratase. Sería una completa locura. Una majadería, se respondió él mismo.

Fiona se detuvo en el pasillo donde estaba su habitación apoyando la espalda contra el frío muro. Cerró los ojos y suspiró dejando salir el aire, que se había visto obligada a retener cuando pensó que él aceptaría. Sí. Durante unos segundos creyó que él se ofrecería como su ficticio prometido para ayudarla. Algo egoísta por parte de ella pensarlo solo porque le hubiese curado la herida que traía y dado cobijo en el castillo. No haría algo semejante. Cerró los ojos y permaneció allí parada durante unos segundos en los que soñó con esa posibilidad. Además, por lo poco que lo había tratado, no se parecía en nada a otros hombres que había conocido. James MacLean era educado, atento, servicial y atractivo, algo en lo que no había querido detenerse a pensar. Hacerlo en ese instante le provocó una inesperada subida del calor de su cuerpo, obligándola a refugiarse en sus aposentos por temor a que alguien pudiese verla. Luego comenzó a pasear por estos como una fiera en una jaula; con

una mano sobre su frente mientras se ponía más y más nerviosa. No podía dejar de pensar en él y en lo que ello le suponía. Abrió la ventana y se asomó al frío de la noche con el propósito de relajarse.

—No termino de creerme que esté pensando en esa posibilidad. Y que al mismo tiempo una parte de mí quiera que suceda. ¿Por qué? No puede ser cierto que lo esté considerando.

Se apartó del viento nocturno de aquella región y se sentó sobre la cama. Lo cierto era que, si no encontraba a alguien cuanto antes dispuesto a casarse con ella, lo perderían todo a manos de su tío. No podía dejar que este se saliese con la suya. Debía pensar en los demás miembros del clan Menzies. Solo que... Era una idea descabellada. Con ese pensamiento se dejó caer hacia atrás sobre la cama y se relajó hasta quedarse dormida.

Capítulo 4

James estaba despierto y en pie antes de que el amanecer fuese una completa realidad. La conversación de la pasada noche con Fiona no le había dejado descansar del todo. Había dado vueltas en la cama e incluso se había levantado en mitad de la noche pensando en la situación. El destino era algo cruel con ella, se dijo. Pero ¿qué podía hacer él? Ella le había acogido y curado la herida de la batalla. Le había ofrecido un lugar para quedarse el tiempo que hiciese falta, hasta reponerse. Estaba en deuda con Fiona y así se lo había dicho desde el primer momento. Pero ¿esa deuda era tan grande como para ofrecerse como su prometido? Aunque se tratase de una ficción, nadie podría asegurarle que pudiese llegar a sentir algo por ella, más allá de la amistad que podrían forjar con el paso del tiempo. Él no hablaba de amor. Ni de sentimientos. No podía prometérselos, ni ella creía que se los pidiese. Si él se ofrecía como su salvación, tendrían que establecer una serie de normas, pero que al mismo tiempo no resultasen sospechosas para todos los demás.

Resopló dándose cuenta del paso que iba a dar, aunque no así de las consecuencias que traería consigo para los miembros del clan Menzies.

—No tienes buena cara esta mañana —le dijo Keira a su hermana cuando la vio aparecer por el salón. Se fijó en sus ojeras y en cómo la expresión de su rostro mostraba cansancio. Ella entendía que Fiona no estaba atravesando una etapa fácil desde que se dio a conocer el testamento de sus padres y en especial la maldita cláusula.

—Lo sé. Me he dado cuenta cuando me vi en el espejo —sonrió con una mueca burlona.

—Supongo que se trata del asunto de tu matrimonio.

—Supones bien. —Se concentró en ir preparándose algo para desayunar antes de pensar en cualquier tema.

—¿Le has comentado algo a quien tú ya sabes?

La cautela en el tono de su hermana sorprendió a Fiona, quien pese a todo se echó a reír.

—No ha hecho falta.

—¿Por qué dices eso? —Keira se sobresaltó.

—Balfour se me adelantó contándole que no tengo un marido, como él ya sabe. Además, habló de nuestro querido tío y de que ansía este castillo y las tierras. —Estaba algo enojada con este por no haber contado con ella. Pero también se sentía agradecida porque le había hecho un favor. Sí. Le había allanado el camino.

—Vaya, pues reconoce que pese a todo te ha ayudado un poco, ¿no crees?

—En cierto modo. Por suerte no le mencionó nada de la boda y del testamento. Eso lo hice yo misma anoche.

—Bueno, ¿y él te ha dicho algo?

—Puedes hacerte una idea. —Cogió un tazón donde vertió leche y avena, ajena a las miradas de su hermana, y a la presencia de James en el umbral del salón.

Este apareció de repente sin que ninguna de las dos hermanas lo

esperasen. Keira arqueó las cejas mirando a Fiona, quien estuvo a punto de derramar la leche sobre la mesa. Por un momento, temió que las hubiese podido escuchar.

—Buenos días. Espero no molestarlas.

—No, claro. Tranquilo. Puede sentarse donde quiera y servirse de comer —le indicó Keira al darse cuenta de que su hermana se había quedado callada al verlo.

—Gracias.

—¿Ha descansado a pesar de la herida?

—Sí. Creo que va mejorando. —Dirigió su atención hacia Fiona. Se había sentado frente a ella, como si con este gesto quisiera tener una mejor visión de ella. La observaba comer en silencio mientras su hermana hablaba con él.

—Pero no pretenderá marcharse todavía, ¿no? —preguntó Keira deseosa por saber más acerca de lo que él tenía pensado.

Fiona levantó la vista de su tazón atenta a lo que el MacLean tuviese que decir.

—No se preocupe. No lo haré, por el momento —dijo mirando a Fiona tratando de hacerle ver que iba a quedarse en el castillo. Y así sería si ella lo aceptaba. Le había estado dando vueltas en la cabeza. Estaba en deuda con ella y no era justo que pudieran perderlo todo por un maldito testamento.

—En ese caso, quédese y asista a la fiesta que dan los Moncreiffe en su castillo de Tullibole.

Fiona dirigió una mirada a su hermana, que podría haberla fulminado si tuviese ese poder. ¿Cómo se le ocurría invitarlo? Desvió su atención hacia él, que le parecía algo confuso por la situación. Motivo que aprovechó Fiona para echarle una mano.

—Pero, Keira, no ves que el señor MacLean tiene que descansar de su herida. El ajetreo podría abrírsela y tener que permanecer más

tiempo aquí.

—No creo que vaya a pasarle nada por visitar al clan Moncreiffe. Además, irá a caballo, lo cual lo cansaría menos.

Keira parecía estar disfrutando del aprieto en el que se encontraba su hermana. ¿Qué le sucedía? Le había comentado que él ya conocía la situación en la que se encontraban. Luego, no creía que fuese un problema que él acudiese a Tullibole. ¿Y qué mejor ocasión que hacerlo como su prometido?, se preguntó pensando en esa posibilidad.

—¿Cree que se encuentra en condiciones de viajar, James? —interrogó Keira sin dejar pasar la ocasión de que fuesen juntos.

—No creo que la herida me impida montar a caballo.

—¿Lo ves? —Miró a su hermana con una sonrisa enigmática, que no pareció gustarle nada—. Es más, creo que os voy a dejar para que sigáis hablando. Nos vemos luego, Fiona. Señor McLean, disfrute de la compañía de mi hermana.

—Gracias, señorita.

Fiona abrió la boca para decirle algo, pero, cuando quiso reaccionar, Keira había desaparecido del salón dejándola a solas con él.

—No le haga caso. No está obligado a asistir a la recepción de los Moncreiffe si no quiere. Puede permanecer en el castillo.

—Lo cierto es que no me importará acudir con ustedes. Y no hace falta que se preocupe por la herida. Está mucho mejor.

—Debería echarle un vistazo, si me lo permite. Y ver por mí misma si es cierto.

—Parece que no se fía de mi palabra —sonrió con diversión al escucharla.

—Claro que me fío de usted, pero me quedo más tranquila si la examino. —Se había levantado de la silla y se dirigía hacia él cuando

James la miró sorprendido por su reacción.

—Pero... ¿Aquí y ahora?

A ella le pareció confundido e incluso algo tímido.

—¿Qué mejor momento? Termine de desayunar mientras voy por tela. Cambiaremos el vendaje.

—Como guste —asintió viéndola salir del salón mientras él se quedaba a solas. Lo cierto era que la fiesta del clan Moncreiffe no había podido llegar en mejor momento. Le plantearía quedarse en el castillo y ayudarla con su problema. La vio regresar en compañía de Amy, el ama de llaves.

—Está bien. Veamos esa herida, caballero —le dijo haciendo un gesto con la mano hacia el costado de él.

—¿No se fía de su criterio y trae refuerzos? —le preguntó en modo irónico consiguiendo que el rostro de ella se encendiese, lo que sin duda fue toda una sorpresa para él. La encontraba más bonita con el ligero color. Se subió la camisa dejando a la vista el vendaje.

—Estese quieto un momento en lo que se lo retiro.

James creyó que sería algo sencillo, pero, cuando notó las yemas de los dedos de ella sobre su piel, la sintió erizarse hasta límites insospechados. Jadeó sin pretenderlo, lo cual captó la atención de las dos mujeres.

—¿Le duele? ¿Le hago daño?

—No, no se trata de eso, sino de que sus dedos están poco menos que helados. ¿Dónde diablos los ha tenido metidos? ¿En un cubo de hielo? —La contempló reírse de manera cínica mientras seguía atareada quitando el vendaje hasta dejar la herida al descubierto.

—No sea tan quejica. Es cierto que tiene buen aspecto. ¿Qué opina, Amy?

La mujer se acercó fijándose en cómo la herida había cerrado.

—Es complicado que se le abra. Pero debería tener cuidado cuando ande con Balfour por ahí.

—Lo haré. Descuide.

—No obstante, volveremos a vendársela —le dijo Fiona cogiendo el lienzo para cubrírsela.

—Si no me necesitas, jovencita, regresaré a mis quehaceres. Le dejo en las mejores manos. —El comentario de la mujer le provocó una sonrisa a James.

—No le haga caso.

—Bueno, supongo que tiene experiencia, dado que es la jefa del clan, y no tienen un doctor. —La contemplaba trajinar con la tela, una daga y un ungüento.

—Voy a ponerle un poco de esta crema para suavizar la piel alrededor de la herida. Trate de no moverse si siente fríos mis dedos —le aconsejó riendo para ella misma.

—Lo tendré en cuenta.

Fiona aplicó con cuidado la crema tratando de no rozarle la herida. Cuando terminó, cogió el lienzo de tela y comenzó a cubrirlo pasándolo alrededor de su cintura. La cercanía del cuerpo del él con el suyo comenzó a provocarle una ola de calor y ciertos sudores. No quería levantar la mirada porque sabía que se encontraría con la de él, fija en su cabeza. Su pulso parecía ganar velocidad sintiendo su cercanía, así como su respiración.

James no apartaba su atención de la espesa cabellera de color oscuro de ella. Y cuando terminó se apartó de él unos pasos con gesto satisfecho.

—Creo que en breve estará repuesto y podrá irse. Salvo que quisiera hacerlo ya.

Los dos se quedaron en silencio durante unos segundos,

observándose de manera fija, como si fuese un duelo. Fiona entreabrió los labios notando que le faltaba el aire. Luego se colocó un mechón detrás de su oreja y dibujó una media sonrisa. No sabía por qué lo había dicho. Una parte de ella así lo quería para no tener que complicarle la vida. Por el contrario, si pensaba en esa posibilidad, su sueño de mantener el castillo y las tierras se esfumarían porque estaba segura de que no tendría otra opción de encontrar un prometido.

James la observaba como si fuese una especie de aparición. Una ninfa de aquellos parajes agrestes que circundaban el castillo y las tierras del clan Menzies. No, no quería irse de allí. No podía. Sentía la obligación de compensarla por lo que había hecho por él. Comenzó a sacudir la cabeza, lo que provocó que ella lo contemplase con el ceño fruncido sin entender nada.

—No, no quiero marcharme.

Ella respiró aliviada al escucharle.

—Bueno, puede quedarse el tiempo que precise para reponerse. No voy a echarlo a la calle, ya se lo dije. —Lo vio cruzar los brazos y apoyarse contra le mesa mientras su manera de mirarla comenzaba a causarle estragos.

—¿Y si no pretendiese marcharme nunca?

—¿Cómo...? ¿De qué...? Pero ¿por qué...? —comenzó a balbucear, fruto de los nervios.

—Veo que no es capaz de formularme una pregunta. En ese caso, se lo repito: ¿y si decidiese quedarme?

—¿Por qué iba a hacer algo semejante?

—Por usted.

—¿Por mí? No lo entiendo.

—Cuando me acogió aquí y me curó, salvando mi vida, le dije que estaba en deuda con usted.

—Es algo que ya he olvidado.

—Yo no. Y por ese motivo insisto en ello. Y, si no me pide algo a cambio de su ayuda, yo se lo ofreceré.

Lo vio entornar la mirada y arquear las cejas de un modo que a ella le provocó un escalofrío. Su cuerpo se estremeció pensando en lo que él parecía querer decirle. Experimentó un ligero pálpito en el pecho.

—¿No estará pensando en lo que hablamos anoche? Porque nunca se lo pediría.

—¿Por qué?

—Porque no es justo ni para usted ni para mí. No pienso hacerlo.

Se mantuvo rotunda en sus explicaciones a pesar de que en el fondo deseaba que él fuese su falso prometido.

—Escuche, si yo aparezco en la velada de los Moncreiffe como su prometido, nada ni nadie podrá quitarle lo que es suyo.

—Pero ¿se da cuenta de lo que me pide? ¿De lo que eso supondría?

—¿Qué importancia tiene? No hace falta que nos comportemos como si en verdad estuviésemos comprometidos.

—Y, llegado el día, ¿se casará conmigo? —Se envaró ante él sin miedo a las consecuencias de su gesto. Le sostuvo la mirada en un modo desafiante esperando que él se echase atrás dándole la razón. Era atractivo, serio, amable y caballeroso. Su mirada le causaba estragos por momentos, y ella se veía obligada a apartarse para no dejarse en evidencia. Era un peligro del que quería escapar como fuese.

—¿Lo hará usted si se lo pido?

Fiona sacudió la cabeza sin poder creer en nada de lo que estaba sucediendo. ¿Qué clase de locura se había adueñado de él?

—No sabe lo que está haciendo.

—A lo mejor se sorprende. Tendremos que construir una historia creíble a ojos de todos. En especial para su tío.

Ella creía que se iba a caer del mareo que sentía.

—Todo esto es una completa locura, ¿no se da cuenta? ¡Inventar una historia!

James se acercó hasta ella y la sujetó por los brazos obligándola a levantar el rostro hacia él para mirarlo.

—Entonces, es que ambos estamos locos. —Por un instante deseó besarla allí mismo cuando ella le devolvía una mirada llena de intriga y temor a lo desconocido—. ¿Y si es esta locura lo que necesitamos para darnos cuenta de que, a pesar de todo, yo debía acabar aquí?

Ella se apartó unos pasos contemplándolo contrariada por lo que acababa de decir.

—¿Me está diciendo que algo dirigió sus pasos aquí para ayudarme? Creo que delira. A lo mejor se le ha abierto la herida y se le ha infectado. ¿No tendrá fiebre? —Fiona colocó su mano sobre la frente de él, pero no percibió un calor extremo.

—No estoy delirando. No sé lo que me trajo hasta aquí. Pero tal vez la razón sea usted. No se haga más preguntas y comencemos a planificar nuestra historia. Piense en salvar su clan. Usted es la persona que debe protegerlos. Ellos confían en usted.

Fiona se llevó la mano a la boca para ahogar sus carcajadas ante semejante disparate. Ahora que él había accedido a ayudarla y ser su prometido ficticio, ¿a qué le tenía miedo? ¿A que la gente descubriese que era un engaño o a que ella misma pudiese acabar enamorada del apuesto McLean? Eso terminaría con su promesa de mantenerse soltera al frente de su clan.

Capítulo 5

—¿De dónde espera que lo saque? Me refiero a qué voy a inventar para que su presencia sea creíble. No creo que...

—Está claro que he acabado por azar en el castillo de Menzies. Podemos asegurar que nos conocemos desde hace tiempo. Antes de que yo me marchase a París y ahora he regresado hace unos meses. He tomado partido por la causa de la familia Estuardo, y el resto.... Bueno, ya lo conocemos. Caí herido y... llegué hasta aquí sin saber dónde me encontraba. Usted me reconoció y creo que lo sucedido a continuación no hace falta inventarlo, porque es tan real como que la estoy viendo a usted poner cara de no creerme.

Ella resoplaba y gesticulaba como si no supiese bien qué responder. Le daba la impresión de que para él era fácil, como una especie de juego.

—Eso es lo que menos me preocupa —agitó una mano delante de él enrabietada por haber aceptado participar en aquella farsa.

—¿Y qué es lo que en verdad le preocupa? Dígamelo.

Fiona apretaba los labios presa de la agitación que sentía. La presencia de él allí mirándola como si en verdad estuviese interesado en ella...

—No estoy segura de que vaya a salir bien, después de todo.

Además, anoche usted me decía que el matrimonio era algo serio. Para toda la vida. Y esta mañana parece que se lo toma como un juego.

—Y sigo creyéndolo.

—¿Es que piensa casarse conmigo?

A James le parecía algo decepcionada, como si en realidad una parte de ella no quisiera prestarse a esa farsa. Se acercó mirándola con respeto por lo que estaba haciendo para proteger a su clan.

—Deje que le diga que la admiro por su valentía al acceder a esta... representación.

—¿Y de qué me sirve su admiración si al final todo se descubre? —Se apartó de él dándole la espalda para tratar de recomponerse y pensar en algo que no fuese aquella *representación*, como él había dicho.

—No tiene por qué. No creo que su tío vaya a estar vigilándonos en todo momento para saber si actuamos o en verdad lo sentimos.

—No comprendo cómo puede prestarse a esta comedia.

—Porque, como le dije, estoy en deuda con usted. Me he prometido ayudarla.

—Pero el riesgo que usted corre es infinitamente superior a lo que yo hice.

—No se equivoque, señorita Fiona. Me salvó la vida. Desfallecía cuando divisé su castillo, y usted lo sabe. Podría haberme dejado tirado en la entrada, desangrándome hasta morir. Muerto de sed. Pero no lo hizo. Y en pago por ello aceptaré ser su prometido el tiempo que sea necesario.

—Pero tendrá que casarse. ¿No se ha dado cuenta de ese detalle? —Avanzó hacia él movida por el ímpetu de hacerle ver cuál era el resultado final. Y de repente se vio sujeta de nuevo por sus manos y atrapada en lo enigmático de su personalidad. En aquella

locura que ella había imaginado sin querer pensar que se hiciese realidad.

—Entonces, nuestra representación tendrá que ser convincente en todo momento. Que todos piensen que de verdad estamos enamorados.

Ella no pudo evitar volver a reírse ante semejante comentario.

—¿Enamorados? Pero... es usted como Amy, que piensa que podría surgir el amor entre nosotros. —La mirada recelosa de ella no pareció afectarlo lo más mínimo.

—Podría surgir y ya no tendríamos que fingirlo.

Fiona sacudía la cabeza sin querer creerlo del todo. ¿Cómo se le ocurría semejante pensamiento?

—Creo que el señor MacLean no va desencaminado del todo. —La voz de Keira captó la atención de los dos. La vieron avanzar hacia ellos con una mirada franca y directa—. Vuestra discusión ha captado la atención de algunas personas, incluida yo. He venido a pediros que bajéis la voz. Y de paso a ayudaros.

—¿Puedes creer lo que dice? ¿Que su llegada al castillo ha sido fruto del destino? ¿Qué tenía que venir para salvarme de la situación en la que me encuentro? —Fiona estaba fuera de sí, mirando a su hermana mientras le explicaba la situación, y señalaba con su mano al McLean.

Keira se fijó en cómo se comportaba esta. Su manera de reaccionar ante los comentarios de él. ¿Qué le sucedía en verdad? ¿Tenía miedo a acabar sintiendo algo por James? Tal vez él le gustase y por eso mismo se había mostrado reacia a no plantearle la situación. Tendría que darle las gracias a Balfour, pensó.

—¿Y si así fuera? ¿Qué problema habría? Lo que de verdad importa ahora mismo es crear una historia entre vosotros dos para que la gente se la crea, Fiona. ¿O es que acaso piensas improvisar

sobre la marcha?

La mayor de los hermanos Menzies resopló y dejó caer los hombros en señal de derrota. Se apoyó contra la mesa porque temió que pudiera caerse.

—Escuche a su hermana, por favor.

Fiona levantó la mirada hacia James y experimentó un ligero cosquilleo en el estómago. Ahogó las risas por la situación y cerró los ojos por unos segundos.

—Es una completa locura. Lo sabía y por eso no comenté nada.

—Deberías ver el lado bueno. —Keira miró a su hermana con una media sonrisa irónica.

—¿Lo hay? ¿Cuál? Porque, la verdad, estoy algo perdida en toda esta situación.

—Tienes a un hombre guapo dispuesto a convertirse en tu prometido.

Fiona no dijo nada entonces. Era cierto que el MacLean le parecía atractivo y que una parte de ella había soñado con que fuese su prometido, pero no esperaba que su sueño pudiese acabar siendo realidad. Le dirigió una mirada bastante reveladora de lo que él le parecía, sintiéndose algo culpable por hacerlo, por considerarlo de esa manera.

—¿Y qué historia vamos a darle a la gente? —De nuevo, volvió la rabia a la mayor de los hermanos Menzies—. A ver, ya que estás tú aquí, dínoslo. —Miró a su hermana con las manos en las caderas en una pose autoritaria, pero con un toque irónico.

—Podríais haberos conocido hace algún tiempo. Él se marchó a París a completar su formación y sus estudios.

—Eso es cierto. Pasé algunos años allí, como le dije a su hermana. Pero no parecía estar escuchándome —asintió y entornó la mirada hacia ella.

—Perfecto. Y ahora ha regresado y se ha visto envuelto en la rebelión de Claverhouse donde ha resultado herido. El resto es sencillo. —Keira se mostró tajante mirando a James a ver qué le parecía.

—Sería acertado contar lo que me ha sucedido. Dará más credibilidad a nuestra historia —aseguró él pasando su mirada de una hermana a la otra mientras él se apoyaba sobre la mesa y cruzaba los brazos.

Su pose cautivó a Fiona, que no pudo dejar de contemplarlo. Era un hombre interesante, atractivo y... Cerró su mente de golpe al darse cuenta de lo que estaba haciendo y prestó atención a la conversación de Keira con él.

—¿Se refiere a que ha combatido contra los ingleses y ha resultado herido? —Fiona pareció recobrar interés en la historia y lo miró intrigada.

—Así es. Justificaría mi relación con usted.

—¿Y por qué estaría dispuesto a ser mi prometido? —Fiona se mordía el labio con gesto expectante.

—He regresado a mi casa y me he encontrado con la rebelión. He caído herido y he acabado aquí. Lo demás... es sencillo de explicar. Al fin y al cabo, es lo que ha sucedido.

Fiona parpadeó en repetidas ocasiones sin dar crédito a la historia que su hermana y él estaban creando.

—Eso mismo le estaba planteando a Keira, cuando usted ha llegado.

—¿Y qué relación teníamos?

—Amigos desde hace años. En ocasiones coincidimos en alguna fiesta en Perth. Solíamos acudir dadas las numerosas invitaciones que ambos clanes recibíamos. En una de esas nos conocimos. En otras fuimos congeniando y profundizando nuestra amistad. Poco

después me marché a Francia, pero añado que no hubo un momento en el que no pensase en usted.

Ella se sonrojó cuando lo escuchó y algo en su interior le advirtió que podía ser convincente. Pero lo que la cautivó fue su manera de dirigirse a ella. Como si en realidad hubiese sido así.

—Suena muy poético.

—Pero valdría para explicar vuestra relación —apuntó Keira tratando de ser más optimista que su propia hermana—. Él vuelve a Escocia justo cuando Claverhouse incita a la rebelión contra Londres. El resto ya lo conocemos. Lo reconoces cuando lo ves llegar malherido y decides alojarlo aquí hasta que se recupere. Ambos os reconocéis y os dais cuenta de que, a pesar del tiempo y la distancia, nada ha cambiado. Que seguís sintiendo lo mismo de aquellos días.

—Habrá gente que se muestre reacia con usted. Me refiero a que ha seguido a Claverhouse. No todos lo han hecho —interrumpió Fiona queriendo que no hubiese ningún cabo suelto.

—Lo entiendo, pero supongo que también los habrá a favor de la casa Estuardo. No os preocupéis, sabré capear el temporal —señaló él.

—¿Y si no se creen la historia? —Fiona volvió a quedarse mirándolo de manera fija y angustiada.

—Deje que le diga que es usted poco optimista, señorita Menzies. Tengo la impresión de que quiere que alguien descubra nuestro pequeño secreto. De todas formas, una vez que nos hayamos casado, poco importará quién sea yo.

—¿Casarnos? ¿Es que piensa seguir adelante hasta el final? —Fiona insistió una vez más centrándose en él. El temor impregnó el tono de su voz porque no esperaba que él estuviese dispuesto a ello.

—Es el fin de esta comedia. Si no contraemos matrimonio, lo

perderá todo.

Keira no podía dar crédito a que él estuviese dispuesto a casarse con su hermana para que esta retuviese el castillo y las tierras de los Menzies. No había pensado en ello hasta ese instante en el que él lo recordaba. Y tenía toda la razón.

—Así es, Fiona. Es el fin de la farsa que vais a representar. Si estáis prometidos es porque estáis dispuestos a casaros.

—Estoy en deuda con usted y lo sabe. Le he dado mi palabra y pienso cumplirla hasta el final. Los MacLean siempre cumplimos nuestra palabra.

Durante unos segundos ninguno de los presentes dijo nada. La firmeza con la que él lo decía no dejaba dudas al respecto. Los tres parecían estar pensando de manera detenida lo que se iba a llevar a cabo.

—En ese caso, debéis asistir juntos a la velada del clan Moncreiffe. Será el momento idóneo para presentar a James como tu prometido, Fiona. Y relatar la historia que hemos creado. Un amor de hace tiempo. Por cierto, le aviso que no acudieron a la llamada de Claverhouse para pelear por la casa Estuardo.

—Gracias. Lo tendré en cuenta. Aunque cada clan en Escocia siempre ha elegido un bando.

Fiona resopló pensando en lo que sucedería esa noche. Pero, sin duda, sería la ocasión propicia para hacerlo, dado que él la acompañaría. Cerró los ojos y apoyó las manos sobre la mesa temiendo que las fuerzas le fallasen.

—No es consciente de lo que está haciendo, señor MacLean —le recordó a modo de advertencia.

—Yo, más bien, creo todo lo contrario.

—Olvídese de su deuda conmigo. Olvídese de mí y de lo que pueda llegar a sucederme. Regrese a las tierras de los McLean y a su

castillo de Duart. —Pretendía forzarlo a desistir de aquella locura. Provocarlo para que se largara del castillo.

Pero sus palabras no tuvieron la reacción que ella esperaba. Lo vio avanzar hacia ella con decisión, haciendo que su estómago se encogiese y que tuviese que coger aire.

—Soy su única esperanza para salvar este castillo, sus tierras y a sus habitantes. Y lo sabe. No estoy seguro de si encontrará a otro hombre dispuesto a casarse con usted. Tal vez lo encuentre y si es así dígamelo y me marcharé mañana mismo. —El tono de sus palabras les dejaba claro a las dos hermanas que lo decía en serio y que tenía toda la razón. Pero Fiona parecía no querer dar el brazo a torcer ante semejante evidencia—. Y ahora míreme a la cara y dígame que quiere romper nuestro compromiso. Que quiere que me marche del castillo. Y lo haré sin vacilar.

Durante unos segundos ambos se contemplaron sin decir nada más. Fiona sabía que, de nuevo, él tenía razón. Él era su única opción para salvar al clan Menzies, ya que no estaba dispuesta a pedirle a alguno de sus anteriores pretendientes que lo hiciesen. Primero porque muchos ya se habían casado, y segundo porque, si repasaba la lista de estos, no encontraría uno solo que se asemejase a James McLean, en muchos aspectos. No podía rechazarlo porque, en el fondo, ella también deseaba que fuese él su principal candidato. De manera que se mantuvo firme sin apartar la mirada de él mientras tragaba con dificultad y cerraba sus manos en sendos puños impotente por no salirse con la suya.

—Si me disculpan, iré a ver en qué puedo ayudar a Balfour. Si me necesita para cualquier cosa, estaré a su entera disposición.

Las dos hermanas lo vieron salir del salón después de inclinar su cabeza de manera respetuosa. Y Fiona tuvo la sensación de que algo en su interior se derrumbaba.

—Sabes que tiene razón en lo que acaba de decir —dijo Keira mirando a su hermana.

—Lo sé —asintió muy a su pesar. Relajó los hombros e inclinó la cabeza hacia delante.

—Entonces, ¿qué pasa? Pensaba que estarías contenta porque los problemas se habían solucionado. ¿A qué le tienes miedo? ¿A acabar sintiendo algo por el McLean? ¿A que alguien puede descubrir el engaño?

La mirada de su hermana la traspasó.

—Tengo miedo a enamorarme de él y que yo solo sea un simple pasatiempo. Que se case conmigo por un favor y con el paso de los días descubra que ha cometido un error. Casarse no es algo banal, Keira. Es algo para toda la vida —le aseguró repitiendo las palabras que él le dijo la noche pasada.

—No podemos afirmar que con el tiempo que paséis juntos no lleguéis a quereros o al menos a sentir algo el uno por el otro. Solo el destino lo sabe.

—Tres meses. Tengo tres meses de plazo antes de casarme con él.

—Será una buena prueba para iros conociendo.

—No me queda otra si no quiero perderlo todo.

—Sé que siempre has dicho que no querías casarte. Que preferías seguir sola y entregada al clan. Y que lo que vas a hacer es un gran sacrificio, pero debes hallar el lado positivo en ello, de lo contrario tu vida será un infierno.

Fiona torció el gesto. Frunció los labios, relajó los hombros y sacudió la cabeza. Se sentía derrotada.

—No sé, tal vez esté equivocada y después de todo, como él dice, su presencia aquí en el castillo se deba a mi situación. Que tenía que llegar a las tierras de los Menzies.

—Entonces, será mejor que no contradigas al destino. Y, hablando de todo un poco, no quiero ser una aguafiestas, pero deberíamos pensar en qué vamos a ponernos para esta noche.

Fiona suspiró.

—Está bien. Tienes razón. Comencemos a prepararnos.

—Deberíamos contárselo a Amy y a Callum.

Su hermana puso los ojos en blanco pensando en su hermano.

—Era lo que la faltaba. Después de pasarse las horas en compañía de MacLean preguntándole por todo, saber que podría ser su futuro cuñado lo volverá loco —aseguró con una tímida sonrisa.

—Es la primera vez que te veo sonreír en este asunto.

Fiona no dijo más y se dirigió fuera del salón sin querer pensar en lo que iba a suceder con su vida.

MacLean abandonó el castillo sin saber hacia dónde dirigirse. Lo único que sabía era que tenía que alejarse de Fiona. Le ofrecía su ayuda y ella parecía no quererla. ¿Es que no quería reconocer que no tenía otra salida? Iba con la mirada puesta en el suelo sin fijarse en la gente con la que se cruzaba hasta que una mano lo retuvo.

—¿Dónde camina con ese gesto, McLean? —La voz de Balfour captó su atención de inmediato.

James se detuvo y lo miró sin que el enfado y sus pensamientos en torno a Fiona se hubieran disipado del todo.

—Su señora es algo testaruda —le refirió señalándolo como si él tuviese la culpa—. Para ser la jefa del clan no tiene las cosas muy claras.

Balfour lo observaba gesticular con los brazos mientras se lo contaba.

—¿Puedo saber que le ha sucedido con ella?

—Acabo de ofrecerle mi ayuda y no parece muy contenta.

—¿De qué ayuda habla? —El hombre se cruzó de brazos y miró al MacLean con atención.

—Le ofrecí ser su prometido. —Vio a Balfour abrir los ojos como platos y elevar las cejas al escucharlo—. No quiero que pierda el castillo ni las tierras de los Menzies por un maldito testamento.

—¿Por qué diablos estaría usted dispuesto a hacerlo? Sacrificase por ella y por todos nosotros.

—Estoy en deuda con todos ustedes. Me salvaron la vida acogiéndome aquí. Un MacLean siempre cumple su palabra.

—Y veo que su manera es ofrecerse como prometido a la señora.

—Sé que, si no encuentra uno en un plazo de tres meses, su tío puede solicitar el castillo y todo lo demás.

—Cierto.

—El testamento, según Fiona, lo deja claro.

—Pero ¿está dispuesto a casarse con ella? ¿Por qué? ¿Para que no pierda todo esto? —extendió el brazo señalando lo que se veía desde su posición.

—Sí. Le repito que es mi manera de agradecerle lo que hizo por mí.

—MacLean, tiene usted una manera un tanto peculiar de saldar las deudas. Y ella ¿qué le ha dicho? Aunque puedo imaginarlo —le aseguró asintiendo con una sonrisa peculiar.

—Que es un completa locura y que no cree que sea buena idea.

—Es arriesgado. No se lo discuto.

—Pero es la única opción que le queda.

—¿Y asegura que está dispuesto a casarse? Eso sí que es arriesgado —Balfour sonreía y sacudía un dedo delante del McLean —. ¿Qué ha visto en ella? Apenas la conoce.

Aquella cuestión lo dejó paralizado. No esperaba que le hiciesen una pregunta así. Por ese motivo se quedó callado e inmóvil sin

saber cómo reaccionar. Se limitaba a observar la expresión de Balfour esperando que él le respondiese.

—¿Qué importancia tiene esa pregunta cuando se trata de ayudarla a salvar su patrimonio?

—Pero supongo que algo de ella le llamará la atención, ¿no? ¿Su físico? ¿Su personalidad? Algo habrá que le ha empujado a hacerle esa proposición, aparte del asunto personal suyo.

—Es una mujer inteligente, con un carácter fuerte. Pero no parece tener las cosas claras en algunos aspectos, como el de casarse para salvaguardar su clan. El jefe de este debe velar por todos sus miembros.

—Deje que le diga que ella lo hace. Y hasta ahora muy bien.

—No se lo discuto, Balfour. Pero dígame cómo hará para conservar todo esto si no se casa en tres meses.

—Sé que tiene razón, McLean. La situación no es nada sencilla; de todas maneras, entienda que ella no esté muy de acuerdo con lo que le ofrece. ¿Qué le importa a usted lo que pueda sucederle a Fiona?

—Tengo una deuda que saldar. Ya le digo.

—De acuerdo, pero el precio que está dispuesto a pagar es demasiado alto.

—Y también perder la vida. De no haber sido por ella y por usted, a estas horas podría estar muerto.

—Espero que sepa lo que hace, MacLean. —Le palmeó el hombro y asintió—. Ya puede estar preparado para cualquier acontecimiento. Y no faltarán quienes pongan en duda su compromiso con ella.

—Sí, supongo que su tío será el primero.

—Y habrá más. Incluso algún pretendiente de otros clanes, que no vería con buenos ojos que usted se estableciese aquí en el

castillo. Pero dígame ¿qué hará si sigue adelante con esto? ¿Se casarán y permanecerán aquí? ¿O piensa regresar a las tierras de los McLean?

—Deje que le diga que mi sitio estará donde esté mi esposa. Soy consciente de que ella no se moverá de estas tierras. Y lo acepto. Supongo que por algo va a cumplir la última voluntad de sus padres. ¿De qué serviría que le propusiese casarme con ella y mantener el castillo si luego nos marchamos? Piénselo, Balfour.

Este asintió dándole la razón.

—Imagino que vendrá esta noche a la fiesta del clan Moncreiffe. Y supongo que será presentado como su prometido.

—Creo que así será.

—Pues espero que esté dispuesto a soportar todo tipo de interrogatorios. Ya le aviso.

—Eso me temo. En fin, solo quería despejarme después de la conversación con Fiona.

—No le tenga en cuenta muchas cosas de las que le diga. Entienda su situación.

—No se preocupe. Sé cuidarme.

Sonrió pensando en ella. Entendía que la circunstancia que atravesaba la estuviese afectando. Pero él se había ofrecido para solucionarlo y ella se mostraba reacia a ello. ¿Por qué? ¿Acaso temía que no cumpliese su palabra? ¿Pensaba que se lo decía en broma? ¿Que se marcharía en el último momento haciendo que ella lo perdiese todo? Tal vez en el fondo ella tuviese razón y él estuviese loco por sugerirle algo así. Pero en ese momento sentía que era lo que debía hacer.

Capítulo 6

Fiona terminó de arreglarse en compañía de su hermana y de Amy. Estaba nerviosa por lo que pudiese suceder esa noche. Todo se había desarrollado de una manera vertiginosa y que no esperaba, pero ya no podía hacerse nada por remediarlo. Esa noche James la acompañaría en calidad de prometido y futuro esposo.

—Deberías tranquilizarte un momento mientras te sujeto el plaid con alfileres a la parte de atrás. ¿O pretendes que te los clave a ti en vez de a la tela? —le comentaba su hermana notando que Fiona estaba inquieta.

—Vale. Intento no moverme.

—Cuando el MacLean te vea se va a quedar con la boca abierta.

—¿Por qué lo dices?

—Porque no te ha visto arreglada con un vestido en condiciones. Está acostumbrado a hacerlo con ropa de faena. De andar de un lado para otro por el castillo.

—Imagino que no seré la única mujer a la que ha visto arreglada para asistir a una velada, ¿no crees? —le recordó con cierto mal humor—. Si es el futuro jefe de los MacLean de Duart, pues ya te digo que habrán celebrado fiestas y recepciones en su castillo.

Keira se quedó contemplando a su hermana con una sonrisa al

darse cuenta de su manera de hablar y de comportarse.

—Deberías relajarte un poco o tu prometido romperá el compromiso antes de que lo hagas oficial.

La mirada que Fiona le dedicó a su hermana por ese comentario le dejó claro que no estaba de buen humor. Se había levantado de la silla y se alisaba la tela de la falda que caía desde la cintura hasta cubrir sus zapatos. El corpiño se ajustaba a la cintura de manera perfecta realzando el busto un poco. Lo justo para darle un toque sensual. El plaid le caía sobre este disimulándolo. No se sentía a gusto con que James MacLean pudiese fijarse demasiado en su escote.

—¿No quieres que te recoja el pelo? Creo que te favorecería —le sugirió Keira viendo que su hermana lo llevaba suelto, cayendo sobre los hombros.

—No. Es mejor que terminemos de arreglarnos y bajemos al salón. Imagino que los hombres nos estarán esperando.

—¿Nerviosa? —preguntó Amy, que hasta ese momento había preferido estar callada, viendo el carácter de su señora.

Fiona resopló mirado al ama de llaves y puso los ojos en blanco.

—Si no tuviese que... —Se calló en el último instante pensando en lo que podía suceder esa noche.

—¿Que presentar a James como tu prometido? —le preguntó Keira entornando su mirada.

—Sí, eso mismo. Pero ya ves la jugada que nos ha hecho nuestro padre con su testamento. Solo pensarlo...

—Debería relajarse y disfrutar de la velada, señorita. ¿Quién sabe? Tal vez descubra que, al final, entre el señor MacLean y usted pueda surgir algo —dijo Amy con un gesto risueño. Si su señora había accedido a que el MacLean fuese su prometido, el ama de llaves estaba convencida de que podría nacer un romance entre

ellos.

—Estoy segura de que al final se echará atrás y se marchará una madrugada sin despedirse si quiera. E incluso puede que a la mañana siguiente de la boda —le aseguró de una manera que asustó al ama de llaves—. Eso es lo que sucederá.

—¿Sigues pensado que no cumplirá su promesa? ¿Por qué? —Keira la miró preocupada.

—¿Tú no? ¿Lo has creído?

Ninguna de las dos mujeres se atrevió a llevarle la contraria. Se limitaron a intercambiar una mirada muy esclarecedora. Keira tendría que hablar a solas con su hermana y que le contase por qué pensaba que James MacLean no cumpliría su palabra. No era eso lo que ella creía de él, todo lo contrario.

—Será mejor que nos pongamos en marcha o llegaremos tarde —dijo viendo que ni su hermana ni el ama de llaves eran capaces de negar lo evidente.

James y Callum permanecían en el salón. El primero se había vestido con algo de ropa que le habían prestado para ese evento. Llevaba la camisa que Fiona le había entregado, así como una chaqueta de su medida. No portaba armas, excepto su daga. Las suyas las había perdido en la batalla.

—¿Nervioso? —le preguntó Callum observándolo con atención.

—No. ¿Por qué debería estarlo?

—Porque mi hermana me ha dicho que usted se ha convertido en su prometido. Y eso implica responsabilidades.

—Ah, es por eso.

—Sé que lo hace para salvarnos de no perder el castillo y las tierras. Por lo de la cláusula del testamento de mis padres.

—Bueno, creo que no es justo que Fiona lo pierda todo si no consigue encontrar un hombre que se case con ella.

—Yo tampoco. Y me alegra que sea usted y no otro cualquiera.

—Gracias.

—Creo que en el fondo ella también se alegra.

—Eso espero.

—Otra cosa que quería comentarle es acerca de esta noche.

—Le escucho con interés. —James había encontrado un aliado en el hermano menor. Toda una fuente de información en relación con aquellas tierras. Le interesaba saber qué debía esperar de esa noche.

—Tenga cuidado de que no le escuchen decir que combatió en Sheriffmuir siguiendo a Claverhouse en favor de la casa Estuardo. No todos en estas tierras son partidarios de la casa real. Entre estos clanes se encuentran los Moncreiffe. Son más cercanos a Londres.

—Me lo suponía. Su hermana ya me lo advirtió. Me mantendré neutral.

—Bien, en ese caso le advertiré acerca de algún posible pretendiente de mi hermana.

—¿Ha tenido ofertas de matrimonio y no las ha aceptado?

—Así es. Y supongo que esta noche coincidirá con alguno que se sorprenderá al conocer la noticia del compromiso. Créame. Sé lo que digo.

—¿Por qué ha aceptado mi propuesta?

—En el fondo no quiere hacerlo, pero, con lo del testamento de nuestro padre, no le queda otra. Usted ya lo sabe.

—Cierto. No sé cómo he podido hacerle esa pregunta.

—Por eso le aviso que en más de una ocasión verá a mi hermana en compañía de alguno de estos. Tenga paciencia.

—No voy a montar un escándalo solo porque converse o baile con cualquier joven de estas tierras. Gracias por los consejos, Callum. Veo que conoce la situación de la zona.

—Es lo que tiene hablar con la gente que viene y va. Ya sabe que mi hermana no quiso que participásemos en la rebelión organizada por Claverhouse.

—Lo sé. Fiona me lo contó. Pretendía que el clan Menzies se mantuviese neutral. La entiendo. Ya tendrá más oportunidades de combatir a los ingleses.

—¿Está seguro de ello? —James se dio cuenta del tono de cierta emoción de Callum. Confiaba en que no hubiese más batallas ni guerras contra Londres. Solo se lo había comentado para tranquilizarlo y hacerle pensar en otra cosa.

—Confío en que no. Que se instale la paz con el nuevo monarca, pero...

—En caso de que la rebelión siga y usted acuda a luchar, me gustaría hacerlo a su lado.

James percibió la emoción de aquellas palabras, no solo en el tono de su voz, sino también en el brillo de su mirada. Sacudió la cabeza y desvió su atención del joven Callum hacia la persona que en ese momento aparecía en el salón.

—Están aquí los dos. Bueno, sentimos haberlos hecho esperar. Ya podemos irnos —comentó Fiona mirando a los dos. Sin querer hacerlo a posta, se fijó más en James que en su propio hermano. El MacLean permanecía callado, inmóvil, mientras la contemplaba y parecía querer dibujar una media sonrisa—. ¿Le sucede algo?

Fiona acusó la manera en la que la miraba. Debería calmarse y no ponerse a temblar en cuanto estaba frente a él. Su cercanía parecía intimidarlo, en cierto modo, porque se veía incapaz de pronunciar palabra.

Ella se había dejado suelto el cabello rizado cayendo sobre los hombros. Un vestido sencillo de color verde se ajustaba a su cuerpo de manera exquisita, perfecta. Sobre el hombro derecho se deslizaba

su plaid con los colores del clan. Sujeto a la tela del vestido con el emblema de los Menzies, le caía cruzándole el busto. En verdad que no la había visto así de arreglada desde que él estaba en el castillo. Y debía reconocer que le parecía más atractiva, sin duda, que cuando la conoció.

—No. Se trata de que la veo distinta, señorita Fiona. Eso es todo.

Ella sonrió.

—Entiendo que lo dice porque es la primera vez que me ve arreglada.

—Sin duda que se debe a eso.

Se humedeció los labios presa de una agitación en su pecho desconocida hasta entonces. Su pulso ganaba velocidad como el galope de un caballo. Una parte de ella se rindió ante aquel comentario y se sintió halagada.

—Es mejor que nos marchemos o llegaremos tarde.

Él no vaciló en seguirla manteniéndose ajeno a las miradas de complicidad de Keira con su hermano Callum.

Balfour aguardaba fuera junto a un sencillo carruaje de dos caballos. Intercambió una mirada con James y le hizo un gesto con la cabeza hacia varios animales.

—Usted y yo iremos detrás cerrando el paso, junto a Callum. Escoja el caballo que prefiera.

James asintió sin decir nada. Se acercó a uno y se subió con agilidad bajo la atenta mirada de la propia Fiona. Le parecía que estaba repuesto del todo de su herida. Verlo erguido sobre el animal le produjo un leve golpe en el estómago. Como si los nervios se hubiesen apoderado de este.

—¿Qué opinas del McLean? —la pregunta de su hermana la cogió desprevenida. Dio un ligero respingo y la miró confusa.

—¿A qué te refieres?

—A qué impresión te causa verlo arreglado. A eso me refiero. A ver, vas a presentarlo como tu prometido y futuro esposo. Imagino que tendrás algo que decir al respecto. Si te parece atractivo o todo lo contrario. Piensa que en tres meses lo verás todos los días y...

—Ya lo hago. Me refiero a verlo todos los días. ¿Olvidas acaso dónde está viviendo?

—Pero, en este momento, es más un invitado. En cambio, cuando sea tu marido...

—Eso si no sale huyendo en cuanto se acerque la fecha —le recordó con ironía.

—Es verdad. Olvidaba que no confías en su palabra.

—Cuando llegue el día, tendrás que darme la razón. Ya lo verás. ¿Y tú por qué piensas que se quedará hasta el final y se casará conmigo?

—Porque me fío de él. Me da la impresión de que es buen hombre, Fiona.

—¿Qué le empujaría a quedarse y casarse conmigo?

—La deuda que ha contraído contigo por haberlo acogido en Menzies y haberle salvado la vida.

—No era una herida para tanto. Por favor... —sonrió y puso los ojos en blanco.

—Eso es lo de menos ahora. Recuerda la historia que inventamos para que lo vuestro sea creíble. No faltarán los curiosos que quieran saber más. Ni las chismosas, por supuesto.

—Con todos ellos ya cuento. No te preocupes —le aseguró desviando la atención de su hermana para centrarla en el camino. No se atrevía a volver la cabeza para no encontrarse con él. No quería que pensase que, en el fondo, sí le interesaba. No. Nada de eso.

James cabalgaba junto a Balfour y Callum a escasa distancia del

carruaje donde iban las dos mujeres.

—Prepárese, McLean. Esta noche va a convertirse en el centro de atención de muchas miradas y muchos comentarios —le recordó Balfour mirándolo para ver qué opinión tenía de lo que le esperaba.

—Lo tengo asumido. La cuestión es que la gente se lo crea.

—¿Que es usted el prometido de la joven Fiona?

—A eso mismo me refería.

—Sí, entiendo que esta repentina aparición suya va a despertar muchas suspicacias. Empezando por el tío de las muchachas. En cuanto sepa la noticia de que su sobrina tiene un pretendiente, no vacilará en querer conocerlo y observarlo de cerca a ver si se trata de un engaño. Téngalo muy presente.

—Tendremos que hacerle ver que no es ninguna treta por parte de ella.

—Pero a usted le atrae mi hermana, ¿no? De lo contrario no estaría dispuesto a casarse con ella —señaló Callum contemplando a James con el ceño fruncido.

Este permaneció callado mientras dirigía su mirada al frente. Luego sonrió de manera tímida y asintió.

—Fiona es una mujer atractiva, fuerte y con las ideas muy claras. Aunque algo tozuda.

—No lo dude. Le costará hacerla cambiar de idea.

—No es lo que pretendo. Me agrada su carácter —asintió convencido de que así era. Le gustaba su personalidad y creía que podría llegar a sentir por ella algo más que ese sentimiento de querer ayudarla y que lo motivaba a hacer lo que estaba haciendo.

—¿Había pensado en casarse con alguna joven de las tierras en las que están los MacLean de Duart?

La pregunta de Balfour hizo que James sacudiese la cabeza.

—No, claro. Aunque siempre he sido consciente de que más

tarde o más temprano tendría que hacerlo, dado que seré el jefe del clan en el futuro.

—¿No tiene más hermanos?

—Sí. Una hermana. Eve. Igual de rebelde que la suya. Puedo prometérselo —aseguró mirando al menor de los Menzies.

—¿No está casada? —la curiosidad de Callum le parecía infinita a James y le provocaba cierta relajación porque no tenía que pensar en Fiona y en lo que podría suceder esa noche.

—No. —James recordó lo que sucedió con el duque de Argyll, pero decidió pasar por alto esa historia. Y más cuando Balfour hizo una señal señalando el castillo Moncreiffe

—Estamos llegando.

James se fijó en las chimeneas por las que salían nubes de humo, que indicaban que se acercaban al castillo. Pese a la oscuridad de la tarde, la construcción se distinguía de manera perfecta porque estaba construida en color blanco. Solo los tejados eran de un tono oscuro. La iluminación en los alrededores del camino llevaba hasta la misma puerta. Se veía un grupo de gente allí, que recibían a los invitados.

—Prepárese para cualquier cosa —le recordó Balfour antes de enfilar el sendero hacia la entrada al castillo.

James no dijo nada, ni si quiera lo pensó. Dejó su mente en blanco centrándose en guiar a su caballo. Se fijó en Fiona y en su hermana descendiendo del carruaje. Las vio dirigirse hacia el grupo de gente y saludarse. Él detuvo su caballo y se apeó ante las miradas de los presentes. Caminó con las riendas en las manos situándose al lado de Balfour. Trataría de no alejarse mucho de este, ya que conocía a la perfección cómo eran las cosas en aquellas tierras. Volvió a mirarla y vio cómo ella giraba el rostro hacia él, haciéndole un gesto para que se acercase.

—El momento ha llegado —le susurró Balfour.

—Lo sé. Y lo asumo.

James caminó hacia donde se encontraba la joven Menzies sin poder dejar de mirarla. Debía comenzar a comportarse como un pretendiente enamorado de ella. Y ser presentado ante los anfitriones era el primer paso.

—Dejen que les presente a mi prometido, James MacLean —dijo ella apoyando su mano contra el brazo de él, sin dejar de mirarlo y sentir que el corazón volvía a galopar en el interior de su pecho. Algo que la sobrecogió al no encontrar explicación alguna.

—No esperábamos semejante noticia esta noche —aseguró la mujer que pasaba su mirada del rostro de Fiona al suyo—. Sin duda, es todo un acontecimiento que te hayas comprometido. Ya nos contarás cómo fue.

—Prometo contarlo a lo largo de la noche —aseguró ella centrando su atención en Elspeth, la esposa del jefe del clan Moncreiffe.

—Sea usted bienvenido. Soy Rory Moncreiffe. —El hombre de pelo grisáceo se dirigió a él con el brazo extendido para estrecharle la mano.

—Gracias. Es un honor estar aquí.

—Hablaremos de su compromiso y de más acontecimientos. Pero será mejor que entren al castillo mientras terminamos de saludar a algunos invitados. ¿Cómo te marchan las cosas, Balfour?

—No tan bien como a ti, viejo zorro.

James se quedó atrás esperando porque Fiona y Keira se habían alejado. Era Callum quien permanecía junto a él.

—Creo que voy a quedarme a su lado, si no le importa.

—¿Por qué debería importarme?

—Gracias. No quiero andar rodeado de jovencitas, ya me

entiende. Mis hermanas empezarán pronto a decirme que me busque una muchacha con la que formar mi propia familia.

—Es usted joven, Callum. Fíjese en mí. Debería haberme casado hace algunos años. Sin embargo, aquí estoy. Y le apuesto lo que quiera a que, de no haber conocido a su hermana, seguiría sin hacerlo por más tiempo —le confesó con un guiño de complicidad.

—Le agradezco sus palabras, pero tener dos hermanas no ayuda a que a uno lo dejen tranquilo.

—¿No quiere que ninguna muchacha se fije en usted?

—No por ahora. De hacerlo sería el centro de atención de la sociedad de Perth. Espere a que vayamos a la ciudad en algún momento. Lo mirarán con lupa.

—En ese caso, no se separe de mí. Nos haremos compañía de manera mutua y ahuyentaremos a las posibles jóvenes que sientan interés por usted.

—Pero tendrá que pasar tiempo con mi hermana. No olvide que es su prometido.

—Lo sé, lo sé. Aun así, la noche no ha hecho más que empezar. Vayamos dentro antes de que comiencen a buscarnos.

Fiona y Keira se adentraron en el castillo siguiendo a Elspeth y su hija Meribeth, quien se unió a ellas al reconocer a las hermanas.

—Aprovecha y felicita a Fiona por su compromiso —le dijo en cuanto esta se unió a ellas.

La joven Meribeth abrió los ojos como platos al tiempo que la boca y dejó escapar un chillido de felicidad. Cogió por las manos a Fiona apretándolas llevada por la emoción de la noticia.

—¿Dónde está tu futuro esposo? ¿Ha venido?

—Sí, sí, claro que ha venido —le dijo tratando de soltarse de ella y volviendo su rostro para ver dónde se encontraba en ese momento. Le sorprendió verlo en compañía de su hermano Callum y

sonrió—. Está con mi hermano.

Meribeth se fijó en él y asintió esbozando una sonrisa no exenta de picardía.

—Es muy apuesto. ¿A qué clan pertenece?

—MacLean —respondió sintiéndose algo molesta por escuchar a su amiga decir que era apuesto. ¿Qué podía importarle a ella si estaba convencida de que él se marcharía? Sin embargo, algo en su interior pareció prender. ¿Acaso estaba celosa de aquel comentario tan trivial?, se preguntó tratando de recomponerse.

—¿Cómo os conocisteis?

Fiona pareció pensarlo o tal vez se quedó tocada por las palabras de Meribeth. Por suerte su hermana acudió en su ayuda.

—Fiona y él se conocieron hace algún tiempo.

—No lo había visto por aquí.

—Se marchó a París una temporada a perfeccionar su educación.

—¿Y ahora ha regresado, en tiempos tan convulsos, con lo de Claverhouse y los seguidores de los Estuardo?

—Así es. Por ese motivo regresó.

—¿Siguió a Claverhouse?

—Sí, su clan lo siguió. Y él tuvo que acatar las órdenes de su padre. Resultó herido con tan buena suerte que llegó a las puertas de Menzies. Allí fue cuando reconoció a mi hermana. El resto puedes imaginarlo.

Fiona seguía contemplándolo en silencio mientras James charlaba con Callum y este se reía. ¿De qué diablos estarían hablando?, se preguntó enrabietada por no estar allí y escucharlos.

—Qué casualidad. Y qué romántico al mismo tiempo —asintió Meribeth fijándose en la manera en la que su amiga se había quedado mirando a su prometido.

—Se nota que la tiene enamorada, o al menos ilusionada.

La voz de Elspeth pareció hacerla despertar. Desvió la atención de James y la detuvo en la mujer del jefe de los Moncreiffe.

—¿Qué decías?

—No dejas de mirarlo. Es señal de que te sientes muy atraída por él. Y no te lo discuto porque, como decía mi hija, tu prometido es muy apuesto. Y esa historia que acaba de contarnos tu hermana... Es cosa del destino que os hayáis vuelto a encontrar.

Fiona sonrió tratando de disimular lo que sentía en ese momento. La habían pillado observándolo como si en verdad ella se sintiese atraída por él. Si todos supiesen que aquella situación no era más que una farsa... Solo que, si quería que saliese bien, más le valía comportarse como una mujer ilusionada con su matrimonio.

—Os dejamos por unos momentos. Tenemos que saludar a más invitados —se excusó Elspeth.

—Hablamos más tarde, Fiona.

—Claro.

Esta se dijo que debería aprovechar ese momento para recomponerse después de que la hubiesen pillado mirándolo como una joven enamorada.

—¿Qué te sucede? ¿Has pasado un mal trago con Elspeth y Meribeth?

Keira la miraba con una ceja elevada en clara señal de suspicacia y aquella sonrisita...

—No estoy segura de poder responder a todas las preguntas que me hagan sobre... Toda esta farsa. —Sacudió la cabeza con el ceño fruncido dando a entender que todo aquello había sido una mala idea—. No debí dejar que me embaucaseis. Los dos.

—¿Por mí? —Keira se mostró sorprendida por aquellas palabras.

—Tú lo animaste cuando estábamos hablando en el salón. Deberías haberme apoyado y haberle hecho ver al MacLean que era

una locura lo que pretendía. En cambio, te aliaste con él.

—¿Por qué no lo rechazaste de plano cuando él te lo pidió? ¿Por qué no le pediste que se marchase? Él te lo sugirió. Pudiste hacerlo, y no quisiste. Estoy segura de que él se habría marchado si se lo hubieses pedido, pero no lo hiciste. ¿Y sabes por qué? Porque, en el fondo, quieres que se quede y que mantenga su promesa de casarse contigo.

Fiona iba a responder a su hermana cuando se fijó en él y en cómo algunos invitados acudían a conocerlo. Desde que puso un pie en el castillo de Tullibole, todo estaba saliendo al revés. Sabía que le preguntarían por él en cuanto dijese que era su prometido, pero no esperaba su reacción. No parecía estar preparada para hablar de ellos.

—Si me disculpas, el calor me está ahogando. Luego te veo —le dijo a Keira abandonando el salón en busca de un lugar más tranquilo en el que pudiese recomponerse. Se sentía extraña en todo momento. ¿Era cierto lo que su hermana le acababa de decir? ¿Qué no le había pedido a James que se marchase porque en el fondo deseaba que se quedara? Pero, entonces, eso significaba que ella podría sentirse atraída por él, algo que consideraba un imposible. Era un acuerdo para que ella no perdiera las tierras y el castillo del clan. No era un compromiso por amor en toda regla, se dijo cerrando los ojos e inspirando hondo un par de veces. Necesitaba serenarse antes de regresar con su hermana y con el resto de la gente. No podía ocultarse ni desaparecer la noche en la que anunciaba que se había comprometido. Todos pensarían que aquel compromiso no era real si no la veían en compañía de James. Suspiró y cerró los ojos como si aquel gesto le sirviese de algo. Se repetía que no debió haber aceptado la proposición de él. Se dio la vuelta para regresar con su hermana cuando se topó con un viejo

conocido suyo.

Capítulo 7

—¿Fiona? ¿Qué haces aquí sola? Te imaginaba con tu prometido —le aseguró con un deje de sorpresa y burla.

—¿Cómo estás, Will?

—Bueno, la verdad es que no tan bien como tú, si te soy sincero. Así que te casas. De repente —chasqueó los dedos y sonrió como un cínico—. Veo que yo no era un buen partido para ti.

—Eres un buen partido, como dices, para cualquier muchacha de estas regiones.

—Pero no para la señora de Menzies. —La sujetó del brazo impidiendo que se marchase y la obligó a mirarlo—. ¿Un McLean? ¿El futuro señor de Duart? De manera que tu reticencia a casarte no era porque querías quedarte soltera. Más bien era que estabas esperando una buena oferta de matrimonio.

Fiona se revolvió tratando de soltarse, pero no lo logró.

—Suéltame, Will, si no quieres montar un escándalo.

Este la retó con la mirada a ver qué estaba dispuesta a hacer. La conocía desde hacía mucho tiempo y sabía la clase de mujer que era. Por eso le habría gustado que fuese su esposa, por eso lo intentó en reiteradas ocasiones. Pero ella siempre lo rechazó aludiendo que no quería casarse. Que prefería mantenerse soltera al

frente del clan. Y de la noche a la mañana aparecía con su prometido, anunciando que en breve contraería matrimonio. Algo que le resultaba muy extraño. Y con un hombre al que él no había visto nunca al lado de ella en el pasado.

James había seguido con su mirada a Fiona mientras esta dejaba a su hermana y emprendía el camino hacia otra parte del castillo. ¿Qué le sucedía? Le había dado la impresión de que parecía huir de alguien o tal vez de las conversaciones en torno a su compromiso. Quiso salir tras ella para averiguarlo, pero en ese momento el jefe de los Moncreiffe y algunos hombres más lo rodeaban conversando acerca de la situación actual del país.

—¿Qué opinión le merece lo de Claverhouse, McLean? ¿Lo siguió en su alocada rebelión contra Londres?

James apretó los labios diciéndose que allí estaba el otro momento del que habían estado hablando. Le preguntarían si habría seguido a Graham de Claverhouse y que ello podría suponer que se granjease enemistades. Pero ni quería ni podía mentirles. Todos sabrían qué clanes habían acudido a la llamada. Sin embargo, no se le iba del pensamiento la imagen de Fiona saliendo del salón.

—Bueno, la verdad es que ha sido un completo fiasco. Falta de preparación, después de todo.

—Exacto. Los MacLean secundaron su llamada —comentó el anfitrión de la fiesta—. No todos los clanes lo siguieron. Entre estos el de su prometida.

—Lo sé. Y me di cuenta de ello cuando llegué herido a su castillo —anunció mirando a los que lo cercaban sin esconderse.

—¿Herido? Eso significa que estuvo en la batalla del paso de Killiecrankie.

James asintió con un sonido gutural y esperando a que se le echasen encima como hienas.

—Era algo lógico. Los McLean siempre fuimos leales a la casa real y aunque yo no las tenía todas conmigo debía respetar la palabra de mi padre y jefe del clan. Y respeto que no todos en Escocia hayan optado por el mismo bando —comentó con naturalidad—. Cada uno es libre de defender un bando u otro, o bien ser neutral.

—No deja de ser llamativo que usted sí acudiera a la llamada de Claverhouse y Fiona Menzies lo prohibiera a sus hombres.

—Salvo por los que decidieron desobedecerla y largarse de madrugada a combatir a los ingleses —matizó James captando la atención de los demás y siendo testigo de sus gestos de sorpresa—. Confío en que no haya más rebeliones —señaló deseoso de que esto no sucediese, por el bien de todos, sobre todo el de Callum, quien deseaba entrar en batalla—. ¿Qué ha sucedido con Claverhouse? Me han contado que cayó muerto.

—Eso es. Y sus seguidores han huido al interior de las Tierras Altas escapando de los soldados del general McKay. Veo que lo desconocía —apuntó Rory Moncreiffe.

—Yo solo me preocupaba de salir con vida de allí.

—Algunos aseguran que esperan reagruparse y volver a pelear —informó con inquietud otro hombre allí reunido y que James ignoraba a qué clan pertenecía—. Conseguirán que los ingleses desplacen más soldados aquí y nos hagan las cosas más complicadas cada día.

—Yo por mi parte he tenido suficiente con una herida en el costado —dijo palpándosela—. Además, tengo una prometida a la que no quiero dejar viuda antes de casarnos —añadió con una risa.

A James no le hacía gracia que los seguidores de Claverhouse tuvieran intención de rearmarse para seguir la lucha. Esa era una mala idea, ya que lograrían que Londres enviase más tropas y que el

general McKay acabase con todos ellos.

—Según contaban algunos viajeros de la capital, varios clanes de las Tierras Bajas se han unido a los ingleses en su intento por derrotar a los partidarios de los Estuardo —señaló un joven de rasgos parecidos a Rory Moncreiffe y que acababa de acercarse al corrillo.

—Deje que le presente a mi hijo mayor, Robert. Este es James McLean, el prometido de Fiona.

—Tanto gusto, señor. Y enhorabuena por su compromiso.

—Gracias. Celebro conocerle —le estrechó la mano con efusividad y determinación.

—¿Dónde se encuentra ella? No la he visto.

—Hace un momento la vi charlando con su hermana, pero luego se marchó. Es más, si me disculpan, aprovecharé para ir a buscarla. Caballeros —James se despidió de los hombres. Había deseado dejar la conversación antes, pero no quería parecer descortés. Y más después de que estos habían sabido que él combatió en favor de Jacobo Estuardo. A pesar de haber estado hablando, no había perdido detalle de dónde estaría. Si ella iba a convertirse en su esposa, él necesitaba asegurarse de que todo iba bien.

Fiona retaba con su mirada a Will, quien parecía estar divirtiéndose con el comportamiento de ella. Estaban a solas y le apetecía entretenerse un rato por los sinsabores que le había causado y su negativa a casarse con él.

—¿Y si no quiero soltarte? Es más, podría llevarte conmigo a una de las muchas estancias del castillo y pasarlo bien. Luego se lo contaría a tu prometido y estoy seguro de que rompería el compromiso. Pero yo te recibiría con los brazos abiertos —le dijo esbozando una sonrisa cínica, casi lasciva, pensando en lo que estaría dispuesto a hacerle.

—Ni se te ocurra o prometo que acabaré contigo. —Su amenaza no parecía dar resultado, pero entonces ella desvió la mirada detrás de Will y su gesto cambió. De repente, sintió un alivio al ver que James estaba allí con el gesto contrariado. Aunque en ese momento él lo cambió al darse cuenta de que ella estaba tratando de alejarse de aquel desconocido.

—¿Qué hace sujetando a mi prometida? —James apartó con determinación y rabia la mano de Will de la muñeca de Fiona. Se interpuso entre los dos mirando a aquel hombre como si lo estuviese retando.

Ella no pudo evitar experimentar una sensación de orgullo por verlo enfrentarse a Will.

—Oh, disculpe. Fiona y yo estábamos resolviendo nuestras diferencias.

—Ya están resueltas. De manera que lárguese y déjela tranquila.

—Soy Will McLeod. Usted debe ser su prometido. Bien, celebro conocerlo.

—No vuelva a acercarse a Fiona o lo lamentará. Queda advertido.

Ella parpadeó en repetidas ocasiones y se aferró al brazo de él cuando escuchó sus palabras. Se mordió el labio, presa de la agitación del momento.

—Está bien. Fiona. Señor...

—James McLean.

—Tanto gusto —inclinó la cabeza y se volvió para alejarse de ellos, conteniendo la rabia por no haberse salido con la suya. Solo que la cosa no iba a quedar ahí.

James no se movió hasta que estuvo seguro de que él se iba. Fiona permanecía agarrada a su brazo y su cuerpo rozando el de él. Volvió el rostro y se encontró con la mirada reluciente de ella. Sus

labios entreabiertos por los que dejaba escapar algún que otro suspiro. Se soltó de él y dio un paso atrás, como si se sintiese cohibida porque él la hubiera sorprendido mirándolo de manera fija.

—¿Se encuentra bien?

Ella asintió sin saber qué decirle. No sabía qué habría sucedido con Will si él no hubiese aparecido.

—Sí. Gracias por lo que ha hecho.

—No tiene que dármelas. Es mi prometida y como tal debo asegurarme de que nada malo le suceda.

—No es su obligación. No hace falta que finja a todas horas que tiene interés en mí.

—No es ninguna obligación. Ni tampoco finjo. No acostumbro a hacerlo con aquellas personas que me importan. —Se apartó de ella unos pasos decepcionado por aquellas palabras.

—Lo que quise decir es que no tiene que...

—Sé de sobra lo que ha querido decir. Entiendo que hemos llegado a un acuerdo para que usted salve su propiedad. Pero eso no me impide comportarme como yo creo que debo hacer.

—¿Acaso piensa que puede llegar a sentir por mí algo que...?

—¿Y si ese fuese el caso? ¿O qué me dice de usted? —Le dirigió una mirada de pies a cabeza dándose cuenta de lo bonita que estaba esa noche.

—¿Yo? —No pudo decir más porque su forma de mirarla había elevado la temperatura de su cuerpo, que se hacía más latente en su rostro. Pero ella quiso achacarlo a la rabia que le había producido su comentario. Sin embargo, ¿cómo explicar el incesante hormigueo que experimentaba?

—Ya lo hemos hablado.

—¿Por qué debería creerle? ¿Por qué piensa que podríamos llegar a sentir algo el uno por el otro? —Se envaró ante él llevada

por la agitación que aquel pensamiento le producía. Y más cuando lo vio sonreír de aquella manera tan sugerente, tan cálida, que le llegó dentro.

—Que sepa que nunca he retrocedido ni me he rendido.

—¿Y qué me dice del día que apareció herido en el castillo? —No entendía por qué le había hecho esa cuestión, pero se arrepintió cuando se dio cuenta. No le convenía reírse de él o acabaría marchándose. Y, como su hermana le había asegurado, ella no lo deseaba. De lo contrario lo habría hecho cuando él se lo preguntó mirándola a los ojos.

—Tiene usted razón. Huía de los soldados ingleses porque temí por mi vida. Pero no lo haré en esta ocasión.

—Parece usted muy seguro de sus palabras.

—Lo estoy. Y ahora creo que deberíamos regresar con el resto de la gente. Recuerde que estamos comprometidos.

Ella no le respondió en esta ocasión porque en su mente se hacía una pregunta que la estremeció: ¿y si de verdad no se marchaba? ¿Podría acabar enamorándose de ella? No. No quería pensarlo hasta que llegase el día. Y entonces...

Caminó a su lado sintiéndose algo más segura después de lo sucedido con Will. Había percibido que James hablaba en serio por su tono y por la mirada que le había dirigido a este. Pero esperaba que no tuviese que emplear la fuerza en ningún momento. No deseaba que le sucediese nada.

—¿Le apetece bailar? Sería un buen momento para dejar claro a todos que soy su prometido. De ese modo, se evitará más problemas. —La contempló con la mirada entornada esperando a que se decidiese. Estaba radiante, pensó mientras sentía la necesidad de tocarla.

—Está bien. Creo que sería lo más acertado. Tal vez tenga razón

y... —No terminó de decirle lo que quería porque en ese momento la música comenzaba a sonar y él la sujetaba para empezar el baile.

Fiona experimentó una sacudida en su cuerpo cuando un brazo la rodeó atrayéndola hacia él. No era posible que no pudiese controlar sus emociones. ¿Qué diablos le sucedía? Al parecer su mente y su cuerpo iban por distintos caminos. No pretendía tener demasiada confianza con él, ya que no quería llevarse una decepción al final. Pero era cierto que, si había asegurado que él era su prometido, debería demostrar a todos los que los observaban que así era.

—La noto algo tensa.

—Es porque no me hace gracia que la gente me mire.

—Lo entiendo, pero es algo natural esta noche. Y supongo que la estarán acosando a preguntas, como el señor William MacLeod. —No podía olvidar la escena vista y al mismo tiempo recordar los comentarios de Callum acerca de los pretendientes que había tenido su hermana.

—Eso temo —le dijo sonriendo de mala gana porque no le hacía ni pizca de gracia.

—Mientras se ajuste a la historia que inventamos no tendrá problema alguno.

—La cuestión es que la gente se la crea. No me gustaría quedar como una embustera. ¿Lo entiende?

James asintió y, sin avisarla de nada, la atrajo contra su pecho para después besarla de manera lenta y suave antes las exclamaciones de algunos invitados, los cuchicheos de otros y el gemido de protesta de la propia Fiona. Por suerte para ambos, ella no lo abofeteó o lo empujó lejos, lo cual habría dado qué hablar.

No obstante, aunque se le hubiese pasado por la cabeza hacerlo, no podría porque en ese instante estaba perdida en el beso que

compartían. Tan inesperado como revelador para ella. Permanecía inmóvil sin capacidad de reacción. Como si el beso la hubiese dejado tocada. El calor invadía su cuerpo hasta lograr asentarse en su rostro de manera evidente. Un ligero hormigueo le recorría toda la piel mientras lo miraba sin saber qué decirle ni cómo reaccionar.

—De ahora en adelante nadie podrá decir que es usted una embustera. Créame.

—¿Por qué lo ha hecho? No tenía que... —susurró apretando los dientes mientras su mirada era puro hielo.

—Nos habíamos convertido en el centro de todas las miradas. Y todavía lo somos. De manera que le aconsejo que se muestre cariñosa y atenta conmigo —le sugirió con un tono que a ella le pareció, más bien, una burla.

Sabía que él tenía razón. Un mal gesto por parte de ella pondría en duda su relación. Y, si eso llegase a oídos de su tío, entonces nada tendría sentido. Lo contempló de manera fija y la tímida sonrisa de él pareció relajarla hasta tal punto que ella se limitó a acariciarle el rostro de forma lenta y sugerente en un acto inesperado.

Aquella caricia lo descolocó. James no esperaba que ella pasase del enojo que le había causado su beso a esa dulzura en su gesto. A la calidez de su mirada en ese momento. Pero no quería pensar que era real, sino más bien una mera actuación ante todos los que estaban mirándolos. Pese a esto, los dos permanecieron contemplándose en silencio, ajenos a lo que sucedía a su alrededor, incluida la música, que había concluido.

—Tu hermana parece estar entregada a su prometido. —Las palabras de Meribeth Moncreiffe hicieron que Keira parpadease en repetidas ocasiones. No podía creer lo que acababa de presenciar. ¿Habían llegado a algún tipo de acuerdo para realizarlo o más bien

se había tratado de algo tan espontáneo como real? En ese momento, ella no se veía capaz de afirmarlo. Tenía que hablar con su hermana en cuanto pudiese para que le aclarase lo sucedido. Vio que James la acompañaba hasta donde se encontraba ella. Por un instante sus miradas se cruzaron. Le pareció que Fiona estaba algo distraída; como si se estuviese cuestionando lo ocurrido. Todos habían sido testigos de lo que había pasado durante el baile. Entonces centró su atención en James, sin dejar de pensar en la manera en la se había quedado contemplándola. O en la forma en la que ella le había rozado la mejilla.

—Celebro haberos visto bailar —comentó Keira cuando la pareja estuvo frente a ella—. Ha sido toda una revelación, la verdad. —Su tono no dejaba lugar a dudas acerca de la curiosidad que la pareja había despertado en ella.

—Era lo que todos aquí estaban esperando —aseguró ella con aplomo devolviéndole la mirada a su hermana.

—Lo supongo, ya que sois la atracción de la velada.

—Si me disculpan, Balfour está captando mi atención para que me reúna con él. Si me necesita, solo tiene que buscarme. Aunque trataré de no perderla de vista en ningún momento. —Se quedó contemplando a Fiona sin saber qué más podía añadir. Y con la sensación de no querer separarse de su lado.

Ella entreabrió los labios para coger aire, porque lo que estaba sucediendo con él esa noche no entraba en sus propios planes. Le agradecía que la dejara en compañía de su hermana para poder recomponerse del beso que él le había dado. Todavía sentía su pecho como si tuviese una marejada.

—Está bien. Diviértase. Yo estaré en compañía de mi hermana y de mis amigas —aseguró haciendo referencia a esta y a Meribeth, quien no apartaba la mirada de ellos dos por temor a perderse algún

gesto más como prueba de sus sentimientos.

James se limitó a asentir con educación antes de alejarse de ellas. Keira lo siguió con la mirada hasta que se perdió entre la gente. Luego volvió la atención a su hermana, a la que pilló con los ojos cerrados y sacudiendo la cabeza.

—¿Puedo saber qué te sucede? ¿A qué viene ese gesto? Y de paso explícame lo que todos los presentes hemos visto hace unos minutos, ¿quieres? Estoy algo confusa.

—Ha sido toda una revelación —aseguró Meribeth.

Fiona resopló y puso los ojos en blanco en señal de desconcierto.

—Será mejor que vayamos a tomar el aire. Si nos disculpas... —dijo mirando a Meribeth, quien asintió sin borrar su sonrisa.

Las dos hermanas se alejaron en busca de un lugar apartado en el salón del castillo. La gente estaba distraída, charlaba y bailaba. No creía que se percatasen de que su hermana y ella abandonaban el salón un momento. El patio exterior era el lugar idóneo para poder conversar con calma. Apenas si había algunas personas, pero no les prestaban atención. Fiona se apartó tomándose unos segundos para tratar de recuperar la cordura. Sabía que Keira le pediría una explicación de lo que había pasado.

—¿Puedo saber qué te ocurre?

—Eso quisiera saber yo también. —Fiona se retorcía las manos y apretaba los labios. Miraba en todas direcciones como si esperase a alguien o que sucediese algo.

—¿Por qué lo dices? ¿Es por el beso que James te ha dado delante de todos?

—¿Por qué iba a ser si no? —le preguntó notando su tono de voz algo alterado debido a la agitación que experimentaba en su interior.

—Entiendo. Pero ¿a qué ha venido? ¿Se ha tratado de alguna

clase de acuerdo? Deja que te diga que, de ser cierto, lo habéis hecho demasiado real.

Los comentarios de Keira no la estaban ayudando, se dijo Fiona. Al contrario. La ponían más nerviosa todavía. Cerró los ojos y bajó la cabeza, sembrando dudas en el pensamiento de su hermana.

—¿Cómo puedes pensar que voy a dejar que me bese? ¿Te has vuelto loca? —Fiona se encaró con Keira abriendo los ojos de tal modo que parecía que se le iban a salir de las cuencas.

—Por eso mismo te lo estoy preguntado. Porque me sorprendería y mucho que hubieseis acordado semejante gesto. Entonces...

—Me lo ha dado él porque ha querido. Y me ha pillado de sorpresa. Claro que no era la ocasión ni el lugar para abofetearlo y montar un escándalo. Como puedes suponer.

Keira se mantuvo callada durante algún tiempo pensando en estas explicaciones. Y esto la llevó a creer que él lo había hecho porque había querido. Pero ¿lo había sentido en verdad o había sido un gesto para hacer más real la comedia sin consultar con su hermana? Keira comenzó a reírse, lo cual exasperó a Fiona.

—Veo que te hace gracia.

—Es que, si no lo habéis acordado, entonces ha sido algo espontáneo por su parte. Parece que él se ha metido de lleno en el papel de prometido, ¿no crees?

—Demasiado, me atrevo a decir.

—Pero ¿por qué lo ha hecho? Tal vez se siente atraído por ti y se ha dado cuenta.

—No, no. Más bien se debe a lo que le comenté cuando bailábamos —observó cómo su hermana arqueaba las cejas esperando a que continuase—. Le dije que temía que la gente sospechase de mí. De que nuestro compromiso era una comedia. Que solo era una cuestión temporal.

—Pues no me parece que lo sea para él. Y, por otra parte, tu reacción ha sido demasiado evidente al permitir no solo que te besase, sino que después le acariciases la mejilla como si en verdad estuvieses enamorada de él.

Fiona se mantuvo en silencio, expectante por las palabras de su hermana.

—Me sentí extraña cuando lo hizo. Correspondí al beso por lo que te acabo de decir. No quiero que sospechen de mí. Pero mi reacción fue... algo inesperado. Una especie de acto reflejo.

—Pues fue muy creíble. La verdad. Hasta Meribeth se dio cuenta de ello y me aseguró que tú estás entregada a él.

Fiona se apartó unos pasos de su hermana y caminó en silencio con la vista fija en el suelo. No entendía qué le había sucedido con James McLean, pero una parte de ella se había sentido reconfortada, deseada y protegida. La otra parte se mostraba recelosa y con temor de las consecuencias de ese acto. ¿Acaso estaba jugando con ella?

—Lo sé. Pero es que... me sentí rara. No entiendo por qué reaccioné de ese modo.

—Lo mejor es dejarlo estar por el momento. Siempre puedes pedirle explicaciones a James cuando estemos de regreso en el castillo. A solas. Sin que nadie os moleste ni haya ojos ni oídos atentos a vosotros dos.

Keira tenía razón, se dijo Fiona. Lo mejor sería aclararlo para que no se repitiese. Necesitaba saber por qué se había comportado así. De igual modo que le explicó por qué había intervenido cuando la vio en compañía de Will. Le había asegurado que no se echaría atrás, que no se rendiría con ella. ¿Es que pensaba llevar la comedia hasta el final?

—Por cierto, he visto a McLeod. Ya sabes a quién me refiero.

Fiona parecía ausente cuando su hermana se lo comentó, pero

reaccionó a los pocos segundos.

—Sí, he estado hablando con él.

—¿No te ha comentado nada al respecto de tu compromiso?

—Sí. Le ha sorprendido y mucho que haya decidido casarme.

—No me extraña, porque mira que él insistió en cortejarte —sonrió con ironía e hizo una mueca muy explícita recordando aquellos días.

—Ya, bueno... —Se quedó callada reviviendo el momento en que James apareció y amenazó a William.

—¿Qué sucede? ¿Hay algo más que no me has contado?

Fiona cerró los ojos y tragó.

—A William no le ha hecho mucha gracia mi decisión. De no ser por la repentina aparición de James, que andaba buscándome, no estoy segura de haber salido bien parada.

Keira dio un paso al frente y sujetó a su hermana por el brazo, instándola a girarse hacia ella.

—¿De qué estás hablando?

El tono y la mirada de preocupación de su hermana la alertaron.

—Me aseguró que estaba dispuesto a pasarlo bien en mi compañía para que, de ese modo, James rompiese el compromiso. Luego, él me recibiría con los brazos abiertos —le resumió apretando los dientes con furia y cerraba sus manos en puños amenazadores.

—¿Cómo se atreve? Si se le ocurre ponerte una mano encima, sabrá cómo se las gastan las mujeres del clan Menzies.

Fiona sonrió.

—No hace falta que te pongas de ese modo. Ya me encargué de advertírselo yo.

—¿Y James? Has dicho que te andaba buscando.

—Sí. En ese momento, William me tenía sujeta por la muñeca impidiendo que me marchase de su lado. Cuando James lo vio,

apartó su mano de la mía con determinación. Luego le advirtió que, si volvía a verlo conmigo, lo lamentaría.

Keira respiró aliviada al conocer la reacción del McLean. Asintió con una ligera sonrisa, que captó la atención de su hermana. Esta elevó las cejas y encogió los hombros sin saber a qué venía ese gesto.

—Creo que tu prometido se ha tomado en serio la deuda que tiene contigo. No esperes que se marche así como así, Fiona. Tenlo muy presente.

—Lo que dices no tiene sentido. Ya lo verás cuando se largue del castillo —le rebatió pretendiendo recomponerse por dentro. No quería creer que él pudiese quedarse con ella y que al final incluso se casasen... Ideas románticas que no venían al caso, se dijo sacudiendo la cabeza—. Deberíamos regresar. No quiero que me echen de menos.

—¿Lo dices por él? —Keira elevó una ceja con suspicacia y frunció los labios mientras Fiona prefería no añadir nada más y comenzaba a regresar al salón con el corazón golpeando con fuerza en su pecho.

Capítulo 8

Balfour llamó la atención de James para que se acercase hasta el corrillo en el que se encontraba. La conversación parecía de lo más interesante y preocupante al mismo tiempo.

—Necesito que oiga esto —le pidió moviendo la cabeza hacia los contertulios.

—Como acaban de informarme, el castillo de Edimburgo ha caído en manos inglesas —anunció Rory Moncreiffe mirando a los allí reunidos.

—Es, sin duda, un trágico desenlace para la rebelión de Claverhouse —comentó un hombre, a quien James no conocía—. Pero, por otra parte, también lo esperado. Los ingleses dejarán claro que no tolerarán más rebeliones.

—El duque de Gordon se ha visto obligado a rendirse. Lo cual deja pocas posibilidades a los seguidores de Jacobo Estuardo para sentarlo en el trono de nuevo —añadió el jefe del clan Moncreiffe.

—Ciertamente, era una empresa arriesgada, y Claverhouse lo sabía. Enfrentarse al coronel McKay con sus regimientos de soldados preparados y, además, apoyado por los clanes escoceses simpatizantes de Londres, aunque se haya vencido en Killiecrankie... —La decepción era notable en el tono y en las palabras de otro de

los presentes.

—Sin un líder como lo era Claverhouse, temo que la causa jacobita se haya desvanecido con esta noticia —aseguró alguien más.

—Tal vez se pueda reunir a todos los hombres que han sobrevivido a la batalla del paso de Killiecrankie —comentó Robert Moncrieffe—. ¿Qué opinión tiene, McLean? Usted ha combatido por Jacobo Estuardo.

James inspiró hondo y se aclaró la voz ganando algo de tiempo. La cuestión lo pilló por sorpresa.

—Es complicado saber qué sucederá después de la muerte de Claverhouse. Sin duda, la empresa era difícil y todos lo sabíamos. Ahora, los jacobitas carecen de un líder carismático como lo era él. Nadie sabe qué sucederá.

—Muchos de los que estuvieron en la batalla contra el coronel McKay se hallan dispersos por estas regiones huyendo de los ingleses —señaló Rory Moncreiffe—. Será complicado agruparlos de nuevo sabiendo que los persiguen. Y los que no acudimos a la llamada tampoco lo haremos si surge un nuevo líder. No creo que los supervivientes tengan demasiadas ganas y fuerzas para seguir adelante teniendo en cuenta que no todos los clanes defendemos la misma bandera. Sería pelear en una batalla que está perdida de antemano.

—Lo mejor es dejarlo estar y ver qué nos trae el cambio de monarca —sugirió James proponiendo lo que había escuchado decir a Aryll en alguna que otra ocasión en la que coincidió con él. A lo mejor no era tan malo como algunos predicaban.

—No nos quedará otra. En fin, señores, divirtámonos esta noche pese a todo —sugirió el anfitrión.

Balfour se pasó la mano por la espesa barba sin quitarle el ojo

de encima a James.

—¿Qué le parece la situación?

—En mi modesta opinión, es mejor dejar la cuestión tranquila. Si los clanes seguimos divididos, peleando cada uno en un bando, no conseguiremos restaurar la casa Estuardo —le aseguró con cierto lamento.

—Creo que en esto debo darle la razón. Facilitaría el trabajo a los ingleses y nos debilitaría como nación.

—No le quepa duda alguna, Balfour.

—Hablando de todo un poco, creo que ha dejado claro no solo a la señorita Fiona, sino a todos los presentes que lo suyo con ella va en serio.

—Eso mismo he pensado yo —añadió Callum con una sonrisa muy significativa y dándole un toque en el hombro en señal de camaradería, que hizo que James dudase al respecto de lo que debía decir. Y más al fijarse en Fiona cuando regresaba al salón en compañía de su hermana. A los pocos segundos la reclamaron para bailar. Sí, se había metido en un buen lío por querer saldar la deuda que tenía con ella. Sobre todo después de haberla besado esa noche.

Cuando la velada terminó, todos quisieron despedir a la pareja. Ambos habían sido el centro de atención de los invitados. No quedaban dudas de que James era el prometido de Fiona Menzies. Varias mujeres le habían preguntado sobre la fecha de la boda, lo que la había obligado a dar evasivas al respecto. No estaba definida aún. Ni siquiera lo había comentado con él. Pensarlo le parecía algo ilógico porque no estaba claro que él se fuese a quedar con ella. Si al final él desaparecía de su vida, ¿qué sentido tendría fijar una fecha para casarse? Era algo que deberían hablar, así como lo de su

atrevimiento al besarla delante de todos. Esto había sido el detonante de su actual estado de ánimo.

Al llegar al castillo, ella se dirigió a su habitación sin mediar palabra con él. Aunque ello no significase que le pediría una aclaración por su comportamiento. Recordar ese momento le provocó un sofoco que la obligó a cerrar los ojos e inspirar en su intento por tranquilizarse.

—¿Te encuentras bien?

La pregunta de Keira la hizo a reaccionar. Se volvió hacia su hermana tratando de ocultar su preocupación por lo sucedido esa noche; pero le fue imposible.

—Solo estoy algo cansada. Eso es todo.

—No te he visto volver a hablar con James MacLean el resto de la noche. ¿Ha sucedido algo más que no me has contado?

—Debo aclarar con él algunos detalles de esta locura a la que nos hemos prestado. ¿Sabes que me han estado preguntando por la fecha de la boda? —Abrió los ojos al máximo de su expresión mirando a su hermana a ver qué le decía—. Y he tenido que responder con evasivas.

—Tal vez debas hablarlo con él pronto. Si él está dispuesto a seguir adelante...

—Pero ¿no ves que es una completa locura? —caminó, presa de una agitación sin igual, en dirección a su hermana. El corazón le latía cada vez más deprisa y experimentaba una subida de temperatura fruto de la rabia.

—Sí, pero si él está dispuesto a seguir adelante y casarse contigo para que no pierdas el castillo... poco podemos hacer los demás.

Fiona comenzó a sacudir la cabeza y a retorcerse las manos debido a la agitación que sentía.

—Creo que lo que debería hacer es ir a hablar con él.

Solucionarlo lo antes posible —aseguró caminando fuera de la habitación sin que su hermana hiciese nada por retenerla. La vio abandonar el cuarto como si tuviese prisa por ver al McLean.

James estaba reunido en el salón junto a Callum y a Balfour. No parecía que ninguno de los tres tuviese sueño y habían decidido permanecer frente al gran fuego que ardía en la chimenea.

—¿Qué opinión tiene de lo sucedido esta noche? —Balfour fue el primero que habló dirigiéndose a James, quien permanecía callado y con la mirada fija en un punto.

—No ha sido para tanto. Salvo por un pequeño detalle que me gustaría saber.

—Usted dirá McLean.

—¿Conoce a un tal William McLeod?

Balfour arqueó las cejas cuando escuchó ese nombre y Callum centró la atención en James como si su cabeza tuviese un resorte.

—¿Por qué quiere saberlo?

—Porque esta noche lo vi en compañía de Fiona, y no me hizo gracia que la estuviese sujetando por el brazo impidiéndole irse.

Fiona bajó las escaleras y se detuvo cuando oyó la pregunta que James le había hecho a Balfour. Sabía que no debía escuchar a los demás sin que lo supiesen. Sin embargo, aquella conversación era sobre ella. De repente, sintió la presencia de Keira tras de sí y se volvió pidiéndole silencio. Le hizo un gesto con la cabeza hacia el salón en donde se mantenía una más que interesante charla. Keira comprendió enseguida y ambas hermanas permanecieron ocultas con toda su atención puesta en las voces que se oían en la sala.

—Will siempre ha tenido interés en mi hermana —apuntó Callum de no muy buenas maneras, como pudo observar James.

—Siempre ha pretendido convertirse en el señor de este castillo —aseguró Balfour.

—Comprendo.

—¿Qué hizo usted con él? —Callum parecía ansioso por saber más—. Espero que lo pusiese en su sitio.

Fiona abrió la boca al escuchar a su hermano y luego frunció el ceño. ¿Cómo se atrevía a pedirle algo así a James McLean? ¿Qué clase de confianzas se tomaba con este? Miró a Keira avergonzada por el comportamiento de su hermano y parecía dispuesta a aparecer en el salón para reprenderle, cuando la mano de su hermana la retuvo.

—Se supone que no estamos aquí.

Fiona apretó los labios y mantuvo el ceño fruncido; Keira tenía razón: no podía hacer notar su presencia o dejarían de escuchar lo que hablaban.

James miró a Callum y sonrió.

—Me limité a hacer que la soltase, asegurándole que era mi prometida.

—Lástima. Podría haberle golpeado.

—Nada de eso, Callum. Sería causarle problemas innecesarios a su hermana. Y no es esa mi intención.

—Ándese con cuidado, McLean. Ya le advierto que William estará muy pendiente de su relación con Fiona.

—¿Insinúa que puede causarnos problemas? ¿Por qué?

—No creo que le haya hecho ninguna gracia descubrir que la mujer que siempre ha pretendido para esposa tenga un prometido que ha surgido de la nada.

James asintió teniendo en cuenta el consejo de Balfour.

—Mi hermana es libre de elegir con quién quiere casarse. Lo que Will diga o piense le da igual a Fiona. Y, si ha elegido a James, pues por algo será —señaló a este.

—En fin, creo que será mejor dejar el asunto por ahora. ¿Qué

me dice de la situación en la que queda la nación después de la batalla de Killiecrankie? Le escuché decir al jefe Moncreiffe que, sin un líder carismático como lo era Claverhouse, nadie sabe qué sucederá.

—Exacto. Si a esto le añadimos la rendición del castillo de Edimburgo... Hay pocas probabilidades de que se pueda reorganizar un ejército para combatir a McKay y a las tropas que vengan de Londres. Salvo que algún loco se lo proponga.

—Eso significará que no habrá más batallas —comentó Callum—. Prometió llevarme a su lado si surgía otra.

Aquella afirmación de su hermano hizo que Fiona y Keira intercambiasen miradas con temor a que eso llegase a suceder.

—Ya has visto el resultado. El intento de Claverhouse ha quedado en nada.

—Entonces, Jacobo seguirá en Francia y no regresará —comentó Callum muy a su pesar.

—Me parece que así será —asintió James convencido de que no habría más levantamientos por el momento.

—Deberíamos dejar el tema de la frustrada rebelión de Claverhouse y retirarnos a descansar, Callum. Y no tenga prisa por entrar en batalla. No es nada aconsejable —le pasó el brazo por los hombros para acompañarlo fuera del salón—. ¿Piensa quedarse ahí, McLean?

—Sí, sí. Esperaré a que el sueño me venza.

—Le veré por la mañana, entonces.

—Que descanse, James —dijo Callum despidiéndose.

Fiona y su hermana se alejaron cuando escucharon los pasos de Balfour y de su hermano. Escondidas, las dos aguantaron la respiración para no hacerse notar. Una vez que ambos comenzaron a subir las escaleras, Fiona respiró.

—Creo que James debería dejarle claro a ese McLeod quién va a casarse con mi hermana —aseguraba Callum a medida que subía la escalera.

—Ya lo ha hecho esta noche. Pero supongo que insistirá.

—Entonces, sería mejor que James lo pusiese en su sitio.

—¿Quieres que MacLean provoque una disputa por tu hermana? No es la clase de hombre que se mete en esos líos. Es más inteligente que McLeod. Sé lo que digo.

—Ya, pero... A veces hay que dejarle claro a algunas personas cuál es la situación.

—A veces. Cierto. Será mejor que nos retiremos a descansar. Mañana lo verás con otros ojos.

Fiona y Keira permanecían ocultas en la oscuridad. Cuando escucharon cerrarse las puertas de las habitaciones en el piso superior, ambas respiraron aliviadas y salieron de su escondite.

—Yo me marcho a la cama. No quiero que me pille tu prometido y sospeche que estábamos espiándolos. Y tú harías bien en ir a hablar con él. Aprovecha que se encuentra solo. Buenas noches.

Fiona observó a su hermana dirigirse a toda prisa hacia la escalera y comenzar a subirla de manera rápida, no fuese a ser que James saliese del salón y la viera. Resopló y tragó con dificultad ante la perspectiva que se le planteaba. Pero no podía pasar por alto su situación. De manera que se encaminó decidida hacia el salón, sin ser consciente de que en ese mismo instante James hacía lo propio mirando al suelo, hasta que chocó contra alguien.

—¡Ouch!

—Disculpe... Iba distraído —le aseguró sujetándola por los brazos para evitar que terminase en el suelo. Se fijó en su mirada y en su sonrisa, que acababa de robarle el sentido—. ¿Se encuentra bien?

—Sí, sí... No se preocupe. —Fiona trataba de controlar su respiración y los latidos que retumbaban en su pecho. Intentaba tranquilizarse, sin embargo, le resultaba algo complicado con él sujetándola por los brazos. Sus manos le transmitían un calor agradable, que iba relajándola de manera paulatina. Y su mirada, llena de preocupación por su bienestar, le provocó un suspiro.

—Siento haberla abordado de esta forma. Si necesita algo...

Ella cogió aire y elevó el mentón con orgullo.

—La verdad es que venía a hablar con usted.

—En ese caso, ¿quiere que nos quedemos en el salón? —le preguntó señalando la estancia vacía.

Fiona asintió y pasó por su lado evitando rozarle. La temperatura era agradable debido al fuego, que todavía ardía en la chimenea. La luz de las lamparitas era tenue y dotaba la estancia de cierta intimidad. Ella permaneció de pie observando las llamas danzarinas y escuchando cómo la madera crujía al ser devorada por estas. Trataba de mantenerse firme y serena ante él, sin embargo, no lo lograba. Escuchó el sonido de sus pasos acercándose y giró el rostro hacia él.

—¿De qué quería hablar conmigo? —le preguntó deteniéndose a una distancia prudencial. La observaba mientras ella permanecía de pie. Le pareció dulce y tentadora como ninguna otra mujer que él hubiese conocido. Este pensamiento lo alertó porque no esperaba pensar algo así. De repente, ella se volvió hacia él contemplándolo con una expresión de desconcierto.

—¿Por qué me besó esta noche? ¿Cómo se le ocurrió hacerlo sin pedirme permiso?

La dulzura y la timidez con la que él la había considerado en primera instancia desaparecieron de un plumazo por el tono de sus palabras. Había variado su postura y en ese momento lo miraba con

los ojos entrecerrados y las manos cerradas en puños. Había salido la mujer fuerte que no se amedrentaba ante nada ni nadie. Ella era la jefa del clan Menzies y estaba haciendo gala de ello.

—No sabía que tuviese que hacerlo —le aseguró inclinando la cabeza un poco—. Le pido disculpas por mi atrevimiento, pero no podía permitir que la tacharan de tramposa, como usted me comentó. ¿Recuerda lo que me estaba diciendo?

—Sé perfectamente lo que le dije. Pero eso no justifica que usted se haya tomado la libertad de hacer lo que hizo. —Llevada por el ímpetu de sus palabras, acortó la distancia entre ellos y avanzó como si en verdad fuese a enfrentarse a él.

—Solo me limité a facilitarle las cosas.

—¿Facilitarme? —le preguntó abriendo los ojos al máximo—. Es usted increíble, señor McLean. Más bien las ha complicado, porque todos piensan que en verdad estamos prometidos.

Él puso cara de circunstancia. Se estaba conteniendo, y mucho, por no repetir el gesto por el cual ella estaba allí pidiéndole explicaciones.

—¿Y no es la imagen que pretendía dar esta noche delante de los invitados? Acordamos que me presentaría como su prometido. ¿También le pareció mal que saliese en su defensa con ese tal William McLeod? —Extendió el brazo hacia ella con la mano abierta exigiendo una explicación por su parte.

—William y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. No tenía que...

—¿Que intervenir? ¿Es eso lo que iba a decirme? —Se acercó a ella furioso por su comportamiento, pero cautivado por su magnetismo, por su belleza y por el deseo que crepitaba en su interior de atraerla hacia sí y repetir el beso.

—Pues sí. No tenía que comportarse como si yo fuese de su

propiedad.

—Lo hice, sí. Porque consideré que mi prometida me necesitaba. Lleve por cuenta que lo haré con cualquiera que ose ponerle una mano encima.

La mirada de él reflejaba que hablaba en serio. Y ella quería creerle. Creer que después de todo tal vez sintiese lo que decía. Pero le costaba cuando ambos sabían que aquella relación no era sino una completa comedia.

—Lo dice como si en verdad estuviésemos comprometidos. ¿No cree que se lo ha tomado muy en serio? —Pasó de la rabia al cinismo y lo miró con una sonrisa irónica y una ceja arqueada.

—¿Usted no? Creo recordar que correspondió a mi beso. La escuché gemir, respirar con cierta dificultad. ¿Y qué me dice de su caricia? Si tan enojada estaba conmigo, ¿a qué vino su reacción?

—Se trató de un acto reflejo. Nada más.

—Apostaría mi vida a que, si volviera a besarla en este momento, su reacción sería la misma que entonces. Y yo no me contendría llegado el caso.

Ella le sostuvo la mirada de manera firme, tratando de que él no notase el ligero temblor que sacudía su cuerpo. Por fortuna no podía escuchar los latidos de su corazón, pero a ella le parecían salvas de artillería. Se limitó a entreabrir los labios y respirar.

—No quiero que vuelva a hacerlo. Bajo ningún pretexto.

—Me parece perfecto. Será usted quien lo haga. Quien solicite mis besos y mis caricias. Mis atenciones.

—No, no lo haré porque esto es solo una farsa. Un plan...

—No, no lo es. No se equivoque. Acabo de decirle lo que experimentó cuando la besé. ¿Estaba fingiendo? Dígamelo.

—¿Y usted?

Tenía el rostro de ella tan cerca que podía percibir una

respiración, su aliento escapando por sus labios entreabiertos, tan tentadores y apetecibles que llegó a creer que ella era el mismo diablo.

—No.

Aquella respuesta no la esperaba. No estaba preparada para escuchar algo así y él lo notó en el momento en que su rostro mudó el color. Fiona sintió un escalofrío recorrer su espalda hasta perderse debajo de su pelo.

—No lo dice en serio. Lo dice para justificarse ante mí. Y, aunque estuviese hablando en serio, sé que terminará por marcharse de aquí y no regresará. De manera que no es necesario que se meta tanto en el papel de prometido.

James frunció los labios y asintió cruzando los brazos sobre el pecho. Sonrió contemplándola con diversión y admiración. Desconocía si su destino lo había conducido hasta allí para conocerla, pero tenía claro que no iba a dejarla sola. No iba a dejar que ella ganase la discusión, de manera que adoptó una pose irónica para enojarla más. Porque en el fondo le gustaba ese lado indomable y respondón que tenía.

—Parece muy segura de que vaya a hacerlo. Está bien, y dígame, ¿también ha pensado en el día en el que quiere que lo haga? ¿La hora tal vez? Seguro que en mitad de la noche para que nadie se dé cuenta. ¿Le viene bien que me marche la mañana después de la boda? Al fin y al cabo, usted tendrá lo que necesita y yo no tendré por qué permanecer aquí, ya que no lo desea. —Estaba molesto con el comportamiento de ella. Pero más comenzaba a estarlo con él mismo por haberse ofrecido a semejante disparate.

Fiona lo miraba sin creer que él pudiese hacerlo al fin de cuentas. Algo en su interior quería hacerle ver que debía confiar en él.

—Ese es otro asunto que quería tratar con usted.

De repente él se sintió confundido. Sacudió la cabeza sin dejar de mirarla, esperando a que continuase. Pero ella se apartó de él como si buscase prepararse para lo que tenía que decirle. Como la caballería que se repliega y se reagrupa para lanzar una nueva carga.

—¿De qué otro asunto me habla? ¿De mi marcha de Menzies? ¿Es que quiere aclarar las cosas todavía más? Porque para mí ya lo ha dejado claro. —Él estaba intrigado por lo que tuviese que decirle. Se esperaba cualquier cosa después de lo que habían hablado. Confiaba en que no fuese algo por lo que tuviese que sentirse mal con ella. ¡Maldita sea, la había sentido corresponder a su beso, jadear de manera leve! ¡Y se atrevía a decirle que era una farsa! Y luego estaba la forma en la que se le había quedado mirando mientras le acariciaba el rostro. La observaba volver a situarse ante él con determinación.

—Debemos fijar una fecha para la boda.

James inspiró.

—¿Ha pensado en alguna?

—No.

—En ese caso, debería hacerlo.

—No había caído en ello hasta que esta noche me lo han preguntado. Por ese motivo quería consultarle.

—¿Qué más le da la fecha si piensa que me marcharé de Menzies antes de la boda? Decídalo usted.

Ella apretó los labios y cerró los ojos unos segundos en los que trataba de serenarse. Si él seguía comportándose de aquella manera, le sería complicado. Resopló y volvió a encararse con él sin miedo a que la pudiese sujetar y besarla. Le había prometido que tendría que ser ella la que lo hiciese a partir de ese momento, luego

estaba a salvo.

—De acuerdo. Si piensa quedarse y llevar esta mascarada hasta sus últimas consecuencias...

—Le ha dado mi palabra.

—En ese caso, espero que entienda que no pasaré la noche de bodas con usted. —Arqueó las cejas dejando clara su posición al igual que el tono empleado.

—Nunca se lo pediría. Puedo sentir la necesidad de besarla, pero pasar juntos la noche de bodas es algo más íntimo. No se inquiete, me buscaré un sitio dónde pasarla y no la molestaré.

Aquel comentario no pareció satisfacer las expectativas de ella porque la estaba rechazando. Pensó que él se opondría y que insistiría en que consumaran el matrimonio, pero no había sido así. No era la respuesta que ella esperaba.

—Me alegra que le quede clara mi posición.

—Por supuesto. Tenga en cuenta que mi intención no es otra que saldar la deuda que tengo con usted para que no pierda todo a manos de su tío. Me ha quedado todo más que claro, hasta que se entregó cuando la besé. ¿Hay algo más que quiera comentarme o puedo retirarme a descansar?

Ella permaneció callada ante el comentario de que se entregó en el beso. No podría negarlo porque así había sucedido. Había correspondido a su beso como si en verdad lo necesitase, como si le fuera la vida en este. Recompuso su semblante y volvió a dirigirse a él.

—La fecha de la boda. No me ha dicho nada.

—De acuerdo, si insiste. ¿Qué le parece dentro de una semana? Al fin y al cabo, no es más que una comedia y un mero trámite. Si lo prefiere...

La propuesta de él le heló la sangre porque no esperaba que se

decidiese tan rápido. Esperaba que le diese largas otra vez pidiéndole que la fijase ella. Se vio obligada a tragar, porque la había dejado sin habla.

—¿Una... semana...?

James se dio cuenta de que su respuesta había sido lo más parecido a golpearla en el estómago. Le había costado hacerle la pregunta. La notó balbucear. Y luego era ella la que aseguraba que lo suyo era una comedia. Tenía miedo a dar ese paso; él lo sabía y la entendía porque le sucedía algo similar. Pero estaba dispuesto a casarse con ella.

—Está bien. Podemos dejarlo en dos, si lo prefiere. Pero tenga en cuenta que deberemos casarnos antes de tres meses.

—Lo sé, lo sé.

—Creo que cuánto antes lo hagamos será mejor para todos. De ese modo retendrá el castillo y las tierras de su clan. Nadie podrá arrebatárselo. Piénselo.

Una vez más, ella tenía que darle la razón. Aunque tres meses le parecían lejanos, el tiempo corría como un caballo salvaje al que nadie lograba retener.

—En ese caso... En dos semanas celebraremos la boda. Imagino que deseará avisar a su familia para que asista al enlace.

—Sí. Me encargaré de ello. En breve partiré hacia Duart para informarles de que sigo vivo, y de que voy a casarme. —Hizo una ligera reverencia hacia ella—. ¿Hay algo más que quiera comentarme?

—¿Qué le ha parecido la velada de esta noche? Dejando a un lado todo este asunto de la boda, claro está. —Tenía la sensación de estar algo más relaja en compañía de él, lo que no dejaba de sorprenderle porque acababa de fijar la fecha de su boda para dentro de quince días. Sin embargo, no deseaba que no se marchara

todavía. A pesar de la conversación, del tema y del tono empleado, debía admitir que le gustaba su presencia. Lo cual hacía todo más complicado.

James se sintió confundido porque no esperaba que ella quisiera seguir hablando con él después de haber aclarado su situación. Su tono había cambiado, pasando a ser más sereno y cautivador. De igual modo que la expresión de su rostro. Además, él estaba pensando en partir hacia Duart para poner sobre aviso a sus padres y a su hermana Eve, cuando escuchó la pregunta de ella.

—Ha estado bien.

—Salvo por el incidente con McLeod —recordó la conversación que su hermana y ella habían escuchado cuando estaban su hermano Callum y Balfour.

—Tampoco fue para tanto. ¿Qué hay entre vosotros? ¿No se tratará de algún pretendiente despechado? —le preguntó recordando lo que el hermano de ella le había contado.

Ella sonrió de mala gana. Ya sabía lo que le había dicho su hermano sobre William McLeod. De manera que no podía engañarlo con una mentira.

—En su momento estuvo interesado en unir ambos clanes.

—Pero usted lo rechazó.

—Así es. No quería casarme ni con él ni con otro.

—Pues le habrá sorprendido que de la noche a la mañana haya cambiado de idea.

—Eso mismo era lo que me estaba preguntando cuando usted apareció.

—Espero que le haya quedado claro que usted es mi prometida y que no permitiré que nadie le cause el mínimo daño. ¿Por qué la tenía sujeta por la muñeca impidiéndole marcharse?

La mirada entornada de él y cierta frialdad en sus ojos llamaron

la atención de Fiona. No le confesaría la verdad porque temía que, la próxima vez en la que se vieran, él pudiera hacer caso a Callum en lo de ponerlo en su sitio. No sabía la clase de hombre que era James, pero su gesto esa noche dejaba claro que protegía lo que era suyo.

—Diferencias de pensamiento. Llegó un momento en el que me molestó lo que me dijo e intenté irme.

—¿Qué le dijo?

La sonrisa sarcástica de él y su tono alertaron a Fiona. Sin duda, James McLeod sería capaz de ir tras William si le revelaba la verdad.

—Que iba a casarme con usted y que iría a buscarle. Pero no se lo creyó. Pensó que le tomaba el pelo y por ese motivo me agarró. Por suerte apareció usted y todo quedó aclarado.

—Entiendo.

Algo en la manera de decirlo no le gustó a Fiona. Él no la creía. Pensaba que la escena entre William y ella se debía a otro motivo, pero no parecía dispuesto a indagarlo, por el momento.

—Puede marcharse cuando guste, si es su deseo. Ya he hablado de lo que me urgía.

Lo vio sonreír tímido e inclinar la cabeza pensando en la fecha de su boda.

—En ese caso, que descanse.

—Igualmente. —Lo siguió con la mirada hasta que salió del salón y de inmediato ella sintió una corriente fría que la envolvía. Se apresuró a acercarse al fuego para calentarse sin dejar de pensar en él. Pero el calor no la tranquilizó y sintió la piel erizarse. Todo parecía indicarle que él estaba dispuesto a quedarse a fin de que ella no perdiese el castillo. Había aceptado la fecha para el enlace dentro de dos semanas. ¿Por qué? ¿Por corresponder a lo que ella había hecho por él? Era un completo loco si ese era su pensamiento, porque ella

estaba segura de que no sentiría nada por él, excepto la gratitud de su gesto hacia ella. Entonces, recodó el beso que le había dado y su cuerpo sufrió un repentino cambio. Una ola de calor arrasó su interior. Se llevó la mano a los labios y se los humedeció. Por un instante, pensó que él volvería a hacerlo allí en el salón. Lo había creído intuir en su manera de mirarla, pero se había echado atrás al final. Cerró los ojos y movió la cabeza asegurando que aquello era una locura que no podría terminar bien.

James cerró la puerta de su habitación cabreado con todo lo que estaba sucediendo. Con él, el primero, por haberse prestado a esa farsa sin pensarlo de manera detenida. ¿Tanto valía su propia vida como para unirla a la de aquella mujer? ¿En qué estaba pensando? No estaba en sus cabales cuando se ofreció a ser su prometido. Sin embargo, a medida que las horas pasaban y poco a poco la iba conociendo, creía que, si no surgía nada entre ellos, al menos tendría su amistad. ¿Y cómo haría si el deseo por besarla le quemaba como hacía un momento en el salón? No buscaría una amante para satisfacerse, y menos una meretriz. Tal vez ella tuviese razón finalmente y lo mejor sería acabar marchándose. Se detuvo delante de la ventana contemplando la oscuridad de fuera. ¿Marcharse? No. Tenía una deuda que saldar con ella. Le había hecho una promesa y un MacLean siempre cumplía lo que prometía. Sonrió con picardía, aunque también con cariño recordándola. Lo sentía por ella, pero no iba a hacerlo. No iba a marcharse de allí. Se casaría como le había prometido y permanecería allí en las tierras de los Menzies pese a lo que ella pensase. Solo tendría que partir hacia sus tierras para avisar a sus padres de su situación. Como era de esperar, ninguno lo habría previsto. Ni si quiera Eve. Tal vez el hecho de que él se casase la hiciera acercarse más a Argyll.

Capítulo 9

Mordecai Menzies se encontraba sentado con gesto serio. Estaba dándole vueltas a las últimas noticias recibidas. La primera tenía que ver con el testamento de su hermano, el cual le dejaba el castillo que ocupaban los hijos de este, siempre y cuando la mayor, Fiona, no se desposase en un período de tres meses. Y al parecer se había corrido la voz de que iba a casarse con un tal James McLean, que había regresado de Francia. Todo muy raro desde su punto de vista. Nunca había escuchado hablar de él. Se pasó la mano por la poblada barba de color gris y, tras dar un golpe en la mesa con la palma de la mano, se incorporó llamando a su esposa.

—¡Margaret! ¡Margaret!

Esta acudió a ver qué le ocurría a su esposo.

—¿Qué te sucede? ¿A qué vienen esas voces?

—Mujer, vete preparando. Nos vamos a visitar a nuestra sobrina Fiona... Y a que nos presente a su prometido.

—¿Prometido? ¿Desde cuándo tiene uno? Siempre la escuché decir que no se casaría —le recordó mirándolo de pies a cabeza con los brazos en jarras.

—No es lo que me han contado algunos conocidos. Al parecer hace algunas noches estuvo en una velada en el castillo del clan

Moncreiffe. Fue allí donde lo presentó a los asistentes.

—¿En serio?

—Por ese mismo motivo quiero ir a conocerlo —le aseguró con una mirada y una sonrisa pérfidas. Desde que conoció los detalles del testamento de su hermano, no había dejado de preguntarse si su sobrina aceptaría la cláusula que su padre había puesto. Si no se casaba en el plazo de tres meses, el castillo y las tierras aledañas pasarían a sus manos. Lo cual no hubiese resultado un problema, teniendo en cuenta que, como su mujer le había recordado, Fiona no quería casarse.

—Qué raro. Bueno, es posible que haya cambiado de opinión después de convertirse en la jefa de los Menzies. Está bien, me cambiaré el vestido e iremos a verlos.

—Por supuesto.

Mordecai la observó alejarse mientras él se quedaba pensativo. ¿Sería posible que su sobrina se hubiese inventado un pretendiente para quedarse con el castillo y las tierras? ¿O en verdad se había comprometido? Esperaba salir de dudas cuanto antes. Pero sabía que no lo lograría de la noche a la mañana, sino que tendría que observar su comportamiento.

Fiona parecía haber dejado a un lado el asunto de su boda y se centró en la administración de las propiedades del clan. Esto era lo que más le importaba. En cuanto a James, habían intercambiado algunas palabras en los días anteriores, pero nada importante. Él se marcharía al día siguiente hacia el castillo de Duart, propiedad del clan McLean. A ella le parecía que él la evitaba porque cada vez que coincidían James apenas se detenía a hablarle, salvo cuando se sentaban a comer o a cenar. Le daba la impresión de que estaba molesto con ella, tal vez porque no había creído en su palabra ni en

que no se marcharía. O tal vez porque quería dejarle bien claro que no habría noche de bodas. Claro que a él no le habría importado. Ambos sabían que aquel no era un matrimonio en toda regla, sino un pacto para que ella no se viese arrojada de aquel castillo. Lo que ella no sabía era qué sucedería si él se marchaba. No había ninguna cláusula por parte de su padre que dijese que debían permanecer casados un tiempo o para toda la vida, o de lo contrario ella perdería sus posesiones. Debería consultarlo con el notario que se presentó allí, solo que podría levantar las sospechas de lo que pretendía.

—¿Todavía no habéis fijado la fecha de la boda? —Keira se lo preguntó a su hermana cuando la encontró fuera del castillo. Fiona permanecía de pie con gesto pensativo. Se sobresaltó cuando escuchó la voz.

—No, no...

—¿Y a qué estáis esperando? La otra noche, en el castillo del clan Moncreiffe, fueron bastantes mujeres las que me lo preguntaron. Y no supe qué responderles, salvo que lo estabais pensando.

—No creas que fuiste la única a la que atosigaron con esa cuestión. —El mal humor se reflejaba en el tono de voz de Fiona. Sin duda, aquella cuestión le molestaba, y cada día que pasaba creía que más.

—Es lógico que te lo preguntaran. Eres la mayor atracción en la zona.

—¿Yo? ¿A santo de qué? —Miró a su hermana sin comprender a qué venía su explicación.

—Pues es simple. Eres la máxima autoridad del clan Menzies y estás soltera. Además, siempre dijiste que nunca te casarías. Ibas rechazando a todo aquel que pretendía tu mano. Creo que esa es la razón por la que nuestros padres hicieron la cláusula del testamento.

Para obligarte a casarte.

Fiona frunció los labios y sacudió la cabeza.

—Sí, eso me parece a mí también. Pero no es lo que yo siempre he querido. No tener que depender de un hombre. Ser libre para hacer lo que me viniese en gana.

—Pues me temo que te queda poco tiempo para disfrutar de «esa libertad» —comentó en un tono jocoso, que acentuó el malestar en el rostro de su hermana.

—Bueno, tal vez después de todo sí que pueda hacerlo.

—¿Cómo? Si te casas con MacLean y él permanece aquí las dos sabemos que él pasará a ser alguien importante en el clan. Tendrás que obedecerle.

—No estoy tan segura de ello.

El convencimiento con el que su hermana lo decía hizo sospechar a Keira de que había algo que ella desconocía.

—¿De qué estás hablando?

—Tuvimos una charla la otra noche, cuando casi nos descubren.

—No me contaste nada. ¿Y qué sucedió?

—Le comenté lo de fijar una fecha para la boda.

—¿Sigue adelante con el plan de casarse contigo?

—Sí, sí. Pero le dije que no estaba segura de que él se quedase mucho tiempo.

—¡Por san Andrés, que sigues pensando en lo mismo! —Keira, con cara de pocos amigos, puso los brazos en jarras mirando a su hermana.

—Es que no creo en su palabra. No me fío. Además, ¿qué va a hacer aquí? Este no es su clan.

—Cuando se case contigo pasará a formar parte.

—De acuerdo, ¿y por qué seguiría al lado de una mujer que no siente nada por él? —Fiona esbozó una amplia sonrisa victoriosa.

—Pues deberías responderte tú misma después de corresponder a su beso de la manera en que lo hiciste, ¿no crees? ¿Te has puesto a pensar en que tal vez durante su estancia logre conquistarte?

Fiona se quedó paralizada ante ese comentario. Dio un paso atrás como si alguien le hubiese dado un golpe en el pecho. Se humedeció los labios de forma inconsciente.

—No creo que un beso signifique tanto. Ni tampoco que entre sus planes esté conquistarme —le rebatió con cierto desdén, como si pretendiese restar importancia a los comentarios de su hermana.

—Pues no es lo que los demás vimos, hermanita. Pero, si sigues pensando que entre vosotros no puede surgir nada a nivel sentimental, no seré yo la que te lo desmienta. Tú sola te irás dando cuenta de la realidad. —Keira se quedó con la mirada fija detrás de su hermana. Entrecerró los ojos y se puso la mano en la frente para que la luz del sol no le molestase—. Tenemos visita.

Fiona se volvió sobre sí misma para ver avanzar el carromato por el camino que conducía al castillo. ¿Quién podía ser? No esperaban a nadie a esas horas. Pero, a medida que la comitiva avanzaba y ella se fijó en los dos hombres que iban a caballo delante de este, un repentino escalofrío le recorrió la espalda hasta perderse bajo su cabello en la nuca. Cogió aire y se dispuso a recibir a sus parientes.

—Es el tío Mordecai y la tía Margaret.

Keira se acercó a Fiona como si pretendiera darle apoyo.

—Han tardado, ¿eh? Estoy segura de que ya conocen la noticia y querrán conocer a James y ver si en verdad es tu prometido. Apuesto a que tu decisión les ha sorprendido.

—¿Insinúas que piensan que es una farsa?

—Tendrás que convencerlos como hizo MacLean con todos los asistentes a la velada de los Moncreiffe.

Fiona se mordió el labio y cerró sus manos en puños, que apretó

contra la tela de su kilt. Se maldijo por haberse prestado a aquel embrollo que solo le causaba más y más problemas. Al final acabaría ella misma por romper el compromiso con MacLean y entregarle el castillo a su tío. Se iría a vivir a otra parte donde no tuviese tantos quebraderos de cabeza.

Su tío Mordecai y su tía Margaret bajaron del carruaje y acudieron prestos a saludar a las dos jóvenes. Fiona cogió aire y esbozó la mejor de sus sonrisas cuando estos se acercaron.

—Qué sorpresa veros por aquí —los saludó estrechando la mano de su tío y dándole un par de besos a su tía.

—Hacía tiempo que no veníamos a ver cómo estabais. Y le sugerí a ella que pasáramos a veros —dijo haciendo un gesto a Margaret—. Además, nos ha llegado la noticia de que te has comprometido.

Tanto Fiona como su hermana no fueron ajenas al tono de sorpresa que empleó su tío para referirse a este hecho.

—La verdad es que no me lo creía cuando me lo contaron. ¿Cómo va a casarse Fiona si ha asegurado desde que era una chiquilla que ella no lo haría? Le pregunté a tu tío pensando que era una broma suya.

Fiona sonrió ante el comentario de su tía.

—Pues no lo es.

—Entonces... ¿Vas a casarte? ¿Y quién es tu prometido?

Sin duda, la noticia había despertado el interés de su tía. La miraba con una expresión de curiosidad. No se lo había esperado. Ni ella, si era sincera consigo misma.

Fiona iba a responder a la cuestión cuando vio a James aparecer en compañía de Callum.

—Ahí viene con nuestro hermano —dijo Keira anticipándose a la respuesta de su hermana.

Todos se fijaron en ellos. Callum reía por algo que, al parecer,

James le había contado. Fiona sintió que le faltaba el aire al tiempo que el calor ascendía a su rostro. ¿Por qué se quedaba mirándolo de aquella manera tan personal? ¿Y a qué venía ponerse nerviosa? Si temía que su tío pudiese sospechar de él, no tenía de qué preocuparse porque James sabía representar su papel de prometido enamorado de una manera muy convincente, como le quedó claro aquella noche en el castillo del clan Moncreiffe. No le quitaba ojo hasta que los dos hombres se dieron cuenta de que los estaban esperando.

James se sintió algo cohibido al ver a la pareja sonriéndole. ¿Quiénes eran?

—Tía Margaret y tío Mordecai, ¿qué os trae por aquí? —La pregunta de Callum a aquel matrimonio sacó de dudas a James. De inmediato tomo nota de la situación. Los tíos de Fiona. Intercambió una fugaz mirada con ella y asintió queriéndole transmitir que sabría cómo actuar ante ese imprevisto.

—Hemos venido a conocer al prometido de tu hermana —le aseguró su tía mirando y sonriendo a James.

Este esperó a que Fiona se dirigiese a él y que los presentase. La vio acercarse y agarrarse a su brazo, pegando su cuerpo al suyo para dejar constancia de que la noticia era cierta. Acababa de recordar las palabras de su hermana sobre convencer a sus tíos de que no era un invento ni nada por el estilo. Su prometido era real. De carne y hueso. Se había desentendido un poco de su tío pensando en que acudiría a Menzies a conocer a James en cuanto se enterase de la noticia. Pero no esperó que fuese tan pronto. Ella había estado más centrada en los planes de la boda. El momento de la verdad había llegado; solo esperaba salir airosa. Y no podía olvidar la curiosidad de su tía.

—Este es James McLean, mi prometido. Ellos son mis tíos —le

dijo señalándolos con el otro brazo.

—Encantada de conocerlo —le aseguró la tía Margaret.

Mordecai no quitaba su atención de él. James era consciente de que lo estaría vigilando en todo momento para tratar de averiguar si aquello era verdad. Sin duda alguna, no se fiaba de su sobrina y ni de que de la noche a la mañana se hubiese sacado un prometido de la manga para cumplir con la última voluntad de su padre. Y de ese modo evitar entregarle el castillo y las tierras.

—Es un placer conocerle. ¿MacLean de Duart?

—Sí. Mi padre es John MacLean de Duart —respondió James con naturalidad, sin temer nada por parte del tío de Fiona. Por las conversaciones que había tenido con Balfour, se hacía una idea de la clase de hombre que era. De hecho, este lo observaba con los ojos entrecerrados y una sonrisa ladina.

—¿Cómo ha sucedido lo de la boda? —Su tía Margaret contempló a su sobrina Fiona con curiosidad, porque la noticia era toda una sorpresa.

—Creo que podríamos pasar dentro. Estaremos más cómodos en el salón, ¿no creéis? —les sugirió Keira señalando el castillo a sus tíos y dejando que Fiona y James se quedasen algo rezagados. Suponía que su hermana le aclararía algo a James acerca de sus tíos.

Fiona sujetó con firmeza a James obligándolo a detenerse y volver el rostro hacia ella. Entrecerraba sus ojos mirándolo con cierto recelo.

—¿Está bien?

La respuesta de él fue una sonrisa cálida que la obligó a entreabrir los labios para coger aire. Y, cuando el pulgar de su mano se posó en su barbilla, ella creyó que acabaría sucumbiendo al calor que aquellos gestos le estaban provocando.

—Por supuesto. No se preocupe. Todo saldrá bien. Vayamos dentro. Sus tíos nos esperan.

Fiona se quedó mirándolo sin que su comportamiento le sorprendiese. Había demostrado una seguridad y un aplomo la noche en la velada de los Moncreiffe que la hacía sentirse segura ante sus tíos.

Estos los esperaban ya en el salón junto a Callum y a Keira. Fiona inspiró antes de entrar y mostrar la mejor de sus sonrisas.

—¿Tomaréis algo? ¿Una taza de té o más bien algo más fuerte? —preguntó mirando a ambos para tratar de calibrar su talante.

—Un buen trago de licor me vendrá bien —asintió su tío con una sonrisa socarrona—. Dejemos el té para quien le guste.

—Ya me encargo yo. Tú quédate y cuéntales la relación que tienes con James —le sugirió Keira deteniendo a su hermana cuando esta iba a encargarse de las bebidas.

—Eso, explícanos cómo ha surgido todo. Nos tienes en ascuas, sobrina —le comentó su tía Margaret deseosa por saber más y de ese modo cotillear después con sus amistades.

Fiona miró a James, quien parecía muy tranquilo, observándola. No sabía si estaba más nerviosa por la manera de mirarla de él o por sus tíos. Asintió recordando la historia que habían creado para que nadie sospechase del verdadero motivo de su compromiso y posterior matrimonio.

—Lo cierto es que ha sido algo tan inesperado que todavía no me lo creo.

—Ni tú ni nadie, sobrina —añadió su tío levantando en alto su vasito a modo de brindis antes de beber—. Eche un trago McLean.

—Gracias —James aceptó la oferta y vertió aguardiente en un vaso que después bebió.

—No sabía que ambos os conocieseis —comentó Margaret

mirando a los dos—. Nunca te escuché hablar de matrimonio, todo lo contrario.

—Cierto, pero tal vez la edad y la situación que vivimos desde que nuestros padres fallecieron me haya empujado a aceptar la propuesta de James —dijo mirándolo en busca de su apoyo. Y se dio cuenta de que comenzaba a darle más importancia a este de lo que había imaginado.

—Tienes razón, sobrina. Por mucho que una diga que no se casará, llega un momento en la vida en la que ese pensamiento deja de tener valor. Supongo que querrás tener familia.

—Sí, claro.

—Es lógico.

—Y dime, ¿desde cuándo os conocéis? —Su tío no iba a dejar escapar la ocasión para indagar todavía más. Quería averiguar si la historia era real o una invención.

—Poco antes de mi partida a Francia —intervino James echando una mano a Fiona. No quería que su tío se centrase solo en ella para pillarla en algún dato erróneo. Después de lo que él sabía de su tío, esperaba que este acosara a preguntas a su sobrina—. En una de las diversas veladas en las que coincidimos en Perth. Comenzamos a vernos de manera asidua y a trabar una buena relación de amistad. Perdimos el contacto cuando me marché a París a seguir mi formación, en especial en francés.

—Y ahora ha regresado...

—Lo hice justo cuando Claverhouse comenzó a moverse por toda Escocia reclutando hombres para defender los derechos al trono de Jacobo Estuardo.

—¿Los MacLean de Duart combatieron en la batalla del paso de Killiecrankie? —Mordecai se inclinó hacia delante atraído por ese dato. Miró de manera fija a los ojos a James.

—Sí, señor. El clan MacLean se ha mantenido siempre fiel a la casa real.

—James resultó herido y un día apareció en el camino que conduce al castillo —añadió Fiona recordando ese momento y lo que había supuesto la llegada de él. Le dirigió una mirada que todos pudieron observar que estaba cargada de cariño.

—Pero yo os veo bien. Supongo que la estancia en este castillo os ha sido de gran ayuda —comentó Margaret con toda intención, sonriendo mientras miraba a Fiona.

—Los cuidados de todos ellos me han restablecido. —James miró a los tres hermanos que permanecían allí.

—¿Te ha pedido matrimonio en estos días? —La curiosidad de Mordecai seguía en su línea—. Debías tenerlo muy claro, sobrina.

—La verdad es que no esperaba algo así por su parte, hasta que me contó que no pudo olvidar la última vez que nos vimos. Incluso durante su estancia en Francia siguió pensando en mí.

—¡Qué romántico! —exclamó Margaret—. ¿Para cuándo es la boda?

Los dos intercambiaron miradas, lo que sorprendió a Fiona. Parecía que poco a poco iba surgiendo cierta complicidad entre ellos. Aquel gesto le provocó una sonrisa que hizo que Keira contemplase a su hermana con excesivo interés.

—En dos semanas. Aquí en el castillo.

—¡Dos semanas! —exclamó su tía con sorpresa mientras Mordecaí no decía nada, pero su semblante no mostraba su conformidad.

—En unos días partiré hacia Duart para avisar a mis padres y a mi hermana que se preparen para venir a Menzies para el enlace —continuó James queriendo dotar de más fiabilidad a la situación.

Aquella confirmación por parte de él sobresaltó a Fiona en su

interior. ¿Era acaso porque se alejaría de ella? De repente se sintió algo extraña pensando en la próxima partida de James, aunque fuese a ver a su familia. ¿Acaso le afectaba pensar en su ausencia? Se quedó callada contemplándolo ajena a lo que los demás comentaban. Pero ella pensaba que en cuanto pudiese se marcharía y no regresaría... ¿A qué venía esa preocupación por su marcha?

Keira no fue ajena al repentino cambio de su hermana cuando James comentó que tendría que marcharse hacia las Tierras Altas del país. ¿Qué le sucedía a Fiona?, se preguntó Keira al ver su reacción.

—En ese caso, espero conocer a su padre, el señor de Duart —le dijo Mordecai centrándose en James y dejando a un lado a su sobrina. Todo parecía indicar que la cuestión era seria, y no había nada que le llamase la atención. Tal vez, pese a sus sospechas, su sobrina hubiese mantenido la relación con el MacLean en secreto y al verlo de nuevo, tras el paso del tiempo, hubiese decidido aceptar su propuesta.

—Lo hará, señor.

—Bueno, pues esperaremos con impaciencia el día —aseguró Margaret con una expresión de dicha en su rostro.

—No hemos decidido el día exacto, todavía, pero os lo haremos saber enseguida —aseguro Fiona nerviosa.

Dos semanas pasarían muy deprisa, se dijo. Cuando se quisiese dar cuenta, estaría casada con el McLean.

—Creo que sería mejor regresar, ahora que ya conocemos al pretendiente de nuestra sobrina —propuso Mordecai, que parecía convencido de que no había nada extraño.

—Sí, es lo más adecuado. Dejar a esta pareja para que siga con las preparaciones. No os demoréis demasiado en fijar la fecha.

—Descuida, tía. Lo acordaremos antes de que James parta hacia

las tierras del clan MacLean —la tranquilizó Fiona con una sonrisa algo forzada al pensar en lo que se le venía encima.

—Aguardaremos impacientes tus noticias.

—Buena suerte —Mordecai estrechó la mano de James mirándolo de manera fija, como si pretendiese intimidarlo de algún modo. Pero se dio cuenta por el firme apretón de manos de este, y la expresión de su rostro, que el MacLean no era cualquier petimetre.

—Gracias, señor.

—La siguiente en la lista de bodas eres tú, Keira —le recordó Margaret provocando en esta una sonrisa irónica, así como un gesto de incredulidad.

—Vamos a casar a Fiona primero. Ya tendremos tiempo de pensar en una segunda boda. A lo mejor es Callum quien nos sorprende —dijo mirando a su hermano, que se limitó a sacudir la cabeza y fruncir el ceño en señal de rechazo.

Fiona agradeció que la conversación se desviase del tema principal: su propia boda. Cuando terminaron de despedirse y sus tíos se subieron al carruaje para regresar a su casa, la joven Menzies resopló aliviada porque todo hubiese pasado sin ningún sobresalto. Agradecía que su tío no hubiese hecho ninguna mención al asunto del testamento, aunque sabía que él no lo había olvidado. Era más, apostaba el castillo y las tierras que lo circundaban a que ese había sido el verdadero motivo de la visita. Asegurarse de que el tema de la boda iba en serio. Nada más. Todos habían entrado en el castillo y ella permanecía fuera todavía, como si estuviese recuperándose del momento vivido. Sin embargo, algo la inquietaba de manera sorprendente: la partida de James hacia su hogar. Temía que no regresase.

Capítulo 10

Cuando Fiona apareció en el salón, su hermana fue la primera que se dirigió a ella.

—No ha ido tan mal, ¿no crees?

—Casi he preferido que se presentase de improviso a que me lo anunciaran con días de antelación.

—Sí, de este modo hemos pasado el mal trago de un sopetón. ¿Crees que se ha quedado convencido de que la boda es en serio?

La sombra de la duda planeaba en el tono y la mirada de Keira. James y Callum centraron sus atenciones en Fiona para escuchar su respuesta.

—Eso es espero, aunque vete a saber —comentó moviendo las cejas y frunciendo los labios en un gesto que dejó claro a los demás que no se fiaba lo más mínimo.

—Entonces, nuestros tíos han venido solo para asegurarse de que el anuncio de tu compromiso no era una broma —resumió Callum, que permanecía apoyado contra el canto de la mesa con los brazos cruzados, observando a su hermana con atención.

—Eso me temo. Él sabe lo que dice el testamento de nuestros padres.

—No creo que después de conocer a James, le hayan quedado

dudas, ¿no? —prosiguió Callum tratando de relajar a Fiona. Entendía que tuviese sus dudas al respecto.

Fiona volvió la vista hacia James buscando su aprobación. De repente le parecía muy importante para ella. Permanecía callado, pensativo, escuchando lo que los tres hermanos hablaban. Entonces, se dio cuenta de que acababa de convertirse en el centro de atención de sus miradas.

—No creo que exista ningún inconveniente, después de todo. La gente de la región ya conoce la noticia de nuestro enlace. Nadie lo pone en duda.

—Solo es cuestión de fijar la fecha y organizar los preparativos —les recordó Keira mirando a los dos.

—Será un enlace sencillo e íntimo. No quiero que asistan demasiadas personas —precisó Fiona—. Algunas amistades de la capital y de los alrededores, y su familia —añadió mirando a James.

—Sí. Tengo que regresar a Duart para hacerlos partícipes de la situación. No me perdonarían que apareciese casado de repente.

Fiona lo miraba con el estómago encogido porque tenía miedo a que aprovechase la disculpa de ir a visitar a su familia para anunciarles el enlace y que no volviese. Ella se convertiría en el hazmerreír de la región con la consabida pérdida de todas sus posesiones.

—Pueden venir cuando quieran. Tenemos espacio de sobra para alojarlos —le dijo Fiona pensando en ese momento. No estaría tranquila hasta que no los viese llegar a Menzies. Hasta ese momento, la boda estaría en el aire.

—Creo que tenéis que hablar acerca de la fecha y de algunas cuestiones más. Callum y yo vamos a ver qué podemos ir haciendo para avanzar la preparación del castillo —le aseguró Keira cogiendo del brazo a su hermano para sacarlo de allí. Se fijó en la expresión

de su rostro cuando él anunció que partiría a Duart a hablar con su familia sobre la boda. Keira intuía que los fantasmas de que él se marchase y no regresase la estaban atormentando. Pero ¿por qué? James estaba dando la imagen de alguien comprometido con su palabra.

Fiona esperó a estar a solas antes de hacerle la pregunta.

—¿Cuándo piensa marcharse?

El tono de su voz, cargado de preocupación, no extrañó, en parte, a James. Ella seguía pensando en que él se acabaría marchando, dejándola en la estacada. ¿Cómo diablos podría hacerle ver que cumpliría la palabra que le había dado?

—Creo que sería buena idea hacerlo cuanto antes. Mañana.

—Mañana... —repitió ella sintiendo que se ahogaba. No creía que fuese a ser tan pronto, pero en parte era mejor así.

—Necesitaría un caballo para llegar lo más rápido posible a Duart. Trataré de no perder demasiados días en el viaje. De ese modo llegaría antes de lo previsto al castillo de mi familia.

—No habría problema. Puede llevarse el que prefiera.

—Gracias. ¿Cree que su tío le planteará algún problema durante mi ausencia?

Ella se encogió de hombros y sacudió la cabeza.

—No estoy segura.

«Ahora mismo el único que puede causármelos es otra persona».

—Después de haberme conocido supongo que dejará de pensar que esto es una treta suya para quedarse con todo.

—Podría pensarlo.

—Pero no demostrarlo. —Se acercó a ella sin perderle la vista en ningún momento—. ¿Tiene miedo de algo, Fiona? Si es así, le ruego que me lo diga para saber a qué atenerme.

Ella sonrió al escuchar su pregunta.

—El destino es caprichoso en ocasiones. Y poco importa lo que yo pueda pensar o decir.

—Si es porque sigue pensando que no cumpliré mi palabra, se lo vuelvo a decir: volveré. Se lo he prometido. Y no pienso abandonarla.

Fiona inspiró hondo queriendo creerlo. Una parte de ella confiaba en él, pero tampoco podía evitar sentir cierto temor a que él no regresara.

—Eso espero ya que no tengo intención de que me humille. Y, si se le pasa por la cabeza, yo misma iré hasta las tierras del clan MacLean y su castillo de Duart para cobrarme la ofensa. No lo olvide —le dijo a modo de advertencia, retándolo con la mirada.

James se sintió complacido por esa reacción. Aquella determinación y aquel genio le recordaron a su hermana cuando volvió a ver al duque de Argyll. No. Él no se comportaría como este con Eve. Prometerle matrimonio antes de marcharse a Londres como delegado de Escocia y no regresar en años olvidándose de la promesa que le hizo.

No le dijo nada más. Se limitó a observarla abandonar el salón y se quedó a solas con sus pensamientos. Sí. Partiría al día siguiente por la mañana. Temprano. Para estar lo antes posible en Duart y explicar la situación en la que se encontraba. Confiaba en que sus padres no se opusieran al enlace. Y, de todas formas, aunque lo hiciesen, él había dado su palabra. Le había prometido a Fiona que no la dejaría sola. Y no lo haría.

Fiona apenas si pudo descansar esa noche. La marcha de James del castillo la atormentaba, pero debía confiar en él. Le había dado muestras de sus atenciones hacia ella, y Keira se mostraba

convencida de que no la decepcionaría. Cumpliría lo que le había prometido. Se casaría con ella para que no perdiera el castillo ni las tierras. Una vez casados, sería cosa de ellos el poder llegar a enamorarse.

James se levantó cuando los primeros rayos del nuevo día comenzaban a abrirse paso entre la oscuridad. No había hablado mucho con Fiona la noche anterior porque ella se había mostrado algo reservada y taciturna. Así que había considerado dejarla tranquila con sus pensamientos. Sabía que ella estaba preocupada por todo este asunto de la boda y que hasta que no se hubiese concretado, no se sosegaría. No tenía nada que temer de él porque no iba a hacer nada que ella no quisiese. Le había dejado claro que no habría noche de bodas. Que no compartiría la cama con él bajo ningún concepto. Y él lo respetaría. Sería ella la que lo reclamase cuando estuviese segura de que lo quería.

Salió del castillo y se dirigió hacia las cuadras. Balfour lo esperaba ya.

—Ha madrugado, McLean.

—Cuanto antes llegue a Duart, antes regresaré aquí.

—Tenga cuidado por el camino. No se precipite. Ella lo estará aguardando —le dijo sonriendo en complicidad con él.

—Cuídela, Balfour.

—Lo haré por usted. Pero no se acostumbre. Solo hasta que ella se convierta en su esposa. Luego, ya sabe...

—Me basta con que lo haga hasta mi regreso. —Le estrechó la mano con firmeza.

—Creo que, al fin y al cabo, usted siente algo por la señora. Algo que va más allá de una simple ayuda para que no pierda todo esto. —Paseó la mirada por el entorno. Vio sonreír a MacLean, pero no corroboró sus palabras—. ¿Cuánto cree que tardará en ir y volver?

—Unos pocos de días. No sabría decirle con exactitud. Pero trataré de que sean los menos posibles.

—En ese caso, no le entretengo. Márchese cuantos antes... y regrese. —Le dio una palmada al caballo para que saliese de allí.

Desde lo alto de la ventana de su habitación, Fiona había contemplado la conversación de los dos hombres en el patio. Y luego había visto marcharse a James al galope y había sentido una especie de angustia en su pecho. Confiaba en que regresase lo antes posible. No esperaba que pudiese llegar a experimentar algo así por él cuando le había asegurado a su hermana que no sentiría nada especial. Pero, con su marcha, empezó a preguntarse si su estado se debía a que podía echarlo de menos o a la posibilidad de que no regresase.

James avanzaba con seguridad por los caminos que lo llevarían hacia la costa. Una vez que llegase a Oban, tendría que embarcarse para cruzar Loch Linnhe. El castillo Duart quedaba en la orilla de la isla de Mull. Solo pensaba en llegar lo antes posible y de igual modo regresar antes de una semana para seguir adelante con los preparativos de la boda. Por suerte, el camino estaba tranquilo. No había soldados ingleses patrullando en busca de rebeldes. Sin embargo, él no se fiaba de nada ni de nadie. Por ese motivo apretaba el paso del animal. En varias ocasiones se detuvo a comer algo y descansar mientras recopilaba información sobre los últimos acontecimientos por aquellos parajes.

—Todo esto parece muy tranquilo, amigo —comentaba James a un lugareño en una posada que encontró en el camino.

El hombre lo miró contrariado mientras chupaba una pipa y luego exhalaba nubes de humo.

—¿De dónde demonios sales? ¿Sabes que Claverhouse está

muerto? Los ingleses acabaron con él y con cientos de seguidores de Jacobo no muy lejos de aquí —señaló con el brazo hacia un punto a lo lejos—. En el paso de Killiecrankie.

—Algo de eso escuché hace unos días cuando salí de Menzies.

—Tiene suerte de que todo haya acabado o se encontraría en mitad de la batalla. ¿No ha participado?

—No. —James no quería dar demasiados detalles al respecto, no fuese a toparse con ingleses y que lo arrestaran. O incluso con algún que otro chivato que por un puñado de monedas pudiese delatarlo.

—¿Hacia dónde se dirige?

—Al castillo de Duart. Voy a visitar a unos parientes.

—No estoy seguro de lo que se encontrará cuando llegue.

—¿Por qué lo dice?

—Los MacLean fueron de los clanes que siguieron a Claverhouse en su intento por restaurar a Jacobo en el trono. Y, con la escabechina que han hecho los ingleses después de la batalla, no estoy seguro de cuántos miembros habrán quedado con vida. Se lo digo como aviso. No vaya a llegar y solo haya mujeres —sonrió antes de volver a chupar su pipa con ahínco, como si la vida le fuese en ello.

—Gracias por la información.

—Vaya con cuidado.

Tras haber descansado por espacio de una hora y haber dado de comer y beber a su caballo, James volvió a ponerse en marcha. Sabía que no llegaría ese día al castillo. Tendría que pasar la noche cerca de Oban o en ese mismo lugar. A la mañana siguiente embarcaría hacia la isla donde estaba Duart. En su mente se colaba con relativa facilidad el nombre y el rostro de una mujer.

Fiona se había mantenido ocupada la mayor parte del día porque no

quería pensar en James. Sin embargo, también era consciente de que los preparativos para la boda eran lo que tocaba. Y la mayor parte del tiempo tenía que dedicarse a estos. Pero no podía negar que echaba en falta al McLean rondando por los pasillos, el salón o el patio del castillo. ¿Cómo era posible que le sucediese algo así a ella? Que extrañase su presencia allí.

Keira y Amy la observaban en silencio mientras Fiona permanecía con la mirada como perdida en el vacío. Sentada en el salón con una postura relajada.

—¿En qué piensas?

La pregunta de su hermana la obligó a volver la cabeza hacia ella. Allí estaba junto a Amy. Ambas la estaban mirando intrigadas.

—Intento relajarme un poco, la verdad. Todo el asunto de la boda me trae de cabeza.

—Piensa que todo acabará en dos semanas, o algo menos. Cuando James regrese os quedará poco. Y, una vez que ese día pase, todo volverá a la normalidad —comentó Keira en un intento por animar a su hermana.

—Es lógico que se sienta así, señora. Son los nervios previos a casarse. Pero se le pasarán —le aseguró Amy.

—No lo sé.

—¿Qué te preocupa? —Keira se acercó hasta el asiento que quedaba libre frente al fuego y Amy hizo lo propio cogiendo una silla.

—Todo.

—¿Todo? ¿No crees que exageras, Fiona?

La mirada de perplejidad de su hermana contemplándola con los ojos abiertos al máximo y las cejas formando un arco la hicieron sonreír.

—No lo sé. Me gustaría irme a dormir y que, cuando me

levantase, todo hubiese pasado.

—Ya, bueno. Como dice Amy, son los nervios. Pero por lo demás... A ver, no creo que te preocupe que nuestro tío pueda hacer algo para quedarse con el castillo. Ya viste que no dijo nada cuando tía Margaret y él vinieron a asegurarse de que decías la verdad. —Keira vio a su hermana sonreír irónica y hacer un mohín con los labios.

—Supongo que no pretenderá nada.

—No tiene ningún motivo para reclamar el castillo ni las tierras, puesto que, antes de que expire el plazo, serás una mujer casada. Cumplirás con el requisito de nuestro padre y no tendrás ningún problema.

«Excepto James McLean. ¿Cuánto tiempo aguantará aquí sabiendo que puede que no surja nada entre nosotros?».

—Por supuesto. Confío en que no haya más sobresaltos. Y todo vuelva a ser como antes —sonrió y elevó las cejas deseando que así fuese.

—Nada volverá a ser como antes porque serás una mujer casada. La señora del castillo de Menzies.

—Más bien de MacLean —rectificó de inmediato.

—¿Te ha comentado algo James acerca de dónde viviréis? Me refiero a si ha pensado llevarte a Duart.

—No, no hemos hablado de ello. Supongo que nos quedaremos aquí si ha accedido a casarse conmigo para que yo no pierda el castillo y las tierras en favor de nuestro tío.

—No tendría mucho sentido que estuviese dispuesto a casarse con usted, señora, y luego pidiera marcharse a las tierras de los MacLean —corroboró Amy muy segura de lo que decía.

—Yo también lo creo así —asintió Keira—. No tendría sentido. Pero dejemos ese tema para después de la boda. Lo que importa

ahora es pensar en tu vestido de novia.

Escuchar aquella palabra le provocó un escalofrío en la espalda a Fiona.

—Hay tiempo para ello.

—No, si hay que arreglarlo.

—De acuerdo, pero quiero algo sencillo. Nada extravagante, lleno de adornos. Ni nada de encajes, sedas y bordados.

—De acuerdo. Tú eres la novia. Debes ir a tu gusto —aseguró Keira convencida de que así sería—. Deberíamos ir a la capital y visitar algunas modistas para que te tomen medidas. Y, aprovechando que James está fuera, es una buena ocasión.

—Sí, sí. Cuánto antes vayamos, mejor —dijo sintiendo los nervios en el estómago.

—Entonces, podríamos acercarnos a Perth mañana mismo. Amy vendrá con nosotras para darnos su opinión. —Keira miró al ama de llaves, que asintió convencida de ello.

Fiona inspiró de manera profunda ante la perspectiva que se le planteaba. Creía que todo iba muy deprisa para su gusto. Demasiada presión. Pero no le quedaba otra, pues ya había aceptado seguir adelante con la boda. Solo esperaba que nada viniese a torcerla.

Capítulo 11

James llegó a las tierras de su familia cuando todavía no había salido el sol. Había atravesado el lago Linnhe hasta llegar a la isla de Mull, donde se encontraba el castillo de Duart. Este se elevaba sobre un promontorio desde el que dominaba la isla y el propio lago. Sus imponentes murallas de piedra le daban una sensación de estabilidad y poderío. A medida que ascendía por el camino hasta la puerta principal, James se fijó en las montañas que contenían algo de nieve todavía. El frío y la humedad se hacían notar en aquella región tan aislada. El castillo había pertenecido a los MacLean desde el siglo xiv, y contaba con cuatro plantas, un salón de banquetes, una amplia cocina y una sala de estar donde solían reunirse para recibir a los invitados.

James descendió de su caballo y sujetándolo por las riendas hizo a pie los últimos metros. La puerta de entrada estaba abierta y había varios hombres apostados en esta, controlando a las visitas. Cuando uno de ellos lo reconoció no pudo evitar salir hacia él para abrazarlo.

—¡Por san Andrés! Es usted, señor. Sus padres pensaron que ya no lo verían. Temían que hubiese caído en la batalla cuando su padre y algunos regresamos del paso de Killiecrankie.

—Estuve a punto de caer muerto de no ser por los miembros del

clan Menzies. Ahora quiero pasar y tranquilizar a mis padres.

—Por supuesto. Llevaremos su caballo a la cuadra.

James asintió y caminó por el patio hacia la puerta de entrada a la casa. Resopló pensando en Fiona y en cómo se tomaría su madre, principalmente, que estuviese comprometido con ella.

—¡Hola! ¿Dónde está la gente de esta casa? —levantó la voz para hacerse oír y que sus habitantes supiesen que estaba allí.

—¿Quién de demonios...? —John MacLean se detuvo en mitad del pasillo cuando reconoció a su hijo. La repentina aparición de este lo acababa de dejar mudo.

—Padre.

Poco segundos después fue su madre, Flora, quien surgió detrás de su padre, y James no vaciló en ir al encuentro de ambos.

—Hijo, pero...

No bubo más palabras cuando los tres se fundieron en un abrazo y su madre sollozó al tenerlo de vuelta. Los abrazos precedieron a los besos y gestos de cariño.

—¿Cómo estáis? —les preguntó pasando su mirada de uno al otro mientras ninguno quería soltarlo y de repente se vio arrastrado hacia el salón.

—Pensábamos que te habíamos perdido. Al no tener ninguna noticia tuya, ni tampoco de nuestros hombres que marcharon con nosotros —le comentó su padre.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? —Flora, su madre, se mostraba ansiosa por conocer todo lo vivido por su hijo desde que los hombres del clan regresaron después de la batalla.

—Me vi obligado a huir de los ingleses cuando comenzaron a hacer batidas en busca de los supervivientes. Tuve que hacerme el muerto en alguna ocasión para que pasasen de largo y de ese modo poder seguir vivo. Luego, cuando llegaba la noche, lograba escapar.

No sé el tiempo que estuve caminando sin rumbo fijo, hasta que logré avistar el castillo del clan Menzies. Estos me vieron llegar malherido, en pésimas condiciones...

—¿Te ayudaron ellos? —le interrumpió John McLean.

James se limitó a asentir recordando aquel momento en el que pensó que moriría.

—He pasado allí el tiempo necesario hasta que me he repuesto.

—Pero ahora estás aquí, hijo —le recordó su madre cogiendo su mano entre la suyas con cariño—. Espero que no vuelvas a marcharte.

—Hay algo más que tenéis que saber. —Miró a sus padres y percibió su gesto de preocupación en ambos rostros. La mano de su madre se aferró con más fuerza a la de él.

—¿Qué sucede? ¿Tiene que ver con tus heridas? —le preguntó John.

—Sí, tiene que ver con que me salvasen la vida.

—¿Qué es?

—Me he comprometido a devolver el favor a la jefa del clan Menzies. De no ser por sus atenciones, es posible que no hubiese sobrevivido a la herida.

—Me parece lo correcto. Los MacLean somos agradecidos con quienes nos ayudan —apuntó su padre con firmeza.

—He dado mi palabra.

—Es lo correcto.

—¿De qué se trata, hijo? Nos tienes en ascuas, a tu padre y a mí.

James sonrió de manera tímida viendo el gesto de su madre. Cogió aire y asintió antes de confesarles la verdad de todo.

—Me he comprometido a casarme con Fiona Menzies en pago por su trato conmigo.

Como él esperaba, hubo unos segundos de tensa calma en los que ni su padre ni su madre parecieron ser capaces de decir nada. James entendía que la noticia era impactante a primera vista. Regresar a casa después de algún tiempo en el que no sabían si estaba muerto o no, y anunciar su compromiso, era algo impensado.

—Sin duda, es una noticia tan inesperada como sorprendente —dijo su padre rompiendo el silencio—. Pero ¿por qué has accedido a algo tan serio como el matrimonio?

—Sin conocerla —apuntó su madre.

—Durante el tiempo que he permanecido en el castillo de Menzies la he ido conociendo y lo seguiré haciendo una vez que estemos casados. Aunque, según se dice, uno nunca conoce a una persona del todo.

—¿Y sus padres están de acuerdo?

Era su madre la que parecía tener más interés en los pormenores.

—Fallecieron hace algún tiempo. Mi oferta de matrimonio a Fiona Menzies se debe también al testamento de su padre.

—¿El testamento? Explícate.

—Su padre le deja todo por ser la primogénita, pero con una condición —James entornó su mirada pasándola del rostro de su padre al de su madre, quien, por el gesto que acababa de poner, parecía presuponer lo que su hijo iba a comunicarles.

—A cambio de obtener un marido —sentenció este convencido de que así debía ser.

—Eso es.

—De manera que le devuelves el favor que te hizo, al salvarte la vida, casándote con ella para que no pierda sus posesiones como primogénita —resumió John MacLean levantándose de su asiento para pasear con gesto serio por el salón. La cabeza gacha y la

mirada fija en el suelo.

—Eso es. En pago a sus cuidados, yo le he ofrecido a ayudarla a que no pierda lo que es suyo por derecho. Ese es el motivo de mi presencia aquí. Informaros de la situación y pediros que vengáis conmigo a las tierras del clan Menzies para estar presentes en la boda.

—Pero ¿cuándo pensáis casaros? —preguntó su madre alarmada por esa nueva noticia.

—En dos semanas.

—¿Dos semanas? —preguntó su padre mirándolo como si no lo hubiese escuchado bien.

—La cláusula del testamento le da un plazo de tres meses para contraer matrimonio.

—¿Y si no lo hace... lo pierde todo? Pero ¿a quién irían a parar esas posesiones?

—A su tío, quien por otro lado ansia poseer el castillo y las tierras. Y no vacilaría en expulsarla a ella y a sus dos hermanos de allí.

—Por san Andrés... —exclamó su madre—. ¿Cómo es posible que se le ocurra hacer semejante disparate? Son familia.

—La codicia no reconoce el linaje, mujer —señaló John MacLean consternado por aquellas noticias—. Sin duda, no esperábamos nada semejante con tu regreso. Y a pesar de que te creíamos perdido, hijo.

—Yo también llegué a pensar que no saldría adelante. De no haber sido por Fiona y la gente de su clan.

—¿Piensas quedarte a vivir en el castillo de Menzies? —quiso saber su madre temiendo que esa fuese la realidad después de que se desposasen.

—Sí. Fiona debe casarse y permanecer allí. De lo contrario lo

perdería.

El silencio se volvió a imponer de nuevo en el salón. Tan solo hubo algunos cruces de miradas y diversos gestos que venían a reflejar su estado de ánimo.

—No es la manera en que yo esperaba que te casases, pero, si es lo que quieres hacer, para ayudar a la joven Menzies... —Flora MacLean parecía resignada ante la proposición que planteaba su hijo y creía que no podría hacerlo cambiar de parecer una vez que había dado su palabra. Aquella joven le había salvado la vida. Era justo que él cumpliese con ella.

—Si te has comprometido con tu palabra, sabes que estás obligado a cumplirla —le recordó su padre señalándolo.

—Lo sé. Y creedme que lo estuve pensando de manera detenida antes de ofrecerle mi ayuda en pago a lo que ella hizo. Además, el resto de los miembros del clan no tienen la culpa de perderlo todo por una estúpida cláusula —expuso con rabia.

—Cierto, pero, si el jefe anterior lo dejó escrito, poco o nada puede hacerse. Todos los sabemos.

—¿Y ella? ¿Qué opina de tu decisión? —Su madre parecía algo angustiada, dada la manera que tenía de dirigirse a él.

—En un principio me tachó de loco atrevido por ofrecerle mi ayuda.

—Es lo esperado —asintió su madre—. Si yo estuviese en su lugar, también reaccionaría de ese modo.

—Lo sé y lo entiendo. Pero no puedo permitir que lo pierdan todo después de haberme salvado la vida.

—Es lógica tu postura, si tenemos en cuenta lo que había en juego.

—Por cierto, ¿dónde está mi hermana? —James miró a su madre sorprendido porque no hubiese dado señales de vida.

—Con Jane, consolándola por la trágica muerte de Claverhouse.

—Sin duda, sabrás que murió en la batalla —le refirió su padre.

—Sí. ¿Y tú no resultaste herido?

—Algún que otro rasguño y unas pocas magulladuras. Nada serio.

—Tu hermana permanecerá con Jane Graham hasta que se encuentre bien. Puedes acercarte a verla si lo deseas. Y darle tú la noticia de tu boda —le sugirió su madre.

—Sí, en unos días partiré hacia el castillo de Dudhope.

—Por suerte la rebelión acabó —comentó su padre con satisfacción, resoplando y asintiendo con gesto de alivio.

—No te confíes. Todavía restan partidas de seguidores de Jacobo dispersados por las Tierras Altas. Según he sabido en el tiempo que estuve con el clan Menzies, el castillo de Edimburgo cayó en manos de los ingleses. Pero quedan hombres que están esperando a un nuevo líder que los dirija. No es de extrañar que pudiese producirse otra revuelta.

—Dios no lo quiera —exclamó su madre—. ¿Es que se han vuelto locos? Londres enviará más soldados hasta acabar con toda resistencia, lo que significará más muertes y sangre escocesa derramada en esta tierra.

—Confío en que esos hombres entren en razón. De lo contrario, Londres no tendrá piedad con ellos y con los que los apoyen —advirtió John MacLean furioso con la situación—. Yo no conduciré a mis hombres a una nueva derrota. Dime, ¿qué hicieron los hombres del clan Menzies?

James percibió el interés de su padre en la pregunta, queriendo saber si eran partidarios de Londres o de la casa real Estuardo.

—Fiona prohibió acudir a la llamada de Claverhouse. No quería perder hombres, aun así, muchos la desobedecieron y se marcharon

de madrugada a combatir.

—Optó por mantenerse ajena a la lucha —comentó su madre—. Una postura acertada después de lo sucedido. Imagino que los hombres que se marcharon no regresaron.

—No, que yo sepa. ¿Cuántos hombres perdiste, padre?

—Al menos veinte. Por ese motivo, y a la vista del resultado de la batalla, los MacLean no secundarán más revueltas —declaró con tono firme sin apartar la mirada de su hijo.

—Es lo más acertado que puedes hacer. No merece la pena arriesgar más vidas por una causa que nació perdida. Si Claverhouse hubiese hecho caso a Argyll desde el principio...

—Sí, pero ten en cuenta que el duque de Argyll combatió en favor de los Estuardo, después de todo —le recordó su padre.

—¿No ha venido por aquí?

—No.

—¿Lo dices por Eve? —preguntó su madre.

—Supongo que si mi hermana está en Dudhope con Jane Graham, y Argyll a saber dónde...

—Argyll se marchó de Dudhope después del entierro de Claverhouse. Al parecer, iba a presentar su renuncia al Parlamento de Londres y retirarse a Inveraray.

—Es lo mejor y más acertado que puede hacer. Y ahora, si me disculpáis, me gustaría asearme un poco y saludar al resto de la gente del clan.

—Por supuesto, ya seguiremos hablado de los preparativos de tu boda —le dijo su madre con una sensación contrariada. Estaba contenta porque su hijo se casase, pero también algo desconcertada por las formas en la que se había acordado—. ¿Crees que hace lo correcto, John?

—Ya no es un chiquillo, Flora. Debe tomar sus propias

decisiones. Ha estado en una batalla de la que por suerte salió vivo. Y esa jefa de los Menzies tal vez acabe siendo una buena elección para él —respondió tratando de tranquilizarla, porque era consciente de que su mujer estaba más que preocupada por esa noticia.

Fiona se había desplazado a Perth para buscar un vestido para la boda. Keira, Amy Callum y Balfour la acompañaban. Las tres mujeres eran las que se encargarían de ver las telas y diseños. Por su parte, los dos hombres aguardarían en la calle. Habían decidido ir con ellas para evitar algún contratiempo. Podría volver a encontrarse con el McLeod.

—James me pidió que me encargase de velar por vuestra seguridad —le había comentado Balfour en un momento en el que la propia Fiona se mostraba contraria a que las acompañasen.

En el instante en el que conoció esa noticia, su enojo pareció desaparecer para dejar paso a un sentimiento de cierta dicha porque él se interesase por su bienestar. De manera que accedió a que Balfour las acompañase junto a Callum. Durante todo el trayecto hasta la ciudad, Fiona estuvo pensativa y tanto Keira como Amy pensaron que se debía a la elección de la tela del vestido. Sin embargo, más bien se debía a la petición de James a Balfour.

Los dos hombres permanecían en el exterior de la casa donde ellas habían entrado.

—¿Cuándo regresará James? —preguntó Callum a Balfour—. ¿Te comentó algo?

—Dijo que lo antes posible. En cuanto les comunicase la situación a sus padres. Ten en cuenta que estamos hablando de una boda. Hay mucho que preparar.

—He escuchado a Fiona decirle a Keira que él se marchará en cuanto se case. Que lo de la boda es un gesto por lo que ella hizo

con él. ¿Tú qué opinas? ¿Se marchará el MacLean después de la boda o decidirá quedarse? Yo voto por esto último.

Balfour se pasó la mano por su espesa barba y frunció el ceño.

—Yo también pienso que se quedará. Tu hermana está equivocada.

—¿Por qué habría de hacerlo? Me refiero a marcharse de Menzies. Si se ha ofrecido a casarse con ella... No le encontraría sentido. Además, tú, yo y un montón de gente fuimos testigos de su beso la noche de la velada en el castillo de Tullibole.

Balfour sonrió al recordar la escena.

—Sí, supongo que tienes razón. Nadie besa a su prometida delante de todos si no es para hacer ver que lo es. Me refiero a que no es una farsa.

—Estoy seguro de que también lo hizo para dejarle claro a McLeod que la deje en paz.

—Pero ten en cuenta que este ha pretendido a tu hermana durante mucho tiempo. Lógico que le salga de ojo que de repente vaya a casarse con alguien a quien no ha visto con ella.

—Ya, pero mejor así.

—Me preocupa más tu tío Mordecai.

—Sí, a mí también. Siempre ha deseado el castillo y las tierras del clan. Que haya aceptado el matrimonio de mi hermana de buenas a primeras me llama la atención. Siempre tuvo sus más y sus menos con nuestro padre. Se puede esperar cualquier cosa de él.

—No te quepa la menor duda, muchacho. Haría lo que fuese para evitar la boda y que venciese el plazo. De ese modo, todo pasaría a sus manos.

—Sí, yo también lo he pensado. No me convenció el comportamiento que demostró el otro día cuando pasó por Menzies.

Los dos se quedaron contemplándose en silencio, pero con toda

intención sobre lo que pensaban al respecto de Mordecai Menzies. Que hubiese aceptado de buenas a primeras la repentina boda de Fiona con el MacLean no significaba que hubiese dicho su última palabra.

Capítulo 12

Fiona cerró los ojos y cogiendo aire decidió entrar en la casa de modas. Ante ella se abría su futuro incierto junto a James McLean. Intentó centrarse en el propósito por el que estaban allí y dejarlo a él al margen, aunque era parte indispensable.

—No quiero que nos pasemos aquí todo el día. Ni que nos vayamos a volver locas viendo vestidos. No es más que un simple trámite, como ya sabemos las tres —les dejó claro a su hermana y a Amy antes de volverse hacia la persona que acudía a recibirlas de manera sonriente.

—No es un simple trámite. Es tu boda, Fiona —le recordó Keira mostrando su desacuerdo con la interpretación de su hermana.

Pero esta resopló ante la insistencia de querer dar a la ocasión el carácter que no era. De acuerdo, iba a casarse, pero solo porque se veía obligada a hacerlo si no quería perderlo todo. Estaba segura de que en cuanto su tío pusiese un pie en el castillo las mandaría a la calle sin más preámbulos. Siempre lo había codiciado. Y más ahora que sabía que ella tenía un prometido.

—Buenos días, Fiona —saludó la dueña de la tienda reconociéndola al instante. Una joven mujer de caballo cobrizo, recogido en la parte posterior de la cabeza. Mirada de color verde y

expresión afable—. ¿Qué puedo hacer por usted?

La muchacha volvió a coger aire. Sonrió a duras penas mientras parecía estar pensándose lo que iba a decir hasta que su hermana se anticipó al verla dudar. Conocía a la dueña desde hacía años y le sorprendía que la tratase con tanta formalidad.

—Hemos venido a ver vestidos para su boda, Marian. Te lo cuento, ya que, como ves, mi hermana parece haberse quedado muda. Supongo que a estas alturas toda la región ya lo sabe. La jefa del clan Menzies se casa —refirió Keira con cierta pompa al anunciárselo al dependiente.

—La verdad es que no se habla de otra cosa en la ciudad. Y quiero aprovechar la ocasión para felicitarte. Como bien ha dicho tu hermana, todos saben que la señora del castillo de Menzies va a casarse. Es un placer poder asesorarte y me agrada mucho que hayas escogido mi tienda para elegir tu vestido. ¿Comenzamos? ¿Qué idea tienes en mente?

—No lo sé... —Se había quedado en blanco porque no pensó que aquel momento fuera a llegar.

—Podríamos comenzar con los vestidos que tienes aquí —le dijo Keira viendo que su hermana estaba completamente paralizada por la situación.

—De acuerdo. Seguidme. Os mostraré los vestidos de los que disponemos en este momento.

Keria sujetó a su hermana por el brazo deteniendo su avance.

—¿Se puede saber qué te pasa? Vas a casarte no a postrarte ante el verdugo. Se supone que estás feliz por este acontecimiento. Si no cambias el talante comenzarán a sospechar que no te casas por amor. Y tu plan se vendrá abajo.

—Su hermana tiene razón. Debe procurar mostrar algo más de entusiasmo o la gente comenzará a murmurar —le aseguró Amy

asintiendo.

—E imagina que le van con el cuento a nuestro tío —susurró Keira antes de regalarle una sonrisa llena de sarcasmo.

Fiona paseó la mirada por sus dos acompañantes, cuyos gestos mostraban su preocupación por el talante que estaba mostrando. Inspiró hondo y asintió.

—De acuerdo. Procuraré estar más participativa y más entusiasmada.

—Eso está mejor. Y ahora vamos. Marian nos aguarda.

Fiona sonrió e inspiró hondo antes de emprender el camino hacia la parte de la tienda donde su amiga y otra muchacha las esperaban con impaciencia e ilusión. De repente se vio rodeada de telas de varios colores, de los más diversos tejidos, como algodón, que podía ser estampado, muselina o lana, así como diferentes vestidos.

—¿Alguna idea sobre la que podamos empezar a trabajar? —preguntó mirando a Fiona, que permanecía callada—. Ya que veo que no sabes muy bien qué buscas, voy a empezar por sugerir que te pruebes uno. Así. Sin más. Y después vamos viendo.

Era un vestido compuesto de una falda blanca, una sobrefalda en un tono más oscuro y un corpiño que descendía hasta las caderas. Los hombros quedaban al descubierto y el escote era algo pronunciado. Las mangas llegaban hasta el codo desde donde salía un volante. La tela era fina, delicada. Hilo y gasa, que daban un toque vaporoso al conjunto.

Las tres mujeres se quedaron contemplándolo con la boca abierta y sin saber qué demonios decir. Keira y Amy observaban el gesto de sorpresa en el rostro de Fiona mirando el vestido.

—Deberías probártelo. Lucy puede echarte una mano si lo deseas.

—Sin duda que debes —le insistió Keira deseando verla vestida

con aquellas telas.

—De acuerdo.

—Ven, pasemos a esta otra salita donde puedes cambiarte —le indicó Marian.

Fiona se quedó a solas con la joven que la ayudaría a desvestirse y a ponerse el vestido. Lo nervios parecían aumentar porque aquel momento era un paso en serio.

—Imagino que los nervios la están afectando —comentó Marian a Keira y Amy.

—Sí, así es. Pero supongo que es lo normal en estos casos.

—Lo es. ¿Se quedarán en Menzies o se marcharán a las tierras de los McLean?

—Se quedarán aquí. Es el deseo de mi hermana, y James se ha mostrado dispuesto a hacerlo.

Fiona se quedó sin palabras cuando Lucy terminó de ayudarla a ponerse el vestido. Nunca pensó que verse con un traje de novia como el que llevaba puesto pudiera afectarla de aquella manera. Se veía diferente a como solía verse a diario e incluso cuando acudía a alguna reunión de amistades, como la pasada en el castillo del clan Moncreiffe. Sus vestidos no tenían nada que ver con aquel. Se sentía atrevida dejando al desnudo sus hombros y realzando sus pechos con aquel escote tan provocativo para su gusto. No estaba segura de sí aquel vestido fuese lo más acertado para ella, ya que parecía estar ofreciéndose al McLean. Y ella le había dejado claro todo lo contrario.

Apareció ante las tres mujeres, que se quedaron sorprendidas por la imagen que ella ofrecía. Experimentó una repentina sacudida de calor, que se acentuó en sus mejillas, al ser el centro de atención.

—¿Qué os parece? Y quiero que todas seáis sinceras —añadió a modo de advertencia mirando a las tres, incluso a la joven Lucy.

—Te ves... Elegante y distinguida —comentó Marian fijando su mirada en la imagen que devolvía el espejo.

Fiona permanecía en silencio porque no se veía capaz de decir nada. Seguía contemplando de manera fija su imagen e incluso se atrevió a darse media vuelta para ver cómo le caía por detrás la tela de la falda.

—Está radiante, mi señora —exclamó Amy sin poder ocultar una tímida sonrisa de complicidad con ella.

—No me cabe la menor duda de que sorprenderás a tu prometido —le aseguró Keira asintiendo convencida de que James MacLean lo tendría muy complicado para no caer rendido ante su hermana.

—Si necesitas algún complemento, no tienes más que decirlo, Fiona —le recordó Marian.

El solo hecho de pronunciar su nombre hizo que varias mujeres que había en la tienda se asomasen a la habitación donde se estaba probando el vestido para contemplarla. Sin poder evitarlo, comentaron por lo bajo lo que les parecía.

—No, no... Yo... Creo que con el vestido... es suficiente. —No era capaz de coordinar su pensamiento. Pensaba que aquel momento nunca llegaría porque siempre había asegurado que no se casaría. Y verse con vestido de novia parecía estar afectándola, o bien darse cuenta de que ahora iba en serio. Los días comenzarían a pasar más deprisa que de costumbre. Las palabras habían salido por su boca sin que ella fuera consciente; era como si las pronunciara porque tenía que hacerlo—. Tal vez algo de tela para cubrirme los hombros y el escote —dijo al final llevando las manos hacia este pensando en James y en lo que él imaginaria al verla—. O puedo taparlo con el plaid.

Marian pareció dudar ante aquella sugerencia, porque no la

esperaba. Creía que prefería mostrarse tal y como era ante su futuro esposo.

—Pero deslucirías el vestido, Fiona —le comentó a modo de advertencia.

—Creo que no te favorecería, querida. Es mejor dejarlo como está —le aseguró Keira situándose a su lado. Se fijó con atención en ella; su piel casi blanca, sus cabellos cayendo algo desordenados sobre sus hombros. Su hermana sonrió con picardía pensando en McLean. Por mucho que este la respetara, dudaba que dejara pasar la oportunidad de tomarla y encerrarla en su alcoba nada más concluir la ceremonia.

—¿No crees que es algo... provocativo?

—Es la moda que viene de Francia —le dijo Marian colocándole bien el escote, las mangas y demás para que se viese perfecta—. No obstante, puedo enseñarte alguno más recatado. Pero, como has dicho, si te sientes incómoda con el escote, siempre puedes echarte por encima el plaid y sujetarlo con un broche.

Fiona arqueó una ceja con respecto a la moda francesa. ¿Era la clase de vestido que se ponían las mujeres en París para una boda? Pues a ella le resultaba muy atrevido. Volvió a echar un último vistazo a su imagen.

—No hace falta que saques más. Lo cierto es que me gusta esta tela y estos tonos —le confesó Fiona de inmediato provocando una sonrisa de complicidad con su hermana. Se sentía algo incómoda con todo aquello porque nunca había creído que pudiera llegar a casarse. Aquella situación la sobrepasaba. No quería agobiarse y prefería quedarse con ese primer vestido en vez de que andar probándose uno tras otro. Y, además, se repetía que no se trataba de una boda por amor, o eso al menos se decía ella a pesar de que en su interior algo parecía estar cambiando—. Podrías llevarlo a

Menzies esta semana.

—Por supuesto. No hay inconveniente. No hay que arreglar nada y de haberlo lo haremos allí. ¿Cuándo es la boda?

—Perfecto. Bueno, pues la verdad es que dentro de unas semanas como muy tarde. James se ha marchado hasta las tierras de los McLean, al castillo de Duart, para avisar a sus padres. Y en cuanto esté de vuelta fijaremos el día definitivo. En ese caso... —Fiona resopló con cierta resignación por todo lo que estaba aconteciendo en los últimos días—. Te pagaré mañana mismo. No obstante, si quieres que te deje una señal...

—Por san Andrés, Fiona. Nos conocemos desde chiquillas. ¡¿Cómo voy a pedirte el dinero o una señal?! Me basta tu palabra. Ya haremos cuentas cuando te lo quedes. Arreglado y listo para lucirlo en la boda.

Fiona levantó los brazos dejando que los volantes de las mangas flotaran en el aire como mariposas. Se giró para ver la parte trasera del vestido con su escote cuadrado. Y luego se volvió hacia un lado y hacia el otro hasta parecer quedar satisfecha.

—De acuerdo. Voy a cambiarme —anunció cogiendo el vestido para dirigirse al reservado y allí volver a vestir sus ropas.

—Iré a ayudarla —dijo Lucy dejando a las tres mujeres solas de nuevo.

—Iremos a avisar a Balfour y a Callum de que Fiona ha terminado.

Pero la puerta de la tienda de modas se abrió dejando paso a Callum, quien se limitó a asentir en silencio cuando vio a Amy.

—Llegas tarde.

—¿Yo? ¿Por qué? No habíamos quedado en nada al respecto del tiempo que necesitabais. Balfour y yo llevamos esperando un buen rato. —Señaló con el pulgar hacia la puerta.

—Me refiero a que, de haber llegado dos minutos antes, habrías visto a nuestra hermana con su vestido de novia.

— ¿Ya lo ha elegido?

—Si. Al parecer no ha querido mirar más. Tiene prisa por cerrar el asunto. —El tono sarcástico de Keira hizo que Callum entrecerrara los ojos y dirigiera su mirada hacia Fiona, que aparecía en ese momento.

—¿Todo listo, hermana? —preguntó con una leve inclinación de cabeza y la mirada entornada como si sospechase que todo había ido muy deprisa.

—Sí, sí —respondió esta de manera atropellada, fruto de los nervios—. Nos llevarán el vestido a casa esta semana.

—Así lo haré. No te preocupes, Fiona —asintió Marian.

—En ese caso, volveremos a vernos y cerraremos el asunto. Que tengas un buen día. Y gracias por tu amabilidad y disposición.

—Te deseo lo mismo, Fiona. Nos volvemos a ver esta semana.

Las tres mujeres abandonaron la tienda de modas y Fiona tenía la leve sensación de que empezaba a faltarle el aire. Si seguía un poco más allí dentro, acabaría por desmayarse, pensó. El corazón comenzó a latirle más y más deprisa al tiempo que los nervios se adueñaban de su estómago.

—¿Por qué no te has recreado en la compra del vestido? Me refiero a que podías haberte tomado tu tiempo y probarte alguno más. Y que conste que me gusta el que has elegido —matizó Keira entornando la mirada hacia su hermana, quien acababa de detenerse y se volvía para encararla.

—¿Por qué debería hacerlo? Con un vestido es suficiente... —le confesó de mal humor.

—Entiendo que estés nerviosa por todos los preparativos, pero...

—Es una boda sin más.

—Pareces convencida de que así es, pero...

—Pero ¿qué? ¿Acaso se te ha pasado por la cabeza que se trata de un matrimonio por amor? Porque si sigues pensando eso es que todavía no has entendido nada, Keira.

Esta sonrió con melancolía y con cierta pena por las palabras de su hermana.

—Eres tú la que no te quieres dar cuenta. Creo que, de las cinco personas que estábamos en el interior de la tienda, tú y solo tú, eras la que no querías ver la realidad de lo que te está sucediendo. De modo que, si sigues sin querer reconocerlo, será mejor que regresemos a Menzies. Hay trabajo por delante hasta la boda. Pero, ya que estamos aquí, podrías hablar con el pastor. La iglesia está por allí. —Señaló con el brazo hacia el edificio.

Fiona entreabrió los labios para decir algo, pero se limitó a resoplar frustrada por el comentario de su hermana y por las miradas de Amy, Callum y hasta el propio Balfour. ¿Qué tenía que ver? Se preguntó tomando el camino hacia la iglesia sin decir nada más. Era mejor callarse y tranquilizarse porque ella estaba más que nerviosa.

James aprovechaba su estancia en las tierras del clan MacLean para retomar viejas amistades. Desde que sus hombres partieron siguiendo a Claverhouse, no sabía nada de quiénes habían conseguido escapar a la persecución llevada a cabo por las tropas inglesas. Poco a poco se fue informando de ello y de quiénes no habían regresado. Ahora, que el tiempo había pasado y viendo el resultado obtenido, él se preguntaba si había merecido la pena. Tal vez, después de todo, habían sacrificado vidas de una manera absurda.

La gente lo saludaba cuando pasaba por las casas cercanas al castillo. El viento procedente del lago soplaba con fuerza. Había

olvidado la humedad de aquel lugar durante su estancia en las tierras del clan Menzies. De manera inevitable pensó en Fiona y en qué sería de ella. Se sentía algo extraño alejado de su futura esposa e incluso la herida pareció tirarle un poco, como si le quisiese recordar a ella. Sonrió cuando revivió la escena en la que Fiona se la cerró con maestría. Siguió su camino pensando en si su amigo de toda la vida había regresado sano y salvo del paso de Killiecrankie.

Se detuvo delante de su casa y golpeó la puerta esperando que estuviese allí. Echó un vistazo a su alrededor buscándolo, cuando de repente apareció ante él, con el esperado gesto de asombro reflejado en el rostro.

—Que me lleve el mismísimo diablo...

—Eso mismo podría decir yo de ti, Braden.

Los dos se fundieron en un abrazo por volver a estar juntos.

—¿Quieres pasar o mejor no acercamos a la taberna a tomar algo?

—Tomemos una jarra de cerveza mientras hablamos y nos ponemos al día en lo que ha sucedido desde que nos perdimos la pista tras la batalla contra los ingleses —le sugirió James haciendo un gesto con el mentón hacia el lado opuesto a su casa.

—Veo que estás de una pieza —le comentó Braden mirando a su amigo.

—En principio, así lo creía.

—¿Te hirieron?

—Justo aquí —se palpó con cuidado el costado donde tenía la herida. Apenas le dolía después del paso de los días—. Un corte hecho con un sable, creo.

—Pero, por lo que veo, nada serio.

—Según se mire —le dijo viendo a su amigo fruncir el ceño—. Tuve la suerte de llegar a las tierras del clan Menzies.

—Te acogieron y te curaron la herida, ¿cierto? —dedujo Braden observando a James asentir—. ¿Has pasado allí todo este tiempo? Dos jarras de cerveza, Laimie —le indicó a la joven que estaba tras el mostrador.

—Vaya, pero si es James MacLean —exclamó la joven con una dulce sonrisa cuando lo reconoció—. Mucha gente te dio por muerto al ver que pasaba el tiempo y no volvías.

—Casi no lo cuento, la verdad.

—Entonces, caíste herido y lograste llegar a las tierras del clan Menzies, me contabas.

—Eso es. Llegué cuando pensaba que me quedaría muerto en cualquier parte del camino. Pero ¿y tú? —le preguntó cogiendo la jarra para echar un trago.

—Tuve más suerte, porque no me hirieron. Escapé cuando el oficial inglés ordenó cargar contra los nuestros. Una vez que nos quedamos sin líder, los hombres comenzaron a huir.

—Pero, al parecer, se ganó la batalla.

—¿Y ahora? Según contaban, la mitad de los nuestros cayeron muertos o heridos en el paso de Killiecrankie y los demás dispersos por las Highlands sin un líder que los reagrupe.

—El castillo de Edimburgo ha caído, según pude informarme durante mi estancia en las tierras del clan Menzies. El duque de Gordon se vio obligado a rendirlo. No hay un líder provisional para tomar el relevo de Claverhouse.

—Dudo mucho que lo haya después de su muerte.

Durante unos segundos ninguno de los dos dijo una sola palabra. Pensaban en lo sucedido y en un hipotético futuro.

—Sería otra locura si alguien se erigiese como líder de las tropas leales a Jacobo. Esta vez hemos ganado, pero ¿una segunda ocasión? —preguntó Braden arqueando una ceja preguntándose si

eso sería posible.

—No. Y espero que no haya más batallas.

—Hablando de otros temas, ¿qué piensas hacer?

James sonrió por la respuesta que iba a darle a su amigo.

—Casarme.

Braden estuvo a punto de atragantarse con la cerveza y se vio obligado a escupirla. Miró a James como si no lo conociese mientras se limpiaba las comisuras con el dorso de la mano.

—¿Casarte? ¿Te has vuelto loco? ¿Te ha afectado la herida en tu costado o qué?

—Espero que no.

—Pero ¿cómo se te ocurre...? Dime, ¿quién es ella? ¿La conozco? —preguntó señalándolo con un dedo.

—No. No la conoces.

—¿Estás seguro? Mira que he conocido a muchas mujeres por esta región —le recordó con una sonrisa cínica y un tono que dejaba claro a qué se había dedicado en su tiempo libre.

—Lo sé. Sé que conoces a muchas mujeres de por aquí e incluso que has cruzado el lago en numerosas ocasiones hasta Oban. Pero te repito que, salvo que hayas estado en las tierras de los Menzies, no la conoces.

—¿Menzies? ¿Se trata de la hija del jefe de ese clan? —Braden entrecerró los ojos sin despegar la mirada de James.

—Yo más bien diría que es la jefa del clan.

—¿Ella? ¿Una mujer? ¿Y su padre?

—Falleció.

—Y ella ha pasado a convertirse en la jefa del clan.

—Eso es.

—¿Y cómo te ha dado por casarte?

—Estaba en deuda con ella por salvarme la vida y dejarme

quedar en su castillo.

—Tienes una manera una poco atrevida de pagar tus deudas.

—Verás, su padre redactó un testamento en el que hay una cláusula por la que, si no se casa en el plazo de tres meses, lo perderá todo a manos de su tío.

—¿Te refieres a sus propiedades?

—Todo. El castillo y las tierras. Y te apuesto lo que quieras a que no tardará tiempo en verse arrojada de este en cuanto su tío tome posesión.

—Vaya... Creo que me hago una idea de la situación. Y tú, claro, te has ofrecido voluntario para que eso no suceda. Pero ¿por qué? ¿Qué puede importarte a ti lo que le suceda a ella? —le preguntó gesticulando con el brazo—. Si te ayudó es porque quiso. A no ser que viera en ti la posibilidad de que te convirtieses en su prometido.

—No creo que lo hiciese.

—No estés tan seguro, amigo. Yo que tú, dudaría. ¿Crees que no han intentado echarme el lazo con palabras y gestos bonitos?

—Ella rechazó de plano mi propuesta cuando se la planteé.

—¿Tú se la planteaste? —le preguntó volviendo a atragantarse con la cerveza.

—Estaba en deuda con ella por socorrerme. Le di mi palabra. Y los MacLean siempre cumplimos. No como otros —dejó claro con un gesto sarcástico.

—Eh, yo también cumplo lo que prometo. Los McCallister somos leales. —Braden se dio unos toques con el dedo en el pecho dejando clara su postura—. Bien, y dime, ¿qué haces aquí si tienes pensado casarte con la jefa de los Menzies? —Agarró la jarra para beber antes de que James respondiese, no fuese a soltarle algo que le obligase a derramar la cerveza.

—He venido a comunicárselo a mis padres y a mi hermana, Eve.

Pero ella está con Jane Montrose.

—Vaya... Con la viuda de Claverhouse...

—Pasaré a verla mañana para informarle de la noticia. Por cierto, no hará falta que te diga que estás invitado.

Braden se echó a reír.

—Claro, por supuesto. No me lo perdería por nada. Ver cómo el verdugo te pone la soga al cuello.

—Es de agradecer tu comentario. Gracias.

—¿Cuándo es la boda?

—La próxima semana. Espero que vengas conmigo y mi familia hasta el castillo Menzies.

—Sí, claro.

—De ese modo podrás conocerla, así como a los demás miembros de la familia.

—No hay problema.

—Te aviso que Fiona Menzies tiene una hermana, Keira, así que procura comportarte. —Entornó la mirada hacia Braden. Toda advertencia era poca con él.

—¿Por qué me miras de esa forma? Parece que me estuvieses advirtiendo para que no me meta en líos de faldas.

—Lo estoy haciendo. No quiero que te metas en líos con mi futura cuñada.

—Ya sabes lo que opino del matrimonio. Y yo no pienso hacer promesas que incluyan mi soltería. —Lo señaló con un dedo y esgrimió una sonrisa cínica.

—Me alegro de que lo pienses. Está bien, quedas avisado de la situación. Te anunciaré cuando partimos hacia la región de Perthshire.

—Lo tendré en cuenta. Trata de divertirse en el tiempo que andes por aquí.

—Lo haré. Descuida.

James asintió consciente de lo que pensaba Braden. Estaba seguro de que lo entendería cuando conociera a Fiona, pero mucho se temía que él pondría el ojo en su hermana, Keira. Sin embargo, no creía que esta le diese pie a su amigo a intentarlo con ella. Aunque uno no sabía lo que podría suceder.

Capítulo 13

Fiona terminó de hablar con el pastor que oficiaría la ceremonia. Iba distraída o centrada en sus pensamientos cuando su hermana le dio un ligero toque en el brazo para que le hiciera caso.

—Mira. Ahí están nuestros tíos. Y ya nos han visto, de manera que prepárate porque te van a preguntar qué haces en la capital. —Keira se fijó en la cara que puso su hermana cuando se dio cuenta de la presencia de estos.

Mordecai se detuvo ante sus dos sobrinas con una sonrisa, que no gustó a ninguna de ellas. A su lado iba su tía Margaret, como de costumbre. Esta se mostró sorprendida por el inesperado encuentro.

—¡Qué sorpresa más agradable veros por la ciudad a todos! —especificó Mordecai cuando se fijó en la presencia de los demás.

Balfour y Callum no se mostraron muy contentos. Ninguno de los dos podía verlo. Sabían lo que ansiaba y no se fiaban de él. No hasta que Fiona se hubiese casado con James.

—Creo que es una de las pocas ocasiones en las que os he visto en Perth —señaló Margaret.

—Ya sabes que no venimos mucho por aquí. Preferimos quedarnos por los alrededores del castillo —les dijo Fiona con naturalidad—. Pero tenía que venir a buscar un vestido de novia,

como comprenderéis —les informó para dejarles claro que la boda seguía adelante.

—Lo celebro. ¿Y ya has encontrado lo que buscabas, sobrina?

—Por supuesto, tía. En unos días me lo llevarán a Menzies para las últimas pruebas.

—¿Dónde has dejado a tu futuro marido? —Mordecai parecía más interesado en este que en su sobrina.

—Está en Duart. Ha partido a avisar a sus padres y a su hermana para que asistan a la ceremonia. En unos días habrá regresado acompañado por mis futuros suegros y mi futura cuñada.

Mordecai sonrió de manera que no gustó a ninguno de los Menzies.

—Esperemos. No vaya a ser que una vez allí se lo piense mejor y decida no regresar. O tal vez se rencuentre con alguna joven que le traiga buenos recuerdos. Ya me entiendes...

Keira apretó los dientes con rabia al escuchar esos comentarios. Y Balfour se vio obligado a sujetar a Callum de manera disimulada cuando lo observó hacer un movimiento hacia su tío.

—Ha dado su palabra de volver y cumplir lo acordado. No me preocupa lo más mínimo esas ideas tuyas, tío.

—Yo solo digo que podría desdecirse.

Fiona veía las intenciones de su tío Mordecai. Buscaba ponerla nerviosa y sembrar dudas en su cabeza. Pero esta sonrió de manera astuta y miró fijamente a su tío.

—Un MacLean cumple su palabra. Lo sé porque me lo ha demostrado.

—No hace falta ponerse así, sobrina. Tu tío solo comenta una posibilidad que podría darse. Nada más. Ya sabes cómo se las gastan los hombres —matizó su tía tratando de calmarla.

—No me importa cómo se las gastan los otros. Solo sé cómo lo

hace James McLean, mi prometido.

—No hay que enfadarse ni ponerse a mal por un comentario. Y estaba pensando que podrías venir a nuestra casa aquí en Perth cuando tu prometido regrese. Avísanos y así podremos conocer a su familia. Será una ocasión para estrechar lazos, ¿no creéis? —les sugirió su tía tratando de suavizar la tensión que su esposo había creado con sus observaciones.

Fiona lo pensó y asintió. Sí. Sería una buena ocasión para que vieran que aquello iba a serio.

—Me parece bien. Os avisaré cuando James esté de regreso. Y ahora si nos disculpáis debemos regresar a Menzies. Tenemos más cosas que preparar. Que tengáis un buen día —les deseó con una sonrisa algo pérfida, dejando claro que sabía cuál era la intención de Mordecai.

—Estaremos esperando tu aviso. Que tengáis un buen día también vosotros.

Fiona se apartó a paso rápido mientras su hermana se aferraba a su brazo como si quisiera no quedarse atrás.

—Maldito sea... ¿Acaso se piensa que no sé lo que pretende con sus comentarios? —murmuró Fiona enrabietada por sus palabras—. Esperaré con ansia la reunión en su casa para aparecer junto a James y cerrarles la boca a ambos.

—No hace falta que te pongas así. Sabes que la razón está de tu parte. Nuestro tío no tiene nada que hacer en lo referente al castillo. En menos de dos semanas todo se habrá solucionado y tú vivirás tranquila y dichosa en Menzies junto al McLean. Ya lo verás.

Balfour miró a Callum mientras se dirigían hacia los caballos.

—Deberías contener tus impulsos. Ser más inteligente. Tu tío le ha dicho lo de James a tu hermana para ponerla nerviosa y tal vez provocarla. Era lo que buscaba. Y tú ibas a darle ese gusto para que

después se riese de ti.

—Lo sé, pero, si no me hubieras parado...

—Calma, muchacho. El mejor desplante que puedes hacer a Mordecai es no seguir sus tretas. Hazme caso. Y ahora regresemos al castillo.

Callum asintió sin mediar palabra, pero la rabia lo reconcomía por dentro, porque, de no haber estado Balfour, le habría respondido a su tío como se merecía.

***

James partió hacia Dudhope, el castillo que pertenecía a Claverhouse y donde encontraría a su viuda, Jane, y a su propia hermana, Eve. Las haría partícipes de la noticia por la cual estaba de vuelta en aquella región. Nada más divisar el edificio donde había vivido su amigo Claverhouse, vizconde de Dundee, varios hombres se pararon a saludarlo y a hablar con él.

—Soy James MacLean y vengo a ver a mi hermana Eve y a vuestra señora, Jane Graham —les comento apeándose del caballo.

—Ambas están en la casa. Deje el caballo a mi cuidado.

James le entregó las riendas y se dirigió hacia la puerta. El ambiente estaba cargado de tristeza y pena por la muerte del señor del castillo y aquellas tierras. El jefe del clan Graham.

Encontró a Eve junto a Jane charlando sentadas en el salón. Cuando la primera lo vio, se levantó del sillón como un resorte. Dejó escapar un grito de emoción y corrió hasta él para abrazarlo.

—Gracias a Dios. Estás vivo, James.

—Pues claro que lo estoy. ¿Qué esperabas, Eve? —Deslizó los pulgares por las mejillas de ella para limpiarle las lágrimas.

—¿Qué haces aquí?

—Nuestros padres me dijeron que te encontraría aquí junto a Jane —dijo mirando a esta acercarse a saludarlo. El dolor se reflejaba en su rostro en forma de ojeras y en la palidez de su piel—. ¿Cómo estás? Siento tu perdida, amiga —le dijo abrazándola con cariño.

—Gracias, James. Me alegra verte aquí. Ven siéntate con nosotras y cuéntanos qué ha sido de ti desde que te marchaste siguiendo a mi marido.

—Hay poco que contar —comenzó mirando a las dos mujeres, sentándose frente a Jane—. Como imagino que os habrán comunicado, vencimos, pero el precio fue muy alto. Demasiados hombres muertos, un gran número acabaron heridos y otros tantos conseguimos huir y refugiarnos en estas regiones.

—¿Dónde has estado? —Eve se inclinó hacia su hermano, observando con atención sus gestos y sus rasgos. No le parecía que lo hubiese pasado mal.

—Cuando logré escapar de la batalla, comencé a caminar sin rumbo fijo. Solo pretendía poner distancia con los soldados ingleses. No sé qué ruta seguí, pero acabé llegando a las tierras del clan Menzies, hasta su castillo. Allí me socorrieron.

—¿Has pasado todo este tiempo allí? —le preguntó Jane.

—Así es. Me curaron la herida que tenía en el costado y me alojaron en el castillo.

—Gracias a Dios que llegaste hasta ellos —murmuró Eve cerrando los ojos y resoplando aliviada—. Supongo que tendrás que agradecerles el trato que te han dado.

James asintió al tiempo que perfilaba una sonrisa cuando recordaba el rostro de Fiona Menzies.

—¿Por qué te ríes y pones esa cara? —Eve arqueó las cejas sorprendida por la reacción de su hermano.

—Por la manera en la que decidí compensar su hospitalidad.

—¿A qué te refieres? —Jane intervino en la conversación porque James parecía dotar de cierto misterio todo lo vivido en el castillo del clan Menzies.

—A algo que no vais a creeros.

—¿Qué has hecho, James?

Este observó la mirada entornada de su hermana y la preocupación en su rostro.

—Le propuse matrimonio a Fiona Menzies, la jefa del clan.

Hubo un momento de silencio mientras las dos mujeres parecían estar asimilando la noticia. En cuanto a James, permaneció callado para dejar que sus palabras se asentaran en la mente de ambas. Vio cómo estas intercambiaban una mirada, como si no se creyesen lo que habían escuchado.

—¿Lo dices en serio? —Eve hizo la pregunta con un tono que reflejaba cautela. No era algo con lo que frivolizar.

—Sí. Me caso dentro de dos semanas o antes. En cuanto vuelva al castillo de Menzies.

—Pero ¿has dicho que ella es la jefa del clan? —intervino Jane confusa.

—Sí. Sus padres ya no están. Y ella es la dueña de todo.

—¿Y a qué viene que te cases con ella? Por muy bien que la hayas conocido el tiempo que has estado allí. ¿No crees que te estás precipitando?

—No, no lo creo. Pero hay algo más que necesito contaros.

El tono serio y de advertencia de él puso en alerta a las dos mujeres.

—¿Qué más puede haber, además de tu futura boda? —le preguntó Eve algo fuera de sí. Se aferraba a los reposabrazos por temor a que lo que su hermano tuviese que decir le afectara hasta el

punto de caerse de la silla.

—La boda es en pago por lo que ella y los demás hicieron por mí, ¿de acuerdo? —comenzó aclarando y viendo cómo las dos asentían—. Sin embargo, también se debe a la situación de ella.

—¿A qué situación te refieres?

La mirada entornada de su hermana y su tono de recelo le obligaron a seguir.

—Según el testamento de su padre, necesita casarse en un plazo de tres meses o lo perderá todo.

—¿Te refieres al castillo y a las tierras del clan? —preguntó Jane al ver que Eve se había quedado boquiabierta por la impresión que le había causado la noticia.

—Sí.

—¿Y a quién pasarían?

—A un tío suyo, hermano de su padre. Lo que busca es quedarse con las propiedades y echar a Fiona y a sus hermanos de allí. Por ese motivo he accedido. Y más después de conocerlo en persona. —James abrió los ojos como platos dejando clara su opinión al respecto de este.

—Deduzco por tu gesto que no te cae nada bien —comentó su hermana.

—La verdad es que no.

—Pero ¿no crees que es una precipitación tu acto? Solo por agradecerle lo que hicieron por ti.

—Tal vez lo sea y me equivoque, Eve. Pero también creo que es lo menos que puedo hacer por ella después de que me salvara la vida y me permitiese quedarme allí. Di mi palabra.

—Sé que esta es muy importante para ti. Y te apoyo, pero mi pregunta es lógica, así como mis dudas acerca de que sientas algo por ella.

—Espera a conocerla —le aseguró con una tímida sonrisa, que llamó la atención de Eve de una manera peculiar—. Y ahora dime, ¿has sabido algo de Argyll?

—Fue él quien trajo el cuerpo sin vida de Graham aquí —le comentó Jane recordando ese momento.

—No lo sabía. ¿Combatió a los ingleses? Pero si él estaba en favor de aceptar al nuevo monarca...

—Reunió a una parte de su clan y fue en busca de él para evitar que sucediera lo que sucedió. Pero llegó tarde.

—¿Y él?

—Estuvo unos días aquí mientras realizábamos el funeral y el entierro de John—le dijo Eve llamando a Claverhouse por su nombre —. Luego partió hacia Inveraray para quedarse allí.

—Supongo que no volverá a Londres. Lo detendrán si saben que ha combatido a las tropas del nuevo monarca.

—Piensa dejar la política.

—¿Lo ha dicho él?

—Iba a presentar la renuncia a su cargo en Londres y a retirarse a su castillo de Inveraray. Según dijo, se dedicaría a administrar el clan, el cual lleva tiempo desatendido.

James apretó los labios y asintió pensando si debería hacerle la pregunta a su hermana. La que suponía que ella estaría esperando también.

—¿Y tú? ¿No habéis arreglado nada, Eve?

Vio cómo ella cogía aire y luego sonreía tímida. Eve sintió un ligero aleteo en el pecho al pensar en los días en que Argyll estuvo allí. Lo que no le confesó pese a la insistencia de Jane.

—Yo estoy aquí y él en su castillo.

—Pero ¿no hay manera de arreglar lo vuestro? Por lo poco que lo traté el tiempo que él estuvo aquí por estas regiones, podría

asegurarte que te sigue queriendo, Eve.

Esta desvió la mirada del rostro de su hermano. Apoyó el mentón sobre la mano y cerró los ojos.

—Pues no me dijo nada. Ni tampoco lo percibí —le espetó algo furiosa con ese hecho o porque se lo estuviesen recordando cada vez que el nombre de Argyll surgía en una conversación.

—Debiste decírselo, Eve.

—¿A qué te refieres, Jane? —Ese comentario captó su atención dejándolo intrigado.

—Que sea tu hermana quien te lo diga.

—Eve...

Esta cerró los ojos y levantó la cabeza sintiendo una ligera opresión en el pecho.

—Que sigo enamorada de él. A eso se refiere Jane. Pero no tuve fuerzas para confesarlo cuando tuve a Argyll delante de mí, antes de partir hacia el paso de Killiecrankie.

—¿Por qué? —James frunció el ceño mirando a su hermana sin entenderla.

—Porque me aseguró que siempre quiso volver de Londres para casarse conmigo. Que siempre me quiso, en el pasado. No en este momento.

—Pero no estás segura de si aún te quiere. Ya te he contado la impresión que me dio en algunas ocasiones en que hablé con él. ¿Piensas quedarte con la duda?

Su hermana volvió el rostro hacia él sin comprender su pregunta.

—¿Qué esperas que haga?

—Presentarte en Inveraray y decirle lo que sientes. Y, si te rechaza, al menos podrás seguir viviendo con la duda despejada. No tendrás que preguntarte con los años qué habría sucedido si hubieses viajado hasta su castillo.

—¿Me sugieres que me presente allí, en Inveraray?

—Tal vez mi decisión con Fiona Menzies sea una locura. Pero no me quedaré con la duda de saber qué habría sucedido de haberme casado con ella. Créeme, lo averiguaré con el paso de los días a su lado.

Jane sonrió convencida de que el gesto de James con la jefa de los Menzies encerraba algo más. En un principio pudo deberse a saldar la deuda que tenía con esta por salvarle la vida, pero también percibía que había cierto cariño.

—Lo es. Como bien dices. Una locura.

—Deberías pensarlo. Pero antes me gustaría que vinieses al castillo de Menzies para asistir a mi boda. Y tú también, Jane.

Esta hizo un gesto de no estar segura de ello.

—No te prometo nada, pero lo pensaré. A cambio de que al menos te quedes hoy aquí. Nada me agradaría más que estuvieses con nosotras y nos contases cómo es tu prometida. —Jane sonrió tímida deseado saber más. Al menos eso la distraería.

—De acuerdo. Me quedaré hoy y regresaré mañana a Duart. Así también te convenceré para que vayas a Inveraray a ver a Argyll y solucionéis lo vuestro —aclaró mirando a Eve, quien bufaba y ponía los ojos en blanco dando a entender que ese tema la agobiaba. Sin embargo, lo haría por su hermano y por Jane.

—No te prometo nada, pero te escucharé.

—Con eso me conformo por el momento.

—¿Tú, casarte? Desde luego que Fiona Menzies debe merecer la pena, a pesar de la deuda que tienes con ella. Me gustará conocerla —aseguró con un ligero movimiento de cejas bastante revelador.

—Lo es, y lo harás. Descuida —le aseguró pensado en Fiona y en que la echaba en falta a su lado. Se había acostumbrado a su presencia durante todo el día y, desde que había salido del castillo

de Menzies, parecía que le faltaba algo. Como si lo hubiese dejado allí.

Capítulo 14

El tiempo pasaba acercándose al día la boda. Fiona estaba más inquieta a cada momento y en parte se debía a que ansiaba la vuelta de James. No quería pensar que no regresaría, como había hecho en algún que otro momento. De inmediato lo había desechado de su mente. No podía dejarse influir por esos comentarios que su tío Mordecai le había sugerido. Pero la verdad era que hacía días que se había marchado a Duart, y no sabía nada de cuándo regresaría. Y, para colmo, esa noche tenía una fiesta en su honor en casa de sus tíos. Algo que no le hacía demasiada gracia porque sabía que la iba a estar mirando toda la noche. Y ni qué decir si iba sin James. Empezarían a murmurar acerca de la boda y de si el MacLean, después de todo, se echaría atrás.

Estaba terminado de arreglarse en su habitación cuando apareció su hermana en el umbral de la puerta.

—¿Todavía no has terminado? Me da la impresión de que no te apetece demasiado ir.

La voz de Keira obligó a Fiona a volver la cabeza hacia esta.

—La verdad es que no, porque sé que voy a convertirme en el centro de atención toda la noche por no ir acompañada de James. Se suponía que mis tíos esperarían a que él hubiese regresado de

Duart.

—Es verdad, pero no les des el gusto de que te vean así. Supongo que ha sido cosa de Mordecai para sembrar de dudas tus opciones de boda ante todos los asistentes.

—Sé que lo hace con esa intención. Ponerme nerviosa ante la ausencia de James.

—Tonterías. —Keira agitó la mano en el aire restándole importancia a ese comentario—. James regresará esta semana y podréis terminar de planificar la boda. Y nuestro tío tendrá que aguantarse.

—Lo sé, pero a veces no puedo evitar pensar que él no regrese.

—James no te ha dado motivos para no hacerlo. Lo he visto con mis propios ojos. Acuérdate del beso que te dio la noche que estuvimos en el castillo de los Moncreiffe. Cuando te den esos bajones de pensamiento, acuérdate de esa velada, ¿querrás? Y, por otro lado, desde el primer momento él se ofreció a ayudarte, ¿por qué iba a echarse atrás ahora? No tendría sentido, Fiona —le recordaba tratando de animarla. James volvería a tiempo con su clan para la ceremonia. No había nada que temer al respecto.

—Pensado de esa manera, tienes razón. Sin embargo, los fantasmas de que todo se venga abajo en el último momento están ahí.

—Lo sé. Pero tienes que alejarlos en cuanto los veas asomar en tu mente. Eres la jefa del clan Menzies y debes comportarte como tal. Y yo he conocido a esa mujer de la que te estoy hablando.

Fiona sonrió agradecida por las palabras de ánimo de su hermana. Era verdad que ella misma se había mostrado como una mujer fuerte, decidida y valiente en el momento en el que tuvo que hacerse cargo del clan tras la muerte de sus padres. Y esa noche volvería a demostrárselo a todos los asistentes a la velada en casa

de sus tíos, se dijo segura de sus palabras.

Fiona viajó en completo silencio desde Menzies, centrada en lo que podía suceder esa noche. Después de la charla con su hermana sobre lo que le esperaba y lo que ella representaba, Fiona había ganado confianza para afrontar los comentarios de sus tíos acerca de la ausencia de James. Ella estaba convencida de que lo había hecho de manera intencionada para hacerla sentir incómoda.

—Vas muy callada —le comentó su hermana Keira fijándose en la concentrada expresión de su rostro.

—Más bien voy relajada.

—¿Pensando en lo que hemos hablado?

—No necesariamente. Tienes razón. Soy la jefa del clan Menzies. He tenido que sacarlo adelante y no pienso echarme atrás porque mi tío pretenda hacerme dudar de James y de su palabra —dejó claro justo cuando el carruaje se detenía frente a la casa y Fiona se preparaba para descender.

Inspiró hondo y, echando los hombros atrás, comenzó a caminar hacia la entrada donde los invitados se paraban para ser saludados por los anfitriones. Allí estaban sus tíos y sus primos. Mordecai sonrió al verlas llegar y asintió a modo de saludo.

—Buenas noches y bienvenidas, queridas sobrinas. Y sobrino —añadió fijándose en Callum, quien apareció por detrás de sus hermanas.

—Buenas noches, y gracias por la invitación, tío.

—Veo que, al final, tu prometido no te acompaña.

Fiona sonrió irónica.

—Ya te dije que estaba visitando a su familia en el castillo de Duart. Podrías haber esperado a su llegada para hacer esta reunión. Él y su familia estarán aquí justo a tiempo para la boda. Podrás hablar con él todo el tiempo que precises —le aclaró empleando un

tono entre la ironía y la desilusión—. Tía Margaret, ¿cómo estás?

—Muy bien, querida.

—Primo Joseph, hacía tiempo que no te veía. Y al primo Alston tampoco.

—Sí, hace bastante que no coincidíamos, Fiona.

—Pues solucionado el tema gracias a tu padre. —Le lanzó una mirada cargada de intención y Mordecai solo pudo limitarse a asentir con cierto desagrado.

—Espero que disfrutéis esta noche —se limitó a decirles al darse cuenta de que de entrada no veía a su sobrina nerviosa ni apenada por haber acudido allí sin el McLean. No parecía que le afectase su ausencia. Al contrario, la encontraba confiada en sus posibilidades. Si no hacía algo, perdería sus opciones de conseguir el castillo Menzies y sus tierras.

—Lo haremos. Descuida. Para eso estamos aquí —afirmó Fiona con una sonrisa algo cínica, igual que su tono. Quería dejar claro a su tío que no le importaban sus tretas para ponerla nerviosa sobre la ausencia de su prometido.

—Será mejor que charlemos con la gente, de ese modo nuestro tío te dejará en paz —le sugirió Keira a su hermana—. Por cierto, ¿crees que se lo habrá contado a nuestra tía? Me refiero a la cláusula del testamento.

—Es lo que imagino, así ambos hacen un frente común. Pero descuida, que no dejaré que me arrebaten lo que es mío. —La mirada de su hermana estaba cargada de frialdad e incluso a Keira le pareció amenazante.

—Veo que vuelves a ser la jefa del clan Menzies, querida —le dijo con cariño y diversión Keira—. Mira, allí está Meribeth. Cuando Callum la vea, apuesto a que saldrá huyendo.

—¿En serio? ¿Crees que está interesada en nuestro hermano? —

Fiona se mostró algo sorprendida por ese comentario.

—Deberías haberlos visto la noche en Tullibole. Creo que Meribeth se siente algo atraída por él. Pero Callum escapa de ella en cuanto puede. Se pasó gran parte de la noche en compañía de Balfour, cuando no estaba junto a James. —Keira entornó la mirada a propósito para darle a entender a su hermana cuál había sido la situación—. Tú no pudiste verlos porque estabas muy atareada con el McLean.

—Es cierto.

Meribeth acudió a saludarlas en cuanto las vio. Estaba elegante, con un vestido en tonos azules y un escote recatado. El plaid del clan Moncreiffe le cruzaba el pecho sujeto por un broche.

—Me alegro de veros a las dos. Suponía que vendríais, ya que son vuestros tíos los que organizan esta velada en tu honor, al parecer —comentó extendiendo el brazo hacia Fiona hasta cogerle su mano y apretarla en señal de amistad.

—Sí, así es.

—¿Dónde está tu prometido? Las malas lenguas aseguran que se ha marchado de Menzies para no regresar —le confesó en voz baja, como si pretendiese que nadie se enterase de ello.

—No les hagas caso. James se marchó a Duart para informar a sus padres de nuestro enlace. En unos días todos estarán aquí en representación del clan McLean. De cualquier forma, no soy ajena a esa clase de chismes. Y no les doy ningún valor.

—Me alegra que lo hagas. La verdad es que hay gente que solo quiere sembrar discordia. Como si no hubiésemos tenido bastante con la reciente rebelión.

—Pues al parecer hay personas que gustan de buscar enfrentamientos.

—¿Qué tal tú? ¿Hay algún joven pretendiente a la vista? —Keira

cambió el tema de la conversación para dejar a su hermana libre de esos pensamientos. Era algo monótono y hasta aburrido estar siempre con lo mismo sobre el McLean. Y por otra parte quería saber si Meribeth les contaría algo sobre Callum.

—Alguno que otro hay —respondió sin mucho interés, desviando la mirada de los rostros de las dos hermanas para pasearla por el salón como si buscase a alguien.

—No parece que sean de tu agrado —dedujo Keira entornando la mirada hacia la joven.

—Ni lo más mínimo. Y encima deberíais escuchar a mi madre al respecto de ese tema.

—Nos hacemos una idea —asintió Fiona.

—Bueno, si no te complace ninguno de tus pretendientes...

—Eso digo yo, pero mi madre erre que erre con que tengo que decidirme.

—Dinos, ¿no tienes a ningún otro en mente? —le preguntó Fiona interviniendo para cortar a su hermana, y su descaro. Solo le faltaba preguntarle si Callum era este, se dijo.

La mirada y sonrisa de Meribeth hacia las dos hermanas fue bastante explícita, para el gusto de ambas. Y a Fiona no le quedaron dudas al respecto de lo que Keira le había comentado acerca de esta y su hermano en la velada en Tullibole.

—Lo hay. Sí.

Ambas hermanas sonrieron abriendo los ojos al máximo, fingiendo estar sorprendidas por esa revelación.

—Tal vez deberías hacérselo ver tú. Si él no se decide —sugirió Keira con toda la picardía posible, pese a que pretendía no parecer demasiado interesada.

—Lo intento, no creas que no. Pero, cuando me ve cerca, huye de mí. No entiendo el motivo.

—Oh, vaya —exclamó Fiona mirando a Meribeth de manera fija. Tal vez debería tener una charla con Callum al respecto.

—Insiste. Si lo ves esta noche, aprovecha la oportunidad para ir tras él —le sugirió Keira, sorprendiendo a su hermana, cuya mirada reflejaba incredulidad.

—Sin duda que lo haré. Pero he de pillarlo desprevenido.

—No me extraña... —murmuró Keira sabiendo a lo que se refería Meribeth. Su hermano no se separaría de Balfour esta noche.

—¿Cómo dices?

—Nada, solo que no me extraña que digas eso, porque ya sabes cómo son algunos hombres de esta localidad. En fin, creo que deberíamos dejarte para que vayas en busca de él —sugirió Keira dándole unas palmadas en el antebrazo con toda confianza.

—¿Habéis venido solas? —Miró a ambas con curiosidad.

—No, no. Callum y Balfour están por ahí, por si necesitas a alguno de ellos —dejó caer Keira consciente de que Meribeth no vacilaría en ir en busca de su hermano.

—De acuerdo. Os veo más tarde.

—Por supuesto —asintió Fiona viéndola alejarse.

—Te lo dije. Meribeth está interesada en Callum.

—¿Y qué pretendes? ¿Acaso emparejarlos? —preguntó Fiona elevando una ceja con suspicacia.

—¿Por qué no? Hacen buena pareja.

—¿Le has preguntado a Callum o te ha comentado él algo sobre Meribeth?

—No he tratado el tema con él.

—Pues deberías, antes de meterte en su vida.

—He visto cómo la mira.

—Por eso huye de ella cuando la ve, según tú, y la propia Meribeth. Y, ya que te pones a elegir una mujer para nuestro

hermano, ¿qué hay de ti?

Keira abrió la boca para responderle de inmediato, pero sus palabras no salieron. Sacudió la cabeza y encogió los hombros como si no le concediera importancia al tema.

—No tengo intención de buscar un pretendiente ahora que tú vas a casarte. Es más, no he conocido a ningún hombre que me atraiga ni que me provoque escalofríos ni emociones diversas. Ni que me mire como el MacLean te mira a ti. No, no me mires como si te estuviese mintiendo. Es la verdad.

—De acuerdo. Pero deja tranquilo a Callum. Que sea él quien libre sus batallas. Ya tiene edad para hacerlo —le aseguró viéndolo hablar con Balfour.

—Queridos amigos y amigas —la voz de su tío se elevó por encima de las conversaciones que se mantenían, captando la atención de todos los presentes, incluidas las dos hermanas—, he querido celebrar esta reunión íntima para felicitar a mi sobrina Fiona por su reciente compromiso —dijo señalándola con la mano y haciendo que se convirtiese en el centro de atención.

Esta inspiró y soltó el aire despacio levantando el rostro con cierta altivez. Sonrió a todos de manera cordial.

—Enhorabuena, sobrina. Siento que tu prometido no haya podido asistir. Nos habría gustado tenerlo aquí entre nosotros.

—Se encuentra en las tierras del clan McLean, en su castillo de Duart, contándoles a sus padres lo de nuestro enlace. En unos días estará de regreso y podrás volver a hablar con él. De todas formas, ya lo viste en Menzies —le recordó con el mismo tono irónico que había empleado él.

—Cierto. Cierto. Pero insisto en que nos habría gustado tenerlo aquí esta noche. Uno no puede dejar de pensar en que tal vez haya cambiado de idea y no regrese, sobrina...

Ella sonrió. Este era el motivo de la reunión, sembrar la duda acerca de la veracidad del enlace.

—No te preocupes que lo hará. Tengo su palabra, y un MacLean siempre la cumple. Gracias por la velada, pero no tenías por qué hacerlo. Y ahora disfrutemos, ¿no crees? —Fiona entornó la mirada queriendo hacerle ver que aquella puesta en escena, para dejar claro que su prometido se había marchado, no iba a funcionarle.

Su tío asintió con una sonrisa disimulada y volvió a hablar con sus invitados dejando a su sobrina tranquila por el momento.

Fiona se apartó en compañía de su hermana. Callum y Balfour acudieron a su lado. La expresión de su hermano dejaba claro lo que todo aquello le parecía.

—Ya sabemos cuál es el verdadero motivo de esta reunión —comentó en un tono que revelaba su postura—. No parará de buscar la forma de arrebatarte el castillo, que por derecho te pertenece por ser la primogénita.

—Lo sé. Pero Mordacai siempre ha ansiado Menzies y sus tierras, no lo olvidemos. Y hará todo lo posible para evitar la boda, que transcurra el plazo fijado por el testamento y, de ese modo, hacerlo cumplir a su favor —resumió Fiona segura de ella misma—. Lo que importa es no caer en sus provocaciones. Y tú, el primero, Callum. No olvides que todo lo que hace es con ese fin.

—Si James estuviese aquí...

—Pronto estará de vuelta. No te preocupes. Y ahora diviértete.

—Creo que Meribeth te andaba buscando —apuntó Keira en un intento por cambiar de tema y relajar la tensión.

—Sí, la he visto antes.

—¿Qué te traes con ella?

—¿Yo? ¿Por qué me lo preguntas? —Callum miró a su hermana de pies a cabeza como si no la conociese.

—Solo pregunto. ¿No te parece muy interesada en ti?

—¿En mí? ¿Por qué? Soy un tipo corriente.

—A lo mejor por eso mismo le gusta pasar el tiempo contigo. ¿Y a ti? ¿Qué te parece? ¿No te agrada charlar con ella?

Callum balbuceó y sacudió la cabeza.

—Pero ¿de qué demonios me estás hablando? ¿No estarás pensando en que ella me guste? —le preguntó algo nervioso por semejante cuestión. Lo cierto era que la consideraba una muchacha bonita, atenta con él y a la que gustaba hacer compañía. Pero no quería confundirla y hacerla creer que él pudiese estar interesado como para que fuesen pareja. Se fijó en la expresión de su hermana frunciendo los labios y formando un arco con las cejas al tiempo que movía la cabeza.

—Podría suceder, ¿no?

El rostro de Callum pareció revelar sus verdaderas emociones por Meribeth. Se quedó mudo, fruto de los nervios que experimentaba cuando le hablaban de la joven Moncreiffe.

—Balfour, será mejor que dejemos a mis hermanas y nos vayamos a tomar algo —dijo dirigiéndoles una mirada de extrañeza e incomprensión a Fiona y Keira.

—Pienso que después de todo, y a pesar de lo que me digas, nuestro hermano y Meribeth podrían acabar juntos, ¿no crees? —sentenció Keira con una sonrisa y cruzando los brazos.

Fiona puso los ojos en blanco.

—Eres incorregible, Keira. Primero fui yo. Le diste la razón a James en su locura de ofrecerse para casarme con él y solucionar el tema del testamento. Y ahora nuestro hermano pequeño. Déjalo tranquilo y empieza por buscarte a alguien con quien librar tu propia batalla, ¿quieres? Podrías empezar esta misma noche con alguno de los hombres que hay aquí.

—No, no. Esta noche he de velar por tus intereses. Estoy segura de que las sorpresas no han terminado.

—¿A qué te refieres?

—A William McLeod. ¿Qué hace aquí? Porque si nuestro querido tío lo ha invitado es por algún motivo que de momento desconocemos. —Keira hizo un gesto con el mentón hacia donde se encontraba este, hablando con el tío de ambas. A juzgar por los gestos de William, parecía como si ambos se entendiesen—. Ten cuidado con él.

Fiona giró el rostro para seguir la indicación de su hermana. Sí. Allí estaba. Y estaba segura de que en breve iría a saludarla. Y también de que se regocijaría porque James no estuviese con ella. Su hermana tenía razón: más le valía cuidarse de él.

Capítulo 15

James encontró a su hermana en el exterior de la casa. Parecía estar pensando. Su mirada estaba fija en el cielo donde la luna no estaba completa en su totalidad. Diminutos puntos brillaban alrededor de esta. Se había levantado un ligero viento que mecía las ramas de los árboles.

—¿Qué haces aquí? Pensaba que ya te habrías recogido en tu habitación.

—Lo cierto es que no podía conciliar el sueño. ¿Y tú?

—Algo parecido.

—¿Cuándo piensas regresar a las tierras del clan Menzies?

—Lo antes posible. Mañana.

—¿Tan pronto?

El tono de sorpresa de Eve sorprendió a James.

—Es lógico que lo haga cuanto antes. Me caso en menos de dos semanas. Pasaré por Duart para avisar de la fecha a nuestros padres. Hablaré con Braden...

—¿Piensa acompañarte? —Eve no terminaba de creer que este lo hiciera.

—Eso me ha dicho. Que no se lo perdería por nada del mundo.

—Deberás atarlo en corto —sonrió su hermana a modo de

advertencia.

—Descuida. Ya lo sé. Y se lo he dicho.

—Bien. En ese caso, nosotras partiremos en unos días. Hablaré con Jane a ver cuándo quiere que nos marchemos. Dime, ¿no te arrepientes de tu decisión?

James frunció los labios y sacudió la cabeza.

—A cada momento que paso sin ella me siento extraño. Creo que mi atrevimiento me está diciendo algo. Que tal vez aquello que no buscaba era lo que necesito. No lo sé.

—Creo que, después de todo, acabarás enamorándote de ella.

—Pareces estar muy segura.

—Sé de lo que hablo.

—No lo dudo. ¿Qué piensas hacer con Argyll? Ya sabes dónde te está esperando.

Eve inspiró de manera profunda y apretó los labios haciéndolos desaparecer en una fina línea.

—Pero primero tengo que asistir a tu boda.

—Te tomo la palabra. Una vez que esté casado, tú partirás a ver a Argyll y le confesarás la verdad de lo que sientes por él.

Eve asintió sin decir nada. Pensaba en el recibimiento que le haría. En la manera en la que la trataría. Ni si quiera sabía si él querría verla. Infinidad de cuestiones, cada cual más descabellada, que lo único que le causaban era temor y angustia.

—¿Y si después de todo tengo que regresar aquí humillada porque él no quiere verme? Ya pasé por ello una vez, ¿recuerdas?

—Pero esta vez no sucederá, porque yo sé que Archibald Campbell, duque de Argyll, te estará esperando. Él te quiere, Eve, solo que las circunstancias no le permitieron demostrártelo. Además, me has contado que pretende renunciar a la política. ¿Qué le impide en este momento dedicarse a ti? Nada ni nadie.

—¿Y si llego tarde? ¿Y si hay otra mujer esperándolo?

—Entonces, es un loco estúpido, porque los dos sabéis que estáis destinados a terminar juntos. Y sería mejor que no tuvieses esos pensamientos tan negativos.

—¿Tú no los tienes con respecto a Fiona Menzies?

—No —respondió muy seguro—. Sé que acabaré casándome con ella y que no me arrepentiré de mi palabra.

La velada seguía y Keira no se apartaba de su hermana. Desde que había visto a William McLeod rondado por allí, había decidido que no la dejaría sola. Y si se veía obligada a hacerlo le pediría a su hermano o a Balfour que se acercasen. No se fiaba de este ni lo más mínimo. Pero entonces el McLeod se acercó hasta ellas para saludarlas. Se detuvo delante e inclinó la cabeza a modo de saludo.

—Fiona, debo felicitarte por tu próxima boda, porque es el fin de esta reunión, pero también es cierto que no me hace la mínima gracia. Lo sabes.

—¿Y por qué lo haces? —le preguntó Fiona con claridad, lo que provocó la irónica sonrisa de él—. No estás obligado.

—Es cierto. Pero saludarte me permite hablar contigo. Por cierto, he llegado algo tarde y no he visto a tu prometido. ¿Dónde está? ¿Al acecho para saltar sobre mí por si te hago algo? —Se mostró irónico en sus comentarios recordando la noche en que se conocieron.

Fiona sonrió divertida ante sus palabras. Miró a su hermana para que se contuviese, porque hasta ese momento no había dicho nada. Y prefería que siguiese callada. De ese modo ella misma se libraría de McLeod.

—Tranquilo, no está al acecho, como señalas. Pero, aunque lo estuviese, no es necesario que intervenga.

—Me alegra saberlo. ¿Sigues pensando en casarte con él? Te

ofrezco aquí y ahora la posibilidad de rectificar y aceptar mi propuesta. —Le tendió la mano como si él esperase que ella fuese a aceptarla. La contempló con la mirada entornada esperando su decisión.

—Mi hermana estaría loca si te aceptase, McLeod —saltó Keira sin poder aguantar por más tiempo su forzoso silencio.

Este sonrió de forma ladina ante semejante acusación. Miró a la joven Menzies.

—¿Tal vez tú lo deseas? No tengo ningún reparo en aceptarte como esposa.

—Pensaba que quien te interesaba era mi hermana...

—Por supuesto que así es. Ella sabe que siempre he deseado cortejarla y convertirla en la señora del castillo de Dunvegan, Pero se ha mantenido firme con respecto a quedarse soltera. Por ese motivo no he insistido. Solo que me llamó la atención, y mucho, cuando me enteré de su compromiso. Pero, claro, casarse con el futuro señor de Duart parece tener más peso que conmigo.

—No se trata del nombre del clan, William, sino de la persona —le aclaró Fiona—. Nosotros dos no teníamos nada en común. Admítelo.

—Lo cual no significa que no pudiésemos tenerlo. Es cuestión del tiempo que pasemos juntos. ¿Cómo vas a saber si el MacLean es el adecuado para ti si, para empezar, esta noche no lo veo? Es más, ha partido a ver a su familia, según le has comentado a tu tío. ¿Y si no regresa? A lo mejor ha sido una estratagema para no casarse.

—En ese caso creo que me quedaré sola.

—Pero perderás el castillo y las tierras de los Menzies —le recordó con cierta prepotencia mientras esbozaba una sonrisa cínica.

Fiona cambió el rictus cuando escuchó aquellas palabras. ¿Qué pretendía su tío contándole la realidad de su situación a alguien

como William? Entrecerró los ojos sin perderle la mirada, como si tratase de averiguar qué estaba pensando.

—Es algo que no te incumbe.

—Tal vez, pero que sepas que, si cambias de parecer con respecto al MacLean, estaré encantado de convertirte en la señora del jefe del clan McLeod.

Las dos hermanas lo vieron alejarse para hablar con más invitados a la fiesta. Fue Keira quien rompió el silencio al darse cuenta del estado de crispación en el que permanecía su hermana.

—De manera que nuestro querido tío anda contando a todos lo que sucede contigo. Pero ¿qué narices pretende al decírselo a William?

—No estoy segura, y no me ha gustado nada que lo sepa ni que, además, me lo restriegue por la cara.

—¿Hay algún acuerdo entre ellos? Me refiero a si nuestro tío le ha prometido algo a esa sabandija de McLeod a cambio de casarse contigo.

—No lo sé. Está claro que, si yo me caso, heredo todo el patrimonio del clan Menzies.

—Solo que si lo haces con William este puede convertirse en la marioneta de nuestro tío.

—Y acabar repudiándome, lo que significaría que podría echarme de mi propia casa y de mis propias tierras —dedujo Fiona cerrando las manos en puños, fruto de la rabia que sentía. Luego esbozó una sonrisa pérfida mirando a su tío—. Pues lo siento por ambos, porque no voy a cambiar de opinión. Estoy más que decidida a casarme con James McLean y nadie va a impedirlo.

—Me encanta que saques el carácter de nuestro padre en situaciones como esta. Aunque te aconsejo que te cuides del McLeod. Es capaz de cometer cualquier locura con tal de salirse con

la suya.

—Lo sé, pero... Dejemos este asunto y centrémonos en divertirnos un poco. ¿Dónde está Callum? ¿Lo has visto?

—No tengo ni idea. Estará por ahí con Balfour —respondió Keira sin darle la menor importancia—. Ya es mayor. No podemos estar pendientes de él.

—Te lo preguntaba porque no lo veo con Balfour. Este se encuentra muy entretenido hablando con cierta viuda —señaló Fiona en su dirección.

—Vaya... Pues no sé dónde puede estar. Si tanto te interesa, podemos buscarlo.

—Qué va. Déjalo solo. Como dices, ya es mayorcito para que estemos pendientes de él —aseguró Fiona pensando en qué estaría haciendo.

Callum no pretendía ser descortés con Meribeth y, de hecho, se detuvo cuando la vio acercarse hasta él con una mirada luminosa y una sonrisa risueña. Llevaba el pelo recogido en lo alto, dejando caer varios rizos sobre sus hombros. Por primera vez desde que se conocían, se fijaba en ella de esa forma. Además, le llamó la atención su vestido en tono claro en contraste con el tartán rojo y verde del clan Moncreiffe.

—¿Qué haces aquí solo, Callum? —Ella desvió la mirada en todas direcciones sin ver a nadie más que a él allí fuera de la casa.

—Eh... He salido a respirar un poco de aire. Ahí dentro el ambiente está algo cargado.

—Debo darte la razón, porque ese es el motivo por el cual yo también he decidido salir —mintió. Había salido a ver si lo veía a él. Y allí estaba el joven de los Menzies contemplando el cielo nocturno con cierto desinterés. Lo encontraba apuesto vestido con el traje de su clan—. ¿Qué te está pareciendo la fiesta?

—No sabría decirte porque no entiendo mucho del tema. Esa pregunta se la deberías hacer a Fiona o a Keira. Ellas sabrán darte una mejor opinión que yo.

—Ya lo sé. Pero quiero conocer la tuya —reiteró señalándolo con el dedo para hacerle ver que estaba interesada en su opinión.

—Pues, supongo que está bien.

Ella jadeó poniendo los ojos en blanco, como si su comportamiento la desesperase. ¿Por qué se había fijado en alguien tan desinteresado como él? ¡Por san Andrés!

—Podrías discutir sobre política, bailar con alguna de las mujeres que hay aquí esta noche e incluso cortejarla.

—La verdad es que no he pensado en hacer algo así porque no tengo demasiado interés en esto.

—¿No hay ninguna mujer que te llame la atención? —El tono de incredulidad de Meribeth arrancó la sonrisa en Callum.

—¡Cómo sois las mujeres!

—¿A qué te refieres?

—Pues a que siempre quieren saber algún chisme, sacar información para después ir a contárselo a vuestras amigas. Todo el tiempo estáis pensando en el amor y en las relaciones. —Callum sonrió divertido y sacudió la cabeza sin creer que ella estuviese interesada en saber qué mujer le atraía.

Meribeth se sintió algo molesta por aquel comentario acerca de los chismes.

—Y vosotros siempre estáis pensando en la política y en la guerra. Por suerte la rebelión iniciada por Claverhouse no llegó a más. Los Menzies no combatisteis, pero he escuchado decir que algunos hombres desobedecieron la orden de tu hermana.

—Sí. No quería perder hombres en la rebelión.

—Creo que hiciste bien en no ir.

Callum frunció el ceño.

—¿Por qué lo dices? A mí no me hizo gracia quedarme mientras otros clanes luchaban por el rey. Pero debo obedecer la voluntad de mi hermana al ser ella jefa del clan.

—Podías haberte fugado con los hombres que la desobedecieron...

Callum se fijó en su manera de arquear las cejas y abrir los ojos para quedarse contemplándolo. Y luego esa sonrisa que comenzaba a resultarle algo fastidiosa. ¿Por qué demonios se fijaba en sus labios y en lo sugerentes que le parecían? ¿Estaba loco o qué? Si le insinuaba lo más mínimo a Meribeth, esta pensaría que querría cortejarla y... Y no era eso en lo que pensaba.

—No era buena idea. Ya te he dicho que respeto la opinión de la jefa de mi clan.

—Lo sé y lo entiendo. ¿Qué harás una vez que Fiona esté casada?

—¿A qué te refieres?

—Bueno, a que tendrá un marido y que podría convertirse en el señor de Menzies.

—No, no. James no busca serlo. Nada de eso.

—Entonces, ¿se marcharán a las tierras de los McLean? ¿Al castillo de Duart?

—Tampoco. Se quedará con mi hermana en el castillo de Menzies como hasta ahora. Y yo seguiré haciendo lo mismo.

—Divirtiéndote en las tabernas de Perth y los alrededores —le aseguró con una risa divertida. Sabía que así era porque se lo habían comentado.

—Eh... Sí, en parte. Pero, oye, no hago nada malo. ¿Y... cómo demonios lo sabes? —Le dedicó una mirada de pies a cabeza, como si la estuviese evaluando. Y se fijó en la manera en la que su rostro

se encendía.

La mirada tan descarada de él le produjo un golpe de calor que se acentuó en su rostro. De repente se sintió vulnerable por su forma de mirarla. Tragó saliva y se recompuso. Se humedeció los labios y sonrió coqueta.

—Tengo amistades que te han visto.

—¿Y van y te lo cuentan?

Ella echó atrás a cabeza mostrando su cuello. Callum se fijó en su piel blanca y de aspecto suave que nada tenía que ver con las compañías que él frecuentaba en las tabernas de la ciudad y los alrededores. Y luego sus carcajadas, su mirada entornada y sus labios entreabiertos por los que la escuchaba jadear.

—Creo que voy a regresar al interior ahora que ya he tomado el aire —le comentó conocedora de que tenía que salir de allí de inmediato. Callum le atraía y no le importaría que la besara allí mismo, sin embargo, consideró que era mejor retirarse. Dejarlo con la intriga de saber por qué le iban con los chismes de sus andanzas por las tabernas y en compañía de quien. ¿No se había parado a pensar el motivo por el cual ella lo sabía?

Callum la vio alejarse, pero no sin dedicarle una mirada traviesa antes de irse.

—Qué diablos...

Por un momento la había considerado atractiva y peligrosa. Debería tener en cuenta que Meribeth Moncreiffe no era la clase de mujeres que él frecuentaba en las tabernas. Si se le ocurría besarla, estaría perdido sin remedio. Sacudió la cabeza y decidió que él también regresaría al interior y buscaría a Balfour.

Mordecai llamó la atención de William McLeod en un momento de la velada. Lo condujo aparte porque no quería que nadie escuchase lo

que tenía que proponerle. Había estado observándolo y había llegado a la conclusión de que podría emplearlo en su propio beneficio.

—He visto cómo mira a mi sobrina Fiona —dijo esgrimiendo una sonrisa cínica y observándolo con la mirada entornada.

—Sí, es cierto.

—¿A qué se debe su interés?

—Si va a decirme que me aleje porque ella está comprometida y todo eso, ya lo sé —le aclaró intentando alejarse, pero la mano de él lo retuvo.

—No voy a recriminarle su comportamiento con Fiona. Nada más lejos. Al contrario, ¿está interesado en ella como mujer?

La expresión que dibujó Mordecai llamó la atención de William.

—Siempre lo he estado, pero ella nunca me ha hecho caso. Es más, se lo recordé hace unas noches cuando coincidimos en el castillo del clan Moncreiffe. Decía que nunca se casaría y ahora, de repente, tiene un prometido —dijo con resquemor.

—Es una estrategia para quedarse con el castillo y las tierras del clan. Ya se lo dije. Si nos ayudamos mutuamente, podemos salir beneficiados ambos.

—¿De qué modo? —William entrecerró los ojos mirándolo con intriga por lo que tuviese que ofrecerle.

—Escúcheme bien: si acepta lo que le propongo, ambos tendremos lo que queremos. Yo, el castillo y las tierras de los Menzies. Y usted a Fiona.

William McLeod frunció los labios y asintió.

—Acaba de despertar mi interés.

—Lo celebro.

—Pero ¿cómo hará para que se suspenda la boda? Porque imagino que ese es el principal objetivo.

—Por supuesto. Haremos que sea el McLean quien la rompa y la deje sola. Haremos correr el rumor de que le ha sido infiel con usted —le dijo señalándolo con el dedo.

—¿Y el McLean se lo creerá?

—Si compramos testigos fiables, lo hará. Usted acaba de decirme que siempre ha intentado cortejar y casarse con mi sobrina. Pues bien, haremos creer a todos que al final ha sucumbido a su presión. Que ha recapacitado cuando el McLean se marchó.

—Ella no lo creerá y se defenderá ante todos.

—Poco importa si logramos crear la duda en su prometido. Basta con que rompa el compromiso. Ella no tendrá un pretendiente a tiempo para casarse y retener las propiedades del clan, que pasarán a mí. La otra opción es que se case con usted para fastidiarme, ya que usted será su única baza.

—Lo entiendo.

—Es cuestión de tiempo que usted la repudie por sus continuas infidelidades y la eche del castillo.

—Que pasará a sus manos... —dedujo William sonriendo cínico.

—Eso es. Le compensaré por todo el trabajo.

—Quiere que le consiga el castillo y las tierras de su clan.

—Me corresponden. Mi hermano ha sido un estúpido al dejarlos en manos de mi sobrina. Pero se los arrebataré de manera legal, de acuerdo con el testamento. Ya le he dicho que le compensaré, así que aproveche la oportunidad que tendrá con mi sobrina —sonrió de manera ladina y cínica imaginando lo que aquel tipo le haría.

—¿Cuándo quiere que empiece el espectáculo?

—Deje verse con ella aquí para que todos sean testigos y no les sorprendan los rumores que después esparciremos por la región. E incluso muéstrese cortés con ella, agasájela y consiga que le sonría.

William McLeod se mostró satisfecho con la propuesta. Sí. ¿Por

qué no? Después de todo podría tener a Fiona Menzies para él. Si no quería perderlo todo, tendría que aceptarlo a él como marido. Y McLean la vería como a una mujer infiel en la que no confiaría.

Capítulo 16

Fiona parecía distraída en ese momento en el que sin darse cuenta sintió que alguien la tomaba de la cintura y la arrastraba a bailar. Cuando reaccionó vio que William McLeod era el responsable. Lo miró con cara de pocos amigos e intentó zafarse de él, pero la tenía bien sujeta.

—¿Qué estás haciendo? —le espetó furiosa por su atrevimiento delante de todos los invitados.

—Sacarte a bailar. Eso hago. Y te agradecería que lo hicieses, ya que todos te están observando —le aseguró él con una cálida sonrisa—. No querrás que hablen mal de ti mañana, ¿verdad?

Fiona cogió aire y decidió seguir la danza en compañía de William y de los demás invitados. Pero no le había hecho ninguna gracia la libertad que él se había tomado.

Keira y Callum la observaban.

—¿Por qué no se ha negado a bailar? —sugirió Callum algo enfadado por ese gesto.

—Podría haberlo hecho, pero todos la están mirando. Y nuestra hermana no pretende dar que hablar a los demás con un mal gesto. Todos aquí conocen las intenciones de William con Fiona. Siempre ha pretendido que fuese su mujer y ella siempre lo ha rechazado

diciéndole que iba a quedarse soltera.

—Ya, y de repente decide aceptar la propuesta de matrimonio de James —aseguró Callum.

—Por cierto, ¿dónde te habías metido? No te habíamos visto por aquí en un rato.

Su hermano pareció no escuchar la pregunta de Keira, ya que no le respondió de inmediato. Sin embargo, sí lo había hecho y estaba pensando en la respuesta. Contarle que había estado con Meribeth fuera haría que su hermana lo mirase de esa manera tan «suya». Claro que, si no lo hacía y más tarde ambas se encontraban y la hija de los Moncreiffe se lo contaba a su hermana, a Keira le sobraría tiempo para ir en su busca y soltárselo.

—Oh, he estado fuera tomando el aire.

—¿Tú solo?

—Sí, claro.

—¿No has hablado con nadie?

—Estaba Meribeth y algunas personas más.

—¿Qué tal con ella? Antes nos preguntó si habías venido porque no te había visto.

—Pues ya lo hizo cuando salió. Mira, Fiona se ha cansado de danzar —dijo haciendo un leve gesto con la cabeza hacia esta. Debía cambiar el tema de conversación cuanto antes o su hermana lo atosigaría con respecto a Meribeth.

Fiona se situó junto a sus hermanos y esperó a que William se largase cuanto antes. Pero, para sorpresa de ella, él permaneció allí de pie a su lado un rato más. De repente se giró cogiéndole la mano para besarla ante las miradas de todos.

—Ha sido un honor que hayas danzado conmigo, Fiona. —No le soltó la mano y se quedó mirándola de manera fija a los ojos. Sabía que no podía besarla delante de todos porque no sería lo acertado.

Pero quería provocar alguna reacción en ella. Tampoco creía que lo abofetease después de haber danzado con él—. ¿Podemos hablar de tu situación?

Fiona se sintió confundida por su pedido. ¿Qué quería? Que ella supiese no tenían nada de lo que hablar.

—¿Por qué? ¿Qué quieres decirme? Yo creo más bien que entre nosotros todo está dicho.

—Al menos, quería disculparme por mi comportamiento contigo.

Aquel cambio en él la sorprendió.

—Aceptadas.

—Te lo agradezco. Sé que la otra noche en el castillo del clan Moncreiffe estuve algo arrogante cuando supe que ibas a casarte.

—Sí, es cierto. Lo estuviste. —Ella comenzó a caminar poniendo distancia con los demás asistentes. Era consciente de que eran muchos los que la observaban.

—Entiende que no me hizo ninguna gracia saberlo. Durante años traté de cortejarte, pero tú dejaste muy claro que no te casarías nunca. Luego, mi comportamiento era, hasta cierto punto, lógico.

—Que yo decida casarme no te da derecho a comportarte de una manera grosera —empleó un tono seguro sosteniendo su mirada para dejarle claro que no aceptaría otra situación como la vivida.

Él se fijó en cómo se acercaba más a él y se mantenía firme, mirándolo como si lo estuviese retando.

—Debo admitir que en este momento tu mirada me lo ha dejado más que claro. No volveré a importunarte, pero hay algo que deberías saber con respecto a tu tío.

Aquel comentario la obligó a fruncir el ceño y ponerse en alerta. Se esperaba cualquier cosa de él.

—No creo que nada de lo que puedas decirme me vaya a

sorprender a estas alturas.

—Yo no estaría tan segura si fuese tú. Tu tío no acepta tu boda porque significará perder el castillo y las tierras del clan Menzies.

—Lo sé desde que todo el asunto del testamento de mi padre surgió. No es nada nuevo.

Se había alejado de la gente y había salido a la parte posterior de la casa donde apenas si había algunos invitados tomando el aire, charlando o parejas entregadas a sus galanteos buscando intimidad.

—Pero sí lo es que me haya pedido que hable contigo para hacerte cambiar de opinión —le aseguró con total convencimiento para comprobar la reacción que tenía ella. No le contaría la argucia que le había planeado y que él había aceptado. Sin embargo, después de pensarlo había optado por cambiar su estrategia e intentar acercarse a Fiona desde otra perspectiva, para intentar confundirla en sus sentimientos.

—¿A ti? ¿Por qué?

—Bueno, tal vez porque sabe que yo he tratado de casarme contigo antes. Porque nos llevamos bien, dada nuestra amistad. O porque cree que yo puedo hacerte cambiar de idea. Algo que me parece imposible, si te soy sincero —le aseguró sonriendo en un intento por contagiarla.

Fiona arqueó las cejas y sonrió al mismo tiempo que él.

—La verdad es que no me sorprende viniendo de él. Pero desde ya te digo que no tienes nada que hacer al respecto.

—¿Estás segura de tu decisión?

—Ya he repetido una y mil veces que así es.

—Pero ¿cómo sabes que él regresará? Debería estar aquí esta noche contigo y no lejos, en sus tierras. Si yo fuese él, no te dejaría a solas en ningún momento y lo sabes porque me conoces, Fiona. —La sujetó con delicadeza por los brazos mientras la contemplaba con

una media sonrisa esperando que sus palabras y su comportamiento la hiciesen dudar.

Ella entreabrió los labios tomando aire porque la situación le impedía respirar. Ni siquiera se dio cuenta de que él la sujetaba impidiéndole marcharse.

William, por su parte, no quería dejarla ir e intentaba captar la atención de los allí presentes. Que diera la impresión de que ella estaba interesada en él. Que corrieran los comentarios de esa escena para cuando el McLean volviese.

Fiona pareció reaccionar y sacudiendo la cabeza dio un paso atrás.

—Puedes decirle a mi tío que no cambiaré de opinión. Da igual que te pida a ti que hables conmigo para ver si cambio de parecer. Es mi última palabra.

—Siento escucharte decirlo de nuevo. Pero pierdes el tiempo con el McLean. Él solo se casa por hacerte un favor; yo lo haría porque siempre me he sentido atraído por ti. —La agarró de la mano y se la llevó a los labios sin que ella se opusiese. Él la besó sin apartar la mirada del rostro de ella. No pareció inmutarse, o lo disimuló muy bien.

La gente que había allí fuera no perdía detalle de la escena que se desarrollaba a escasos pasos de ellos. Y algunos ya comenzaban a murmurar al respecto.

—Es Fiona Menzies, ¿no? —preguntó una de las mujeres que estaba en el exterior de la casa y que no apartaba su atención de la pareja.

—La misma —asintió una de sus dos compañeras.

—¿Qué hace aceptando el galanteo del McLeod? Si está prometida con un McLean de Duart, debería mantenerse leal a él, y no parece que haga ascos a la compañía de William.

—Ten en cuenta que él siempre ha estado pendiente de ella y ha intentado cortejarla para hacerla su esposa. Pero ha llegado tarde, aunque eso tampoco parece detenerlo —aclaró una tercera mujer sin apartar su atención de lo que se desarrollaba.

—A lo mejor Fiona se lo está pensando y después de todo acepta la propuesta del McLeod. Al menos a este lo conoce desde hace años. Y el McLean no deja de ser alguien que apareció herido en sus tierras y que ella recogió y ayudó.

—Sí, un jacobita, según parece —exclamó con cierto desprecio una de las mujeres.

—Bien haría Fiona en romper su compromiso con él y aceptar a William —resumió otra de las presentes.

—O puede que lo haga el McLean si se entera de esto.

Las tres mujeres se callaron, pero no dejaron de observar los acontecimientos de la pareja. No tardaría en correrse la voz de lo que estaban viendo.

—Es mejor que regrese con mi hermana ya —sugirió Fiona después de que él la hubiese dejado libre luego de besarle la mano con toda intención. Pero no se apartó de ella, sino que se mantenía lo más cerca posible.

—Piénsalo. No cometas un error. —Dejó que el pulgar de él le acariciase la mejilla obligándola a apartarse con un movimiento rápido. Se volvió dándole la espalda y regresó al interior de la casa pasando por delante de las tres mujeres. Intercambiaron una mirada bastante esclarecedora con ella, como si le reprochasen lo que acaban de ver.

Fiona no quiso pensar en nada y se alejó ajena a los comentarios que circulaban ya sobre ella y William McLeod.

Este se dirigió al salón con paso lento y una sonrisa cínica porque había conseguido captar la atención de las mujeres que en

ese momento lo observaban. McLeod se detuvo ante ellas y sacudiendo la cabeza les habló:

—Pobrecilla, estaba confusa. Estar a solas ahí, charlando, le ha hecho recordar otros momentos que pasamos juntos y... ahora no sabe qué hacer con su compromiso.

—Es lógico, ya que os conocéis desde hace mucho tiempo —le recordó una de las mujeres.

—Así es. Y le he recordado la cantidad de veces que insistí en cortejarla para terminar casándonos... En fin, ella es la que tendrá que decidirse cuando regrese su prometido. Si lo hace... —concluyó dejando el comentario ahí para que las tres mujeres sacasen sus propias conclusiones. El chisme ya estaba plantado. Ahora solo faltaba que fuese creciendo al tiempo que pasaba de boca en boca. Al final, bien Fiona o bien el McLean tendrían que tomar una decisión, pensó tratando de ocultar su sonrisa.

Fiona se acercó a Keira y, sin esperar a que esta hablase, le dijo:

—Nos vamos. Ya hemos pasado suficiente tiempo aquí.

—¿Qué ha pasado? No tienes buena cara.

—Luego hablamos. ¿Dónde está Balfour? ¿Y Callum?

—No se preocupe, señora. Yo lo buscaré —respondió el primero al escuchar que preguntaba por él.

—Bien. Os estaremos esperando aquí.

—¿A qué viene tu mal genio? Te he visto marcharte con William, lo cual no ha dejado de sorprenderme. Y ahora vuelves y solo tengo que fijarme en su semblante para sospechar que no ha sucedido nada bueno con él.

—Más bien con nuestro querido tío —la corrigió.

—¿Qué te ha sucedido con él esta vez?

—Le pide a William McLeod que hable conmigo e intente hacerme cambiar de opinión con respecto a la boda. Por la amistad

que tenemos y sabiendo que él siempre ha estado interesado en mí.

—Al parecer no va a dejar de intentarlo hasta el último día.

—Por eso prefiero que nos marchemos. Así evitaremos el escándalo que está buscando.

—¿No marchamos? —preguntó Callum cuando llegó en compañía de Balfour.

—Así es —respondió Fiona lanzando una mirada a su hermano antes de volverse y dirigirse a la puerta. No quiso despedirse de su tío. No tenía ganas de hacerlo después de lo que acababa de saber.

A ninguno de sus acompañantes le sorprendió que Fiona pasase de largo delante de este. Pero entonces el propio Mordecai se acercó a ella.

—¿Te marchas ya, sobrina?

—Sí. Nos marchamos ya. Es lo mejor.

—Supongo que echas en falta a tu prometido.

—Sí. Lo echo de menos, y mucho, a pesar de que haya tanta gente aquí esta noche. Y sobre todo cuando alguien en concreto pretende lo que no debería hacer.

—No sé a qué te refieres, sobrina.

Fiona sonrió y arqueó las cejas.

—Habla con tu perrito faldero.

—¿Con quién...?

—Sabes de sobra a quién me refiero. No obstante, si lo prefieres te lo recuerdo: William McLeod. No importa a quién envíes para hacerme cambiar de opinión. No voy a hacerlo. Buenas noches. —Fiona le dio la espalda y se alejó con paso firma y ligero. No soportaba pasar más tiempo en aquella casa rodeada de gente que solo buscaba su propio beneficio, causándole perjuicio a ella.

Nadie dijo una sola palabra. Fiona y sus hermanos abandonaron la casa en compañía de Balfour. Las dos hermanas se subieron al

carruaje mientras ellos lo hacían sobre los caballos antes de emprender el regreso al castillo de Menzies.

—¿Estás bien? —le preguntó Keira a su hermana al verla cabizbaja, con la mano apoyada en la frente.

—Sí. Mejor desde que le he dicho las cosas como son a nuestro tío. Créeme.

—No piensa dejarte tranquila hasta que te hayas casado.

—Espero que James regrese cuanto antes para celebrar la boda. Solo entonces mi tío no podrá hacer nada para arrebatarme las propiedades del clan.

—Buscará la manera de perjudicarte. No sé si lo has pensado, pero tendrás que consumar tu matrimonio o no tendrá validez —le recordó Keira entornando la mirada hacia su hermana.

Fiona experimentó una sacudida en el cuerpo y sintió que la piel se le erizaba. No había pensado en ello hasta que su Keira lo había dicho. Había acordado con James que no habría noche de bodas. Que no compartirían la cama bajo ningún concepto, pero entonces... Cerró los ojos y suspiró con resignación. No tenía ningunas ganas de pensar en ello en ese instante. Ya se le ocurriría algo.

—Lo sé. No te preocupes. Lo he hablado con James.

—Bien. Era por si pensabas saltarte «tu noche».

—Descuida. Está todo hablado. Ahora lo único que quiero es llegar a casa y relajarme. Enviar a William para que me haga cambiar de idea...

—Pero no lo ha conseguido.

—¡Pues claro que no! Ni lo conseguirá. Bajo ningún concepto —protestó Fiona alzando la voz al tiempo que sus pulsaciones se disparaban y parecía que el corazón se le iba a salir del pecho.

—Creo que, al final, acabarás enamorándote del McLean —le aseguró con una sonrisa llena de felicidad y picardía.

El rostro de Fiona ganó color debido a la ola de calor que experimentó en ese momento. No estaba segura de lo que sucedería con él. No lo tenía nada claro. Y solo el tiempo lo diría. El carruaje se detuvo y ella se apresuró a descender. Sin decir una palabra se adentró en la fortaleza sabiendo que bajo su techo se encontraba segura.

Keira la siguió a toda prisa deseosa por saber qué demonios le sucedía. ¿A qué venía esa manera de comportarse? ¿Le había afectado tanto que ella le dijese que se acabaría enamorando del McLean? ¿No era esa su intención, después de todo?

Encontró a Fiona dando vueltas por el salón; nerviosa como si fuese una fiera enjaulada. La veía morderse el pulgar con gesto pensativo.

—¿Se puede saber por qué te pones así? Estás atacada de los nervios. Ya sabíamos que nuestro tío buscaría la manera de hacer que renuncies a todo esto. —Keira abrió los brazos como si pretendiese abarcar el salón entero—. No sé por qué te sorprendes.

—Porque envía a William McLeod sabiendo que él siempre ha buscado cortejarme y hacerme su esposa. Y no creas que no lo ha intentado —se encaró con su hermana furiosa por toda aquella situación.

—¿Qué ha intentado? —Keira frunció el ceño y adoptó un tono intrigante.

—Hacerme cambiar de opinión. Está dispuesto a casarse conmigo mañana mismo si yo accedo. Asegura que no conozco lo suficiente a James como para dar ese paso con él.

—Bueno, pero tendrás tiempo para hacerlo a partir de la semana próxima. No hay que temer. Le has dejado más que claro que no cambiarás de opinión.

—Eso espero —resopló cerrando los ojos y llevándose una mano

a la frente—. Si al menos James estuviese aquí... Todo esto se detendría de golpe.

—Dime una cosa. Y quiero que seas sincera conmigo, ¿de acuerdo?

Fiona asintió devolviéndole la mirada a su hermana mientras posaba sus manos sobre las caderas y la instaba a hacerle la pregunta.

—Adelante. Dime, ¿qué quieres saber?

—¿Tú quieres que McLean regrese porque su presencia detendrá todo esto de nuestro tío o porque en el fondo lo echas de menos?

Fiona cogió aire hinchado su pecho y apretó los labios. La expresión de su rostro parecía indicarle que no sabía la verdadera respuesta a esa cuestión.

—Supongo que un poco ambas cosas.

—Entonces, lo echas de menos.

—Sí, un poco. Tenerlo rondando por el castillo a todas horas o por los alrededores y las largas conversaciones que hemos mantenido por las noches aquí mismo junto al fuego han hecho que lo extrañe, en cierto modo. —Fiona sonrió recordando esos momentos mientras se veía obligada a coger aire—. Y también soy consciente de que, si esta noche hubiese estado a mi lado, ni mi tío ni mucho menos William habrían hecho cualquier comentario con respecto a que cambie de opinión sobre la boda.

Keira prestaba excesiva atención a los gestos de su hermana cuando hablaba del McLean. Su expresión se había transformado dulcificando sus rasgos. La rabia con la que antes se refería a su tío y a William McLeod había dejado paso a un tono más pausado. No le quedaba duda de que su hermana comenzaba a experimentar un cambio en sus sentimientos por su prometido.

—Oh, creo que alguien en este salón está empezando a

enamorarse.

—¿Quién yo? —reaccionó Fiona de inmediato al darse cuenta de que la deducción de Keira podría ser cierta.

—De las dos eres la que vas a casarse.

—Yo... Bueno...

Agarró de las manos a su hermana y la miró de frente.

—Estoy convencida de que es lo que sientes. A pesar de que yo no le he sentido nunca. Pero sí he notado algunos cambios en tu carácter desde que James no está en el castillo —la aseguró guiñándole un ojo.

El rostro de Fiona se encendió de manera tan inesperada como reveladora, provocando las risas en Keira.

—¿Sabes? Creo que es mejor que nos retiremos a descansar. Por hoy ya he tenido suficientes emociones.

—De acuerdo. Ya seguiremos hablando de James, de la boda y de las argucias de nuestro tío. Vayámonos a dormir.

Fiona agradeció que su hermana dejara el asunto de la boda aparcado hasta nuevo aviso. Por ese día, había tenido demasiados altibajos emocionales y creía que lo más sensato era irse a descansar. Pero tenía claro que su hermana tenía razón y que la ausencia de James la estaba afectando más de lo que ella podía suponer. No sabía lo que le sucedía, pero, desde la noche en la que él la besó, todo en ella estaba cambiando. Empezando por sentir la ausencia de él, y eso que no hacía mucho que se había marchado.

***

James montó en su caballo y emprendió el camino hacia el puerto para embarcarse junto a su familia y amigos desde la isla de Mull hasta Oban. Tenía ganas de llegar lo antes posible al castillo de

Menzies para terminar de preparar los detalles de la boda. Luego, horas más tarde, apoyado sobre la borda contemplaba la costa que se extendía ante sus ojos. A su lado permanecía Braden, su mejor amigo.

—¿Sigues dispuesto a casarte con la joven Menzies? Todavía estás a tiempo de cambiar de opinión —le recordó mirándolo con interés.

—He dado mi palabra.

—¿Qué importa? Puedes explicarle que estabas bajo los efectos de la herida. Yo qué sé. —Braden sacudió la mano en el aire restando importancia a este hecho.

—Tal vez para ti no signifique nada, pero sí lo es para mí. Además, ella... —James vaciló en el momento de continuar con su explicación, lo que llamó la atención de su amigo.

—¿No irás a decirme que te has enamorado? —lo señaló con el dedo y puso cara de sorpresa.

—No, pues claro que no.

—Pues no lo tienes muy claro que digamos. Has vacilado antes de responderme.

—¿Qué importancia tienen ahora mis sentimientos? He prometido ayudarla como pago por haberme acogido en su castillo y curarme la herida. Ya está. Un trato es un trato... y yo tengo por costumbre cumplirlo. Eso me lleva a avisarte acerca de tu comportamiento.

—¿De qué diablos hablas? ¿Qué le sucede a mi comportamiento?

—Le sucede que eres un pendenciero y un mujeriego. A eso me refiero. Deja a las muchachas de la región tranquilas.

«Y a Keira. Aunque no sé si ella te dejara acercarte».

—No tengo la más mínima intención de fijarme en alguna —aseguró moviendo la mano como si cortase el viento—. Ni tampoco

darle mi palabra a ninguna joven del clan Menzies. Puedes estar tranquilo al respecto. Solo pienso en pasarlo bien en tu boda. Nada de compromisos. Tienes mi palabra. Y, para que veas que hablo en serio, aquí tienes mi mano.

James bajó la mirada hacia esta, que permanecía esperando a la suya propia para sellar el pacto. Solo que él sabía que Braden no lo cumpliría cuando conociese a Keira.

—Paso.

—¿Por qué? —Braden lo miró como si en verdad le hubiese ofendido su gesto.

—Porque sé que, aunque me prometas que no te fijarás en ninguna muchacha de la región, no lo cumplirás. Por eso te lo digo. Y no me apetece andarte recordando este momento.

—Pareces conocerme muy bien.

—Demasiado bien. ¿Te recuerdo lo que sucedió en la boda de la hija del jefe de los Stewart Appin en su castillo de Stalker?

—Venga ya. Me liaron de mala manera y lo sabes.

—Seguro que sí. Eras la víctima perfecta, ¿verdad?

—Cierto. Aquella mujer me retó a beber y después aseguró que sería capaz de...

—Déjalo. Me hago una idea de lo que sucedió. Pero recuerda que tuviste que salir a hurtadillas de su habitación y largarte a la otra punta del país porque fuiste demasiado cariñoso con ella.

—¿Qué culpa tuve yo? Se encariñó conmigo de mala manera, James. Yo solo me limité a pasar la noche con ella. No le prometí nada, como haces tú. Por cierto, si es una boda para ayudarla a que conserve sus propiedades, ¿qué sucederá la noche de la boda?

James resopló desviando la mirada hacia la otra orilla a la que se acercaban. Sacudió la cabeza recordando la conversación que había tenido con Fiona en relación con ese momento.

—No sucederá nada.

—¿Nada? Pero...

—No es un enlace por amor.

—Es un matrimonio de conveniencia. Solo para que ella no pierda el castillo. Entiendo. Pero supongo que habrás pensado que a la mañana siguiente la gente querrá saber si se ha consumado. Ya me entiendes... Necesitarán la prueba de que ella ya no es virgen.

—Lo sé. Y llegado el momento sabré lo que tengo que hacer. No te preocupes.

—Debe de gustarte mucho ella.

—¿Por qué lo dices?

—Porque de lo contrario no estarías dispuesto a hacer todo lo que me cuentas. Has cambiado, James. Entiendo que la batalla nos ha afectado a todos, pero tu estancia en el castillo del clan Menzies ha terminado de hacerlo.

James apretó los labios y asintió.

—Tal vez estés en lo cierto. No te lo discuto. Prepárate. Estamos llegando —le dijo señalando el embarcadero en la otra orilla. No había vuelto a pensar en su noche de bodas, ni en las consecuencias que tendría a la mañana siguiente. Había mentido a su amigo al decirle que todo estaba bajo control. No era cierto; nada lo era en lo relacionado con ellos dos. Tampoco sabía si llegaría el día en que lo estuviese.

Capítulo 17

Los días seguían pasando en el castillo de Menzies sin que James diese señales de vida. En un principio, Fiona lo achacó a lo largo del viaje hasta la isla de Mull. Pero, a medida que la semana se acercaba a su final, comenzaba a darle vueltas en la cabeza la idea de que no regresase. No quería creer que su tío pudiese acabar teniendo razón. No solo significaría perderlo todo a manos de él, sino que la vergüenza de que la dejasen plantada la perseguiría allá donde fuese. Estaba convencida de que nada de eso sucedería y que todo saldría como habían acordado. Su ausencia tenía que ver con su propio estado emocional, como le había asegurado a su hermana. ¿Qué sentía en realidad por James?, se preguntó en aquel momento en el que estaba fuera del castillo contemplando el atardecer.

De repente, algo captó su atención a lo lejos. Colocó la mano sobre su frente para que los últimos rayos de sol de la tarde no le afectasen la visión. Le dio la impresión de que un grupo de jinetes se acercaban por el camino levantando una nube de polvo tras ellos. La distancia no le permitía ver con claridad, pero solo esperaba que no se tratase ni de su tío ni mucho menos de McLeod.

—¿Qué haces aquí fuera?

La voz de su hermana le provocó un leve sobresalto.

—He salido a contemplar el atardecer y me estaba fijando en aquel grupo de jinetes que se acercan por el camino —le dijo señalándolo con el brazo extendido.

Keira fijó su mirada en el punto en el que su hermana le indicaba.

—Sí, son un grupo no muy numeroso. Tendremos que esperar a que se acerquen un poco más para conocer cuántos son. Y saber qué es lo que quieren.

—Sí.

—¿Esperamos visita?

—No. Excepto que sea... —Las palabras se le atascaron en la garganta cuando iba a referirse a su tío. El grupo se acercaba a marcha forzada, porque de repente ella reconoció al jinete que lo comandaba. Su corazón comenzó a latir más deprisa, como si el hecho de ver a James McLean conduciéndolo hasta allí le avisase de algo.

—Tranquila. Es James. Seguramente, los que vienen con él son sus padres y parte de su clan.

Keira se fijó en el cambio de expresión de su hermana e incluso la escuchó suspirar en un revelador gesto de alivio. Y no la culpaba porque hacía una semana que él se había marchado y, con cada día que pasaba sin tenerlo de vuelta allí, los fantasmas de que no volviese eran mayores. Pero allí estaba. Y con una parte de su familia.

James frenó el caballo ante las dos muchachas y se apeó antes de que el animal se detuviese del todo. Como si una especie de imán lo empujase hacia Fiona, acortó la distancia que los separaba y cogiéndola de la mano se la llevó a los labios. La besó con una mezcla de ternura y posesión que la obligaron a tomar aire de nuevo.

—Aquí estoy, como te prometí. Con parte del clan McLean. Entre ellos mis padres y mi hermana —le dijo señalándolos mientras se acercaban a saludarla—. Ella es Fiona Menzies, mi prometida.

La manera en la que él pronunció aquellas palabras erizó la piel de Fiona. Un escalofrío le recorrió la espalda hasta perderse debajo de la cabellera, que llevaba suelta en ese instante.

—Nuestro hijo nos ha hablado mucho de usted, pero no ha hecho justicia a su belleza. Soy Flora McLean —le dijo estrechándole la mano a Fiona. Se fijó en la mujer de cabello castaño rizado que llevaba recogido. Su sonrisa era tan afable como la expresión del rostro.

—Tanto gusto, señora. Espero que el viaje no haya sido demasiado pesado desde Duart.

—Lo cierto es ha sido muy instructivo. Créame.

—Si me lo permite mi esposa, me presentaré. John McLean, jefe del clan.

—Señor, es un honor que esté aquí —inclinó la cabeza a modo de saludo y de respeto hacia él. Un hombre de aspecto fiero, pero cuya mirada decía lo opuesto.

—El mismo que siento yo al estar en Menzies, jefa de dicho clan —le aseguró mostrando su respeto.

Llegó el turno de Eve, la pelirroja de los McLean, quien no vaciló en estrechar entre sus brazos a su futura cuñada.

—Soy su hermana. Eve. Me alegro mucho de que mi hermano vaya a casarse.

—Muchas gracias. Espero que disfrutéis todos de la estancia aquí en Menzies.

—Lo haremos, que no le queden dudas.

—Esta es mi hermana Keira —les dijo a todos dejando que se presentasen y hablasen entre ellos. Luego se fijó en un hombre algo

fuerte, con barba de varios días y el pelo un poco largo. Su mirada inquisidora pareció sobrecogerla. Lo vio avanzar hacia ella con una tímida sonrisa.

—James, haz los honores —le dijo señalando a Fiona con la mano.

—Este es mi mejor amigo y hombre de confianza. Braden McAllister.

—Ahora entiendo mejor por qué quieres casarte. Y a que venía tanta prisa por llegar. Es un honor conocerla, jefa del clan Menzies. Sepa que desde este momento no vacilaré en protegerla como futura esposa de James.

Fiona asintió agradecida por ese gesto y sonrió.

—Gracias por sus palabras. Espero no darle mucho trabajo, Braden.

—El que haga falta, señora.

—Le presentaré a mi hermana, después conocerá a mi hermano Callum.

Keira lo había estado mirando cuando llegaron. Le había llamado la atención por su aspecto fiero e imponente. Y cuando lo vio saludar a su hermana tuvo una mejor visión del amigo de James McLean.

—Ella es Keira.

Braden se fijó en aquella mujer, que había captado su interés desde el momento en el que pusieron pie en tierra en aquel lugar. Su pelo color cobrizo, su tez blanca y aquel par de ojos luminosos, color del brezo, sin duda, eran todo un reclamo para cualquiera. Incluso para él mismo.

—Encantado. Soy Braden, el mejor amigo de James.

Por un instante Keira tuvo la impresión de que le faltaba el aire. Aquel hombre, que se había detenido delante de ella mirándola de

manera curiosa e intrigante, le estaba provocando una sensación extraña en su interior. Inspiró de manera profunda y sonrió.

—Soy la hermana de Fiona —le estrechó la mano que él le ofrecía. Su apretón fue seguro y firme.

James no perdió detalle de la reacción de su amigo al conocer a Keira. Sin duda, le había llamado la atención. Esto le obligaba a recordarle lo que le había prometido durante el trayecto en la barca desde la isla de Mull hasta Oban. Por eso mismo le pasó un brazo por los hombros reteniéndolo el tiempo necesario para permitir que Keira se alejase.

—¿Algo que contarme?

Braden titubeó con el ceño fruncido.

—¿Sobre qué?

—Tú sabrás —le dijo haciendo un gesto con el mentón hacia Keira.

—Es una mujer bonita. Me ha llamado la atención cuando la he conocido.

—Ya me he dado cuenta. ¿Hace falta que te recuerde lo que me prometiste acerca de las mujeres durante tu estancia aquí?

Braden sonrió de manera cínica mirando a James.

—Tranquilo, amigo. Yo no voy por ahí prometiendo a las mujeres que voy a casarme con ellas. Pasemos al castillo. Tu futura esposa nos está esperando.

James resopló. No se fiaba un pelo de su amigo. Por eso le había tenido que recordar su promesa.

—Descuida. Keira tampoco te lo pondría fácil si decidieses ir a por ella.

Braden se detuvo en el umbral de la entrada y se volvió hacia James con una expresión de desconcierto.

—¿Quién te ha dicho que he decidido ir tras ella? —ironizó con

una sonrisa cínica—. Te repito que yo no soy como tú —lo apuntó con el dedo antes de volverse y penetrar en el castillo, ajeno a la expresión de incredulidad de su amigo.

James buscó a Fiona cuando la cena terminó. Sus padres hablaban con Balfour, Amy y Keira. Callum lo hacía con Braden. De manera que él decidió que era un buen momento para estar a solas con ella y saber qué tal iban los preparativos de la boda. La había encontrado algo callada y taciturna en algunos momentos de la velada, lo cual le había llamado la atención. Le sorprendió que abandonara el salón cuando el ambiente se había relajado, después de haber estado hablando sobre la organización de la ceremonia. Tal vez su comportamiento se debía a los nervios que sentía al acercarse el día. Por ese motivo quería hablar a solas con ella.

Fiona se alejó de todos en un momento de la noche para salir del castillo. Necesitaba estar a solas un instante antes de hablar con James. Debería contarle la reciente argucia de su tío para impedir la boda. Esperaba que hubiese sido la última estratagema, aunque no podía estar segura del todo. Y prefería ponerlo sobre aviso antes de que se enterase por él. No le hablaría de la oferta de William McLeod de romper su compromiso para casarse con él. Ya fue testigo de la manera en la que James le paró los pies la noche que acudieron a la velada organizada por el clan Moncreiffe. Escuchó un sonido de pasos detrás de ella y volvió la cabeza para mirar por encima del hombro. Aunque no hizo mucha falta, ya que sintió por todo el cuerpo un ligero comezón que le indicaba que se trataba de James.

—¿Qué hace aquí, Fiona? Todos están en el salón hablando de mil cosas.

Ella inspiró antes de volver el rostro hacia él. James se había situado a su lado contemplándola a Fiona, y no a la noche estrellada

que se esparcía por aquella región.

—Lo sé, pero necesitaba un momento a solas.

—En ese caso...

—No se marche, McLean. He de contarle algo.

James se detuvo y la contempló con el ceño fruncido.

—¿Le ha sucedido algo durante mi ausencia?

—Mi tío ha tratado de que cancele la boda.

—Es algo que no me sorprende. Lo seguirá intentando hasta el mismo día del enlace para arrebatarle lo que es suyo por legítimo derecho. Usted es la primogénita del jefe del clan Menzies. Eso nadie puede negarlo y como tal todo esto es suyo —dijo señalando la fachada del castillo.

—Sí, pero no olvide el testamento de mi padre.

—¡Cómo olvidarlo!

—Dígame, ¿cómo se lo han tomado sus padres? Imagino que habrá sido toda una sorpresa. Verlo aparecer después marcharse de Duart siguiendo a Claverhouse y tras semanas sin saber si usted estaba vivo...

—Sí. Y anunciando que voy a casarme —añadió él con una sonrisa.

—Dígame la verdad.

—Como puede imaginar, fue toda una sorpresa, pero que ambos aceptaron.

—Supongo que a su madre le habría gustado que usted se casase con alguna mujer de las tierras cercanas al castillo de Duart, y no con una completa desconocida como yo.

—Desconozco los planes que tenía mi madre para mí. Pero desde ya le aseguro que no eran los que yo mismo había planeado y que nos han traído aquí.

—Espero que su decisión no le haya causado ningún problema

con su clan.

—Descuide. Ya soy mayorcito para saber lo que hago. ¿Algo más que quiera contarme?

Fiona se humedeció los labios y apartó la vista. De inmediato él la obligó a mirarlo posando su mano debajo del mentón de ella. La contempló de manera fija, centrándose en su mirada.

Ella comprendió que no podía ocultarle sus temores. Pensar en William y en sus atenciones hacía algunas noches y su propuesta para que rompiese el compromiso con James parecían ser más importantes de lo que creía.

—Estoy algo nerviosa por la boda. Eso es todo.

—Lo entiendo. ¿Tiene el vestido?

—Sí. Llegó hace unos días.

—¿Le preocupa algo más? Es el momento de decirlo. En cuanto a la noche de bodas, no se inquiete. No voy a obligarla a hacer algo que no desea, pero tendremos que representarla para que todos crean que ha sucedido. De lo contrario podrían declarar nulo el matrimonio y arrebatarle todo.

—No lo había pensado, pero ya que lo dice... Llegado el momento haremos lo que haya que hacer.

—Después, con el paso del tiempo, no habrá inconveniente si cada uno duerme en su habitación. A nadie le extrañará.

Fiona tragó al sentir una ligera opresión en su garganta y asintió.

—Cierto.

—¿Cuándo se celebrará la ceremonia?

—He estado pensando durante estos días que estuvo en Duart que podríamos llevarla a cabo dentro de tres días. Si le parece acertado.

—No veo por qué no. Tres días. Perfecto. Tres días y todo habrá pasado. Usted seguirá siendo la dueña de Menzies y de las tierras

que lo rodean. Nadie podrá arrebatárselo.

—Espero que usted permanezca a mi lado. Sé que en alguna ocasión he pensado lo contrario.

—Ah, sí. Que me marcharía a la mañana siguiente a la boda. Y seguro que ha estado pensando que no regresaría —le dijo sonriendo en un intento por relajarla.

—Pues, es cierto. No le discuto que he llegado a pensarlo en algún que otro momento.

—Y estoy convencido de que su tío habrá contribuido a ello.

—Sí, no se equivoca, por desgracia.

—Siento fastidiarle los planes, pero he regresado a cumplir mi promesa de casarme con usted.

—Ya lo sé.

—Espero que de ahora en adelante vaya confiando más en mí —le pidió inclinándose un poco, de manera peligrosa para ambos. La cercanía de ella volvía a ponerlo a prueba. Le parecía la mujer más exquisita que conocía. La más atractiva y auténtica. No dejaría que le sucediese nada malo mientras estuviese a su lado. Nada.

Ella lo vio acercarse como si tuviese la intención de besarla. Se humedeció los labios y permanecieron entreabiertos como si esperase a que él repitiera el beso que le había dado en el casillo de los Moncreiffe. Se aferró a sus antebrazos cuando percibió su intención.

James le pasó la mano por la mejilla con exquisita ternura dejando que el pulgar le trazara el contorno.

—No sé si soy lo que espera de mí, Fiona. Pero créame que haré todo lo que esté en mis manos para que se sienta dichosa.

No la besó, sino que se limitó a sonreír por unos segundos. No quería forzar la situación. Por ese motivo lo dejó estar.

Fiona se sintió algo decepcionada cuando lo vio apartarse de ella

sin haberla besado. Lo cierto era que aquel matrimonio no se celebraría por amor. Y, si recordaba bien, el beso que le había dado en su día había sido para dejarle claro a todos que estaban comprometidos. Nada más. Solo que ella había creído percibir el deseo, la necesidad y cierto cariño en él aquella noche. Sería mejor no hacerse ilusiones y mantener las apariencias ante el resto, sabiendo que, a solas, tan solo los uniría un acuerdo. Una promesa que él le había hecho para ayudarla a no perderlo todo. Pero ¿cómo haría para no perder su corazón por aquel hombre?

Capítulo 18

La noche previa al casamiento se celebraba una fiesta en el castillo de Menzies. Muchos eran los que estaban invitados. Entre ellos Mordecai y Margaret junto con sus hijos. Fiona confiaba en que su tío dejase ya de atosigarla con la boda. Al día siguiente sería una mujer casada y él ya no podría hacer nada por arrebatarle lo que era suyo. No culpaba a sus padres por haberla metido en semejante compromiso, pero debía reconocer que le estaba dando demasiados dolores de cabeza. En cualquier caso, todo terminaría esa noche. Aunque no contaba era con ver a William McLeod de nuevo. Esperaba que mantuviese la compostura y no hiciera o dijera algo que pudiera enfurecer a James. Ya había visto su reacción la noche en la que acudieron a Tullibole, el castillo del clan Moncreiffe.

—¿Esperabas que William apareciese? No recuerdo haberlo invitado —le comentó Keira a su hermana cuando lo vieron aparecer en compañía de sus tíos.

—Pues claro que no. Pero parece ser que ha hecho una buena amistad con nuestros queridos parientes —ironizó Fiona al verlos llegar juntos—. Por lo visto, algunos no se dan por enterados de que no tienen nada que hacer.

—Procura pasarlo bien. No merece la pena llevarte un disgusto.

—No soy yo la que me preocupa —hizo un gesto con el mentón hacia James, quien hablaba con su amigo Braden.

—¿Temes que le haga algo?

—Tú no lo viste la noche en el castillo de los Moncreiffe. Te aseguro que la frialdad de su mirada y la sobriedad de su expresión me helaron la sangre.

Keira inspiró al escuchar a su hermana.

—Es todo un detalle por su parte.

—¿En serio?

—Demuestra cuánto le importas, hermanita. Por cierto, también ha venido Meribeth... —movió las cejas con toda intención pensando en su hermano, lo que provocó las carcajadas en Fiona.

—¿Acaso esperas que suceda algo entre Callum y ella? Vas muy desencaminada. No veo a nuestro hermano demasiado interesado en la joven Moncreiffe. Y, ya puestas a hablar de posibles relaciones, ¿qué opinas del amigo de James?

—¿Por qué me lo preguntas? —Keira volvió la mirada con un semblante cargado de incredulidad.

—Porque en alguna que otra ocasión me he fijado en cómo te mira.

—¿Cómo? Yo no me he fijado en nada.

—Porque cuando lo hacías él cambiaba el gesto. Pero creo deducir que se siente algo intrigado por ti. Te aviso.

—Pues no entiendo por qué debería estarlo. Da igual, no pienso prestarle más atención de la que deba. Ya me entiendes. Por cumplir. Además, imagino que se marchará después de la boda. —Se encogió de hombros sin darle la mayor importancia.

Fiona asintió con una sonrisa algo pérfida. No le extrañaría que Braden se hubiese fijado en su hermana por algún otro motivo.

Este y James permanecían un poco apartados de la gente, pero

ambos estaban expectantes ante el desarrollo de la velada.

—¿Cómo te lo estás pasando?

—De momento no puedo quejarme. Tu futura familia son buena gente. He estado hablado con Callum y con Balfour esta mañana. Me han puesto al día de las actividades del clan. Incluso me han asegurado que necesitan brazos para el trabajo aquí. Al parecer Fiona prohibió unirse a Claverhouse, pero algunos hombres decidieron marcharse.

—Así fue. Según me contaron, muchos querían pelear en favor de Jacobo Estuardo. Y ninguno ha regresado.

—No creo que tengan valor para hacerlo después de desobedecer a su jefa.

—Sin duda, eso es lo que habrá sucedido. De ahí que falten hombres para el trabajo no solo en el castillo, sino también en las tierras. —James se fijó atentamente en la expresión confusa de su amigo—. ¿A qué viene esa cara?

Braden parecía dudar sobre lo que iba a responder. Frunció los labios y ladeó la cabeza.

—Estaba pensado que... no hay nada ni nadie que me ate en Duart. Ya lo sabes. Ni tampoco tengo intención alguna de unirme a otra rebelión. Según escuche decir, la capital cayó en manos de las tropas inglesas. Y los que lograron escapar de Killiecrankie pretenden reunirse de nuevo para seguir la lucha.

—¿Lo dices en serio?

—El coronel Cannon está reuniendo a los simpatizantes de la casa Estuardo en Aberdeen. Son bastantes los voluntarios que se han acercado allí después de conocer la victoria en Killiecrankie. Pero no creo que tengan mucho éxito.

—¿Por qué?

—Cannon no tiene experiencia ni conoce este territorio. Y los

hombres que se le unen no son soldados acostumbrados a pelear y marchar durante horas como la infantería inglesa. Te apuesto lo que quieras a que muchos acabarán por cansarse y regresar a sus casas. Por eso te digo que no pienso unirme a otra rebelión que no conducirá a nada, salvo a perder vidas de escoceses de una manera inútil.

James resopló tras escuchar el breve relato de su amigo. De repente se fijó en la presencia de los tíos de Fiona y en aquel tipo que le sonaba de algo. Entrecerró los ojos fijando su atención en él durante unos segundos hasta que recordó quién era: McLeod. El tipo que sujetaba por la muñeca a Fiona la noche de la fiesta en Tullibole. Se mantuvo a la expectativa de lo que pudiese suceder. Esperaba que le hubiese quedado claro que no debía acercarse a su prometida, salvo para saludarla.

—¿A quién estás mirando? Por la cara que tienes no debe ser alguien de tu agrado.

—No. Ni mucho menos —hizo un gesto con el mentón hacia el McLeod—. El tipo que va a saludar a Fiona.

—¿Quién es? ¿Qué pasa?

—No me gusta. Tuve unas palabras con él cuando lo sorprendí sujetándola de la mano impidiéndole marcharse. Fue la noche que me invitaron al castillo del clan Moncreiffe. Me enteré después por Balfour y Callum que la ha pretendido desde hace mucho tiempo.

—Y ella se ha negado, claro está.

—Sí. Y estoy convencido de que no le ha hecho ni pizca de gracia que al final se vaya a casar conmigo.

—Entiendo. Lo tendré vigilado, descuida.

—No. Tranquilo. Tú a quien deberías vigilar es a Keira. Y no pongas esa cara como diciendo que no sabes a qué me refiero. Te he visto mirarla en un par de ocasiones y admito que ella es una

mujer atractiva —le dijo dándole unas palmadas en el hombro con toda intención—. Voy a saludar al tío de Fiona y de paso al McLeod. Les haré saber que he regresado.

—Si necesitas ayuda...

—Lo sé. Pero tú mejor presta atención a quien te he dicho.

James se apartó de Braden dejándolo sumido en sus pensamientos con relación a Keira. Al parecer su amigo no era ajeno al interés que tenía en la hermana de Fiona. Claro que de ahí a hacer lo que había hecho él, prometerle matrimonio, había un mundo, se dijo observando el desarrollo de la escena. Solo que no esperaba hacerlo acompañado.

—Imagino que James ya le ha contado lo que sucede con su tío y de paso con William McLeod. —La voz de Balfour hizo que Braden girase el rostro hacia el hombre de confianza de la jefa de los Menzies.

—Sin duda alguna. Por eso estoy a la expectativa de lo que pueda pasar.

—Bien, pues ya tiene quien le haga compañía. Espero que llegue mañana y todo el asunto del testamento pase.

—¿Está seguro de que ninguno de los dos intentará algo esta misma noche?

—No, no lo estoy. Ni lo estaré hasta que Fiona se haya casado. Solo entonces respiraré algo más tranquilo.

Esta vio a James acercársele mientras hablaba con su tío. No perdió la ocasión para hacérselo saber a él y a William.

—Aquí está. —En un gesto inesperado para James, ella lo cogió de la mano y lo atrajo hacia su cuerpo—. Hace algunas noches mi tío me preguntó dónde se encontraba, James. Yo le expliqué que se había marchado a las tierras de su clan para informar a su familia de nuestra boda. Y alguno me comentó que quizás no regresaría

porque se lo había pensado mejor —comentó mirando a James, luego a sus tíos y al propio McLeod para dejarles claro cuál era la situación.

Este la contempló con una calidez que a cada momento lo sorprendía más y más. Lo que en un principio fue un gesto de querer ayudarla por lo que ella había hecho por él se estaba convirtiendo en algo diferente. Algo que tenía que ver más con la atracción y el cariño que ella le despertaba.

—¿Por qué no habría de hacerlo? —le preguntó a ella antes de volver su atención hacia los tíos de Fiona—. He dado mi palabra y la cumpliré.

—Es extraña su predisposición para casarse con mi sobrina. Nos llamó tanto la atención que pensamos que fue un impulso y que tal vez con el paso del tiempo y la distancia...

—Pues, aunque le parezca raro, Mordecai, he regresado para casarme con mi prometida.

—Ya, ya lo vemos. Bien, querida, vamos a saludar a los demás invitados —comentó su tío dándose perfecta cuenta de que allí sobraba.

William dirigió una mirada fugaz a la pareja y los felicitó. Al parecer no tenía ninguna posibilidad. Si pretendía algo con Fiona, estaba seguro de que el McLean sería capaz de acabar con él.

—Enhorabuena.

—Gracias —asintieron ambos.

James se volvió hacia Fiona con gesto preocupado. Le había parecido algo irónica cuando hablaba con su tío, pero no le extrañaba. Ella sonrió al darse cuenta de que él se interesaba por su bienestar de una manera más íntima y personal. Le importaba cómo se sentía.

—¿Está bien?

—Sí. Debo agradecerle que haya aparecido porque, sin duda, mi tío no parará en sus intentos por evitar que me case...

—Pero eso no sucederá.

—Por suerte ya ha pasado todo y está aquí de regreso, James.

—Sí. No se preocupe. Mañana nadie podrá importunarla con el tema del testamento. Su tío tendrá que entretenerse en otros asuntos porque con usted habrá terminado. Y, ahora, ¿qué le parece si bailamos? De ese modo todos verán que estoy aquí y que no voy a separarme de usted. Por cierto, y antes de que se me olvide —dio un paso atrás para contemplarla de cuerpo entero vestida en color azul con el plaid disimulando el escote. Vio cómo ella lo miraba intrigada por su gesto—, está muy elegante esta noche. Me atrevería a decir que es usted preciosa, Fiona. Y, ahora, será mejor que bailemos.

Ella tuvo la sensación de que las fuerzas la habían abandonado cuando lo escuchó decirle aquello. Su corazón se desbocó sin sentido. ¿Por qué le afectaban tanto aquellas palabras? ¿Por qué la mirada de él le aceleraba el pulso? ¿Es que en verdad se estaba enamorando de él? ¿Y él de ella? Abrió los ojos al máximo y resopló sin querer creerlo.

Braden y Balfour los observaban en silencio, atentos a cualquier imprevisto.

—Creo que James ha dejado claro a Mordecai y al McLeod quién es el nuevo señor de Menzies —comentó Balfour.

—Sí, pero a James no le interesa ser el señor del castillo. Dejará que Fiona siga siendo la jefa de los Menzies. No quiere el poder, creo que más bien le interesa ella —aseguró Braden cruzando los brazos sobre el pecho y asintiendo al verlos bailar.

Todo parecía controlado hasta que ambos hombres escucharon una conversación que hizo que los dos se miraran de reojo.

—Mira cómo baila con él. Cualquiera diría que la otra noche en casa de sus tíos no se entregó al McLeod cuando la invitó a bailar.

—Y qué me dices de cuando estuvieron a solas en la terraza. Hay quienes los vieron compartiendo confesiones y sonrisas —aseguró otra de las voces de mujer que estaban allí detrás de ellos.

Braden sacudió la cabeza escuchando con atención y mirando de reojo a Balfour, quien no tenía buena cara.

—¿Las ha escuchado?

—Por supuesto.

—¿Qué sabe al respecto?

El tono de Braden era frío y estaba cargado de interés y preocupación.

—Es cierto que bailaron, pero nada más lejos de la realidad de lo que decían.

—¿Y en cuanto a que salieron solos a la terraza?

—Lo desconozco.

Braden apretó los labios y asintió sin dejar de mirar a su amigo mientras bailaba con su prometida. No quería dar ni un solo paso en falso. Pero ¿debería saberlo? ¿Que Fiona había estado bailando con el hombre que la pretendía desde hacía años? ¿Que habían estado a solas fuera de la casa?

—¿Qué opina? ¿Debería decírselo?

Balfour miró a Braden con gesto serio y sacudió la cabeza.

—Debe ser ella quien lo haga si lo considera apropiado. No obstante, le comentaré a Fiona lo que hemos escuchado.

—Sería lo correcto. Si James oye comentarios de este tipo sobre ella, es capaz de matar al McLeod si se entera que le puso una mano encima o intentó propasarse con ella. Sé de lo que hablo —le aseguró Braden, conocedor del carácter de su amigo. Y, la verdad, no le apetecía que se metiese en líos después de que le contase

toda la historia del tío de Fiona y lo que buscaba.

Capítulo 19

Cuando terminó la danza, Fiona sintió como si su rostro ardiera. Algunos mechones se le habían soltado de su recogido y su respiración permanecía acelerada. James la contemplaba de una manera que hacía que su corazón retumbase como un tambor. Se sentía dichosa, feliz y emocionada.

—Creo que voy a dejar que se recupere después de esta danza —le dijo acercándose de una manera íntima a ella, sin soltarla de la mano mientras experimentaba la necesidad de besarla, a pesar del momento y de que eran el centro de las miradas de todos los allí presentes.

—Sí, creo que sería lo mejor.

—En ese caso... —señaló con su brazo hacia ninguna parte en concreto mientras la observaba sonreír.

Braden los contemplaba acercarse. No se le iba de la mente la conversación que había escuchado. Le importaba la posible reacción de su amigo si llegase a saberlo.

—No te recordaba tan diestro en las danzas tradicionales...

—Pues ya has visto. Dime, ¿qué haces aquí parado?

—Balfour y yo os estábamos viendo bailar, ¿verdad?

—Así es —asintió el mencionado.

—Pues ambos deberíais estaros divirtiendo. ¿Por qué no sacas a bailar a Keira? —le susurró para que Fiona no lo escuchase. Luego le dirigió una mirada con toda intención y asintió.

—¿Qué diablos pretendes?

—Que te diviertas un poco.

—Pues, aunque te parezca lo contrario, lo estoy haciendo.

—¿De pie aquí, observando a los demás como bailan? —James entornó la mirada hacia su amigo como si pusiese en duda sus palabras.

—Te repito que así es. Pero estaba pensando seguir tu consejo. De ese modo me dejarás tranquilo. Luego hablamos —le aseguró mirándolo de manera fija—. Hazme caso, Balfour...

Este asintió al saber a qué se refería Braden. Le comentaría a Fiona lo que habían escuchado para que estuviese al tanto de los comentarios que algunas invitadas iban haciendo.

—No sé a qué se refiere mi querido amigo, pero, si merece la pena, no se quede usted también aquí parado.

El rudo escocés asintió convencido de que era lo mejor.

—Voy a dar una vuelta a ver si las muchachas necesitan algo.

—De acuerdo.

James se quedó solo por unos segundos hasta que su padre se acercó a él.

—¿Cómo lo llevas? ¿Nervioso ante el gran día?

—No. Estoy muy tranquilo. ¿Y vosotros?

—Nosotros estamos bien. Tu madre, como puedes ver, está en su salsa rodeada de otras mujeres. Hablando de sus chismes.

—Es lógico en ella.

—Tu futura mujer parece una persona que sabe lo que quiere y por dónde se anda.

—Lo sé. Eso mismo me llamó la atención cuando estuve aquí.

—¿Qué tal estás de tu herida?

—No queda rastro de ella. Fue un corte limpio, que ha cicatrizado sin problemas. Gracias en parte a las atenciones de ella —reiteró haciendo un gesto con la cabeza hacia Fiona.

—Gracias a Dios que saliste vivo de aquella ratonera.

—Ganamos la batalla.

—¿Y de qué ha servido? ¿A qué precio? Bah, muchos de los simpatizantes de Jacobo han huido. Están ocultos en estas tierras por miedo a que los ingleses den con ellos y los maten. Y otros han regresado a sus casas como si hubiesen salido a dar un paseo o de caza.

—Según he escuchado, parece que otros tantos se están reagrupando para seguir la lucha.

—Sí, esos rumores también me han llegado a mí. No servirá para nada, salvo para seguir perdiendo vidas de escoceses.

—Por mi parte, he cumplido. Mañana me casaré con ella —aseguró mirando a su futura esposa, que hablaba con Balfour—. Y no volveré a pelear.

—Parece que lo vuestro va en serio.

—Sí. Por el momento, va viento en popa.

Fiona cambió el rictus cuando escuchó las palabras de Balfour. Este le estaba remitiendo los comentarios que Braden y él habían escuchado. Y a ella no parecía que le hiciese ni pizca de gracia.

—Su mejor amigo me ha asegurado que si esos chismes llegan a oídos de James, es capaz de ir a por el McLeod a pedirle explicaciones e incluso podría retarlo.

—Pero... Si no sucedió nada entre nosotros. ¿Cómo pueden hacer esos comentarios?

—No lo sé. Pero téngalo en cuenta.

Fiona apretó los labios con rabia. Entrecerró los ojos escrutando

a las personas que había en el salón de Menzies. Se fijó en su tío, que se mostraba distraído mientras escuchaba lo que otro invitado le decía. ¿Habría sido cosa suya? No podía fiarse de él en ningún momento y temía que lo intentase hasta el final, el cual ya estaba cerca.

—Gracias por avisarme, Balfour. Pero no sé cómo voy a hacer para que nadie le comente a James semejantes chismes. Salvo que esté toda la noche a su lado, no veo otra posibilidad. Dime, ¿quiénes eran las mujeres que hablaban del tema?

—No sabría decirle porque, cuando Braden y yo nos giramos para verlas, ya no estaban.

—Está bien. No hace falta que te quedes a mi lado todo el rato. Ve y diviértete.

Fiona lo vio alejarse, dejándola preocupada por lo que había sabido. Confiaba en que esos comentarios no llegasen a oídos de James. Y, aunque la noche en casa de sus tíos no sucedió nada entre el McLeod y ella, la gente podría darle la vuelta a lo ocurrido según le conviniese.

Braden había invitado a bailar a Keira. En un principio, esta se mostró algo reacia, poniendo disculpas absurdas, sin embargo, al final se rindió ante el apuesto y galante amigo de su futuro cuñado. Se dio cuenta de inmediato de que, además de ser un excelente bailarín, no le desagradaba su compañía. Por unos segundos se contemplaron de manera fija dejando que sus manos se rozaran e incluso que se entrelazaran en algún momento. Y cuando el baile se dio por concluido ambos permanecieron juntos, ajenos a lo que sucedía a su alrededor.

—Debo reconocer que es usted un buen bailarín señor Braden —le dijo Keira a modo de cumplido.

—Gracias, pero hacía bastante tiempo que no bailaba. La verdad

es que pensé que había olvidado los pasos.

—Nada más lejos de la realidad. —Se alejaron del resto de los invitados sin percatarse de las miradas curiosas de Fiona y de otros asistentes—. Dígame, ¿James y usted se conocen desde hace mucho tiempo?

—Desde que éramos unos críos.

—Entonces, podría decir que lo conoce bien.

Braden no pudo evitar sonreír ante el tono y la mirada cargada de curiosidad de la joven.

—Si quiere saber si es un buen compañero para su hermana, no le quepa duda alguna. Hemos crecido, reído y divertido juntos. Y también hemos combatido en el mismo bando —le dijo bajando el tono de voz y dándole un toque amargo.

—¿Siguió a Claverhouse en su particular cruzada?

—Así es. Los McAcllister estamos emparentados con los McLean y los seguimos cuando nos llegó la noticia de que se unirían a Claverhouse.

—James resultó herido y vagó durante no sabe cuánto tiempo...

—Me lo ha contado cuando regresó al castillo de Duart.

—¿Y usted?

—No, no. Por suerte regresé de una pieza.

—¿Piensa quedarse por aquí algún tiempo? —Keira se mostraba curiosa con respecto a lo que él pudiese o quisiese hacer. La mirada que él le dirigió fue bastante concluyente hasta el punto de erizarle la piel de una manera incontrolada.

—Supongo que algún tiempo. James y Balfour me han comentado que necesitan brazos para echar una mano con las tierras y el castillo. Sé que muchos de sus hombres se largaron tras Claverhouse, desobedeciendo a su hermana, y que no han regresado.

—Así es... —asintió intentando averiguar si le estaba diciendo que se quedaría en las tierras del clan Menzies y lo que ello podría significar—. ¿No tiene familia en las tierras de los McLean?

Braden sonrió al darse cuenta del tono casual que ella le dio a su pregunta y de su manera de mirarlo con las cejas arqueadas en señal de expectación.

—Son los McLean de Duart. Y si James va a quedarse aquí... Es lo que hace que piense seguir su ejemplo y quedarme también algún tiempo.

—Sí, es bueno saberlo. Es cierto que necesitamos gente para atender las tierras y el castillo después de lo sucedido con Claverhouse.

La vio colocarse un mechón cobrizo tras la oreja con disimulo y humedecerse los labios con lentitud. ¿Qué diablos hacía fijándose en esos gestos?, se preguntó confuso. Se estaba dejando llevar por lo bonita que le parecía y, por ese motivo, más le convenía alejarse de ella. Por suerte para él, un joven vino a solicitarle un baile.

—Si me disculpa...

—Faltaría más. —La vio alejarse de él y quedarse algo tocado por la grata impresión que la joven Menzies le había causado. De inmediato sacudió la cabeza desechando cualquier pensamiento con ella. No estaba allí para buscarse una mujer. Se lo había prometido a James e iba a cumplirlo a rajatabla. Una cosa era que pudiese quedarse allí echándoles una mano a la gente del clan y otra muy distinta seguir el camino abierto por su querido amigo James. No, señor.

Cuando James se dirigía a buscar a Braden para saber qué tal habían ido el baile y la posterior charla con Keira, no pudo evitar encontrarse de frente con William McLeod.

—Creo que no le había felicitado por su próximo enlace, McLean.

—No estoy seguro, pero acepto su felicitación.

—¿Cuándo ha llegado? Fiona no lo sabía cuando se lo pregunté la última vez que la vi en casa de sus tíos. Pasamos una noche agradable. Ellos quisieron homenajearla por su boda y la fiesta estuvo muy bien. Lástima que usted no pudiese asistir.

James pareció acusar el significado de aquel comentario del McLeod. No sabía nada al respecto de que Fiona hubiese estado en casa de sus tíos.

—Ella no lo sabía. Ni yo mismo. Por eso no le conté nada. Pero ahora ya estoy aquí.

—Confío en que todo salga bien. Si me disculpa.

James no añadió nada más y permaneció en el sitio unos segundos pensando en lo que él le había contado. ¿Una fiesta en casa de sus tíos? Lo desconocía por el momento. Le preguntaría por ello. Esperaba que el McLeod se hubiese comportado. No le hacía gracia saber que este había estado con Fiona. Llamó su atención con la mano para que se reuniese con él.

Fiona presentía que James no estaba de buen humor. Lo había visto hablando con McLeod y observó cómo el rictus le había cambiado. ¿De qué habían estado hablando?

—¿Qué quiere?

—No sabía que sus tíos le habían invitado a su casa para agasajarla con una fiesta, aprovechando mi ausencia.

—Sí, usted no estaba.

—¿Qué tal le fue? McLeod me aseguraba que lo pasó bien.

—No, no es cierto —le rebatió observando como él fruncía el ceño contrariado—. Fue un ardid de mi tío para poner en duda nuestro compromiso. Eso fue. Aprovechó su ausencia para hacerlo y de paso invitar a McLeod.

—Entiendo... —susurró con mirada buscando a Mordecai. Sintió

que ella se aferraba a sus brazos para captar toda su atención. Se fijó en la expresión de su rostro. Le pareció preocupada por su reacción y al mismo tiempo firme mirándolo a los ojos.

—No pasó nada. Supe poner en su sitio a todos los que pensaban que lo nuestro no iba en serio. No permitiré que nadie venga a romper nuestro acuerdo.

Él volvió a quedarse mirándola y una fugaz sonrisa se dibujó en sus labios. ¿Acuerdo? Pareció algo tocado por esa manera de referirse a lo suyo. A cada momento que pasaban juntos, él no creía que se tratase precisamente de eso, de un acuerdo, si no que los sentimientos comenzaban a tener más peso en la relación.

—Celebro que lo crea, porque yo tampoco voy a permitirlo llegados a este punto. Espero que esté en lo cierto, pues si me entero de que McLeod intentó algo con usted... —Se calló cuando sintió los dedos de ella sobre sus labios y la vio sacudir la cabeza.

—No sucedió nada. Ni él intentó nada, aunque mi propio tío lo enviase a hacerme cambiar de opinión.

—¿De qué habla? —La sujetó por los brazos exigiendo una aclaración mientras contenía la furia que iba crepitando en su interior de una manera cada vez más rápida.

—De que me ofreció casarme con él, aprovechando que usted no estaba —le contó fijándose en cómo el semblante de él cambiaba por momentos.

—¿Cómo que lo envió para ofrecerle casamiento? ¿Y me asegura que no sucedió nada?

—Ya le he dicho que los puse en su sitio. A los dos. Y les quedó claro que nuestro compromiso sigue adelante.

—Más les vale, porque de lo contrario seré yo quien se lo haga saber con el filo de mi daga. Si le ofrecí mi ayuda para que no perdiese el castillo, no fue en balde. Ya le dije que no tengo por

costumbre huir.

—Lo sé. Y me lo ha demostrado porque ha vuelto. Está aquí cuando yo misma creía que no regresaría. Que se quedaría en las tierras de los McLean en cuanto se diese cuenta de la locura que había cometido. Que me abandonaría a mi suerte.

Él se vio incapaz de reaccionar al escucharla y permaneció con la boca abierta para responderle. Sacudió la cabeza en repetidas ocasiones sin poder creerla. ¿Cómo había podido llegar a pensarlo cuando le había dado muestras de lo contrario?

—Olvídese de esa idea desde este mismo momento.

—Pues deje que le diga que he tenido mis dudas con respecto a su regreso. Y creo que mi tío se ha aprovechado de ellas. Oh, soy una idiota por pensarlo. Lo siento. —Cerró los ojos y en un gesto inesperado apoyó su cabeza contra el pecho de él.

James no sabía cómo diablos reaccionar ni si abrazarla contra él era lo más acertado, así que le pasó una mano por el pelo como queriendo infundirle ánimo. Luego deslizó esa misma mano bajo el mentón de ella para alzarle el rostro. Y lo que percibió le sacudió en su interior. Su forma de mirarlo, de entreabrir los labios y cómo sus dedos le apretaban los antebrazos... Solo pudo limitarse a sonreír de una manera más amplia y directa. Lo que percibía por parte de ella en ese instante no estaba escrito en ningún acuerdo.

—No tiene por qué. Y entiendo que haya tenido dudas, pero yo no la dejaría sola a su suerte.

«Y menos en estos momentos en los que me estoy dando cuenta de que me importa más allá de cualquier acuerdo que hayamos alcanzado».

—No, porque eso significa que no confío en usted, James.

—No se preocupe. Lo hará. Me encargaré de disipar todas sus dudas. Y ahora, si me lo permite, iba a preguntar a Braden cómo le

fue en el baile y en la charla con su hermana.

Fiona abrió la boca en un acto reflejo de sorpresa al escucharlo y verlo sonreír. ¿Acaso él sabía algo que ella desconocía? A lo mejor era un buen momento para hablar con su hermana. Claro que Callum tampoco parecía estar aburrido hablando con Meribeth, se dijo al verlos conversar de manera animada.

Braden vio acercarse a su amigo con una media sonrisa, lo cual lo alertó acerca de lo que iba a preguntarle. Por ese motivo se anticipó a lo que James pudiese decirle.

—Si esa sonrisa tuya es porque me has visto bailar con tu futura cuñada, ya puedes ir borrándola —le advirtió señalándolo con el dedo.

—Venga, admite que te lo has pasado bien con ella. Y no voy a burlarme de ti ni nada por el estilo.

—Mejor.

—Bueno, pero al menos podrás contarme cómo han ido el baile y la charla. Que sepas que no he sido el único que os ha visto.

—Han estado bien.

—Me alegro.

—Me ha llegado a preguntar si tengo la intención de quedarme por aquí mucho tiempo.

—Supongo que te lo habrá preguntado porque se necesitan hombres en el castillo para echar una mano. Ya te lo dije.

—Sí, eso mismo también me ha dicho Balfour cuando estuve hablando ayer con él. Tengo la impresión de que me lo han contado para que acepte quedarme aquí.

—¿Piensas quedarte, entonces?

Braden resopló. Se pasó la mano por el mentón con gesto pensativo y sacudió la cabeza.

—No lo sé. No me importaría, ya que no tengo nada mejor que

hacer. Y no pienso ir hasta Aberdeen para unirme a los partidarios de los Estuardo y proseguir la lucha.

—Tampoco piensas regresar a casa.

—Sabes que no hay nada que me ate allí. Por ese motivo podría quedarme aquí, en las tierras de los Menzies.

James entrecerró los ojos y sonrió.

—¿Tiene algo que ver tu nueva amiga?

Braden se mostró sorprendido por esa cuestión.

—No, no. No empieces con esas. Te he dicho que no soy como tú, que va prometiendo matrimonio a las mujeres que tienen problemas. Podría quedarme para ayudaros, pero sin segundas intenciones. Que quede claro desde hoy mismo.

—De cuerdo. Me lo has dejado. No insistiré.

—No estoy interesado por el momento en ninguna mujer, James.

—Entiendo. Bien, creo que va siendo hora de divertirse en serio. Me queda esta noche como hombre soltero —le aseguró palmeando a Braden en el hombro.

—En ese caso...

La noche siguió su curso mientras todos se divertían hasta que llegó el momento en el que los invitados se fueron marchando. Al día siguiente tendría lugar la boda y había preparativos que hacer. Fiona se había despedido de sus tíos con normalidad, a pesar de que no se fiaba de Mordecai. No, hasta que estuviese casada. Ese día había recibido la visita del notario de Perth para saber a qué hora tendría lugar la ceremonia. El plazo de tres meses no había expirado y todo indicaba que la cláusula del testamento no se ejecutaría porque había una boda al día siguiente.

James, Callum y Braden permanecían despiertos en el salón. La noche había sido larga, pero al parecer ninguno quería irse a dormir.

—Deberías irte a descansar, James. Mañana es tu día —le recordó Braden.

—Di, más bien, hoy. Dada la hora que es, prefiero estar despierto —le corrigió James señalando el reloj sobre la chimenea.

—¿En qué está pensando? No será por casualidad en salir huyendo en el último instante y dejar plantada a mi hermana —bromeó Callum, que permanecía de pie, apoyado contra la repisa de la chimenea.

—Por nada del mundo lo haría. Le di mi palabra a Fiona y no pienso retirarla a estas alturas. Estaba pensando en McLeod y en que, según su hermana, le propuso casarse aprovechando mi partida a Duart —le confesó a Callum.

—¡¡¡¡¿Qué?!!!! —Tanto Braden como Callum exclamaron al unísono cambiando de postura y mirando a James como si acabase de decir que renunciaba a la boda.

—Eso me comentó Fiona en un momento de la velada.

—Pero ¿cómo demonios se le ocurrió semejante estupidez? Sabe que mi hermana no lo aceptaría porque nunca se ha sentido atraída por él. ¿De dónde sacaría...?

—De vuestro tío, Mordecai —añadió James interrumpiendo a Callum, a quien no pareció sorprenderle.

—¿Quién si no? —ironizó agitando un brazo en el aire.

—¿En serio? ¿Tanto os odia su tío, Callum? —Braden lo miró preocupado por su respuesta.

—Eso y más. Asegura que el castillo y las tierras del clan le corresponden a él por ser el hombre que ha quedado en el clan.

—¿Y qué dice de usted, Callum?

—Yo soy el pequeño de los tres hermanos. Por ley le corresponde a Fiona, al ser la mayor.

—Pero es mujer —precisó Braden—. Ya lo comprendo. Bueno,

pero todo cambiará mañana cuando James se case con Fiona. Y supongo que su tío no podrá hacer nada para impedirlo.

—Yo no estaría tan seguro de ello —aseguró Callum.

—En todo caso, no se preocupe. Me encargaré de vigilarlo de cerca. E incluso yo hablaría con Balfour.

—Está al tanto de todo. No se preocupe —le tranquilizó Callum.

—Es bueno saber a lo que nos atenemos. Por eso mismo creo que es hora de descansar. El día de mañana, que ya es hoy, promete fuertes emociones, y no lo digo solo por tu boda, amigo —advirtió Braden abriendo los ojos al máximo en señal de sorpresa.

—Será mejor estar despejados para cuando llegue el momento —aseguró James—. Retirémonos.

—¿Va a quedarse en Menzies, Braden? Le advierto que nadie va a echarlo del castillo.

Las palabras de Callum no pillaron a este por sorpresa. Sonrió mirándolo.

—He perdido la cuenta de las veces que me han hecho esa misma pregunta desde ayer.

—¿En serio?

—Ya le digo, Callum.

—Entonces, mis palabras son ciertas cuando le digo que ni mis hermanas ni yo le pediremos que se marche. Dígame, ¿entre las personas que se lo han preguntado estaba mi hermana Keira?

Braden la recordó. Sus bailes, que al final habían sido más de uno a lo largo de la noche. Sus conversaciones, sus miradas... Llegó un momento en el que pensó que terminaría por besarla esa noche. Sin embargo, al final pareció pensárselo mejor y evitarlo. Pero, en una ocasión, creyó percibir cierta decepción en la joven del cabello cobrizo. Aunque más bien se dijo que habían sido imaginaciones suyas, producidas por la cantidad de bebida que llevaba encima.

—Sí.

—La he visto bailar con ella.

—Como muchos otros.

Callum sonrió divertido ante la expresión que puso Braden.

—Sí, pero que se lo haya preguntado mi hermana me resulta curioso.

—Creo que deberíamos dejar esta conversación para otro momento —sugirió James camino de su habitación en el piso superior. Confiaba en que Braden se tomase a Keria en serio. Dejando a un lado a su amigo de la infancia, James se centró en Fiona y en la boda. En unas pocas horas estaría casado. Tendría que decidir cómo afrontar su noche de bodas porque, aunque hubiese acordado respetar la decisión de Fiona de no compartir la cama, se le haría complicado cuando ella despertaba el deseo en él. En su día no le importó acceder a su petición, pero el tiempo había pasado y él ya no era el mismo.

Capítulo 20

James aguardaba con impaciencia la llegada a Fiona junto a él para iniciar la ceremonia. El castillo contaba con una capilla lo bastante amplia para albergar a los parientes más cercanos. El pastor sonreía mientras lo observaba y asentía.

—Las novias siempre se hacen esperar —le aseguró como si tratase de calmarlo.

—Seguro.

—A lo mejor es ella la que se lo está pensando —le susurró Braden a su lado esgrimiendo una sonrisa burlona.

James no le hizo caso porque ya lo conocía y estaba seguro de que buscaba vacilarlo.

Todo quedó resuelto cuando de repente el sonido de las gaitas rompió el silencio obligando a todos a volver la atención hacia la entrada a la capilla.

James cogió aire al verla aparecer junto a su hermano, Callum. Su presencia pareció cortarle la respiración. Avanzaba hacia él con una tímida sonrisa. Se había recogido el pelo en una trenza que sujetaba en lo alto como si fuese una corona. Su mirada le pareció más brillante y cristalina. Intercambió una fugaz mirada con Callum y un gesto de asentimiento mientras la dejaba a su lado. El vestido

era elegante, nada ostentoso, pero realzaba su figura de una manera que él desconocía. El plaid con los colores del clan Menzies caía sobre su hombro derecho ocultándole el escote. La encontraba preciosa.

Fiona lo miró por un momento experimentando un pálpito que la obligó a coger aire y a asentir. Iba a hacerlo. Iba a casarse con él. No había nada que lo detuviese llegados a ese momento. A partir de ese día sería una mujer casada cuyo marido le parecía el más acertado para esa vida en común. Cerró los ojos e inspiró hondo.

La fiesta que siguió a la boda se extendió durante todo el día. Muchos fueron los invitados al banquete. Hubo bailes, risas, brindis en favor de la pareja y cánticos. Todo se desarrollaba en total normalidad. Fiona se divertía de manera relajada, sabedora de que nada ni nadie podría arrebatarle lo que era suyo. Así había quedado firmado con el acta de matrimonio ante todos, incluido el notario de Perth. Este había acudido para hacer valer el testamento del padre de los muchachos y con este la cláusula que obligaba a Fiona a casarse o lo perdería todo en favor de su tío.

Mordecai se había limitado a felicitarla por el enlace y se había retirado temprano a sus habitaciones. A ninguno de los presentes le sorprendió su comportamiento al conocerse la verdad sobre la disputa que mantenía con su sobrina. No se marcharon de Menzies porque debían asegurarse de que el matrimonio se consumara.

—Agradezco que se hayan retirado pronto a descansar, de ese modo no estará urdiendo algún plan —aseguró Fiona cuando se enteró de la noticia.

—Ya no debe tener miedo, Fiona. Su tío no puede arrebatarle nada de lo que es suyo.

Lo miró con calidez, con ternura y con devoción. Se había

sacrificado por ella. Para que su tío no le arrebatase aquel castillo. Había cumplido ese trámite, pero quedaba lo más complicado: asentar la relación entre ellos dos. Lograr que aquel paso que había dado fuese porque en verdad sentía algo por ella, de la misma manera que ella lo hacía por él. Debía reconocer que su temor porque no volviese no se debía a que pudiese abandonarla y a que ella lo perdiese todo, sino más bien a que se había acostumbrado a él. A verlo por el castillo y por sus tierras. A sus gestos improvisados cuando se encontraban. A sus miradas. A sus tímidas caricias. Le había permitido adentrarse en su interior de una manera inesperada y, ahora, no quería dejarlo salir.

—Y bien, ¿cómo se encuentra la señora de McLean Menzies?

La pregunta de Keira hizo que su hermana parpadease en repetidas ocasiones sorprendida.

—¿Cómo quieres que lo haga? De lo más normal y tranquila. ¿No me ves?

—¿Y esta noche...?

La mirada y el tono sugerente de Keira aceleraron el pulso de Fiona sin que ella lo esperase. Ya le había dejado claro a James en su momento que no compartiría la cama con él. No era un matrimonio convencional, por amor, sino porque así lo exigía la maldita cláusula del testamento de su padre. Y él se había mostrado de acuerdo.

—Pues no sé qué quieres que te cuente. Es más, creo que es algo íntimo. No voy a dar detalles de lo que suceda. Tenlo por seguro.

—Lo sé, mujer. Lo sé. Solo quería saber si estabas nerviosa.

—No —fingió Fiona bebiendo un poco para calmarse—. Dime, ¿cómo te va con Braden? Parece que os lleváis bien.

—Sí. Me cae bien.

—¿Te ha dicho si piensa quedarse o si se marchará de regreso a las tierras de los McLean?

—Sabe que necesitamos gente para echar una mano con las tareas. Pero nada más.

—¿A ti te agradaría que lo hiciese?

—¿Qué clase de pregunta es esa, hermana? —Keira se mostró escandalizada porque intuía lo que Fiona trataba de insinuarle.

—Pues una como otra cualquiera. ¿Dónde le ves el problema?

—Me ha parecido que piensas que tengo interés en él. Por eso lo digo.

—¿Y lo tienes? —Fiona entornó su mirada con toda intención. No había sido ajena a las situaciones que había vivido su hermana con Braden desde que él llegó al castillo. Y creía que podrían acabar entendiéndose.

—Estamos en tu boda. No es mi día, sino el tuyo. De manera que deja ese tema.

—Estaría bien que se quedase en Menzies para echarnos una mano.

Keira puso los ojos en blanco y resopló.

—Oye, ya que te pones en este plan, ¿por qué no se lo dices a nuestro hermano? ¿Lo has visto danzar con Meribeth? —Keira movió las cejas de manera rápida.

—Sí, pero déjalo que disfrute un poco. Ya le llegará su momento.

James seguía en compañía de Braden cuando la hora de retirarse se acercaba. Sentía como si los nervios se adueñasen de él. ¿Por qué? Sabía que esa noche no sucedería nada entre ellos, porque ella así se lo había dejado claro. A no ser que hubiese cambiado de opinión, se limitaría a dormir en la habitación, pero no en la cama. Y eso le suponía un problema porque quería poder disfrutar de ella. De sus besos y de sus caricias, de su cuerpo desnudo junto al de él.

—¿En qué diablos estás pensando? ¿No te estarás arrepintiendo?

La pregunta de su amigo lo sacó de sus pensamientos en torno a Fiona y su noche de bodas.

—Pues claro que no —le respondió devolviéndole una mirada de incredulidad porque se le hubiese ocurrido semejante cuestión.

—Lo celebro porque estoy seguro de que ella es la mujer adecuada para ti.

—¿Cómo lo sabes?

—Solo he tenido que fijarme en la manera en que te mira cuando tú no te das cuenta. Creo que hay algo más que cariño en sus ojos y en su sonrisa. —Braden se llevó la copa a los labios para seguir bebiendo.

James frunció el ceño en un gesto contrariado por aquella franqueza. Lo creía, porque Braden no era de los que decían las cosas por decirlas. Sacudió la cabeza sin poder creerlo.

—¿Tú estás seguro de lo que dices? ¿No será fruto de todo lo que has bebido?

—No, amigo. Tal vez deberías empezar a prestarle más atención a tu mujercita —sonrió mientras le apuntaba con el dedo.

—¿Y qué me dices de ti?

—¿De mí? ¿Qué quieres que te cuente? Que estoy en tu boda disfrutando del día.

—Yo también me he fijado en ti y en cierta muchacha. —James se lo dijo buscando su reacción y provocó una sonrisa cínica en su amigo.

—Ya sé por dónde vas. Te refieres a tu cuñada. Sí. No voy a negar que nos llevamos bien.

—Me alegra saberlo por ti. ¿Has decidido si te quedarás?

—¿Por qué todos tenéis tanto interés en saberlo?

—Porque eres amigo desde que éramos unos críos. Y vendría

bien alguien como tú por aquí cerca.

—Tienes a Balfour. Y a Callum —le rebatió de inmediato viendo cómo James sacudía la cabeza.

—Balfour es el hombre de confianza de mi mujer. Y Callum es su hermano. Está pendiente de otros asuntos. No, yo me refiero a tener a mi propio hombre de confianza.

Braden acusó la mirada firme y directa de James. Su determinación en sus palabras. ¿Qué diablos estaba sucediendo? ¿Por qué todos querían que se quedase allí? Primero Keira, luego Balfour y Callum y ahora James.

—No es un buen momento para tomar esa decisión.

—¿Por qué? ¿Qué hay de malo?

—Porque he bebido demasiado y la respuesta que podría darte sería distinta a la de mañana cuando me despierte. Por eso mismo. Y tú deberías coger a tu mujercita y retirarte. Eso es lo que deberías hacer, y no estar aquí conmigo. Es más, creo que Fiona ya lo ha hecho. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección a donde estaba ella antes.

James se volvió, pero se dio cuenta de que Fiona ya no estaba allí. Ni tampoco Keira. Su madre se acercó a él sin que lo advirtiera.

—Creo que tu esposa te espera en la habitación.

Él no supo qué decir. De repente sentía la boca seca. La mirada de su propia madre era bastante explícita. Sabía que el momento de su noche de bodas había llegado y que todos los invitados aguardaban a que se retirase. Se limitó a asentir y emprendió el camino hacia la habitación donde le esperaba Fiona. Caminaba despacio tratando de no mostrar la impaciencia que sentía por encontrarla y comprobar por sí mismo si lo que Braden le había contado era cierto. Lo acompañaron hasta la habitación, donde la puerta estaba abierta, y Keira le sonrió.

—Mi hermana le espera.

Esta permanecía de pie junto a la ventana. Lo observaba con curiosidad, sin duda, por saber qué es lo que él haría. Se estaría preguntando si recordaba la conversación que habían mantenido tiempo atrás sobre esa noche. James miró a Keira y asintió. Luego se volvió hacia la gente que permanecía en la puerta y al momento la cerró delante de sus narices, dejándolos en la más absoluta intimidad. Solo entonces él relajó los hombros y soltó el aire.

Se quedó contemplándola a la espera de que ella dijese algo o hiciese algún movimiento. Paseó la mirada por la amplia habitación. La luz del fuego que ardía en la chimenea doraba la estancia de una calidez sin igual. De la misma manera que las velas diseminadas. La cama era grande, con un dosel. Parecía cómoda, solo que él no la disfrutaría al menos esa noche, pensó. Comenzó a desvestirse quitándose el plaid.

—¿Qué le ha parecido el día, Fiona? —Quería hablar con ella, saber cómo lo había pasado.

—Sin duda, ha estado repleto de emociones —respondió viendo cómo se sacaba la camisa por fuera del kilt y luego por la cabeza, dejando el torso al descubierto. La apoyó sobre una silla y luego se descalzó. Lo observaba con todo detalle, fijándose en cómo sus músculos se movían con cada uno de sus movimientos. Sintió una ligera opresión en el estómago y el repentino calor ascendiendo por sus piernas hasta asentarse en su pecho. Caminó hasta él con paso dubitativo.

Él se fijó en sus gestos. Sus pasos parecían estar medidos para quedarse a una distancia prudencial.

—¿Tiene una manta con la que pueda taparme? Ese par de almohadas me vendrán bien —le indicó haciendo que ella volviese la mirada hacia la cama y que él se quedase mirándola sin saber qué

estaba haciendo—. Me haré una cama y dormiré en el suelo junto al fuego.

Ella se sobresaltó al escucharlo.

—Pero ¿y si durante la noche no se da cuenta y se acerca de más a este?

Él sonrió al notar la preocupación en su tono. Lo decía en serio.

—En ese caso, la despertaré con mis gritos porque me habré quemado.

Ella permaneció con los labios entreabiertos sin saber qué decir. Su mirada recorría el torso de él. No entendía a qué venía aquella sensación de calor, de sequedad en la boca. Le había curado la herida el día que llegó a Menzies. Lo había visto sin camisa. ¿Por qué de repente se sentía diferente?

—¿Qué tal está su herida?

—Como puede comprobar ha cicatrizado del todo —bajó la mirada hacia esta—. Debo darle las gracias por su destreza.

—No importa. Había que hacer algo para que no se infectase y no terminara por desangrarse.

La vio ir en busca de las almohadas y de una manta que le entregó.

—Puede dormir tranquila, ya que ni pienso obligarla a cumplir con la tradición de la noche de bodas. Ni tampoco pienso largarme de madrugada —le recordó con una sonrisa, que la contagió.

—Olvídese de esa tontería mía. Sé que no lo hará. Si hubiese querido romper su palabra, no habría regresado cuando partió hacia su casa.

—Sí. Es verdad. Pero tenía que hacerlo. Tenía que regresar.

—Me había dado su palabra.

Él se detuvo observando cómo su cabello parecía de otro color gracias al reflejo de la luz de las llamas. La encontraba seductora

mientras ella se humedecía los labios de manera lenta, como si estuviese preparándose para que él la poseyera de un momento a otro. La apertura del camisón revelaba parte del cuello y cómo su piel descendía hasta perderse bajo la tela.

—Sí... —No quiso añadir nada más. Asegurarle que su palabra había dejado de tener valor, de ser importante para él porque había encontrado algo en ella que lo había empujado a volver. No había sido su promesa, había sido... *ella.* Se volvió hacia el lugar que ocuparía esa noche en el suelo, al pie de la cama—. Si necesita algo durante la noche, puede decírmelo. Tengo el sueño ligero.

Ella permanecía en el sitio sin saber cómo reaccionar. La verdad era que no esperaba que esa noche se desarrollase así. Pensó que tal vez él insistiese en dormir en la cama, con ella. Sin embargo, nada de eso sucedía.

—¿Hay algo que quiera decirme antes de que cada uno se marche a su cama?

—Gracias.

—¿Por qué me las da?

—Por todo lo que está haciendo por mí y mi gente. Porque soy consciente de que lo he arrastrado a una vida que tal vez no es la que había planeado.

La sujetó posando las manos sobre sus hombros y permaneció contemplándola de manera fija, sonriendo con cariño.

—Nunca me había parado a pensar en la clase de vida que quería vivir, la verdad. De manera que, si esta es la que el destino me ha reservado, la viviré lo mejor que pueda. Créame.

Ella no podía mover ni un solo músculo. La mirada de él reflejaba una calidez y una autenticidad que no había visto antes. Y sus manos posadas sobre sus hombros, al mismo tiempo, le transmitían seguridad. Algo en aquel hombre le decía que podía confiar en él y

que en algún momento lograría que la quisiera.

—Le agradezco sus palabras.

—Creo que deberíamos descansar. El día ha sido largo y, como dice, lleno de emociones. Buenas noches. —Se volvió dándole la espalda y se recostó sobre las mantas que había apilado en el suelo a modo de colchón. Luego se echó por encima otra y cerró los ojos tratando de dejar su mente en blanco y relajar los músculos. Le resultaba complicado sabiendo que ella estaba allí en la misma habitación que él. A escasos pasos.

Ella lo contempló un último momento. Sonrió complacida por su comportamiento. Era extraño tener a su marido durmiendo a los pies de la cama la noche de bodas. Pero no estaba preparada para recibirlo. Los dos conocían la razón de ese matrimonio y, por lo tanto, no había motivo para forzar a situación, por ahora.

Fiona se despertó cuando la luz de la mañana penetraba a raudales por la ventana. Abrió los ojos y movió la cabeza como si buscase a James en la cama. Tal vez él lo habría hecho en mitad de la noche. Sin embargo, estaba allí, de pie junto al ventanal, observándola en todo momento. Cuando ella lo distinguió se incorporó de manera inmediata. Se quedó mirándolo como si no entendiese qué hacía ahí.

—Buenos días.

—Sí, buenos días. ¿Lleva mucho rato ahí mirándome cómo duermo?

Él frunció los labios.

—No, no mucho. ¿La inquieta que la vea dormir?

—No... —Se mostraba confusa, algo que achacó a que era temprano y a que la presencia de él en la habitación la trastocaba.

—En ese caso, debería asearse. Luego bajaremos a desayunar.

Ella se mordió el labio con un gesto, al mismo tiempo, pensativo

y provocador para él. Enfrentarse a todos, esa mañana, pareció inquietarle cuando lo pensó. Pero más lo hizo verlo a él coger su daga y acercarse a ella, que, con una expresión de temor e incredulidad, agarró una almohada como si esta pudiese defenderla en un ataque de él.

—¿Qué piensa hacer?

—No se preocupe, no voy a hacerle nada, pero debe tener algo en cuenta. Salga de la cama —le pidió mientras se hacía un pequeño corte en la mano y dejaba caer un reguero de sangre sobre esta—. Las mujeres que hay en el castillo y en especial su propia tía comprobarán las sábanas. Si no ven rastro de sangre podría significar dos cosas: o bien que no es virgen, o bien que no hemos consumado el matrimonio. Esto último podría representar un problema para usted en cuanto su tía lo sospechase.

—Pero ¿qué dirá acerca de su corte? —Había salido de la cama como le había pedido y en ese momento se acercaba a él. Le cogió la mano entre las suyas y vio que no era un corte llamativo. Levantó la mirada hacia su rostro y encontró una vez más aquella sonrisa a la que no lograba habituarse y que la tranquilizaba.

—Espero que no piense coserla también. No es nada. Si alguien la nota, diré que seguramente me la hice ayer noche durante la cena. Y que no me di cuenta hasta esta mañana. Descuide, no es ningún problema. —Le acarició la mejilla primero con su mano y por último con el pulgar. Quería sentir la suavidad de su piel—. Vístase para bajar a desayunar.

—Es usted toda una caja de sorpresas. —Fue ella la que le devolvió la caricia en ese instante y sin querer evitarlo se alzó sobre sus pies descalzos lo justo para rozarle los labios en un primer momento. Sintió cómo una sola mano de él se posaba en su cintura para atraerla contra su cuerpo. El calor comenzó a extenderse por el

de ella y su respiración se agitó en demasía cuando el beso comenzó a ser más íntimo y descarado. Solo entonces sintió que él se apartaba un instante y se quedaba contemplándola.

—Si es lo que desea...

Ella se humedeció los labios y cerró los ojos. Tal vez lo deseara, pero algo la retenía por el momento. Se apartó de él dejando clara su decisión. No estaba preparada todavía.

—¿Necesita ayuda para asearse? ¿Quiere que llame a su hermana?

—No hace falta...

—En cualquier caso, subirán a verla en cuanto yo baje. La veo después.

La miró una última vez antes de abandonar la habitación con el deseo crepitando en su interior. Pero con el respeto que ella merecía.

Fiona cerró los ojos y relajó los hombros. No podría negarse a acostarse con él. Aunque tendría que encontrar la ocasión idónea. De momento debería lidiar con las preguntas de su hermana con respecto a su noche de bodas.

James descendió las escaleras hasta el comedor, donde ya había gente reunida comiendo. Braden fue el primero en fijarse en él. Le sostuvo la mirada como si pretendiese averiguar qué tal había resultado la noche. Pero James se mantuvo neutral, sin expresar nada.

—Buenos días.

—Vaya, el señor casado ya se ha levantado —bromeó Braden alzando su vaso de cerveza a modo de brindis antes de beber.

—Ya era hora, sí.

—¿Y mi hermana? ¿La ha dejado durmiendo? —preguntó una más que interesada Keira fijando la mirada en él.

—Se estaba aseando y vistiendo para bajar.

—Subiré a ver si necesita ayuda.

—Te acompaño —le dijo su tía Margaret, quien se había retirado pronto esa noche, pero había decidido quedarse en Menzies hasta ese momento. Quería ver con sus propios ojos si todo era real.

—Creo que yo también debería ir a verla —sugirió la madre de James—. ¿Vienes, Eve?

Esta intercambió una mirada con su madre, consciente de lo que iba a suceder.

—¿Todo bien?

La pregunta de Braden lo obligó a levantar la vista de su plato y asentir.

—Sí. Todo perfecto.

—¿No te arrepientes de lo que has hecho?

—Es algo tarde para eso, ¿no crees?

—Sí, bueno... Al parecer lo tenías muy claro.

—Así es. Si hubiese roto mi promesa, su tío habría reclamado el castillo y las tierras. Lo mismo podría suceder si nos marchásemos a Duart. Ya me entiendes...

—Sí, lo suponía. No he tenido tiempo de hablar con él, pero, por lo que comentáis unos y otros, es un pájaro de cuenta.

—Por eso mismo me quedaré al lado de Fiona. Para que no tenga ningún problema con él.

Callum entró en el salón en ese instante y capto la atención de los dos hombres.

—Traes mala cara. ¿No has dormido bien? —le preguntó James.

—La verdad, no sabría qué responderle.

—Puedes tutearme si lo prefieres. Al fin y al cabo, somos familia. Dinos, ¿qué te ha pasado?

Callum resopló y frunció el ceño.

—¿Por qué algunas mujeres son tan persistentes?

James y Braden intercambiaron miradas.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque anoche una de ellas se pasó casi todo el tiempo conmigo.

—Eso es porque tiene algún interés en ti —señaló Braden apuntando con el dedo a Callum.

—Eso parece.

—¿Y tú tienes algún interés en ella?

James dejó que su amigo siguiera con el interrogatorio mientras él aprovechaba a comer.

—No es momento para pensar en mujeres después de lo que se comentaba anoche.

—¿A qué te refieres? —James miró a su cuñado con el ceño fruncido de preocupación.

—Al parecer, el ejército jacobita se ha movido hasta Aberdeen bajo el mando del coronel Cannon. Según cuentan, la victoria en la batalla de Killiecrankie ha animado a muchos a llegar hasta la ciudad para unirse a las tropas leales a Jacobo.

—¿Y qué diablos pretenden? ¿Enfrentarse a las tropas inglesas? —preguntó James desconcertado—. ¡Por san Andrés, que es una completa majadería!

—Los ingleses se están moviendo por las Highlands buscando a los rebeldes.

—Supongo que sedientos de revancha después de la derrota en Killiecrankie —sugirió Braden—. Si logran ganar, será una carnicería.

—Puedo hacerme una idea —asintió James mirando a su amigo.

—Los ingleses quieren ocupar Dunkeld.

—¿Dunkeld? No es más que una ciudad pequeña y sin ningún tipo de defensas —comentó Braden—. ¿Qué esperan hacer allí? ¿Construirlas?

—Los ingleses han enviado a un regimiento de Camerons para prepararse y recibir a los jacobitas —anunció la voz de Balfour, que apareció de la nada y captó la atención de los tres hombres.

—Pero los Camerons son leales a la casa real Estuardo —dijo James sorprendido por esa noticia.

—Y lo siguen siendo. Yo me refiero a un regimiento formado en la región de Lanark. No pertenecen a dicho clan, sino que deben su nombre a Richard Cameron, el líder religioso que aboga por una iglesia escocesa alejada del catolicismo de los Estuardo.

—Y que sin duda lucharán en favor de Guillermo y de Londres —apuntó Callum.

—Sin duda, muchacho. Anoche supe que Dunkeld está tomada por los Camerons. Pretenden esperar a las tropas jacobitas para presentar batalla e impedir su avance. Cuentan con refuerzos ingleses para ello.

La información de Balfour dejó en completo silencio a los tres hombres allí sentados mirándose los unos a los otros.

—Parecer ser que la rebelión iniciada por Claverhouse sigue adelante —dijo James con la mirada perdida en un punto.

—Creía que con su muerte nadie tomaría el relevo y seguiría la lucha —añadió Callum—. Pero estaba equivocado. ¿Qué haremos, James? Ahora eres el señor de Menzies.

Este asintió sin cambiar la expresión de su rostro.

—Tu hermana sigue siendo la jefa del clan, Callum. A ella le corresponde tomar la decisión y ya puedes hacerte una idea de lo que dirá.

—Pero supongo que tendrás tu propia opinión. Si decides acudir a Dunkeld, te seguiré.

—No tengas prisa por morir —le comentó Braden—. Sé que el clan Menzies no acudió a la llamada de Claverhouse. Y no os lo

reprocho.

—¿Piensa acudir ahora junto al coronel Cannon?

Braden resopló. Miró a su amigo a ver qué opinaba, aunque él no se debía a nadie.

—No tengo esposa. Ni hijos. Nada me ata a permanecer aquí —aseguró fijando la vista en su amigo—. Pero, por el momento, no ha hay tal llamada a unirnos.

—¿James?

—Esperemos a ver qué sucede. Estamos hablando por hablar. Por ahora solo es un movimiento de tropas. Nada más. Tal vez, después de todo, no haya enfrentamiento y se llegue a un acuerdo.

—Pero convendría estar preparados —sugirió Balfour.

Ninguno añadió nada. El semblante de los tres restantes era serio y nadie quería pronunciarse al respecto.

Fiona no se vio sorprendida por la aparición de las mujeres. Como le había contado James, subirían a preguntarle por su noche de bodas. Su hermana, Amy, su suegra, su cuñada y, por supuesto, su tía Margaret. Estaba acabando de arreglarse el pelo cuando estas entraron en la habitación.

—¿Qué tal has pasado tu noche de bodas? —preguntó su hermana con toda naturalidad acercándose a Fiona para darle un abrazo.

—Pues bien...

—Me alegro. ¿Has tenido algún inconveniente? —La pregunta vino de parte de su suegra, Flora, quien la contemplaba con la mirada entornada.

Fiona comprendió que la mujer le estaba preguntando por lo sucedido en la cama con su hijo.

—No, no.

Todas se fijaron en Amy y en cómo recogía las sábanas para cambiarlas por otras, sin decir nada. La tía de Fiona había mostrado especial interés en este acto, pero no pronunció ni una palabra cuando se quedó satisfecha con lo que vio. Fiona intercambió una mirada con esta y la observó asentir con una ligera sonrisa.

—Te dejamos con tu hermana para que termines de arreglarte —le dijo Flora apretándole el brazo con cariño al mismo tiempo que le sonreía—. Si necesitas cualquier cosa, hija, dínoslo.

—Confío en que mi hermano se ha comportado como un caballero contigo —le comentó Eve abrazándola con cariño.

—Sin duda que lo ha sido. —Pensó en cómo había manejado la situación para que no tuviese ningún problema.

Segundos después las dos hermanas se quedaron a solas en la habitación. Keira apenas si pudo aguantarse las ganas de saber más.

—Y bien, ya veo que todo ha ido como se espera —entornó la mirada hacia Fiona esperando a que ella le contase algo.

—Ya he visto cómo nuestra tía ha subido a comprobar si lo habíamos consumado.

—¿Qué esperabas? —Se limitó a encogerse de hombros y ladear la cabeza sin darle la mayor importancia. Era mejor no dársela y disfrutar del momento. La contemplaba con especial interés por ver si le decía algo, pero Fiona permanecía callada—. Vaya, parece que te lo guardas para ti.

—No voy a darte explicaciones más allá de decirte que ha ido todo lo bien que podría. Y, ahora, me muero de hambre. De manera que será mejor que baje a comer algo.

Keira asintió. Se fijó en la expresión de su hermana y no supo qué pensar. Cierto que ella no había compartido el lecho con ningún hombre y, por tanto, no sabría qué decir. Presentía que su hermana estaba bien. Y eso era lo que bastaba.

Capítulo 21

Los días transcurrían en relativa calma en el castillo de Menzies después de la boda. Todos se encargaban de realizar las más diversas tareas. Los padres de James y su hermana Eve habían partido de regreso a su residencia en Duart. Braden había decidido quedarse un tiempo allí para ver si era su lugar o se marchaba a Aberdeen, a pesar de haber dicho que no combatiría más. Fiona se centraba en tener todo en su debido orden, pero sin olvidarse de que James se movía a su antojo en el castillo. Ya no se trataba de un extraño que había llegado herido hasta allí. Era su marido. En cuanto a los problemas que había tenido con el testamento de sus padres, todo parecía haber quedado resuelto con la boda. El notario, que había estado presente durante la ceremonia, había sido informado de la consumación del matrimonio. En ese aspecto no había nada que temer. Y así se lo comentaba Fiona a su hermana.

—Al fin todo ha terminado. Nuestro tío no podrá hacer nada por arrebatarme el castillo ni las tierras que pertenecen al clan.

—No creas que no ha sido un dolor de cabeza. Pero, al final, James y tú podréis vivir aquí sin más sobresaltos.

Fiona asintió con una ligera sonrisa. Sin embargo, las voces que llegaban del exterior del castillo la alarmaron. Y más cuando prestó

atención a lo que decían.

—¡Dios y san Andrés con los Estuardo! Vuestro rey os reclama para combatir contra los ingleses y sentar en el trono a su legítimo dueño.

Los hombres acudieron a escuchar al emisario que sobre su caballo seguía dando la proclama.

James y Braden fueron los primeros que se acercaron hasta él.

—¿De qué estás hablando? —preguntó James sujetando al caballo por la brida para que se estuviese quieto.

—El coronel Cannon marcha al frente de un ejército de jacobitas en dirección a Dunkeld, donde se encuentran las tropas de Londres. He venido a llamar a las armas a todos los seguidores de la casa Estuardo para que acudan a pelear por el legítimo rey. ¿Eres tú el jefe del clan?

James sacudió la cabeza sin decir nada y, mirando por encima del hombro, vio aparecer a su esposa, y no pudo evitar sonreír.

—Aquí viene la jefa del clan Menzies —le avisó señalando con el pulgar a su espalda, consciente de lo que iba a suceder.

Fiona se abrió paso hasta situarse junto a James, a quien dirigió una fugaz mirada. Luego hizo lo propio con el enviado.

—¿Qué quiere? —Posó las manos sobre las caderas y elevó el mentón con orgullo mientras se erguía poderosa e incluso desafiante ante el mensajero.

—He venido a pedir a los hombres del clan Menzies que acudan a apoyar al coronel Cannon en su lucha contra los ingleses.

—Ningún hombre de este clan acudirá a pelear por el rey.

—Pero ¿es que, entonces, apoyan a Guillermo? —preguntó con perplejidad mientras se incorporaba hacia delante sobre su montura.

—Jacobo y Guillermo. Suegro y yerno. Estuardo u Orange. Son iguales. ¿Qué me importa quién se sienta en el trono? Cuando

Claverhouse inició la revuelta muchos de mis hombres lo siguieron desobedeciendo mis órdenes. Ninguno regresó y el clan no ha conseguido reponerse de esa perdida. Un jefe de clan mira por su gente, y yo miro por los míos. Puede descansar, comer y beber algo. E incluso cambiar de caballo, pero mis hombres no lo acompañarán a Dunkeld.

—Si es vuestra última palabra.

—La única que obtendrá, señor. Si me disculpa, hay mucho trabajo por hacer en este lugar. —Todos la vieron coger la tela de su kilt entre los dedos y darse media vuelta para regresar al castillo.

—Aun así, si alguno de los presentes decide lo contrario, ya sabe dónde se le necesita —añadió el jinete antes de azuzar a su caballo y proseguir el camino. Hubo varios intercambios de miradas entre ellos, gestos y expresiones que ninguno sabía muy bien cómo interpretar.

—¿Qué piensas hacer, James? —Braden fue el primero en abrir la boca—. ¿Vas a llevarle la contraria a tu esposa?

Este sonrió. Se convirtió en el centro de atención de los tres hombres que lo acompañaban.

—Ya estuve en Sheriffmuir. Y no tengo un grato recuerdo.

—¿Eso quiere decir que no piensas ir a Dunkeld?

—Creo que es lo más acertado. Esta rebelión no tiene futuro. Los ingleses no olvidan la derrota que les dimos. Estarán rabiosos y llenos de ira. Mi sitio está aquí junto a mi esposa. Tú si quieres puedes irte. Nada ni nadie te ata a este lugar. Viniste a mi boda y ya ha pasado.

Braden chasqueó la lengua sin saber qué decir. Lanzó una mirada a Balfour a ver si añadía algo.

—A mí no me mires. Ya estoy viejo para ir a la guerra. Y guardo algún recuerdo de la batalla de Worcester, hace más de treinta años.

Tenía la edad de Callum cuando me alisté en las tropas realistas de Carlos II Estuardo.

—Entonces, ¿luchaste en la guerra civil? ¿La del Parlamento contra el rey?

—Así es. Combatí contra las fuerzas parlamentarias de Cromwell. Por eso os digo que mi tiempo de pelear por un rey ya ha pasado. Y los años que me queden quiero vivirlos en calma.

—Yo estoy dispuesto a acompañarle, Braden.

La voz firme y decidida de Callum captó la atención de James, quien se aventuró a advertirle de lo que le sucedería.

—Tu hermana no dejará que te marches.

—No importa. Me iré. Acaté su orden cuando Claverhouse reclamó hombres para combatir porque no quería dejarla sola. Pero ya no lo está. Te tiene a ti, James.

—¿Qué quieres decir con eso? Eso no vale nada. Ella es la máxima autoridad del clan Menzies. Se le debe obediencia y respeto.

—Entonces, convéncela para que no nos prohíba a los pocos hombres que quedamos y que queramos ir hasta Dunkeld. Ya has escuchado a Balfour, tenía mi edad cuando combatió en la batalla de Worcester contra Cromwell y sus tropas.

James intercambió una mirada con Braden como si esperara que este le echase una mano con Callum.

—Pero en aquel entonces las fuerzas estaban igualadas. Ahora no —asintió Balfour.

—Desde luego que lo estarán si los clanes de Escocia nos unimos contra las tropas inglesas.

—Callum tiene razón. Si queremos que el rey regrese de Francia, debemos pelear. No te estoy diciendo que tú vengas, porque tu situación ha cambiado. Ahora tienes una mujer —le recordó Braden.

—¿Me estás diciendo que irás hasta Dunkeld? Pero si decías que

no volverías a luchar contra los ingleses —le recordó sorprendido con su declaración.

—Así es. Me marcharé mañana temprano.

—Iré con usted, Braden —asintió Callum mirándolo con total seguridad. Esta vez no se quedaría en Menzies, sino que combatiría por el rey.

James se vio en la encrucijada de tener que decidir qué hacer. No podía pedirle a Braden que cuidase de Callum, que por otro lado era todo un hombre, pero le sabía mal hacerlo. ¿Y si decidía seguirlos a los dos? No quería ponerse en la piel de Fiona cuando su hermano le dijese que se iría a combatir a los ingleses.

Se quedó pálida cuando su hermano se lo dijo con total aplomo y seguridad.

—Esta vez no acataré tu orden, hermana.

—¿Desafías mi autoridad? —le preguntó ella mirándolo como si los ojos se le fuesen a salir de un momento a otro. Y su tono era una mezcla de rabia e indignación.

—Siento hacerlo, pero así es. Mañana me marcharé con Braden y con aquellos que decidan seguirme.

—Eres un loco insensato por creer que lograréis derrotar a los ingleses y traer de Francia a Jacobo. Lo único que conseguirás es que te maten.

—Tal vez tengas razón y no sirva para nada. Pero no puedo permanecer de brazos cruzados aquí en el castillo. Iré con Braden, quédate tranquila.

Fiona tenía la impresión de que estaba perdiendo aquella particular batalla con su hermano. Cierto que él no era un chiquillo, sino todo un hombre que debería pensar en asentar cabeza.

—Temo que, diga o haga lo que sea, no vas a cambiar de

opinión.

Callum observó que su hermana se rendía, y no era algo habitual en ella. Cerraba los ojos y negaba como si no entendiese la situación.

—No me marché con Claverhouse porque no quería dejaros solas a Keira y a ti. Pero ahora está James. Ha asegurado antes que él no se marchará de tu lado.

Fiona sonrió pensando en lo que su hermano acababa de decirle.

—Ya. Deberías estar más centrado en otras cuestiones que no tuviesen nada que ver con la guerra. En cambio, decides arriesgar tu vida en una causa que parece perdida antes de empezar. ¿Cuánto tardarán los seguidores de Jacobo en darse cuenta de que la lucha es inútil? ¿Cuántos han de morir? Jacobo y Guillermo representan lo mismo. ¿Qué puede importarle a uno lo que sucede en Escocia cuando está en París? ¿Y al otro? Si ha sido el Parlamento el que le ha ofrecido venir para ser manejado a su antojo por este mismo. ¿Crees que cambiará algo?

—No lo sé, pero si me quedo aquí no estaré contribuyendo a ello.

Su hermana se limitó a asentir en silencio antes de abandonar el salón, dejando solo a Callum. No quería seguir hablando del tema porque no iba a conseguir que él desistiese de su propósito, así que decidió alejarse en busca de algo de tranquilidad.

Esa noche todos conocían la noticia de que algunos hombres partirían hacia Dunkeld para unirse a las tropas del coronel Cannon. Entre estos irían Callum y Braden. Keira sintió un escalofrío recorriéndole la espalda cuando lo supo y, aunque temía por la suerte que pudiese correr su hermano, no dejó de extrañarle la preocupación por Braden. Cierto que durante los días que llevaba allí en Menzies había surgido una relación de cordialidad y amistad que

ninguno esperó. Habían congeniado y Keira parecía convencida de que entre ellos existía mucha afinidad. Y ahora, con su marcha, se sentía algo extraña.

James se había quedado a solas con Braden después de la cena. Los dos permanecían fuera de la casa respirando el aire nocturno. La noche era cerrada y la luna se encontraba en lo alto del cielo. No se distinguían nubes, lo cual parecía indicar que el día siguiente estaría despejado.

—Me encanta la quietud que se respira en este lugar —comentó Braden con los ojos cerrados, centrándose en el silencio que los rodeaba.

—Es un buen sitio para quedarse. No te lo niego. Esta vez no estaré a tu lado para cubrirte las espaldas, amigo.

—Lo sé. Y no te lo discuto. Tienes una mujer en la que pensar, desde ya.

—Quiero que eches un ojo a Callum. No tiene experiencia. No ha estado en ninguna batalla.

—Descuida. Lo tendré. Lo traeré de regreso a Menzies cuando todo acabe.

—¿Crees que todo terminará en Dunkeld? Si las fuerzas de Cannon logran vencer a los ingleses y a sus aliados, los cameronianos, decidirán seguir la marcha hasta la capital y tratar de recuperar el castillo.

—Entonces, según tú, es mejor que termine cuanto antes.

—No llegaremos a nada. No hay una organización firme y seria. Esto surgió de la mano de Claverhouse. De una pataleta suya porque nombraron rey a Guillermo. Nada más. Ni quiera los clanes estamos unidos bajo una misma bandera. Muchos ni si quiera acudirán a esta llamada, como sucedió anteriormente.

—Es posible. Pero ¿qué quieres que haga? No tengo familia, ni

esposa por la que quedarme. Y ya sé que dije en su momento que no combatiría más, pero...

—¿Qué me dices de Keira?

Braden sonrió. Se pasó la mano por la nuca y asintió.

—Reconozco que es una mujer con la que me gusta pasar buenos ratos. Es divertida, amable, con un razonamiento que no había percibido en otras. Decidida y alocada en algunas ocasiones. Puede dejarse guiar por el corazón en un primer momento, pero luego es la cabeza la que manda.

—Es raro que hables así de una mujer desde que tienes uso de razón. ¿Qué demonios ha pasado con mi amigo?

—No sé a qué diablos te refieres. Soy el mismo de siempre.

—El tipo al que yo me refiero no solo le habría robado algún que otro beso a la joven que le gusta, sino que se la habría llevado a la cama —asintió de manera firme con la mirada entornada hacia él.

Braden sonrió palmeando a James en el hombro.

—¿Cómo sabes que no lo he hecho?

—Porque sigues vivo. De lo contrario, Keira te habría arrancado la piel a tiras. Ya te advertí de ella antes de venir. No es la clase de mujer que tú sueles frecuentar.

—Lo sé, lo sé. Pero no me preocupa porque no estoy seguro de regresar aquí una vez que me marche.

—¿Lo dices en serio?

—Primero, habrá que ver si salgo con vida de Dunkeld.

—¿Y después? —James se preguntaba por qué querría marcharse Braden de allí. Juraría que los días que llevaba en Menzies estaban siendo de su agrado y... ¿Sería por Keira precisamente? ¿Tal vez se trataba de lo que este le había confesado de la muchacha?

—No lo sé. Por lo pronto me voy a dormir. Mañana quiero estar

descansado. ¿Te veré antes de irme?

—Por supuesto. —James se quedó pensativo dándole vueltas en la cabeza a lo que Braden le había contado. Tal vez Fiona supiese algo al respecto de ellos. Algo que su hermana le hubiese dicho. Pero, con el revuelo que se había montado en el castillo después de la llegada del mensajero, no estaba seguro de que fuese una buena idea preguntarle por ello. De manera que se retiró él también a dormir. Al día siguiente se despediría de Braden y tal vez de Callum también.

Subió las escaleras hacia la habitación cuando la inesperada aparición de su esposa, Fiona, lo retuvo en lo alto. Se quedó contemplándola como si fuese una especie de espíritu del castillo. Llevaba puesta la ropa de cama, su camisón y una bata azul claro, que contrastaba con el color de su pelo. Le hizo una seña con la mano para que se acercase.

—Necesito que hablemos.

James la contempló con el ceño fruncido. El rostro de ella reflejaba preocupación. Presentía que se debía a la decisión de Callum de marcharse con Braden hasta Dunkeld para combatir a los ingleses.

—¿Qué sucede, Fiona?

Ella entró en la habitación retorciéndose las manos, fruto de los nervios. Él seguía observándola con detenimiento esperando a que le dijese qué era tan importante como para hablarlo a esas horas de la noche.

—Se trata de Callum. Ya has oído lo que ha dicho esta mañana cuando llegó el mensajero —comenzó diciendo mientras observaba a su marido y este asentía—. No he conseguido hacerle cambiar de opinión y asegura que si no se marchó con los demás siguiendo a Claverhouse fue por no dejarnos solas a mi hermana y a mí. Pero

ahora dice que estás tú para protegernos, y Balfour —le resumió tuteándolo por primera vez desde que se conocían.

—Lo sé. Lo escuché hablar con Braden. Tiene pensando acompañarlo hasta Dunkeld.

Fiona se acercó a él y lo sujetó por los brazos mirándolo con cierta desesperación.

—No tiene experiencia en el campo de batalla. Temo que lo maten, James.

Él le sostenía la mirada sin apenas parpadear. El brillo de los ojos de ella lo tenía hechizado. Le acarició la mejilla con el pulgar sintiendo el deseo por besarla y estrecharla contra su pecho.

—¿Qué quieres que haga? Dímelo y lo haré.

Fiona sacudió la cabeza.

—No sería justo que te pidiese algo que no deseas hacer.

—Si no deseara hacerlo, no te lo estaría preguntando. ¿No crees?

—Temo que pueda perderos a ambos si... —Se calló cuando las palabras iban a salir por entre sus labios. Al ver que él la instaba a seguir haciéndolo, ella cogió aire antes de proseguir—. Me gustaría que lo acompañases y que cuidases de él para que no lo maten los ingleses. Pero no le digas que yo te lo he pedido.

James la rodeó con los brazos para atraerla contra su pecho y sentir su calor, sus latidos. La besó en el pelo con los ojos cerrados porque era consciente de lo que ella le estaba pidiendo y de que tal vez fuese él quien no volviera a verla. Deslizó la mano bajo el mentón de ella y sonrió al contemplar aquel rostro tan dulce.

—No te preocupes, no se lo diré. Braden y yo cuidaremos de Callum. Lo traeremos de vuelta cuando todo acabe. —James fue testigo de cómo la expresión de su esposa cambiaba por un momento. Luego pareció volver a sentir preocupación por lo que le

había pedido.

—Soy consciente de que podría perderte a ti también. Y si eso sucede estaré arrepintiéndome toda la vida.

—No vas a tener que hacerlo porque pienso regresar, como te acabo de decir.

—Gracias.

—No tienes por qué dármelas, Fiona.

—Podrías haberte negado a ir.

—Pero no lo he hecho.

—Aceptaste casarte conmigo cuando supiste cuál era mi situación. Te enfrentaste a McLeod dejando claro que eras mi prometido y luego me besaste delante de todos. Mantuviste tu promesa incluso cuando te marchase a Duart y yo temía que no regresases. A la mañana siguiente de la noche de bodas, me ayudaste con el tema de la consumación del matrimonio y ahora aceptas volver a combatir porque yo te lo pido. Creo eres demasiado generoso conmigo.

Él bajó la mirada por un segundo y asintió.

—Tal vez se deba a que eres mi esposa y busco la manera de complacerte.

—Entonces, bésame... —La petición de ella fue un ligero susurro en los propios labios de James. Lo rodeó por el cuello mientras se alzaba sobre sus pies y sentía las manos de él posarse sobre sus caderas. Comenzó a besarlo sintiendo que su respiración se agitaba al tiempo que el calor invadía su cuerpo.

James la escuchó gemir mientras el beso se volvía más intenso y voraz. Por un instante se detuvo para contemplarla.

—Si seguimos besándonos, acabaré por desear quitarte la poca ropa que llevas y... —Fiona no le dio opción a seguir hablando porque lo atrajo hacia sí para seguir besándolo. La siguió hasta la

cama dejando que lo fuese despojando de la ropa. Si ella estaba convencida de seguir adelante, él no la detendría porque la deseaba. La acarició con delicadeza cuando su piel quedó expuesta ante él. La cubrió de besos que la recorrieron desde el cuello hasta los pechos en un primer acercamiento. Tras este, siguió descendiendo sin que ella pusiese objeción. James quería que se relajase y que estuviese excitada para sentir el menor dolor posible. La observó apoyarse sobre sus codos y cerrar los ojos echando la cabeza atrás cuando él se situó entre sus muslos. Y la escuchó dejar escapar algún que otro gemido cuando su lengua recorrió la carne húmeda, adentrándose en ella. La excitación de él era máxima y decidió que el momento de consumar su matrimonio había llegado por fin. Se incorporó sobre ella e inclinó la cabeza para besarla buscando una mayor complicidad.

Fiona sintió un ligero dolor entre los muslos y cómo poco a poco este se iba calmando, dejando lugar a un calor extremo. Se unieron en uno solo, moviéndose con un ritmo acompasado. James trató por todos los medios de no ser brusco, de no dejarse llevar por el feroz deseo de poseerla. Y Fiona se fue sintiendo cada vez más cómoda y reconfortada. Su respiración se agitó inesperadamente, haciendo que pareciera que su corazón iba a explotarle en cualquier momento. Se abrazó a él sin dejar de contemplarlo pensando que iba a morirse. Que no podría soportar aquello hasta que dejó escapar varios gemidos. Tuvo la impresión de que algo la estaba arrastrando hacia lo desconocido y que ella no podía impedirlo. Los latidos de su corazón se volvieron más rápidos e insistentes hasta que, de repente, comenzó a relajarse, a recuperar la respiración. Sentía la boca seca, la piel caliente y erizada mientras sonreía sin motivo aparente. La mano de James le acarició el rostro con ternura, apartando los mechones de pelo. Le propició un ligero beso en los

labios y se apartó de ella para que se recompusiera. Intentó ordenar los pensamientos en su mente, pero estaba algo tocado por lo que acababa de suceder. Volvió el rostro hacia ella. No se había movido y mantenía su mirada en el techo de la habitación. Su respiración se iba relajando de manera gradual hasta que se fijó en que su pecho se tranquilizaba.

—¿En qué piensas? —le preguntó incorporándose con el codo apoyado sobre la almohada y su mano sujetándose la cabeza. Vio cómo ella giraba el rostro y su mirada se quedaba fija en él. De manera lenta sus labios se fueron curvando en una sonrisa dulce, tierna y enigmática a la vez.

—En que ahora ya somos un matrimonio en toda regla. Nada ni nadie puede negarlo. —Se volvió quedándose de lado y dejando que su mano le acariciase el brazo.

Él tomó su mano y se la besó con delicadeza y efusión.

—Yo ya sabía que lo éramos desde que el pastor nos casó. No me importaba no consumarlo por la noche. Nunca le di importancia. Sabía que esto sucedería cuando tú estuvieses preparada, cuando tú lo deseases. Nada más.

—Pero admito que has tenido paciencia conmigo.

—No tenía prisa en que este momento llegase, cuando tú ya habías conseguido tocar mi corazón.

Ella abrió los ojos y entreabrió los labios al escucharle decir eso. Sintió una fría corriente recorrer su cuerpo desnudo y erizarse el vello de la nuca.

—Yo... Pero... —Se humedeció los labios y le acarició el rostro con devoción—. —Estaba escrito en algún lugar que tenías que aparecer en mi vida. No sé por qué tú, pero tenías que hacerlo.

—Ya te lo dije, aunque no quisiste creerlo.

—No quiero que te marches de mi lado nunca —le confesó

moviendo la cabeza en sentido negativo sin dejar de contemplarlo.

—No vine hasta aquí y me casé contigo para acabar marchándome.

—Más te vale o prepárate a conocerme en serio.

—¿A cuál de las dos mujeres que habitan en ti te refieres? ¿A mi esposa o a la jefa del clan? —le preguntó acercándose a ella hasta obligarla a tumbarse en la cama con una sonrisa deliciosa.

—Ambas son la misma —susurró antes de que él se apoderase de sus labios una vez más y la voltease para situarla sobre su pecho y no pensar en nada que no fuese saciarse de ella hasta el nuevo día.

Capítulo 22

James apenas si pudo dormir. Lo sucedido con Fiona y pensar en dejarla en Menzies mientras él se marchaba a Dunkeld a pelear le provocaba cierta ansiedad. Pero le había prometido que cuidaría de Callum. Procuraría mantenerse vivo para regresar al lado de ella. Pensaba en lo que había cambiado su vida en cuestión de meses y le parecía increíble. Se sentía bien, feliz y dichoso con aquella mujer a la que contemplaba en ese instante. Ella dormía relajada y ajena a la presencia de él, contemplándola como si no existiese un mañana. La luz del amanecer comenzó a abrirse paso a través de las ventanas. James cogió aire, apretó los labios y se dijo que era el momento de levantarse. Por un lado, no quería despertarla porque, sin duda, se le haría más difícil marcharse. Sin embargo, sabía que ella querría despedirlo y también hacerlo de su hermano. Se incorporó de la cama, ajeno al despertar de Fiona.

Ella experimentó un ligero vacío en el estómago cuando lo vio vestirse. Esa mañana se marcharía con Callum, Braden y algunos hombres de los alrededores que habían acudido a Menzies. Confiaba en que nada malo le sucediese a ninguno de ellos. Pero, cuando uno iba a combatir, el futuro era incierto.

James bajó a la primera planta del castillo donde ya se

escuchaban conversaciones y ruidos. Parecía que los hombres se habían despertado temprano. Encontró a Braden al lado de Callum y algunos más.

—No esperaba que madrugases tanto para despedirte de nosotros —le comentó Braden al verlo aparecer en la escalera.

—En realidad no he venido a despedirme de vosotros —miró a su amigo primero y después a Callum.

Braden entrecerró los ojos y lo contempló con cierta sospecha. Callum hizo lo mismo mientras terminaba de ajustarse su plaid sobre el hombro.

—He decidido acompañaros.

Los dos hombres se quedaron parados, olvidando por un momento sus ropas y sus armas para mirarlo de manera fija.

—¿Has decidido venir? —Braden rompió el silencio que se había establecido entre los tres.

—Sí. Después de todo, los McLean siempre hemos sido partidarios de la casa real Estuardo. Sé, por otra parte, que tal vez no venzamos como en la batalla del paso de Killiecrankie, pero... —No sabía qué decirles para que se lo tragasen ambos. Le había prometido a Fiona que no revelaría el verdadero motivo: proteger a su hermano, aunque no era un chiquillo.

—Esto no me lo esperaba. ¿Qué le ha parecido a mi hermana?

James torció el gesto fingiendo que no muy bien.

—No le hace mucha gracia, como puedes esperar. Además, no quiero que os divirtáis sin mí —bromeó palmeando a los dos en la espalda.

—En ese caso, será mejor que terminemos de prepararnos y nos marchemos —concluyó Braden comprobando su pistola.

—Sí.

James lo dejó a solas de nuevo mientras él regresaba a la

habitación a terminar de vestirse. Encontró a Fiona levantada de la cama y vestida. El cabello recogido con una tira de cuero le caía a lo largo de la espalda. La vio acercarse con una expresión de inquietud.

—¿Has hablado con Callum?

—Sí. Braden y él estaban terminando de arreglarse en el salón. Ya saben que los acompañaré.

—No le has dicho nada a Callum, ¿no?

—No le contaré que eres tú quien me pide que lo proteja.

—Ya sé que es un adulto y que puede valerse por sí mismo, pero... —titubeó presa de los nervios que experimentaba en ese momento—. Pero me sentiría mejor si tú estuvieses cerca de él.

—No te preocupes. Ya te he prometido que regresaremos. Pero ahora es mejor que termine de prepararme.

Fiona se limitó a asentir sin querer ver cómo se colocaba el plaid sobre el hombro sujetándolo con un broche. Lo amaba. Sí. Así era. Saber que estaría fuera un tiempo le causaba estragos. Sin embargo, sabía que podía confiar en su palabra. Hasta ahora la había cumplido.

La despedida fue corta pero emotiva. Los hombres no querían demorarse de más porque tenían una buena caminata hasta Dunkeld. Fiona y su hermana preferían no retenerlos, pues de lo contrario les rogarían que no se marchasen y todo sería más difícil. Un grupo de siete hombres abandonó Menzies prometiendo regresar cuanto antes.

—Pensaba que James no iría —comentó Keira mientras lo contemplaba irse junto a Braden y Callum.

—Yo se lo pedí —afirmó Fiona sin volver la vista hacia su hermana.

—¿Tú?

—Para que cuidase de Callum. Es la primera vez que va a entrar

en batalla y tengo miedo de que le suceda algo —le confesó a Keira, quien a su vez le pasaba el brazo por los hombros y la atraía hacia sí.

Capítulo 23

Cuando llegaron a las inmediaciones de Dunkeld, James y los demás pudieron comprobar que las tropas jacobitas comandadas por Cannon habían rodeado la localidad y mantenían una lucha feroz con los defensores de la corona comandados por un tal Cleland, como se enteraron por la charla que habían mantenido con un jacobita.

—Están rodeados. No tienen escapatoria —les decía—. Se han atrincherado en el ayuntamiento y la catedral. Pero es cuestión de tiempo que se rindan y tomemos la ciudad.

—No se fíe, amigo. Esos demonios protestantes venderán caras sus vidas.

—No se lo niego, señor. Caerán, esté seguro de ello.

James permanecía expectante junto a Callum y a Braden mientras el intercambio de disparos proseguía entre ambos bandos.

—¿Qué hacemos? —quiso saber el primero observando el desarrollo de los acontecimientos.

—De momento aguardar a ver si los seguidores de Cameron se rinden por fin.

—¿Y si no lo hacen?

—Pues entraremos en batalla —le aseguró Braden moviendo las cejas arriba y abajo.

Aquel comentario no le hizo demasiada gracia a James, quien pretendía evitarlo a toda costa para salvaguardar la vida de Callum. Se lo había prometido a Fiona y no quería incumplir su promesa.

El tiempo transcurría sin que nada relevante sucediese. Hasta que de improviso se produjo un largo y tenso silencio que obligó a los tres hombres a mirarse entre ellos buscando la respuesta a esa repentina calma.

—¿Habrán optado por rendirse finalmente? —se preguntó James mirando a sus compañeros.

—No lo sé. Tal vez —respondió Braden.

Un rugido como si se tratase de una tormenta comenzó a escucharse y, cuando los tres dirigieron la mirada al frente de nuevo, vieron cómo una turba de hombres con picas, espadas y antorchas corría hacia ellos.

—¡Ahí vienen! —gritó alguien.

De repente, comenzaron a arrojar las antorchas sobre los tejados de las casas y, en muchos casos, en su interior porque sabían que allí se parapetaban los jacobitas. En breves minutos Dunkeld se convirtió en una pira de fuego.

—Será mejor salir de aquí cuanto antes —ordenó James emprendiendo la retirada mientras la horda de cameronianos avanzaba de manera enloquecida.

Un grupo de cuatro hombres se dirigieron hacia ellos dispuestos a acabar con sus vidas. James esgrimió su claymore repeliendo el golpe de uno de los atacantes y en dos lances le abrió una herida mortal en el cuerpo. Se rehízo volviendo sobre sí mismo para ver a sus dos compañeros peleando respectivamente con dos agresores. De pronto, el grupo de los cameronianos se incrementó con la llegada de otros. James y los demás se vieron sobrepasados hasta

que varios seguidores de los Estuardo acudieron en su auxilio. Las calles de Dunkeld se habían convertido en un infierno con las casas ardiendo por todas partes. En un lance de la pelea, James se giró hacia un atacante que había arrojado al suelo a un jacobita y se disponía a clavarle la pica. No se lo pensó dos veces y le hundió la daga en el costado. Luego tendió la mano hacia el hombre del suelo y, cuando este se incorporó, James frunció el ceño mirándolo como si lo conociese.

—Acaba de salvarme la vida, McLean.

—¿McLeod?

—El mismo. Pero convendría dejar la conversación para cuando hayamos salido de aquí. Si le parece bien —le sugirió alejándose del lugar antes de que más cameronianos acudiesen allí.

—Creo que está en lo cierto. Salgamos de este maldito infierno.

Abandonaron Dunkeld en medio de las llamas y el humo que se elevaba hacia el cielo. El ejército jacobita había sido derrotado y en ese momento se ponía en marcha lejos de la pequeña ciudad. James y el resto se adentraron en los bosques para refugiarse de los cameronianos, que perseguían a aquellos que se rezagaban.

—Creo que podemos detenernos un momento —comentó James cuando comprobaron que estaban lo bastante lejos de la ciudad. Se fijó en Callum, quien permanecía encorvado con las manos sobre las rodillas, recuperando el aliento. Branden, sin embargo, estaba de pie, sin perder de vista el camino por el que habían escapado. McLeod estaba frente a él, contemplándolo con curiosidad por lo que tuviese que decir.

—Gracias por salvarme la vida.

—No ha sido nada. Cualquiera lo habría hecho viendo en la situación que estaba.

—¿Qué demonios hace en Dunkeld, McLean? ¡Por todos los

demonios, está recién casado! ¿Quiere dejar viuda a Fiona?

—Nada más lejos de la realidad.

—Pues le aconsejo que no venga a estas reuniones.

—¿Y ahora?

—¿A qué refiere? ¿A que lo seguidores de Jacobo Estuardo hemos salido corriendo de la furia de los cameronianos? —le preguntó viéndolo asentir en silencio—. Sí, supongo que es un buen momento para pensar si conviene seguir con la idea original de Claverhouse.

—Pensaba que la victoria en Killiecrankie arrastraría a más clanes a luchar por los Estuardo. Pero me he equivocado al ver lo que ha sucedido hoy. No éramos los suficientes para doblegar a los cameronianos, que además contaban con refuerzos de Londres. No creo que a muchos les queden ganas de seguir la lucha después de esta derrota.

—Sí, no se lo niego. Creo que el general Canon ha cumplido y que es un buen momento para replegarse hacia las Tierras Altas y olvidarse por ahora de restaurar a Jacobo.

—¿Es lo que piensa hacer, McLeod?

—Sin duda. No creo que nadie quiera formar otro ejército en favor de la casa Estuardo. De manera que me retiraré a mis tierras. ¿Cómo está Fiona? Si me permite preguntárselo.

—Bien. Supongo que preocupada por lo que pueda sucedernos.

—Ahora que ya ha pasado el tiempo y no hay nada que pueda afectarles, sepa que Mordecai intentó que ella rompiese el compromiso cuando usted se marchó de vuelta a sus tierras.

—Suponía que aprovecharía la ocasión para hacer algo así.

—Y me pidió que fuese yo el instrumento para ello. Admito que en un principio lo consideré porque creía que seguía enamorado de ella, pero finalmente no quise participar.

—Le agradezco que me lo diga.

—¿Piensa hacer algo con Mordecai?

James sonrió.

—Creo que ya es suficiente que Fiona y yo estemos casados y que él no se haya quedado con el castillo y las tierras del clan Menzies. Con eso me basta. Y ahora creo que sería buena idea seguir la marcha —sugirió mirando a los demás—. Cuanto más pronto lleguemos a Menzies, más tranquilas se quedarán las dos hermanas. —Miró a Braden por un segundo para ver cuál era su reacción. Pero este no se molestó en expresar nada, o bien no le interesaba para no darle pie a James a que lo vacilara con Keira.

—Si alguna vez se encuentran en las tierras de los McLeod, no duden en buscarme. Estaré encantado de saludarlos y alojarlos en mi casa. No olvido que le debo la vida, McLean —le tendió la mano para que este se la estrechase.

—Lo tendré en cuenta llegado el caso. Marcharos cuanto antes. Los ingleses o los cameronianos podrían aparecer de nuevo.

—Recuerdos a Fiona.

—Claro.

Lo vieron alejarse con algunos de sus hombres mientras ellos permanecían en el sitio unos segundos antes de seguir camino.

—Un buen tipo ese McLeod. Creo que se dejó influir por su tío.

—Sí, hasta que se dio cuenta de cuál era su juego —añadió Callum.

—Pongámonos en marcha para llegar lo antes posible a Menzies —ordenó James abriendo camino para que los demás lo siguiesen.

***

Fiona iba de un lado a otro del castillo tratando de controlar sus

nervios. Keira se fijó en ella y le hizo una señal para que se detuviese.

—Para un poco, ¿quieres? Yendo por todo el castillo no conseguirás tranquilizarte. Ni lograr que ellos vengan antes. Sé que es complicado hacerlo, pero...

—Tienes razón. Que yo me ponga a hacer y deshacer cosas todo el día no va a traerlos de vuelta más rápido, así que...

—Salgamos a que te dé el aire.

Fiona asintió y siguió a su hermana a las afueras del castillo.

—De paso podrías contarme que os traéis entre manos Braden y tú.

Keira detuvo sus pasos de manera brusca al escuchar esa pregunta. Miró a su hermana con curiosidad porque no esperaba que se la hiciese. Puso sus manos sobre las caderas y sonrió con ironía.

—¿De dónde has sacado que entre el amigo de James y yo pudiese haber algo?

—Eso quiero saber yo. Os he visto compartir bastante tiempo desde que él llegó con James a Menzies. Por eso mismo te lo pregunto.

—Pues no sé qué esperas que te cuente.

—Lo que tú quieras —le dijo levantando las manos y moviendo la cabeza.

—Pero... es que no ha pasado nada entre nosotros. Es verdad que compartimos tiempo, que hemos hablado bastante...

—Y danzado. Ah, y he visto cómo te hace reír.

Keira entreabrió los labios como si fuese a decir algo, pero pareció pensarlo mejor. Apartó la mirada de su hermana y sacudió la cabeza.

—Está bien. Tú ganas. Es cierto todo lo que dices.

—¿Ves cómo tenía razón?

—Si no voy a quitártela, Fiona. Solo que...

—¿Qué? ¿Qué pasa por tu cabecita? —le preguntó dándole un toque con el dedo en esta.

—No lo sé. Eso es lo que me pasa. Me gusta la compañía de Braden. Pero no estoy tan loca como para empezar a sentir algo por él.

—¿Por qué no? Si estás a gusto en su compañía.

—Porque estoy segura de que se acabará marchando de aquí. Vino para vuestra boda...

—Cierto. ¿Y se ha marchado desde ese día? —Fiona formó un arco con sus cejas.

—De acuerdo, se ha quedado. Pero no creo que lo haga por mucho más tiempo. ¿Y por qué debería hacerlo según tú?

Fiona comenzó a curvar sus labios con toda intención.

—A lo mejor hay algo que le resulta atractivo y... —Se calló de repente cuando su hermana empezó a llamarle la atención sobre algo—. ¿Qué sucede? ¿Por qué...?

Ambas miraron hacia el lugar que señalaba Keira con su brazo extendido. Un pequeño grupo se dirigía hacia el castillo y si a ninguna la fallaba la vista podían reconocer a James, Braden, Callum y el resto de los hombres que se marcharon con ellos hasta Dunkeld.

Fiona sintió un golpe en el pecho cuando lo reconoció. Cerró los ojos y murmuró algo, dando gracias al cielo por habérselo devuelto. No pudo evitarlo y, cogiendo la tela de su kilt entre los dedos, emprendió una carrera hacia él ante la atónita mirada de su hermana, que no podía evitar reírse.

—¡Me muero de amor, por favor! Pero... —Estalló en carcajadas cuando vio cómo James abría los brazos para recibirla primero y arroparla después para fundirse con ella. Keira sintió cierta envidia

sana porque su hermana tuviese a James. La vio abrazar a su hermano y luego hacer lo propio con Braden, quien se mostró sorprendido.

—Me alegra que hayáis regresado todos —dijo mirando a los demás hombres y saludándolos—. Y sin ningún rasguño —aseguró echando un vistazo a Callum.

—No te preocupes, hemos sabido guardarnos las espaldas, hermanita. Mientras vosotros dos seguís con vuestros arrumacos, voy a saludar a Keira. ¿Vienes, Braden?

Este sonrió.

—Espera. Si permanezco al lado de estos dos, acabaré por volverme un romántico.

—No le hagas caso. Si él encontrase una mujer como tú, apuesto a que ahora estaría haciendo lo mismo —le aseguró James dirigiendo la mirada hacia su amigo, al igual que lo hacía ella.

—Tal vez esa mujer esté cerca de él. Y *tal vez* solo tuviese que mirar en la dirección correcta —le aseguró Fiona sonriendo con picardía mientras miraba hacia donde se encontraba su hermana.

James frunció el ceño contrariado por aquella afirmación, pero decidió no indagar más por el momento. Ya habría ocasión de preguntarle qué sabía ella de Keira y Braden.

Callum abrazó a su hermana y la elevó en alto. El rostro de ella se encendió, en parte, por tanta efusividad y, en parte, por sentir cierta vergüenza ante la presencia de Braden.

—Basta. Más te vale que le dediques estas expresiones de cariño a quien tú sabes —le reprochó con intención de recuperarse del sofoco que sentía.

—Oh, vamos. Ya me chafaste el día —ironizó Callum.

—Pues tener a una muchacha interesada en ti es algo que deberías considerar.

—Dejemos a Meribeth tranquila. ¿Qué tal todo por aquí?

—Algo aburrido al no estar todos vosotros, la verdad.

—Bueno, pues estamos de regreso, ¿eh, Braden?

Este se limitó a asentir con una tímida sonrisa.

—Amy, Balfour —exclamó Callum caminando hacia ellos para saludarlos, dejando a su hermana a solas con Braden.

—¿No estáis heridos?

—Ni un rasguño —respondió él contemplando el rostro de ella en el que destacaban sus mejillas encendidas, su mirada cargada de curiosidad y una expresión que no sabía cómo descifrar, pero que le agradaba pese a todo.

—Es bueno escucharle decirlo teniendo en cuenta que regresan de una batalla.

—Sí, ha sido una suerte escapar de aquel infierno —comentó mirando a James, que se acercaba a ellos junto con Fiona.

—Lo ha sido. Todo un logro. Pero dejemos las batallas durante un largo tiempo.

—Sí, vale. Y cuéntanos, ¿qué ha pasado? —Fiona lo miró con cierta angustia por lo que hubiese podido suceder.

—Nos hemos visto obligados a replegarnos si no queríamos acabar allí pasto de las llamas o de alguna herida producida por los seguidores del rey Guillermo. Bah, no hay nada que hacer. Será mejor entrar en el castillo y volver al día a día. Creo que Jacobo pasará una larga temporada en Francia.

Aquellas últimas palabras reconfortaron a Fiona porque entendía que no habría más guerras contra los ingleses. Eso significaba que James y los demás hombres se quedarían en Menzies.

Keira y Braden permanecieron contemplándose en silencio, ajenos a que James y Fiona se había adentrado en el castillo. Era como si ninguno de ellos estuviese dispuesto a romper aquel

momento. Y solo lo hicieron cuando él extendió el brazo invitándola a tomarlo. Keira recordó la conversación mantenida con su hermana antes de que los hombres apareciesen y el calor volvió a adueñarse de su rostro. Y los latidos en su pecho se aceleraron.

Epílogo

Braden ayudaba a Callum en las cuadras arreglando unos postes cuando apareció James. Los dos se volvieron hacia este cuando lo vieron.

—¿Os echo una mano? Por fin mi querida esposa me ha dejado libre.

Callum miró a su cuñado con una sonrisa cínica.

—Según lo has dicho, da la impresión de que Fiona te ha tenido encerrado en la habitación sin poder escaparte mientras... Ya me entiendes.

Braden se echó a reír a carcajadas por el comentario.

—No ha tenido nada que ver con eso. Se refiere a ciertas reformas que quiere ir haciendo en el castillo, dado que tú pareces decidido a quedarte en Menzies —señaló a Braden con el dedo y su mirada entornada.

—Sí, eso. ¿Piensas quedarte para siempre? Que conste que me parecería genial que lo hicieses. —Callum le palmeó el hombro y asintió convencido de que era lo más apropiado después del tiempo que llevaba a allí.

Braden resopló. Apoyó su antebrazo en el poste de madera y dejó la mirada suspendida en el vacío. Pensaba en cierta muchacha

de cabello cobrizo que parecía tenerlo embrujado.

—No estoy seguro.

—¿Por qué? —James se cruzó de brazos y observó con detenimiento a su amigo.

—Quiero quedarme porque estoy a gusto, pero por momentos me asalta mi espíritu aventurero. Ese que tú tan bien conoces y que me lleva por ahí en busca de emociones.

—Pues si son lo que buscas deja que te diga que aquí no te faltarán con mi hermana. Te lo aseguro. —Callum asintió convencido de que, si era cierto lo que venía sospechando de Keira, a Braden no le iban a faltar aventuras.

—¿De qué demonios estás hablando? —le preguntó James picado por la curiosidad que le habían despertado aquellas palabras.

—Pues de quién va a ser... De Keira. Estoy seguro de que le gustas —señaló a Braden con naturalidad mientras este parpadeaba perplejo por aquel comentario—. Se pasa todo el día preguntándome si te vas a marchar o a quedar. E incluso he escuchado alguna que otra conversación con Fiona sobre ti.

—Me estás dejando sin palabras, amigo —le aseguró Braden.

—Pues imagina cómo me quedé yo cuando la escuché. Keira se mostraba insegura sobre lo que harías. Y Fiona le aseguraba que se os veía bien juntos. Charlando, riendo, danzando... Ya sabes.

Braden apretó los labios con fuerza y se llevó el puño a la boca con gesto pensativo. ¿En serio Keira se sentía atraída por él? Cierto que pasaban juntos bastante tiempo, como había señalado Fiona, y que parecían congeniar, pero él creía que se trataba de pura amistad. Nada más.

—Eso es verdad. Yo también me he dado cuenta de todo eso. Bueno, ¿y tú? ¿Qué tienes que decir? —le preguntó James viendo la expresión de su mejor amigo.

—La verdad... No lo sé.

—Pues si decides quedarte procura saberlo, amigo —Callum asintió con total seguridad.

—Creo que es mejor que sigamos arreglando esto. Ya tendré tiempo de...

—No, no. Fiona me ha preguntado si ha de acondicionarte una habitación en el piso superior. Ya sabes que sobran y que tú has decidido dormir en cualquier parte. De manera que... Tienes que darme una respuesta.

Braden resopló mientras se debatía entre su espíritu aventurero y la atracción que Keira había despertado en él. Paseó la mirada por los rostros de ellos dos antes de decidirse.

James permanecía sentado sobre el saliente de la ventana contemplando la noche a través del cristal. Parecía estar pensando en algo que le preocupaba, porque tenía el ceño fruncido, como pudo ver Fiona al fijarse en él.

—¿Qué te inquieta? —le preguntó al llegar a su lado; deslizó un brazo por debajo del suyo y lo miró con ternura.

—Oh, nada en particular.

—Pues la expresión de tu rostro cuando he entrado parecía decir lo contrario.

—Pensaba en las vueltas que da la vida. Nunca pude imaginar que acabaría casado y viviendo en otro castillo que no fuese Duart.

—Por lo que vi cuando estuvimos allí, tu hermana tampoco tiene pensado quedarse.

—Casarse con el duque de Argyll la obliga a vivir en el castillo de Inveraray, ya sabes. Yo estoy muy a gusto aquí en Menzies —le aseguró rodeándola por la cintura para atraerla más hacia él y así poder besarla.

—Me alegro de que lo estés. De paso podrías decirme si Braden te ha dicho algo al respecto de lo que te pedí.

James echó la cabeza hacia atrás para apoyarla en la pared. Cerró los ojos y comenzó a reírse.

—Dime la verdad —la contempló con los ojos entrecerrados tratando de saber qué pasaba por la mente de su esposa—, ¿por qué tienes tanto interés en saberlo? ¿Hay algo que no me has contado?

Fiona sintió la bofetada de calor en el rostro al escuchar semejante pregunta. Entrecerró los ojos mirando a James y los nervios la atenazaron.

—¿Yo? ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque me parece percibir un interés especial en que se quede y creo saber por qué. O por quién —ironizó él entornando su mirada con toda intención—. ¿Vas a negarlo?

—¿Qué negaría?

—Que hay algo que no me has contado en relación con mi amigo y tu hermana...

Fiona sonrió con picardía y puso los ojos en blanco.

—¿Y si lo hubiese?

—Pues creo que deberías contármelo para saber a qué atenerme cuando Braden hable de Keira.

—Un momento. ¿Habla de ella?

—¿Lo ves?

—¿Qué tengo que ver?

—Tu interés en Braden es por tu hermana. Solo he tenido que ver la cara que has puesto cuando te he contado que él habla de ella.

—Vale, admito que me gustaría que ambos lo intentasen. Presiento que los dos se sienten atraídos, pero...

—¿Pretendes que acaben juntos?

—¿Qué problema hay? De igual modo que me gustaría que Callum se decidiese con Meribeth.

—¡Por san Andrés! ¿Pretendes hacer de casamentera con tus dos hermanos?

—¿Qué hay de malo, cuando se ve que entre ellos existe algo que los empuja a estar juntos? Una chispa...

—Ten cuidado con la chispa, no vaya a prenderse y a quemarlos. Pero eso deberá esperar, porque en este momento es otra chispa la que estás empezando a prender, querida. —James descendió de la ventana y comenzó a llevar a Fiona hacia la cama mientras las caricias y los besos se volvían más impetuosos.

—Estoy de acuerdo —asintió ella rodeándolo por el cuello para profundizar el beso.

—Dejemos para mañana a los demás y centrémonos en nosotros.

—Prometido, McLean —le susurró, dejándolo sin palabras—. Yo también puedo hacer promesas y esta noche te prometo que no la olvidarás.

Las carcajadas de ambos se mezclaron mientras rodaban por la mullida cama dejando paso a los suspiros y gemidos inequívocos de la pasión.

Agradecimientos

A ti, querido lector, por elegir esta historia para divertirte, pasar un buen rato o lo que te haya hecho sentir este libro. Ojalá te anime a buscar y leer alguna de mis otras novelas.

Además, quiero dar las gracias a otras personas que han contribuido a esta obra.

A Lola Gude, mi editora, por estar siempre ahí, al pie del cañón.

A la persona que está a mi lado cada día y que me alienta a que siga escribiendo historias de amor. Te quiero, niña.

No puedo dejar de mencionar a mis fieles Zeus y Hera, mis gatos, que me acompañan en esta carrera de fondo que implica pasarse las horas solo frente al ordenador creando historias.

Hay promesas que se hacen con el corazón sin saberlo.



James McLean ha salido vivo, pero herido de la batalla de Killiecrankie y vaga sin rumbo. Necesita encontrar un lugar donde descansar y que lo atiendan o morirá. **Fiona Menzies** se enfrenta a un terrible dilema cuando la visita el notario de Perth, y la hace partícipe del testamento de su padre: si quiere seguir siendo la jefa del clan y conservarlo todo, tendrá que casarse en un plazo de tres meses, o lo perderá todo a manos de su tío Mordecai.

Cuando ve aparecer a James a las puertas del castillo, **no vacila en salvarle la vida**. Este en pago por ello está dispuesto a ayudarla en cualquier cosa. Pero Fiona no cree que pedirle que se case con ella entre en sus planes. Con lo que no cuenta es con que James se

entere de su situación. Cuando lo hace, él se ofrece a ayudarla. **Un matrimonio de conveniencia**. Entre Fiona y su propia hermana construyen una historia verosímil para que su tío no crea que es una comedia con el fin de quedarse con el castillo y las tierras del clan.

James y Fiona inician su relación ajenos a lo que en verdad sienten. Pero cuando él la besa delante de todos en la velada organizada por el clan Moncreiffe, ambos saben que nada se irá igual a partir de ese momento. Fiona no se fía de él, cree que se marchará en cuanto pueda. Y James, no puede creer que el motivo inicial de aquella farsa se esté volviendo tan real, que ha terminado enamorado de ella.

Las dudas de Fiona se despejarán cuando se convenza, que sus miedos a perder a al McLean se deben a que ella misma también ha entregado su corazón.

Laimie Scott cursó estudios de Filología Inglesa en la Universidad de Salamanca para posteriormente doctorarse en el campo de la novela histórica y la obra del escritor escocés Sir Walter Scott. Comenzó su carrera literaria publicando diversos relatos en revistas y blogs hasta que se lanzó a escribir novela romántica, género en el que lleva ya unos años publicando. En el campo de la investigación literaria colabora con varias revistas y participa en diversos eventos académicos relacionados con su especialidad.



Edición en formato digital: octubre de 2026

© 2026, Laimie Scott
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: LoEs Servicios editoriales, Myrian Giordano
Imagen de SHUTTERSTOCK: KathySG, Martin M303

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10441-52-1

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

La promesa de un McLean
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Epílogo
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Laimie Scott
Créditos